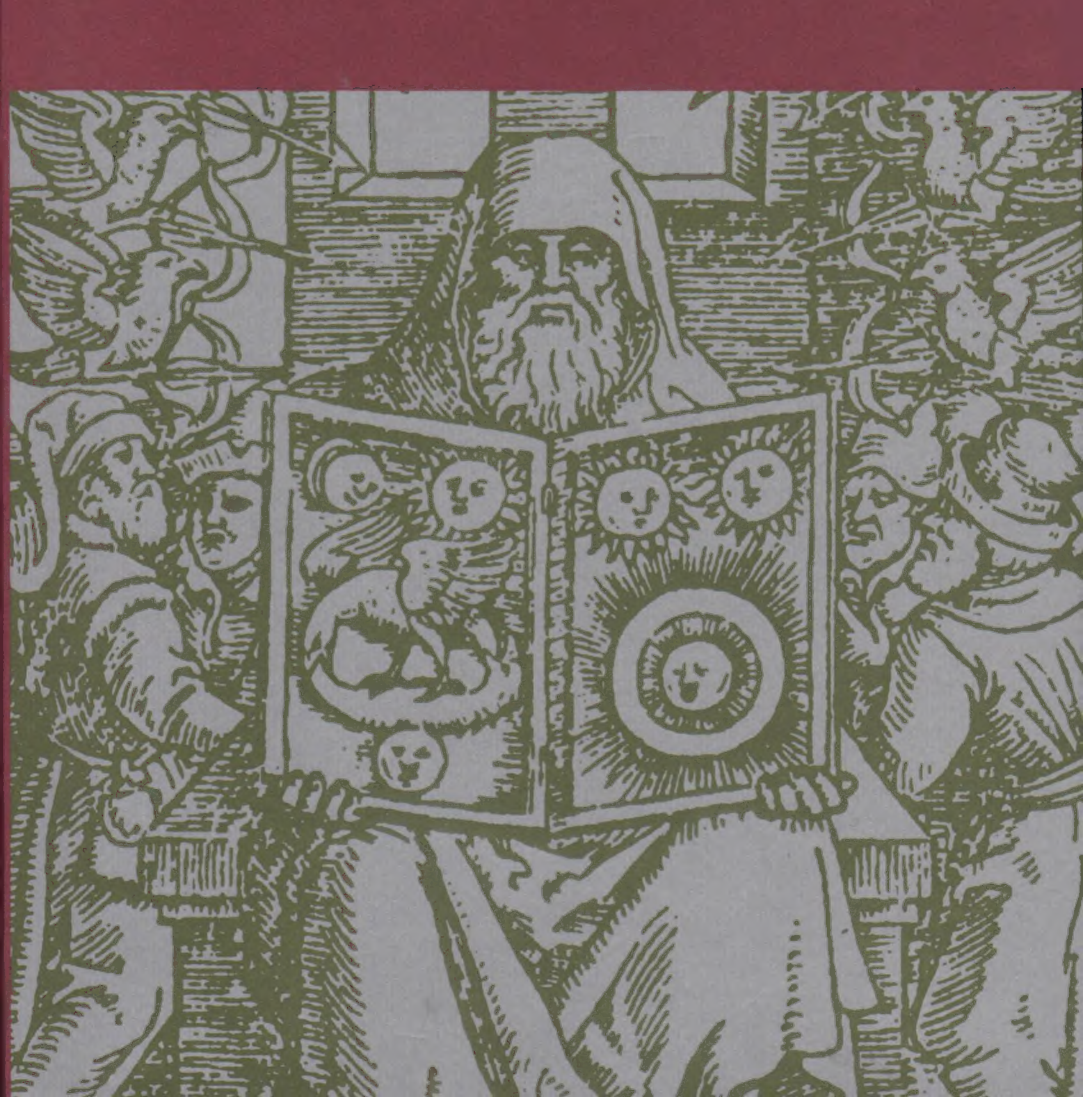
Textos esenciales
Paracelso

Edición de Jolande Jacobi

Epílogo de C. G. Jung

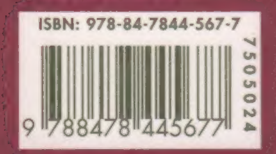
Siruela



En una época en que los métodos naturales curativos y la visión ecológica entre el ser humano y la Naturaleza se convierten para muchos en una necesidad cada vez más importante, también aumenta el interés por conocer a los fundadores de este pensamiento. Una de estas figuras es Teofrasto Paracelso (1493-1541), uno de los espíritus más inquietos y controvertidos del Renacimiento, que, en su lucha contra la física aristotélica y la medicina clásica, sentaría las bases de la medicina experimental moderna. Pero también como heredero de la mística de la Edad Media y adepto a la magia natural y a la alquimia, la doctrina de Paracelso influirá definitivamente a través de Böhme y Weigel en toda la teosofía moderna.

Para C. G. Jung, Paracelso era el médico en el que la antigua sabiduría de resonancias mágicas se unía en un plano universal con la moderna pulsión científica del investigador que trataba al hombre como unidad física y psíquica.

La presente selección de los textos de Paracelso, que Jolande Jacobi publicó por primera vez en 1942, fue realizada con el apoyo de C. G. Jung y es una excelente introducción a una obra de difícil compendio. Dos conferencias de Jung, y más de 100 ilustraciones, completan y ayudan a comprender los grandes temas espirituales que trató Paracelso hace más de 500 años y que siguen vigentes para el lector de hoy.


ISBN: 978-84-7844-567-7
9 788478 445677
7505024



El Árbol del Paraíso

Últimos títulos

Paracelso

Textos esenciales

Edición de Jolande Jacobi

Introducción de Gerhard Wehr

Epílogo de C. G. Jung

Traducción del alemán de
Carlos Fortea

El Árbol del Paraíso Ediciones Siruela

2.ª edición (3.ª edición en ES): enero de 2007

Título original: *Paracelsus.*
Arzt und Gottsucher an der Zeitenwende
Diseño gráfico: Gloria Gauger

c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
Fax: + 34 91 355 22 01
siruela@siruela.com www.siruela.com
Printed and made in Spain

Índice

V. Hombre y Espíritu

VI. Hombre y destino

Apéndices


ALTERIUS NON SIT. QVI SVVS ESSE POTEST.
AVREOLI THEOPHRASTI AB HOHENHAIM
EFFIGIES SVÆ ÆTATIS 45.

Paracelso:
Arcano y jeroglífico

La salvación y la curación están íntimamente unidas, y no sólo por el parecido de las palabras. En una época en la que las medicinas naturales y las formas de vida humanizadas se han convertido en una necesidad cada vez mayor para muchos, crece también el interés por la figura de los fundadores de una idea integral y espiritual de la Naturaleza y de la Humanidad. Una de esas figuras es Theophrastus Bombastus von Hohenheim, llamado Paracelso, reformador de la Medicina en la era de la Reforma. A pesar de ser contemporáneos, el médico y filósofo itinerante Paracelso y el monje agustino de Wittenberg Martin Lutero, unos diez años mayor que él, casi no tuvieron noticia el uno del otro. Lo que no es sorprendente, dado que cada uno de ellos tenía que cumplir la misión que se había marcado en la vida. Sea como fuere, es sin duda indiscutible que su acción fue eficaz. Cada una de estas figuras fundacionales en el campo del espíritu se afirma por sí sola. No podía ser de otra manera, aunque su destino se consumara a las puertas de un profundo horizonte de la Historia mundial, como el Renacimiento. Figuras así «no necesitan a nadie». Y eso es lo que dice literalmente la famosa máxima del de Hohenheim con la que el retratista Augustin Hirschvogel encabezó oportunamente en letras latinas el grabado de Paracelso: *Alterius non sit qui suus esse potest.*

Y, por otra parte, también es cierto que: «Como un misterioso jeroglífico, el nombre de Paracelso se tiende a lo largo de la reciente historia del espíritu y mueve a las almas a elevada conversación», según consideraba el historiador de la Medicina Heinrich Schipperges, de Heidelberg[1]. Paracelso: un «jeroglífico» que esconde un «arcano», un secreto. Arcanos llamó él mismo a las fórmulas (secretas) que de él nos han llegado.

[1] Heinrich Schipperges: «Paracelso», en *Die Grossen der Weltgeschichte,* Zurich 1974, tomo IV, pág. 931.

Schipperges continúa en otro lugar: «Estamos sencillamente fascinados por un fenómeno situado entre la Edad Media y la Edad Moderna, entre las facultades de la antigua Escolástica, pero también entre las luchas del Humanismo por hallar una nueva visión del mundo; por un fenómeno que podría ser para nosotros clave para el pasado y el futuro. Al fin y al cabo, en la Teología y la Filosofía, sin olvidar la Medicina, buscamos más de lo que nuestras ciencias tienen que ofrecernos hoy en día»[2].

¡Quién podría negarlo! Sin duda, con esto no se delimita aún el horizonte ante el que actúan los buscadores de todos los tiempos, pero ese horizonte se ha abierto de un modo que, dejándolo en libertad, impulsa a cada individuo a su propio esfuerzo en pro del conocimiento. Apertura puede significar aquí poner en cuestión críticamente a las autoridades vigentes, hacer un desaire al dogmatismo ciego, estimar la propia visión y la experiencia alcanzada por uno mismo como superior a las doctrinas en boga, que en alguna ocasión han adoptado el carácter de prejuicios infundados, y tener una y otra vez el valor de recorrer caminos no trillados para llegar a nuevos territorios.

No de otro modo procedió Paracelso. Así se convirtió en revolucionario de cuño propio, en impulsor de generaciones. Y por eso se le puede seguir aún hoy, aunque no pocos de sus resultados concretos hayan podido quedar superados. Es algo que forma parte de la esencia de toda clase de investigación progresiva. De hecho la figura intelectual de este hombre, al que sus contemporáneos y sus continuadores se han referido con alabanza y admiración, y naturalmente también con fuerte crítica, invita a la polémica. Presupuesto para ella es un esmerado conocimiento de su obra literaria, y también del paisaje intelectual en el que creció. Pero ¿en qué consiste ese «más» del que se habla en el juicio de Heinrich Schipperges, si no se trata de una profundización espiritual que nos permita hacernos una imagen del mundo y del hombre cualitativamente más amplia?

Sus afines están de acuerdo desde hace generaciones en que Paracelso, el médico y filósofo de la Naturaleza, el cristiano esotérico y el buscador alquímico, el astrólogo, incluso el mago, nos hace señas que sirven de ayuda, por difícil que pueda resultar en concreto pergeñar una imagen autén-

[2] Heinrich Schipperges: *Paracelsus. Der Mensch im Licht der Natur,* Stuttgart 1974, pág. 9 (Edition Alpha).

tica del magnífico. Y es que ya sus biógrafos tienen algunas dificultades, porque no todas las estaciones de su agitadísima vida pueden ser alumbradas suficientemente.

Aparentemente no halló tiempo para documentar su inquieto «paso por el mundo», si no quería perjudicar con ello la producción de sus numerosos escritos de contenido médico, filosófico y teológico o adéptico. Y quien, por otra parte, profundice en esta amplia herencia espiritual del maestro de Hohenheim tendrá que someterse al esfuerzo de separar las fuentes literarias. Porque ¿dónde habla el autor con sus tonos originales y dónde tenemos que vérnoslas con el protocolo no siempre inequívoco de un discípulo más o menos congenial? ¿Dónde acaba Paracelso y dónde empieza el coro multiforme de los llamados paracelsistas? La transmisión de Paracelso tiene su propia historia. Aun así, la investigación ha podido dotar a un abundante fondo con el sello de calidad: «¡Lo dijo en persona!».

En cambio, no fue ni es cosa de cualquiera la desbocada superabundancia sentimental de Paracelso, su temperamento ni más ni menos que volcánico, que no estaba dispuesto a someterse a ningún freno: un polemista por excelencia, dispuesto al tajo aniquilador contra ciertos colegas, alguien que podía odiar e injuriar, no un estetizante filósofo de salón o un médico de moda de delicada encordadura para la «gente bien». No es cosa del gusto de cualquiera tener que vérselas con un miembro del gremio itinerante que tan pronto se irrita como incluso disputa a manos limpias. Paracelso, ¿un rústico camorrista? Sin duda, no el favorito de aquellos que prefieren en todo el trato cómodo y sin asperezas, y en resumen, según su posterior compatriota Conrad Ferdinand Meyer (en *Los últimos días de Hutten*): «No un libro sutil» sino «un hombre con su contradicción». ¿Cómo iba a serle ajeno lo humano, que –de una forma o de otra– precisa un tratamiento médico?

En lo que se refiere a fama y honores, tampoco faltan. Vayan por delante algunos ejemplos.

Nada menos que con Hipócrates, el fundador clásico de la Medicina y la Antropología occidentales, le comparaba ya Giordano Bruno (1584): «A un médico como Paracelso, ese milagro del arte médico, no se le puede comparar nadie después de Hipócrates. Si en su embriaguez (es decir, en su celo fogoso) alcanzó a ver tanto, ¿qué hubiera podido hacer si hubiera contemplado las cosas con serenidad?... Paracelso... tuvo al pa-

recer un conocimiento más profundo del arte médico y de los medicamentos que Galeno, Avicena y todos los doctores y adeptos de los mismos que se pueden oír en latín»[3]. No de otro modo se autovaloraba el así ensalzado. Era el que menos necesitaba a su enaltecedor de la posteridad.

Pero no basta con eso: el erudito universal y filósofo Gottfried Wilhelm Leibniz (1677) confirma a su manera el alto rango del médico renacentista, tanto en la Historia del Espíritu como en la de la Medicina. Y no es sorprendente que entre los diecinueve y los veinte años Goethe topara con los escritos de Paracelso en relación con sus tempranos estudios sobre Filosofía de la Naturaleza y místico-ocultistas[4]. Su afinidad espiritual se advierte especialmente en que en su *Fausto* pone en pie una figura que se corresponde con ese Paracelso de actuación fáustica como el fenómeno con el fenómeno primigenio (en sentido goethiano), como la imagen con el modelo.

En lugar de fenómeno primigenio se podría decir también: arquetipo. Cuando el sucesor suabo del de Hohenheim, Johann Valentin Andreae, lanza sus tres manifiestos rosacruces[5] en vísperas de la Guerra de los Treinta Años y crea, en la figura ficticia de «Christianus Rosenkreutz», un modelo semejante, es demostrable que pensaba en Paracelso como encarnación y suma del buscador espiritual abierto al mundo. Lo mismo se puede decir del zapatero silesio y «Philosophus teutonicus», el poderoso intelectual Jakob Böhme; cuando pocos años antes que Andreae escribe, «bajo el signo del lirio»[6], su famosa *Aurora o amanecer en ascenso*[7], le rodea la atmósfera de Paracelso. Porque cuando Jakob Böhme redacta, con el mismo título que su hermano en el espíritu de Hohenheim, *De Signatura Rerum* (1622), emplea vocablos y metáforas que son en gran medida fa-

[3] Giordano Bruno, citado por Ernst Kaiser: *Paracelsus in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*, Reinbek 1969, pág. 140.

[4] Rolf Christian Zimmermann: *Das Weltbild des jungen Goethe*, Munich 1969.

[5] Los textos completos de los rosacruces están recogidos en *Die Brüderschaft der Rosenkreuzer*, 3ª edición, Munich 1990.

[6] Jakob Böhme: *Im Zeichen der Lilie. Aus den Werken des christlichen Mystikers* (selección y comentario de Gerhard Wehr), Munich 1991.

[7] Jakob Böhme: *Aurora oder Morgenröte im Aufgang* (selección y comentario de Gerhard Wehr), Frankfurt 1991.

miliares para el conocedor de Paracelso. El aliento de este espíritu perdura. Así que volvamos al de Weimar.

El mismo Goethe que ha formado su «juicio intuitivo» y que tres siglos después de Paracelso ha alcanzado una contemplación cualitativa de la Naturaleza considera notable a Paracelso, en su *Historia de la teoría de los colores* (1810), porque «guía el círculo de aquellos que buscan llegar hasta el fondo de la manifestación química del color y de su cambio... En los últimos tiempos, se ha hecho más justicia que antaño al espíritu y el talento de este hombre extraordinario...»[8].

También esto es cierto desde Goethe y desde el Romanticismo[9], sobre todo porque aquellos que buscan la claridad conceptual suelen tener dificultades con aquellas personas que están en relación directa con materiales, calidades y tinturas y por tanto no están interesadas en la estricta formación de los conceptos. A tales personas les bastan las fuerzas actuantes como tales. Sus imágenes, comparaciones y símbolos hablan un lenguaje distinto, propio y no menos claro.

Es cierto que informarse sobre Paracelso significa preguntar por un hombre extraordinario, por no atribuible a «orden» alguno, que se encuentra como en casa en muchos terrenos: en la Medicina y en la Farmacia, en los fundamentos germinales de la Filosofía y de la Religión. Que a este hombre asediado por iluminaciones, pero también por pasiones y contradicciones, se le hayan adherido cosas abismales, elementales y eruptivas, forma parte de la marca inconfundible de su ser y de su incansable vida. Carl Gustav Jung, que como experto en psicología profunda e investigador de la imagen arquetípica del mundo ha dedicado gran atención al médico y alquimista en distintos lugares de su obra, da su testimonio, como un discípulo congenial a su manera, de su viejo colega y maestro de Basilea: «Fue un poderoso viento que arrastraba y revolvía todo lo que se podía mover de su sitio. Perturbó y destruyó como una erupción volcánica, pero también fructificó y vivificó. No se le pue-

[8] J. W. von Goethe: «Materiales para la Historia de la teoría de los colores», en J. W. von Goethe: *Naturwissenschaftliche Schriften* (edición de R. Steiner), Stuttgart 1883-1897; Dornach 1975, tomo IV, pág. 151.

[9] Kurt Goldammer: *Paracelsus in der deutschen Romantik. Eine Untersuchung zur Geschichte der Paracelsus-Rezeption und zu geistesgeschichtlichen Hintergründen der Romantik*, Viena 1980 (Salzburger Beiträge zur Paracelsus-Forschung 20).

de hacer justicia: sólo se le podrá siempre subestimar o sobrestimar... Paracelso es un mar o –dicho con menos cordialidad– un caos, y en tanto personalidad humana, históricamente limitada, se le puede calificar como uno de los crisoles alquímicos en los que los hombres, dioses y demonios de aquella época atroz de la primera mitad del siglo XVI derramaron, cada uno, su savia especial»[10].

A estas frases se les puede atribuir un especial valor en la obra de Jung. Por un lado tenemos el volumen *Paracelsica*, con las dos conferencias sobre el médico y filósofo Theophrastus. Nuestra cita las introduce. Se trata de aquellas conferencias que Jung pronunció en septiembre de 1941 en Basilea y en octubre de 1941 en Einsiedeln, el verdadero lugar de nacimiento del de Hohenheim, con ocasión de la conmemoración suiza de Paracelso. Hacía cuatrocientos años que Paracelso había muerto en Salzburgo. Pero aparte de este motivo externo Jung había desarrollado sus propios trabajos bajo el tema marco «Psicología y alquimia», que aparecerían impresos con ese mismo título en 1944. Tenía a sus espaldas investigaciones muy especiales, que se habían extendido a lo largo de dos décadas. Baste aquí indicar lo que le interesaba principalmente al psicólogo de los arquetipos: demostrar que los fenómenos observables del inconsciente, como los sueños y visiones, hacen aflorar relaciones gráficas como las que, sorprendentemente, aparecen también en la simbología de la alquimia[11].

Como Jung veía en Paracelso a un profundo «filósofo alquímico» cuya «cosmovisión religiosa se encuentra en una contraposición, inconsciente para él mismo y casi inextricable para nosotros, con el pensamiento y la fe cristiana de su tiempo», le dedicó su especial atención relativamente pronto. La primera conferencia de Jung sobre Paracelso[12] data de junio de 1929.

A esto se añade otro aspecto, porque el psicólogo, sensibilizado con la situación espiritual y la sintomatología de la época, escribía en 1941 la siguiente frase: «En esta [es decir, la de Paracelso] filosofía hay puntos de

[10] C. G. Jung: «Paracelso como médico», en *Paracelsica*, Zurich 1942, págs. 9-ss.; ahora en *Gesammelte Werke*, tomo XV, págs. 21-ss.

[11] Gerhard Wehr: *Carl Gustav Jung. Leben, Werk, Wirkung*, Munich 1985, págs. 221-ss. y «Encuentro con la Alquimia», págs. 300-ss.

[12] C. G. Jung: «Paracelso», en *Gesammelte Werke*, tomo XV, págs. 11-ss.

partida, cargados de futuro, sobre problemas filosóficos, psicológicos y religiosos que en nuestra época comienzan a adoptar una forma más clara»[13].

Si se hace abstracción de las corrientes de la moda, indefinidas y más bien irritantes, que ahora dominan literalmente el mercado, hay sin embargo algunas manifestaciones que hacen más comprensible la observación hecha por Jung hace medio siglo de lo que podía serlo en 1941. Piénsese tan sólo en la necesidad de una comprensión del mundo y una configuración de la vida integrales, unida a los esfuerzos por alcanzar un conocimiento interdisciplinar en el que se tome nuevamente en serio la dimensión de lo espiritual, de lo que confiere sentido a las cosas. Sin duda, no se puede derivar de ello la recomendación de un retorno a Paracelso y a las figuras afines del pasado. Pero, por otra parte, no hace falta especial justificación para cerciorarse de la «herencia viva» que yace oculta bajo algunas ideas epocales. Merece la pena examinarla de nuevo desde un punto de vista crítico.

Para ello sirve de ayuda la selección de obras que Jolande Jacobi, una destacada alumna de Jung, publicó por primera vez en 1942. Lo hizo con apoyo de C. G. Jung, que le prestó ayuda especialmente a la hora de confeccionar el glosario a emplear para la lectura de Paracelso. Hemos de hacer notar que la reedición actualizada se hace también bajo el signo de un doble aniversario: el 24 de septiembre de 1991 se conmemora el CDL aniversario del fallecimiento de Paracelso; el V centenario de su nacimiento es en 1993.

Sobre la reedición

Como se verá en la bibliografía adjuntada en anexo, actualizada y ampliada por el abajo firmante, hay distintas ediciones del texto que responden al estado de la investigación y las necesidades del usuario en cada momento. Aparte de la vieja edición, redactada por Huser (en el siglo XVI), y de la nueva de Will-Erich Peuckert, en texto normalizado, sigue siendo definitiva la edición de las obras completas a cargo de Karl Sudhoff y W. Matthiessen. En ella se basa la presente selección, llevada a cabo por Jolande Jacobi y dotada de un esbozo biográfico.

A la editora de 1941 y 1942 le importaba acercarse a los grandes temas

[13] C. G. Jung: «Prólogo a *Paracelsica*» (ver nota 10).

del de Hohenheim que también son importantes para el lector de hoy. Nos referimos al hombre, situado en los puntos de intersección de Dios y la Creación, la mortalidad y el destino, el pensamiento y la acción. Ya con esto queda claro algo de la visión universal que, hoy como ayer, caracteriza al médico Paracelso. Nunca se dedica sólo a la Medicina en el estricto sentido de la palabra, por no hablar de los planteamientos de un moderno especialista médico. Siempre se rige por el viejo principio hermético: «Como arriba, así abajo», es decir: todo está unido a todo... un criterio redescubierto en la actualidad.

En lo que se refiere a la configuración lingüística de las unidades textuales seleccionadas, Jolande Jacobi señala al respecto en su prólogo (1942):

> Para facilitar el acceso a Paracelso al hombre dedicado a su esfuerzo cotidiano, a los interesados e intelectuales de toda condición y a los amigos de la Cultura alemana, sin distinción de lengua materna, se ha asimilado al uso lingüístico actual el alemán de Paracelso, a menudo oscuro, impenetrable, arbitrario en estilo, estructura y forma de expresión y alguna vez incluso intencionadamente encubridor. Naturalmente, esto significa algo más que una mera «traducción». Porque a la asimilación tenía que ir unida una interpretación. Este comienzo aparentemente osado puede tener su justificación, si se piensa con calma. Paracelso habló y escribió en un moderno alto alemán temprano que, no obstante, como por así decirlo personal creación, contiene numerosas formaciones verbales arbitrarias, latín vulgar y expresiones dialectales del interior de Suiza.

Con ello se apunta la tarea de la editora. Una pequeña prueba de la lengua original de Paracelso (o de la de sus transmisores) la ofrecen las citas anexas a la biografía. Están tomadas, en su tenor literal y ortografía, de la edición completa de Sudhoff. J. Jacobi observa: «Son "confesiones" que deben transmitir toda su originalidad en el ámbito de lo subjetivo, allá donde el contenido sentimental tiene prelación sobre el intelectual». El resto lo hacen las numerosas expresiones contemporáneas que recorren todo el libro. Están recogidas en detalle, igual que las citas, en el anexo.

Finalmente, hay que alegrarse de que el editor de las obras completas de C. G. Jung haya añadido dos pertinentes conferencias del psicólogo a modo de postdata: la conferencia sobre Paracelso pronunciada en junio de 1929, en el marco del Club Literario de Zurich, en la casa natal de Pa-

racelso y en el Puente del Diablo de Einsiedeln, y la conferencia mencionada al principio, pronunciada con ocasión de la celebración del IV centenario organizada por la Sociedad Suiza de Historia de la Medicina y de las Ciencias Naturales, el 7 de septiembre de 1941 en Basilea. Ambos textos están tomados del tomo XV de las obras completas de C. G. Jung.

Finalmente, siguiendo las palabras del psiquiatra, sólo queda constatar una cosa: Paracelso es una de esas grandes figuras del Renacimiento que hoy, después de cuatrocientos cincuenta años, sigue resultándonos problemática en su abismalidad o, para decirlo con palabras de Paracelso sobre Paracelso: «Quien sea fiel y devoto del enfermo, quien quiera seguir a la Naturaleza en su Arte, ése no huirá de mí».

Gerhard Wehr
Schwarzenbruck bei Nürnberg,
en el CDL aniversario de la muerte de Paracelso

Prólogo

Toda «selección» es un riesgo. No sólo porque, a pesar de toda la intención de objetividad, estará siempre condicionada por el gusto de la época y por la ubicación intelectual de quien la lleva a cabo, sino sobre todo porque se plantea la tarea de recoger y transmitir una totalidad mediante el desgajamiento de sus partes. Pero igual que el Cosmos se disuelve en mil contradicciones cuando fijamos la vista en sus manifestaciones aisladas, también la personalidad –tanto más cuanto más amplia, más rica en tensiones y más multiforme sea– se disgregará en contrastes en apariencia incompatibles e insuperables en cuanto se espere recogerla mostrando todas sus facetas.

Por eso, querer delinear en su integridad y singularidad a Paracelso, ese hombre enigmático de un tiempo en transición, ese genio arbitrario cargado con el dinamismo de una época agónica y pugnaz, mediante una selección de sus escritos completos, parece tener pocas expectativas de éxito. Partiendo de ello, se ha evitado conscientemente el querer atestiguar todos los ramificados ámbitos del pensamiento y la creación de Paracelso mediante sentencias aisladas; antes bien, esta compilación estaba orientada desde un principio a mostrar al gran solitario –liberado de todo lo que no es más que temporal y accesorio– únicamente en sus rasgos esenciales y válidos a largo plazo. Si se mira hacia ellos, resplandece esa «unidad interna» a cuya orientadora luz la falta de consecuencia que pueda haber en la ilación de los pensamientos, algunas oscuridades en la formación de los conceptos, todas las aparentes discordancias intelectuales y espirituales parecen sólo sendas accesorias de un camino trazado con amplitud y claridad.

Desde ese punto de vista, los textos seleccionados se aunaban por sí mismos en un resumen de la imagen del mundo de Paracelso, guiada por la línea conductora «hombre-Dios», que empapa e irradia todos los terrenos como una vertical que se lanza hacia lo alto. Toda la obra de Paracelso es como un hilar ese mismo tema en variaciones siempre nuevas, y re-

cuerda ora la ornamentación del gótico tardío, misteriosamente enmarañada y a menudo recargada, ora la clara y refinada línea de una fuga de Bach a varias voces. El hombre, como punto de partida y central, es su motivo fundamental. En el hombre culmina toda vida. Es el centro del mundo; todo está referido a él. «En él se tocan Dios y la Naturaleza» (Waltershausen). Como imagen de Dios, ocupa el nivel máximo en el Cosmos.

El principio de una jerarquía de la creación, que va desde lo material hasta Dios como máxima cima, fue para Paracelso el punto desde el que supo conjugar todas las contradicciones de una mística natural de tintes paganos y una fe cristiana y devota. La forma en que supo fundir en su personalidad ascetismo y alegría de vivir, piedad y sereno empirismo, espíritu de investigador en las ciencias naturales y esperanza de salvación, agudas dotes de observación y apasionada sentimentalidad, conciencia crítica y temperamento volcánico sigue siendo hoy para nosotros, gentes desgarradas, misterio y nostalgia al mismo tiempo. Fuera cual fuera la forma de expresión con la que pugnara por hacer una afirmación exacta sobre los grandes temas del hombre, el mundo y Dios, ya ocurriera en el lenguaje de la Medicina, de la Magia, de la Alquimia, de la Astronomía o de otros campos de la vida y del pensamiento de su tiempo, lo único que quiso siempre fue dar testimonio del hombre, de su relación con el creador y la creación, su dignidad y su camino, sus obligaciones y sus tareas.

En este orden del mundo del máximo y más consecuente carácter «antropocéntrico», como pocos lo percibieron antes que él y casi ninguno después de él, todo fluye lógicamente de la misma fuente; en él la profesión se convierte en vocación, la artesanía en arte, la ciencia en sabiduría. A la vista de esta gran línea, todo lo demás resulta hojarasca, floreciente o seca, pero nunca decisiva para sus conocimientos. Para serle completamente fiel, en la presente selección se ha renunciado a todo lo específicamente médico, lo diagnóstico, lo terapéutico, lo especializado. Sobre todo, había que mantener alejada de los textos la atmósfera de la superstición, que tan fácilmente y durante tanto tiempo veló su verdadera imagen. En consecuencia, había que excluir aquí el a menudo resaltado aspecto del astrólogo, el vidente, el mago, el visionario, el fabricante de oro, experto en amuletos y taquígrafo, etc. Dado que nos falta el trasfondo de una visión del mundo, no podríamos hacer justicia a la mente que se dedicó a tales áreas; hoy sólo podríamos y tendríamos que malen-

tenderle. Hemos perdido casi por completo la conciencia de aquellas grandes relaciones que Paracelso aún tenía. Pero, dado que en la obra de Paracelso cada miembro está unido orgánicamente al otro, los que más profundicen distinguirán aún en el material presentado los rasgos básicos de los terrenos pasados por alto.

Por las mismas consideraciones, se ha optado por ignorar en la selección todo lo polémico, lo incidental, lo demasiado subjetivo en la obra. Aunque una observación psicológica podría interpretar estas peculiaridades como resentimiento, como compensación, como expresión de un carácter volcánico en el que las contradicciones del espíritu de la época se resumían en rencor, o como parte de la aspereza del lenguaje de la época, siguen teniendo una importancia secundaria para lo esencial de la personalidad de Paracelso y su voluntad. Tras ellas resucita, sin que le afecten, el arrojado e incansable buscador de Dios, el humilde ser humano Paracelso, en su figura más propia. Y esta figura conserva aquellos valores que son imprescindibles para nuestra cultura cristiano-occidental en el presente y en el futuro. Forman la «herencia viva» que quizá pueda quedar temporalmente ignorada, pero que con la aparición de nuevas corrientes espirituales reaparece bajo una luz cada vez más brillante y ejerce unos efectos cada vez más fuertes, aunque sólo podremos volver a comprender sus últimas profundidades cuando este mundo tantas veces secularizado se haya reencontrado con su Dios y su polinómico orden.

En la selección de Hans Kayser, publicada en 1924 en Leipzig y extraordinaria en su género, se puede leer aún que el mundo de Paracelso es «completamente ajeno a la época actual, y sólo raras veces en contacto con ella». Pero ya hoy Paracelso nos dice más que a nuestros padres. Esto parece no ser casualidad, y la creciente comprensión de su figura no se debe a la conmemoración de los cuatrocientos años de su muerte. Porque, como él, también nosotros somos hombres de un gran período de transición, también somos puente, que ha de unir una orilla que se hunde con otra que apenas empieza a emerger, por encima de una corriente que todo lo arrastra. Su necesidad es similar a la nuestra, también podemos compartir su ansiedad. Por eso, al contrario que antaño, los pensamientos de Paracelso ya no deben estar reservados sólo al médico, al científico de la Naturaleza o del Espíritu o al místico, sino que deben hacerse accesibles al creciente número de buscadores de todos los estratos sociales. Al hombre que ha vuelto a ser receptivo a la alabanza de la

criatura y de su creador, al hombre que está en el camino hacia una nueva realidad, esta selección de escritos podría transmitirle una idea de la poderosa visión de aquel gran hermano.

Para facilitar el acceso a Paracelso al hombre dedicado a su esfuerzo cotidiano, a los interesados e intelectuales de toda condición y a los amigos de la cultura alemana, sin distinción de lengua materna, se ha asimilado al uso lingüístico actual el alemán de Paracelso, a menudo oscuro, impenetrable, arbitrario en estilo, estructura y forma de expresión y alguna vez incluso intencionadamente encubridor. Naturalmente, esto significa algo más que una mera «traducción». Porque a la asimilación tenía que ir unida una interpretación. Este comienzo aparentemente osado puede tener su justificación, si se piensa con calma. Paracelso habló y escribió en un alto alemán temprano, que no obstante, como por así decirlo personal creación, contiene numerosas formaciones verbales arbitrarias, latín vulgar y expresiones dialectales del interior de Suiza. Es incansable, en apariencia en busca de una mayor precisión e impacto, a la hora de dar a lo ya mencionado expresiones siempre nuevas, de reforzar en cierto modo lo ya dicho en constantes repeticiones y giros, circunstancia que dificulta notablemente la comprensión de sus escritos.

A partir de una nueva y desacostumbrada visión de las cosas, tuvo que crearse, obligado por la necesidad, un nuevo lenguaje que en su dinámico grafismo se adecuara mejor a sus intenciones que uno abstracto y conceptual o que la lengua latina de sus contemporáneos científicos. Sus escritos están entretejidos de manifestaciones de temperamento, expresiones de fuerza y extrañas comparaciones, de concepciones a menudo fluidas y poco definidas, que parecen responder más al actuar y tejer de la vida que a los rígidos conceptos y palabras tradicionales. Cuando se leen sus obras se tiene muchas veces, a pesar de toda la fuerza que brota de ellas, la impresión de un primer esbozo plasmado con furia, en el que intentara aclarar y retener la corriente de sus pensamientos sin haberlos reducido ya a lo esencial; lo que puede haber sido otra de las razones de que produjeran tantos malentendidos. Dado que tenemos pocos manuscritos del propio Paracelso y nuestras fuentes principales están formadas por las ediciones publicadas después de su muerte, a finales del siglo XVI y principios del XVII, por Huser, Bodenstein y otros, tenemos que atribuir a esa circunstancia numerosos puntos oscuros, a pesar de todo el análisis crítico textual y corrección posteriores, como el llevado a cabo por

ejemplo por Sudhoff. Sin duda estas ediciones siguen los manuscritos originales, pero a menudo, debido a la letra difícil de descifrar, contienen y nos transmiten inexactitudes, muchas veces incluso amputaciones. Además, como es sabido, Paracelso casi siempre dictaba sus escritos, y a tal velocidad «como si el diablo hablara por su boca», según afirmaba su discípulo Oporino; con frecuencia fueron escritos de memoria por sus discípulos, y algunos incluso traducidos al latín sobre la marcha. De ahí que casi cada una de sus obras tenga diferente carácter lingüístico, y haya por así decirlo que «familiarizarse» de nuevo con cada una. Así pues, no se puede hablar en el caso de Paracelso de manifestaciones verbal o artísticamente depuradas y ponderadas. Y dado que de todas formas lo que aquí importa es «sólo» la totalidad intelectual y la intemporalidad de su visión del mundo, se ha llegado –con todo el respeto a la expresión concreta– en primer término a una reproducción del sentido en un lenguaje accesible para todos. Por tanto, la absoluta exactitud de palabra y giro tuvo a menudo que ceder el paso en favor de una elaboración más clara del espíritu y la voluntad de Paracelso, cuya custodia y en ningún caso violación era el más sincero anhelo.

Por eso, parecía justificado –sobre todo cuando esta selección no tiene pretensiones científicas de ningún tipo, sino que ante todo quiere ser una introducción fácil de leer, comprensible y clara– tratar el material como si estuviera en lengua extranjera. El riesgo de exponerlo al malentendido por una reproducción inexacta no era mayor que el de entregar a Paracelso al lector en texto original. Con todo, una pequeña prueba de la lengua original de Paracelso la ofrecen las citas anexas a la biografía (cuyo tenor literal y ortografía está tomado de la edición completa de Sudhoff). Son «confesiones» que deben transmitir toda su originalidad en el ámbito de lo subjetivo, allá donde el contenido sentimental tiene prelación sobre el intelectual.

No se pudo evitar el que en tal versión se perdiera también algo del polen del lenguaje y del aroma medieval del contenido, aunque en ningún caso se han tocado las comparaciones y metáforas y lo tachado sólo elimina la hojarasca o puntos eventualmente duros, sin interrumpir el dinamismo propio del curso de los pensamientos. Se intentó constantemente mantener en el estilo y en la elección de las palabras la fuerza y aspereza del lenguaje de Paracelso, y no dar entrada al alemán de raíz más moderna.

Las numerosas ilustraciones se ofrecen como un apoyo eficaz a la hora de aclarar lo que en el texto pueda ser poco claro y extraño. Deben contribuir a la comprensión del espíritu de aquella época e ilustrar el contenido de las citas. Todas las ilustraciones proceden de la época de Paracelso. Una serie de ellas le fueron probablemente conocidas. Son testimonios elocuentes de la vitalidad, profundidad y fuerza de configuración de la voluntad artística que florecía por doquiera tras la invención del arte de imprimir y hallaba su plasmación, entre otras cosas, en una gran cantidad de tallas y dibujos, característicos y de alto valor, destinados a la decoración de los libros. En una mezcla de contenidos místico-simbólicos y materiales tomados de la vida cotidiana, aportan una atractiva muestra del mundo de concepciones y la vida de la Baja Edad Media, y esperan poder aspirar a un interés histórico-cultural.

En las ilustraciones reproducidas aquí están representados la mayoría de los ilustradores de aquella época, entre ellos también algunos grandes artistas contemporáneos de Paracelso, como Durero, Leonardo da Vinci, Holbein, Burkmair, Amann y Weiditz. No solamente pueden facilitar el sabor del espíritu de la época y revivir su atmósfera, sino constituir, por así decirlo, un hilo conductor que atraiga marcándole el camino la curiosidad y los sentidos del lector y le facilite también la orientación temática.

La selección misma se hizo sobre la edición completa de los escritos de Paracelso realizada por K. Sudhoff y W. Matthiessen, *Obras completas de Paracelso* (15 tomos en 2 secciones, O. W. Barth, Munich, y E. Oldenbourg, Munich). Las distintas citas se indican en anexo en una tabla propia y se pueden encontrar por tanto fácilmente en la edición completa con ayuda de esta tabla. Se ha adjuntado también una lista de las ilustraciones, con indicación de la fuente y su descripción. En apoyo de la elaboración lingüística y en la confección del glosario se emplearon además las ediciones originales de Huser, las de Adam von Bodenstein, Steyner, la selección de escritos de Hans Kayser y otra serie de obras. Están reseñadas en la parte bibliográfica. El apunte biográfico que antecede a la selección no tiene la posibilidad de ser realmente exhaustivo ni en sus datos ni en la apreciación de la personalidad de Paracelso; más bien quisiera ser una incitación a profundizar en las numerosas biografías descriptivas e interpretativas, algunas de las más importantes están recogidas en la bibliografía del anexo. Hay que destacar entre ellas, de las antiguas, las de

Strunz y Netzhammer; de las recientes, las de Betschart y Sticker; para las personas interesadas en la problemática religiosa, se remite a la de B. von Waltershausen.

Una lista de lugares e ilustraciones, un cuadro sinóptico de bibliografía, pero sobre todo el glosario, deberán servir de guía a quienes se adentren en el mundo de Paracelso. Aunque el lenguaje de Paracelso apenas se puede «explicar» y lo mejor es absorber sus imágenes, dejar que su dinámica actúe sobre uno, para entender qué es lo que hay «detrás de las palabras» –que en él siempre es lo esencial–, el glosario se esfuerza en orientar brevemente, de forma fácil de entender y sin todo el lastre científico de un erudito, sobre las expresiones específicamente paracelsianas y el sentido de su empleo. Debe representar, por así decirlo, un pequeño comentario a esta selección e iluminar e ilustrar lo que todavía haya podido quedar poco claro. No obstante, en una autolimitación consciente, abarca solamente aquellos conceptos y expresiones que aparecen en los textos recogidos aquí.

La orientación hacia un punto de vista unitario, la elaboración lingüística y la rica ilustración podrán quizá hablar en favor de la edición de esta selección de escritos. Junto con la bibliografía sobre Paracelso, hoy en día ya casi inabarcable, espera aportar su contribución y afirmar su espacio, dentro de su humildad firmemente delimitada. Con las palabras de Paracelso, no tiene otro objetivo que llevar al hombre moderno, en medio de su confusión, esa fuerza y esa fe que emanan de todo ser y todo actuar imperecedero y creador, ningún otro objetivo que ayudarle a apoyarse en la imagen de la *compositio humana* de Paracelso, en la nobleza y dignidad que atribuyó a los hombres, para sacar nuevas fuerzas de ello.

Quisiera expresar una vez más aquí mi más sincero agradecimiento al profesor Dr. C. G. Jung por su apoyo en la composición del glosario, así como a él y al Sr. Oskar Schlag por facilitarme valioso material gráfico y literario, pero sobre todo al profesor Dr. Horst von Tscharner, que me ayudó en el esclarecimiento filológico de los textos.

Dra. Jolande Jacobi
Zurich, otoño de 1941



Paracelso:
Su vida y su obra

Que no sea vasallo de otro
quien puede ser su propio señor.

Sólo conocemos los contornos de la vida de Paracelso. Unos pocos datos de su paso por el mundo y una obra que parece casi sobrehumana son todo el material concreto que de él poseemos. Lo demás se ha perdido, envuelto ya en una abundante mitología en la que el aspecto supratemporal de este hombre enigmático resplandece aún con más brillo. Una figura más bien flaca, rechoncha, fácilmente irritable, de manos sensibles y nerviosas y un cráneo pelado relativamente grande, enmarcado por un círculo de cabello un tanto hirsuto, en el que se asientan unos ojos llameantes de misteriosa profundidad... así vive su imagen externa en la memoria. De su acción nos informan en algunos lugares singulares cubiles de alquimista; son mostrados al viajero curioso con temeroso respeto, con sus extraños crisoles, retortas y redomas, y están acompañados de extraños relatos sobre el maravilloso doctor de antaño. Las etapas del camino, cubierto de luchas y preocupaciones, que Paracelso recorrió desde su nacimiento hasta su muerte, dan testimonio –hasta donde las conocemos– de una vida inconstante y desgarrada. Dejan al tardío explorador margen suficiente para llenarlo de poesía y verdad.

Sobrepasándolo todo está su obra, los innumerables escritos que dejó; atestiguan una titánica pulsión creadora, una fuerza creativa y una potencia intelectual que abren horizontes y discurren incesantes a través de los tiempos. Estos textos son algo más que ideas plasmadas por escrito; son a su manera reflejo de las profundidades espirituales en las que la palabra y la vida permanecen entretejidas en una mítica urdimbre aún por separar. Así, representan leyenda y aserto en un ser actuante que, justificado sólo por sí mismo, nunca puede no obstante ser medido con la vara de la pon-

deración consciente y la conclusión lógica ni valorado en su descomposición analítica.

La esencia de un hombre cuyo espíritu desciende a las profundidades originarias casi nunca se puede recoger en su biografía plasmada documentalmente. La verdadera personalidad siempre es más que un devenir biográfico definible; la mayoría de las veces, lo que se puede establecer históricamente solamente abarca a la persona. Porque ser personalidad significa siempre incluir algo cuya descripción escapa ampliamente a la expresión con palabras y en el mejor de los casos sólo se puede intuir. La esencia de la personalidad es su núcleo vivo y actuante, alimentado por el seno materno de la profundidad espiritual; en este fondo del alma se mantiene guardado el tesoro de las imágenes eternas, de las que procede todo lo creativo. Y cuanto más se aventure el hombre en sus profundidades y, reavivándolas, se empape de sus secretos, tanto más rotunda será la amplitud de su acción, tanto más fuerte la fascinación que de él emane. Sin embargo, cuando este núcleo esencial de la personalidad se vuelve tan potente que su fuerza de irradiación revienta la corteza individual y la disuelve por así decirlo al atravesarla de mil maneras, entonces se ha puesto un límite a la palabra descriptiva y explicativa, entonces el reino de las sagas y los mitos campa por sus respetos. En este reino ya no es necesaria la intermediación, porque su lenguaje es el lenguaje común a todos los hombres, al que cada uno tiene dado el acceso en el fondo de su propia alma. En él todo lo individual tiene espacio como alegoría y se funde en algo de validez general en el mito. En el mito, el destino del individuo se alza al ámbito de lo intemporal, y su sentido se convierte en símbolo para todos los tiempos. Pero sólo cuando el individuo haya experimentado profundamente alguna vez, en el espejo del símbolo, lo que en él es individual e irrepetible como parte de lo humano, general y permanente, podrá confiarse de verdad a la gran corriente común de la vida que fluye a través de la Humanidad. Sólo entonces podrá liberarse de su aislamiento y ser consciente de su integridad, que abarca los dos mundos, el individual y el colectivo. Por eso las épocas de agobio intelectual y espiritual, en las que el ser humano ya no se orienta porque ha perdido la conexión con este origen intemporal dentro de sí, son a un tiempo las épocas de nacimiento y floración de los mitos. En tales épocas, una vida incrementada emana de sus imágenes preñadas de parábolas, y las gentes se vuelven especialmente receptivas a sus verdades ocultas. Y una y otra

vez, cuando se invocan esas imágenes, liberan el eco de una alegría que vuelve a reconocerse; una liberación que trae al mismo tiempo solución y redención al alma solitaria. Pero aquí radica en última instancia el misterio del valor simbólico de un destino individual.

Esto puede decirse, para nosotros, de la vida y obra de Paracelso.

Philippus Aureolus Theophrastus Bombastus von Hohenheim, llamado Paracelso, nació en el año 1493 en Einsiedeln, antiguo y honorable lugar de peregrinación de Suiza, hijo único del noble suabo Wilhelm von Hohenheim, de la estirpe de los Bombaste, y de la hija de un servidor del templo de Einsiedeln, Els Ochner. De su padre se dice que era hijo ilegítimo de una familia de caballeros venida a menos, y que sufrió por ello durante toda su vida. En un bello retablo en madera que todavía se puede contemplar en Salzburgo se le ve con una expresión inteligente, algo melancólica, con el clavel nupcial en la mano, como hombre de carácter honrado y reflexivo. La madre descendía de las gentes del templo de «Nuestra Señora de Einsiedeln», «situado bajo la autoridad del abad del mismo nombre». Conforme a los principios jurídicos de la época, el niño descendía de la mano «izquierda», la «más débil», y por eso los derechos de sucesión correspondieron siempre al señor feudal, en este caso la abadía de Einsiedeln. Así apadrinaban la cuna de Paracelso la virtud medieval-caballeresca, la aspiración a una mayor formación, por parte del padre, y un sano tener los pies en el suelo y una profunda fe en Dios por parte de la madre. La dispar herencia que así recibía no dejaría sin duda de influir en la riqueza de tensiones que albergaba en sí un cuerpo más bien débil.

Pero también el paisaje del que el ánimo infantil recibió sus primeras impresiones puede haber sido codeterminante. Rodeada de severas y empinadas montañas, la pequeña localidad de Einsiedeln está como encerrada por su entorno en un suave cuenco maternal de inflexible dureza, pero humildemente abierta al cielo. En medio de oscuros bosques de abetos y verdes alfombras, atravesada por el espumante arroyo silvestre del Sihl, en su corazón el gran templo visitado cada año por miles de devotos peregrinos, es una imagen fiel de la vida, en la que cada día emprenden nueva lucha la eternidad y la fugacidad. Cruzando el Puente del Diablo, en el que según antigua tradición estuvo la casa natal de Paracelso, la senda de los peregrinos llevaba al santuario de la Madre de Dios, extrañamente simbólico del propio Paracelso, de las viviendas interior y exterior

entre las que estuvo tendido su paso por el mundo. Simbólico es ya el puente como lugar de nacimiento para un hombre de aquel siglo XV que se iba, cuyas agrietadas contradicciones habían producido personalidades de la magnitud creadora de Lutero, Miguel Ángel, Leonardo da Vinci, Kepler, Copérnico, Erasmo de Rotterdam, Durero, Holbein y otros grandes talentos. No es éste el lugar para delinear esta época y el papel que Paracelso tuvo en ella; ello puede quedar reservado a biografías de mayor alcance. Pero, sin entrar en la estructura intelectual de aquella época de cambio –cuyas bruscas transformaciones para la Historia europea quizá sólo tengan parangón en la época actual, y en cuya conformación el propio Paracelso tuvo un papel tan decisivo–, no se puede hacer justicia a la personalidad paracelsiana, si es que ésta es abarcable siquiera.

Pues también sobre el telón de fondo de la Historia de la época Paracelso sigue siendo una manifestación única, no influida por ideas efímeras. Es difícilmente posible clasificarlo bajo cualquier concepto. Y cuando sus biógrafos quieren caracterizarlo ora como hombre del Renacimiento, ora como del Gótico, esto no hace sino mostrar lo amplia que tuvo que haber sido su personalidad, y que fue precisamente esta amplitud, que integraba todas las contradicciones en una unidad creadora, lo que representaba su esencia.

El armonioso matrimonio de los padres –del que dice: «En casa de mis padres había paz y tranquilidad»–, la fuerza unitaria que entonces tenía la Confederación suiza y su siempre viva y ferviente unión con Dios pudieron ser los factores compensadores de los grandes contrastes que herencia, paisaje y época de cambio le aportaban. Formaron el contrapeso con el que pudo alzar a la categoría de síntesis todo lo que de contradictorio había en sangre y entorno, condicionamiento intelectual y espiritual, interno y externo.

A los nueve años, Paracelso comienza ya la gran peregrinación. Tras la muerte temprana de su madre, emigra con su padre a Villach, Carintia, «mi otra patria, tras el país de mi nacimiento», como él la llama. El padre, médico él mismo, y que ya al nacer, con sentido profético, le había bautizado como al discípulo de Aristóteles, Tyrtamos Theophrastos de Eresos en Lesbos, y llamaba al rubio muchacho con el apelativo cariñoso de «Aureolus», será determinante a la hora de elegir su profesión. Desde su primera infancia, Paracelso le verá dar consuelo y ayuda médica a los peregrinos que pasan; querrá imitarlo. Es el padre el primero que

introduce a Paracelso en las maravillas de la Naturaleza, el que le da como amigos hierbas y piedras, agua y metales, y le enseña los fundamentos de la medicina. Pero pronto el joven se echará al mundo, de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, de país en país, para calmar su ansia insaciable de aprender. Las huellas históricas del camino que Paracelso recorrió en su apasionado deseo de vivencias y de saber se han perdido casi por completo; sólo por indicaciones dispersas en sus escritos sabemos algunas cosas al respecto. Por ellas sabemos que adquirió muy pronto conocimientos químico-metalúrgicos y tuvo acceso a la alquimia, pero sólo después sería iniciado en sus secretos por Sigmund Füger, en Schwaz (Tirol). Junto con la de Viena, pudo haber visitado una serie de universidades en Italia, procurándose allí una concienzuda formación en todas las ramas entonces existentes de las Ciencias Naturales y la Medicina, en las doctrinas de los filósofos griegos y de los grandes médicos Hipócrates, Areteo, Galeno y otros. En Ferrara alcanzó en 1515 el birrete de doctor, y se supone que fue por la misma época, con el pecho henchido de ganas de actuar y conforme a la costumbre humanista, cuando se atribuyó el sobrenombre de Paracelso. Este paso, junto con el predicado de nobleza Bombast (*Baumast*=rama) de su padre, que después sería erróneamente considerado mote –por su lenguaje hiperbólico (*bombastisch* significa «ampuloso» en alemán)– por sus sucesores, ha contribuido mucho a su fama de persona soberbia y altanera.

Aunque ya doctor en Medicina y erudito en todas las ramas de la ciencia, lo que le hubiera permitido asentarse y ejercer su oficio, la pulsión de ver más, de aprender y saber más, no le abandonaba. Recorrió como un fugitivo todos los países. Apenas quedó en Europa alguno que no visitara. En su camino encuentra guerra y paz, pueblo y ciudad, mar y montaña, pobreza y tribulaciones. Nadie le resulta demasiado inferior ni superior en rango como para no poder aprender de él: «¡Aprende, aprende, pregunta y pregunta, y no te avergüences!» suena continuamente en sus oídos. Barberos y aguafuertistas, curanderas y gitanos, monjes y sencillos campesinos le son tan bienvenidos como médicos, devotos abades, caballeros, príncipes o incluso reyes. Aprender y ayudar, en esto se agota este incansable caminante. Según sus propios testimonios, llegó desde España, Portugal, Francia e Inglaterra, por toda Alemania hasta Suiza y Moscú, después de vuelta a través de Polonia, Austria, Hungría, Croacia e Italia, hasta llegar a Sicilia, Rodas, Creta, Constantinopla y Alejan-

dría. En 1522 toma parte en las guerras de Venecia, después como médico militar en los Países Bajos y en Dinamarca. Las universidades de París, Oxford, Colonia, Viena, Padua y Bolonia son las estaciones de su sed de saber. Tan incansable actividad asombra, y es apenas comprensible cómo las posibilidades de viajar de la época –aunque en aquellos tiempos la visita a lugares lejanos era costumbre entre eruditos e ilustrados– permitieron llevar a cabo tan dilatada peregrinación en unos pocos años. Suena más bien como una leyenda.

Si la existencia terrena de Paracelso fue un no estar anclado en ninguna parte, un constante estar en camino, en contraste con ello toda su creación está profundamente enraizada en un lugar de inamovible cosmovisión. Fue como una poderosa encina: su fe inconmovible en el orden divino y su estructuración sensata fue la raíz de la que su obra creció como un tronco enérgico y se desplegó en una amplia corona en la que sólo las ramas y hojas más exteriores representan su vida histórica. Paracelso fue un fanático de la experiencia. De los libros, de las universidades, decía, sólo se puede aprender un saber de papel, que tiene que fracasar frente a la realidad de la vida. Sólo tiene valor aquello que se basa en la propia experiencia, en la fuerza de la visión; sólo en ello se puede confiar realmente. Está por encima de todo lo pensado e ideado. ¡Cuánto «saber vivido» pudo acumular en sus interminables viajes este hombre abierto a todo! Naturaleza y hombre le abrieron sus profundidades más íntimas. Diariamente tenía ante la vista su cruel dureza, pero también su dulce disposición a ayudar. Cada vez es más consciente, de un modo más neto, de la tragedia de ser hombre, pero también de su nobleza, y esto aumenta su voluntad de compensar esta discrepancia mediante una acción que reúna conocimiento y hecho, palabra y obra en una sola unidad. Por eso el ser médico es para él una misión sagrada, una especie de sacerdotal mediación entre Dios y el enfermo, que es tanto carga como máxima distinción.

Naturalmente, de semejante consideración el médico tenía que deducir una responsabilidad religiosa también en relación a su propia perfección. Tenía continuamente presente que era sólo una herramienta de Dios y tenía ante sí en el enfermo una criatura que con su alma inmortal participaba de Dios, y que sólo así se daban los presupuestos de una curación. Para un siglo de materialismo, que estuvo cerca de convertir el

alma en un «efecto hormonal», éste era un criterio difícil de asumir; hoy, sin embargo, cuando de nuevo la integridad de la persona ha vuelto al centro de la práctica médica y la inseguridad de nuestra existencia nos sale al paso de forma más inevitable que nunca, la visión de Paracelso vuelve a estar viva. Moralidad, integridad, altruismo, autoconocimiento, son cosas que para Paracelso forman parte del *ethos* básico del médico. Sólo de las palabras del corazón puede venir la curación, sólo ellas pueden hacer milagros. Ser médico significa haber recibido un cargo de Dios y ejercerlo por orden suya, o de otro modo fracasar sin remedio.

Paracelso aún no percibe la grieta que después se abrirá entre Ciencia y Religión. Quizá las profundidades de su alma no dejan de estar afectadas por la corriente del cisma que entonces discurre entre los hombres. Pero lo que sabemos de su visión del mundo y su actuación es de una magnífica unidad. Investigar las maravillas de la Naturaleza, como él hace y ve, no es un sacrilegio, tensar sus fuerzas no es una mecanización, igual que la exacta condición del ser humano, en su triple «corporalidad» de cuerpo elemental, cuerpo espiritual y cuerpo intelectual –por denominarlos aquí con los conceptos más sencillos–, no supone ninguna materialización. Porque en el gran contexto en el que todo lo creado se encuentra relacionado nada posee una vida absolutamente propia; hombre, Tierra y Cosmos son sólo partes inteligentemente engarzadas de una totalidad orgánica que hasta sus últimas partículas está sometida al poder de Dios y a su ordenamiento. El tratamiento de la peste, el tratamiento de las heridas, igual que el de la sífilis, la podagra y la epilepsia o cualquier otra enfermedad, se convierte en la misma medida en un «mandato», como la preparación de los jugos de hierbas, la fusión de los metales o la investigación de las fuentes curativas, todas creadas por Dios para ser de utilidad al ser humano, la máxima y más querida creación de Dios. Pero de utilidad sólo cuando el ser humano labora en la forma correcta, es decir, agradable a Dios. Porque la creación y todo lo que le pertenece fue puesta en marcha por Dios en forma todavía inacabada. Se traspasó la responsabilidad sobre ella al ser humano, para que *él* la perfeccionara. Más aún: ésa es la misión originaria y distintiva del hombre, llevarla a la perfección; ha sido puesto en el mundo expresamente con ese fin.

Así pues, el mundo está «en una soledad que pugna por la luz» (Strunz): esa idea es de importancia fundamental para toda la imagen del mundo de Paracelso. Impregna hasta sus últimas consecuencias todos los

ámbitos de la obra de Paracelso, que sólo bajo esa luz puede aparecer en toda su consecuencia. Bajo ella, todos los terrenos que han sido desacreditados como superstición, brujería, videncia o curanderismo se convierten en teselas de un mosaico con un único y gran tema: el conocimiento del mundo y su perfeccionamiento por el hombre por mandato del Creador. La Filosofía como ciencia del conocimiento de la Naturaleza, la Astronomía como ciencia de las interacciones entre el hombre y el Cosmos, son presupuestos imprescindibles para este mandato. Sin embargo, la esencia de esta obra de perfeccionamiento tiene su modelo en la alquimia. Sin incluirla, todo carece de sentido; conocerla, saberla y ejercerla significa elevarse de la ceguera de una vida inconsciente a la videncia de la máxima consciencia.

La alquimia hermética medieval, para la que la transmutación de los metales no sólo era un proceso concreto, químico-material, sino también un proceso intelectual y espiritual unido alegóricamente a la transustanciación, es el soporte de esta idea básica de Paracelso. La liberación del oro de sus impurezas, es decir, la transformación gradual que se produce en el proceso alquímico de la «materia prima», del material imperfecto y sin depurar, en «materia última», en su forma más pura y perfecta, es la imagen simbólica que gobierna todo lo creado. El camino evolutivo del espíritu como maduración de la personalidad, el dominio de las fuerzas naturales mediante la magia, la «preparación» de hierbas venenosas para obtener su esencia secreta y curativa o el tratamiento del cuerpo humano para liberarlo de la «impureza» de la enfermedad... todo es solamente parábola del mismo esfuerzo. Paracelso es ensalzado hoy como el primer naturalista científico moderno de la Historia de la Medicina, como el predecesor de la microquímica, de la antisepsia, del tratamiento de las heridas, de la homeopatía y de una serie de otros logros recientes. Pasa por ser una manifestación revolucionaria del arte médico, que no sin razón recibió en vida el sobrenombre de «Lutherus medicorum». Una serie de intuiciones imposible de pasar por alto, aparejada a unos criterios obtenidos en incansables experimentos, ha convertido la obra de Paracelso en un auténtico filón, y da testimonio de una fuerza creativa sin igual. Pero los principios que Paracelso aplica, ya sean la doctrina de la concordancia, la correspondencia de interior y exterior, o el principio de la complementariedad de los opuestos («médico y medicina forman parte el uno del otro, como hombre y mujer»), son la estructura del edificio de la

ciencia. Sobre los principios de analogía, identidad y compensación se basan por una parte la Quiromancia, la Fisionomía, toda la doctrina de las signaturas y las distintas «artes mágicas», y por otra los criterios de la Astrononomía, la Medicina y la Psicología. Hoy, al cabo de cuatrocientos cincuenta años, vuelven a sonarnos extrañamente familiares, aunque en la significación que tenían para Paracelso sólo puedan ser plenamente comprendidos desde una nueva visión de la totalidad, asentada sobre bases religiosas.

Porque sin duda todo este edificio doctrinal está regido por las ideas básicas de la alquimia –la depuración del oro de sus escorias, es decir, de su fabricación a partir de un metal no noble– como por los planos de un constructor, pero está levantado sobre el suelo de una fe en la revelación cristiana sin cuyo cimiento se desplomaría como un castillo de naipes. Acumular experiencias es un mandato y un presupuesto; el mundo ha sido creado para ser conocido y utilizado. En este sentido, autoconocimiento significa también conocimiento del mundo, y conocimiento del mundo autoconocimiento. Dios podrá alojarse en quien conozca ambos, que podrá sentirse «iniciado» y aspirar a lo máximo. Pero ser iniciado, ser sapiente, es un don de Dios. Y éste es un carisma que sólo se concede al que lucha por él, sólo al creyente.

A menudo divergen las opiniones sobre la posición de Paracelso respecto al cristianismo. Pero todas están de acuerdo en que no se puede obviar la profunda religiosidad de su obra y su vida. La mística de la Naturaleza que eclosiona en su época en un amplio frente que también le alcanza tenía sin duda un tinte fuertemente pagano; el propio Paracelso lo admite. Pero este tipo de mística no es para él ni más ni menos pagana que todo lo natural, atrapado en lo material y perecedero. Y esto seguirá siendo pagano mientras sea contemplado y empleado de manera absoluta, independiente, separada por así decirlo del Creador. Pero si se pone en relación con el orden divino del mundo se convierte en escuela del conocimiento de la maravillosa obra de Dios.

El atractivo y profundo concepto paracelsiano de la «luz de la Naturaleza», que surge como fuerza de irradiación interior del mundo y se manifiesta en los hombres como autorrevelación de la Naturaleza, como don de la consciencia, del entendimiento natural, sólo es para Paracelso una manifestación secundaria. Igual que la consciencia humana es alimentada por la chispa del conocimiento divino, la luz inmortal que hay

en nosotros, así la luz de la Naturaleza es «prendida» por la luz del Espíritu Santo. Ambas son una y sin embargo separadas, igual que Dios vive en nosotros y sin embargo está separado de su luz oculta en nosotros. La luz de la Naturaleza brilla para que el hombre «conozca» a su resplandor y con ello se disponga a «hundirse en la Gracia» (Strunz). «Cuando la Naturaleza te instruye, la fuerza del espíritu brota en ti», dice también el Fausto de Goethe. El dotar de alma a la Naturaleza, en la que «con impulso misterioso las fuerzas de la Naturaleza se revelan a mi alrededor» no es en Paracelso ningún animismo, como su espiritualización no es un panteísmo. Porque precisamente ésa es la confesión auténticamente cristiana de la cosmovisión de Paracelso, que el espíritu de Dios sopla *en todo lo creado de forma inmediata,* precisamente por la luz de la Naturaleza; *sólo en el hombre vive al margen de la luz de la Naturaleza, también directamente en la inmortalidad* del centro de su alma.

Quien compendie así los distintos aspectos y piense hasta el final en todo el alcance de esta concepción paracelsiana, quedará profundamente impresionado por la grandeza y consecuencia de esta imagen del mundo, precisamente en su anclaje cristiano. Es, puede decirse, integral en el sentido más literal del término «católico», universal.

Naturalmente, en el sentido de la dogmática cristiano-católica Paracelso –como en todo lo demás– era arbitrario, independiente, a menudo incluso rechazador. Como frente a toda autoridad y toda tradición, aquí también es el «protestante». Pero quizá es precisamente esa peculiaridad de su estructura mental la que le guarda de –como entonces hicieron algunos– adherirse enseguida a la senda de Lutero. Muchos de los protestantes destacados de su época esperaron, gracias a su carácter revoltoso, ganar en él a un compañero de lucha. Al parecer compitieron incluso por su adhesión. Pero Paracelso huye de todo lo puramente confesional. Lo que le interesa es lo más profundo, lo religioso a secas. Y eso, cree él, nunca se puede hallar en los formalismos de las instituciones terrenales. Anhela una renovación de la Iglesia en el sentido de una espiritualización e interiorización del cristianismo. Fustiga incesantemente, a su manera propia e impetuosa, las tendencias a la exteriorización de la Iglesia, su supuesta rigidez y estrechez. Se lanza como una tempestad contra la altanería, la pompa y el estar atrapado en lo terreno no sólo de sus colegas de especialidad, sino también de los dignatarios eclesiásticos, y nunca se cansará de anunciar su propia versión del «Evangelio originario», que sólo

conoce amor, piedad, pobreza y humildad. Su fe es en un cristianismo activo, en el que uno se entrega por completo sobre todo a la sencilla corriente de la fe, que fluye por todos los corazones humildes, y en el que toda actuación tiene que brotar de esa fuerza. «La fe sin obras está muerta», repite una y otra vez. No son las ceremonias, sino la pureza de los corazones, lo que alegra a Dios. Lo en serio que habla Paracelso lo demuestra con su propia existencia. Defendiéndose toda su vida en la escasez, perseguido y asediado, ningún necesitado le pedirá ayuda en vano. Nunca le parece demasiado el esfuerzo cuando se trata de la miseria de los congéneres. En su testamento, ordena entregar a los pobres sus pocas propiedades. Se siente una extraña conmoción cuando se lee la lista de los objetos que dejó: unos cuantos florines, unas pocas ropas y objetos de adorno; y en cuanto a libros, una concordancia de la Biblia, unas Sagradas Escrituras con las aclaraciones de san Jerónimo, una edición del Nuevo Testamento, un vademécum y una Collectanea Theologica. Guardan un contraste realmente impresionante con la enormidad de su obra.

Con semejante espíritu investigador, con esa increíble capacidad de relación, con ese ardiente espíritu lleno de fe y disponibilidad a ayudar, repleto de una fanática conciencia misionera, el apenas treintañero se lanzó a su trabajo. Con tales energías, quería actuar, imponer lo que él mismo consideraba correcto y bueno y asegurarse un lugar entre los hombres. ¿Hay que sorprenderse de que se viera ante esfuerzo tras esfuerzo? ¿De que cosechara desconfianza, hostilidad y calumnia? ¿De que fuera un solitario durante toda su vida, un mundo cerrado en sí mismo, como una esfera que rueda y en ningún sitio puede detenerse? Su entorno sólo veía en él la superficie, lo incómodo; y como lo extraordinario siempre ha despertado irritación y siempre ha provocado resistencias, Paracelso comparte con los innumerables grandes del género humano el destino de ser desconocido y perseguido. Pero «sólo el derrotado puede alcanzar la victoria. Quien conserva la vida no puede obtenerla, porque nunca ha sido golpeado. Sólo quien lo ha sido tiene la victoria. Sólo éste ha vencido», dice proféticamente, de sí mismo por así decirlo, y después añade: «Cuando haya muerto, mis enseñanzas seguirán viviendo».

Después de que en 1525 fracasara el primer intento de asentarse como

médico de forma permanente en la honorable ciudad principesca de Salzburgo, y de que Paracelso –sospechoso, de manera quizá no del todo injustificada, de haber hecho causa común con los revoltosos en la Guerra de los Campesinos– tuviera que salir apresuradamente de allí, en 1526, tras diversas escalas en Ingolstadt, Munich, Neuburg, Tübingen, Rottweil, Freiburg, Baden-Baden y muchos otros lugares, se establece en Estrasburgo; esta vez, piensa él, definitivamente. Se inscribe en el Registro Civil, según el cual, conforme al ordenamiento legal de la época, se le asigna el puesto de cirujano del gremio de comerciantes en grano y molineros. Pero sin duda el destino le negaba la posibilidad de llevar una vida burguesa y ordenada. Aún no había pasado un año cuando, respondiendo a una llamada de Basilea, vuelve a levantar su tienda. Parece que ahora se abriera finalmente el camino hacia una rápida ascensión... un ideal engañoso también esta vez, porque Basilea se convertirá en realidad en su gran tragedia. Aquí su vida exterior sufrirá la dura y grave quiebra de la que ya no se recuperará. Su puesto académico no le aportará más que un breve resplandor de fama mundana. El tratamiento con el que consigue liberar de sus trastornos al famoso impresor de Basilea Johannes Froben, que había sufrido un ataque, hace brillar su nombre con luz propia en la ciudad. Paracelso, el asocial en el fondo, el arrojado a las interminables carreteras, el crecido en las costumbres campesinas –dirá de sí mismo: «No he sido sutilmente hilado por la Naturaleza, ni tampoco es costumbre de mi tierra el que algo se logre hilando seda»–, se encuentra inesperadamente en mitad de una vida intelectual palpitante y del mayor refinamiento. En casa del impresor, que tiene sentido del Arte, se encuentra con las mejores cabezas de la ciudad, entre ellas a los hermanos Basilius y Bonifatius Amerbach, al párroco de la ciudad y dirigente luterano Oecolampadius, al gran pintor Holbein el Joven y, no en último lugar, también a Erasmo de Rotterdam, que en un escrito de agradecimiento por sus consejos médicos le confirma: «No puedo reconocer la profunda verdad de tus misteriosas palabras por la Medicina, que nunca he estudiado, sino meramente por mi simple sensación...», ¡un reconocimiento muy halagüeño de labios de uno de los más importantes humanistas de la cultura europea!

En 1526, Paracelso es nombrado físico de la ciudad por el Ayuntamiento de Basilea, y recibe con ello también un encargo docente como Ordinarius en la universidad. Liberado de las preocupaciones cotidianas, ahora tiene abiertas todas las posibilidades: enfermos sin cuento para apli-

car su arte curativo y acumular nuevos conocimientos; jóvenes ambiciosos a los que poder transmitir sus experiencias.

En la notificación de sus lecciones se dice, entre otras cosas: «Me servirán como prueba la experiencia y la propia ponderación, y no el invocar autoridades», y en otro lugar: «Me parece obligado devolver la Medicina a su estado originario y digno de elogio y, junto con los intentos de depuración de las heces de los bárbaros a los que algunos se dedican, depurarla de los errores más graves. No conforme a las reglas de los antiguos, sino exclusivamente a aquellas que hayamos acreditado en la naturaleza de las cosas y en prolongada práctica y experiencia... No son título y elocuencia, ni conocimientos lingüísticos, ni la lectura de numerosos libros –aunque puedan ser un hermoso adorno–, los requisitos de un médico, sino el más profundo conocimiento de las cosas y secretos de la Naturaleza, que compensa única y exclusivamente todo lo demás... La tarea del médico es conocer las distintas formas de la enfermedad, examinar sus causas y síntomas, y prescribir por añadidura medicamentos con agudeza y perseverancia, aportando toda la ayuda posible según las circunstancias y peculiaridades del caso... Para introducir a mi propio método docente, he sido puesto por el generoso pago de los señores de Basilea en situación de impartir públicamente dos horas diarias de medicina práctica y teórica, tanto de medicina interna como de cirugía, y de libros cuyo autor soy yo mismo, con el máximo esfuerzo y alto aprovechamiento de los oyentes» (citado según Betschart). El objeto de las conferencias que anuncia, por ejemplo, para el semestre de verano de 1527, es, entre otras cosas: «1) Proposiciones sobre enfermedades internas y sus remedios: trastornos gastrointestinales, lombrices, epilepsia, extenuación, lepra, gota, humores pulmonares, pleuroespasmos, fiebres, dolencias de la cabeza y la matriz, dolores de muelas, dolores oculares y de oídos... 2) Clase sobre medicina general y prescripción de fármacos. Introducción general a la patología específica y terapia. 3) Sobre el tratamiento de daños exteriores, lesiones, úlceras sangrantes, abscesos, tumores, pólipos. 4) Durante las vacaciones, especialmente para la "canícula", lecciones especiales sobre diagnóstico mediante pulso y orina, purgaciones y sangrías, y una interpretación de los aforismos de Hipócrates, así como aclaraciones sobre el libro de hierbas de Macer» (citado según Sticker). En verdad, un documento de incansable trabajo intelectual y actividad, tras el cual se oculta una cantidad ingente de ideas e instrucciones nuevas, autónomas, en muchos aspectos revolucionarias.

No sólo en los contenidos, también en las formas Paracelso es un destructor de todo lo ligado a la tradición. Lo que le interesa es impedir la poda de todo crecimiento propio, la «mutilación de los árboles jóvenes», como él lo llama, y dar margen al surgimiento de lo nuevo. Desde su cátedra, habla en alemán –en contra de toda tradición, que se atiene al latín–, lo que despierta expectación y oposición. Sin duda no es un orador, y él mismo afirma «que no puedo ufanarme de retórica ni sutileza alguna», sino que tiene que hablar «en la lengua de mi nacimiento y país», como un hombre nacido «en Einsiedeln, por mi país un suizo». Pero el fuego interior de su convicción le da una fuerza mágica. Su ataque contra todo uso habitual, su aparente arrogancia, su lenguaje que rebosa conciencia de sí mismo –en Basilea fue donde presuntamente se puso también el orgulloso lema *alterius non sit qui suus esse potest*– no despiertan sino resistencias contra él. Pero toda oposición aumenta también su voluntad de abrirse camino. Se hace sospechoso de no tener siquiera el grado de doctor, sino ser solamente un advenedizo, un charlatán. Sin embargo, esto no hace sino volverle más combativo y poseído de sí. Le llueven reproches de todo tipo, un libelo que se burla de él llamándolo «Cacophrastus». Él responde con más pasión aún, con más furia, e intenta superar cada insulto con otro mayor. Profundamente afectado en su sagrada fe en su ciencia y su derecho, herido en su sentido del honor y viendo que se recela de la pureza de sus intenciones, su irritabilidad ya no conoce límites. Truena contra toda costumbre sagrada, se burla de las solemnes vestimentas oficiales, de la vanidad y la «anticuada teorización y especulación» de sus colegas, a los que califica en bloque de sofistas. Se lanza contra todos los honorables catedráticos de medicina del pasado y el presente, los llama charlatanes, embaucadores, doctores de poltrona, embusteros, difamadores, mamarrachos, incluso asesinos y ladrones. En la plaza del mercado, arroja públicamente a la hoguera de San Juan el clásico tratado de medicina de Avicena, «para que toda desgracia se disuelva en el aire con el humo». Tampoco deja títere con cabeza entre los farmacéuticos, que en su opinión no anhelan sino la mentira y el provecho propio. Furioso porque el cabildo de la catedral de Basilea le ha jugado presuntamente una mala pasada con sus honorarios y por haber visto desestimada su petición por el tribunal al que apeló, profiere en un libelo amenazas contra la nobleza y, lo que es más imperdonable, no rehúye siquiera atacar a los patricios, sus propios superiores, y echarles en cara su partidismo y su soberbia. Una

cierta aspereza y sinceridad no era nada inusual en aquella época; pero Paracelso supera en este aspecto todo lo tolerable. Sus famosas frases del prólogo del *Paragranum*: «Avicena, Galeno, Rasis, Montagnana, Mesue et ceteri, ¡tras de mí, y no yo tras de vosotros!, vosotros los de París, los de Montpellier, los de Suabia, los de Meissen, los de Colonia, los de Viena y todo lo que ocupa las riberas del Danubio y el Rhin, vosotras islas del mar, tú Italia, tú Dalmacia, tú Sarmacia, tú ateniense, tú griego, tú árabe, tú israelita, ¡tras de mí, y no yo tras de vosotros! Ninguno de vosotros quedará en el más apartado rincón en que no meen los perros. Pero yo seré monarca, y mía será la monarquía, y yo la dirigiré y seré quien os ciña las espadas...» hablan claramente sobre el estado de ánimo en que se encontraba.

Al cabo de menos de un año de docencia pública –duró del 16 de marzo de 1527 al 15 de febrero de 1528–, no tiene en Basilea más que enemigos. Todo se levanta contra él y lo arrastra como una gran y única ola de odio. Se piensa poder someter al revoltoso mediante una orden de arresto; para entonces ya ha desaparecido como por ensalmo. La carretera, esa su amiga más fiel, vuelve a acogerle como patria.

La vida burguesa, la carrera académica, han terminado definitivamente. Comienza una nueva peregrinación. Pero ya no conduce al brillo exterior; sólo la luz interior aumenta con cada nuevo padecimiento. Paracelso se convierte cada vez más en un «sin techo». En ningún lugar se detiene más de algunos meses, a menudo tan sólo unos días.

Desde Basilea, busca refugio en Colmar. La casa de su amigo Laurencius Fries se le abre hospitalaria. Pero las opiniones científicas de anfitrión y huésped difieren, y pronto siguen su propio camino. En 1529, tras innumerables escalas, Paracelso está en Nuremberg, donde sus energías represadas se derraman en toda una serie de escritos. Pero el año 1530 vuelve a verlo en camino, esta vez hacia el sur. En Beratzhausen se permite una pausa breve, pero importante para su obra, porque aquí se escribirá su *Paragranum*. De allí el camino le lleva a Ratisbona, y en 1531 a St. Gallen, hasta el alcalde y médico de la ciudad Johann von Watt, llamado Vadianus, al que está dedicado el *Paramirum*, otra de sus obras fundamentales. Aquí y en sus ulteriores peregrinaciones hasta Appenzeller, que terminan llevándolo a su lugar natal de Einsiedeln, Paracelso parece haber experimentado la más profunda interiorización. Aquí el camino le

lleva al más profundo «anacoretismo», que ya no abandonará al «eremita».

De esa época proceden más de 100 tratados de contenido religioso, que introducen de forma cada vez más decisiva al buscador de Dios en los problemas de las cuestiones metafísicas últimas. Si en la juventud, curioso y sediento de saber, dirigió sus ojos más hacia la Tierra, a los treinta y ocho años vuelve conscientemente la mirada al reino del más allá. El pétreo templo sobre verdes campos que estuvo ante él cuando nació se hace cada vez más claro y brillante en sus contornos, y se amplía hasta ser templo del mundo. En cambio, cada vez percibe más su propia existencia como una estancia pasajera, un período de prueba y de examen. Porque cuanto más se aparta del mundo terrenal tanto más incómodo se encuentra en él, tanto más difícil le es adaptarse. En vano son todos sus esfuerzos por demostrar a los hombres la dulzura y piedad de su alma, en vano toda su sabiduría, sus éxitos médicos que a menudo rayan en lo milagroso. Su fama se extiende a todos los países... pero Paracelso mismo, el hombre, el cansado y combativo peregrino por el mundo, sólo encuentra allá donde va hostilidad y rechazo, sólo ingratitud y calumnia. Discordia, lucha, preocupación, miseria y necesidad se pegan constantemente a las huellas de sus pasos.

Su vida se vuelve cada vez más inconstante. Una y otra vez «despachado con desprecio», porque «es grande el montón de quienes se alzan contra mí, pero pequeño su entendimiento y su arte...», dice lleno de amarga tristeza. Arrastrado por su propia pasión, expulsado por la pasión de sus adversarios, tiene que abandonar huyendo las montañas de su patria, esta vez para siempre. Desde Suiza, vuelve a dirigir sus pasos hacia Austria; primero hacia Innsbruck, después hacia Hall y Schwaz, en el Tirol, hacia Sterzing, en el Brennero, y Merano, donde en 1534 acaba de estallar la peste. Como un mendigo y un vagabundo, raras veces duerme dos noches seguidas en la misma cama, como podemos leer, conmovidos, en sus escritos.

En 1535 se traslada del valle a las montañas, luego de vuelta al valle, arriba y abajo en constante lucha con la miseria exterior y la inquietud interior. Primero hacia el balneario de Pfäffers, después sin descanso, en busca de las «fuentes curativas», por Vintschgau y Veltlin hasta Ober-Engadin. En 1536 su rastro conduce a Baviera, a Augsburgo y Ulm, donde mantiene negociaciones con Steyner y Varnier, los dos grandes impresores, relativas a la edición de sus escritos. Fruto visible de las mismas será

ese mismo año la impresión de su *Gran cirugía*. Pero en 1537 vuelve a estar en camino hacia el este. Efferding bei Linz, Chromau, en Moravia, y la capital imperial de Viena son sus estaciones. Ansía paz y descanso. Espera ayuda del emperador Fernando I que, al parecer movido a la clemencia por los escritos a él dedicados, le recibe incluso en audiencia por dos veces y le promete subvencionar la impresión de sus obras con 100 florines. Pero también aquí la decepción se mantiene fiel a él. Lo que obtiene, en vez de la esperada ayuda material y moral, es sólo una nueva contribución a su amargo tesoro de experiencia del poder y la riqueza en este mundo.

¿Tiene sentido seguir luchando? ¿Cuántas veces se lo preguntaría hombre tan decepcionado? ¡Y cuán profundo tiene que haber sido su compromiso interior con su misión y su obra como para haber sido capaz de superar una y otra vez el «fracaso que lentamente me asfixia» de su vida mediante un impulso siempre nuevo para el trabajo! Cuando la estancia en Viena se vuelve insoportable por la labor de zapa de sus enemigos, vuelve a dirigir sus pasos hacia Carintia. En 1538 recibe en Villach el certificado de defunción de su padre, que ya lleva cuatro años «muerto y enterrado». Ha perdido también a aquel a quien ensalza como «Wilhelm von Hohenheim, mi padre, que nunca me ha abandonado», y con eso también se ha roto su último lazo terrenal. ¿Se alzan quizá ya ante él, cargadas de presagios, las sombras del crepúsculo de su propia vida?

Con cuarenta y cuatro años, se entrega a su trabajo con una intensidad que apenas se puede ya incrementar más. De St. Veit an der Glan, adonde se traslada desde Villach, peregrina por toda Carintia, recorre las montañas, valles y lagos que antaño rodearan cordialmente al joven. Es como una despedida. Le resta por hacer la confesión, rendición de cuentas y defensa, definir una vez más lo que le mueve, aquello por lo que vive. Así surgen sus famosas *Defensiones*, sus siete escritos de defensa. Son al mismo tiempo también balance, el juicio dolorosamente amargo de un hombre que, apenas alcanzada la cumbre, ve abrirse el abismo ante sí. Hace que Augustin Hirschvogel, un dibujante errante de Nuremberg –lo que sin duda tiene profunda importancia para su estado de ánimo en ese momento– dibuje su retrato como portada de la edición de sus escritos. Primero de perfil, en 1538, y nuevamente en 1540, de frente. Su inagotable disponibilidad a prestar ayuda, que nunca le dejó escuchar en vano la

llamada de un necesitado, y que a veces le obligó a cabalgar durante horas y días, el tono inflamado de pasión y la riqueza de ideas de sus escritos, no permiten advertir en ningún caso un extenuamiento de su fuerza vital en esta época. Sin embargo los dibujos son más elocuentes, especialmente la imagen tardía. La postura pretende expresar orgullo y gravedad indomables, pero la mirada es cansada, carente de luz, como vuelta hacia dentro. En torno a los ojos hay ya oscuras sombras, y los surcos del dolor bordean la boca que se ha estrechado. La dureza con que la mano aferra el pomo de la espada parece más voluntad espasmódica que firme asidero. Las piedras de la vida han molido la conciencia radiante de la victoria. En el mediodía de su camino, las nieblas de la noche se ciernen ya sobre él.

De los últimos tres años de su vida falta casi cualquier rastro. El gran silencio en el que pronto habría de sumirse se extiende lentamente sobre él, cada vez más. Un viaje a la región de Salzburgo pasando por Breslau y Viena, un consejo de médicos recogido por escrito, una visita al Wolfgangsee, son los escasos datos de esta época. Está gravemente enfermo. ¿Cómo si no iba a desoír la llamada –como se desprende de su carta al barón de Sonneck– de acudir a ver un enfermo a Pettau, «por la debilidad de mi cuerpo»? ¿Él, el siempre dispuesto? El destino parece querer poner sus últimas cadenas al viajero, al «vagabundo», como él mismo se llamaba. Desde agosto de 1540 vuelve a estar en Salzburgo, la hermosa y antigua ciudad episcopal junto al Salzach, obedeciendo al requerimiento del príncipe arzobispo Ernst von Bayern. En la casa que hace esquina al Platzl, donde hoy una placa honra su memoria, el Salzach discurre incesante bajo su ventana, igual que la corriente de la vida; pero ante sus ojos se alza, vuelta inconmovible hacia la eternidad del cielo, la empinada fortaleza de Hohensalzburg. Allí puede haberle sido fácil reflexionar y prepararse para el último gran viaje.

La cosecha está lista para ser cortada. El 21 de septiembre de 1541, a mediodía, le acomete el último ataque; las opiniones divergen sobre si a consecuencia de un cáncer de hígado o una atrofia renal. Pero tiene que haberle sobrevenido repentinamente, porque le halla en el mesón El caballo blanco, del que ya no tiene fuerzas para salir. Allí, en la «salita», sentado en un «catre de viaje» el día de san Mateo, «el 21 del mes de septiembre» –es decir, tres días antes de su muerte–, en presencia del notario

imperial Kalbsohr y varios testigos, dicta su testamento desde el lecho, con «razón, sentidos y ánimo sincero». El que siempre se había rebelado contra la tradición y el orden hace establecer documentalmente su voluntad para que se dé a cada uno lo suyo. Porque ahora se trata de comparecer en persona ante el juez eterno, el supremo médico. Y ahí cesa todo derecho establecido por uno mismo. Aquí se trata de cerrar el círculo y poner fin a la trágica lucha terrena entre la perecedera naturaleza humana y la eternidad de la naturaleza divina.

Con su testamento, Paracelso ha dejado un documento conmovedor de sus en verdad sencillas humildad y humanidad. Los cinco puntos que abarca están recorridos por un espíritu auténticamente franciscano. En primer lugar, pone «su vida y muerte y su pobre alma bajo la protección y amparo de Dios, el Todopoderoso, y tiene la indudable esperanza de que Dios eternamente misericordioso hará que los tormentos y dolores y la muerte de Nuestro Salvador Jesucristo no sean estériles y se pierdan en él, pobre hombre». Después dispone acerca de la tumba que debe albergarle, y sobre los servicios divinos para la salvación de su alma. Por último, reparte sus escasas propiedades y tiene presentes a sus amigos y parientes de Einsiedeln con unos pocos florines. Pero hace heredera universal a «la gente pobre, mísera y necesitada, que no tiene otra tutela ni beneficio».

El 24 de septiembre de 1541, apenas cumplidos los cuarenta y ocho años, la luz de la Naturaleza se extingue en su alma. El camino del conocimiento ha llegado a su fin. Pero la luz eterna que ardía en este espíritu vuelve a casa, a Dios –como el moribundo esperaba inconmovible–, a su verdadera vivienda, para resplandecer tanto más desde allí, para allí «experimentar alegría sobre alegría, eternidad sobre eternidad».

El hombre Paracelso, que salió al mundo como un espíritu libre, que interpretaba arbitrariamente incluso los mandamientos de Dios, pero lentamente tendió en el más íntimo espacio de su corazón a seguir las disposiciones de Cristo, termina como hijo fiel de la Iglesia, y en su lecho de muerte pide humildemente los Sacramentos para ser digno de la redención. *Vitam cum morte mutavit* –cambió la vida por la muerte–, dice su epitafio en el cementerio de San Sebastián de Salzburgo, donde encontró su última morada entre los pobres del asilo.

Aún sabemos menos de la vida privada de Paracelso que de los acon-

tecimientos externos de su camino terrenal. Él mismo nunca habla de cosas personales o íntimas. En su abundante obra escrita, la persona privada Paracelso no tiene palabras –o muy pocas– para lo más humano de lo humano que mueve los corazones, para los padres, los compañeros, las mujeres, el amor. También sus amigos callan al respecto. Las pocas observaciones sobre su forma de vida, su excesiva predilección por el vino, sus supuestos miedos, que hacían que no se separase de su espada ni siquiera de noche, su animadversión contra el otro sexo, no son probablemente sino opiniones malintencionadas de aquellos de sus discípulos y colegas convertidos en enemigos por envidia o enfado. Fuera como fuese, apenas le quedaría tiempo para alegrías terrenas, y en la mayoría de los casos también le faltarían medios para ello. Siempre en ruta, siempre repartiendo consuelo y ayuda, impulsado por el ansia de saber tras sus experimentos o sumido en el diálogo con su Dios, puede que no le quedaran fuerzas para nada que no fuera su obra. Esta obra valía por su vida, su voluntad y su obligación. No todo el mundo debe tener mujer e hijos, es un criterio defendido en distintos lugares de sus escritos. Porque Cristo eligió, tras los profetas y apóstoles, a sus discípulos –los «funcionarios de Cristo» en la Tierra, empezando por el médico–, y éstos están sujetos a un mandato misionero, vivir conforme al cual es la obligación más sagrada.

De hecho, la obra de Paracelso es el documento no sólo de una titánica capacidad de trabajo, sino también de un sentirse obligado hasta el final a su misión. Esta obra consumió al hombre Paracelso, devoró tempranamente sus energías y, rompiendo la cárcel del cuerpo, es con todas sus contradicciones y su maravilloso abigarramiento por así decirlo un mundo propio, cerrado en sí mismo. Junto con la enorme aportación puramente teórica e intelectual que representa, es única también en su plenitud creativa y su apasionada emoción. Brota de él como la lava hirviendo de un volcán en erupción, arrollando primero y abrasando todo lo existente para convertirse en suelo más fértil para un crecimiento aún más rico. En la edición completa de Sudhoff-Matthiessen que se encuentra hoy en prensa abarca más de 8.200 páginas (su división exacta, junto con todos los escritos reseñados por su nombre, puede verse en la bibliografía del anexo). Además, una serie de escritos siguen desaparecidos, y cierto número de ellos espera en manuscrito su edición. La obra de Paracelso abarca todos los campos de la vida y de la ciencia. Hablar aquí

de ella con alguna extensión y querer apreciarla adecuadamente desbordaría con mucho los objetivos de este apunte biográfico. Por eso, basten algunas indicaciones de lo más importante para ser contempladas como focos que iluminen en algunos puntos el edificio intelectual de Paracelso. Si se intenta ordenar su obra en segmentos articulados, se quiere responder con ello, por una parte, a una mayor claridad, y por otra a la sucesión histórica de la misma.

En los años que van hasta aproximadamente 1525 son sobre todo problemas médico-terapéuticos los que le ocupan. Es la época en que surgen los once tratados sobre distintas enfermedades, como la hidropesía, la tisis, cólicos, colapsos, lombrices, una serie de trabajos dedicados expresamente a la podagra y el mal tártaro o de la piedra, así como el *Herbarius* y otros tratados sobre medicamentos y manantiales curativos. Pero también los libros *De la concepción de las cosas sensibles en la razón*, *Del origen del hombre* (De generatione hominis), *De las enfermedades que arrebatan la razón* (De morbis amentium), en los que ya están apuntados los primeros criterios antropológico-filosóficos, tienen algo aún de la esencia práctica del ánimo joven.

En los años siguientes, sobre todo en relación con su actividad académica en Basilea, que ocupa el período 1526-1528, la medicina ocupa un espacio cada vez mayor en Paracelso. El radio de los terrenos tratados es asombrosamente grande. Abarca todo lo imaginable: desde la cirugía sobre dolencias internas y externas de todo tipo hasta los más complejos preparados farmacéuticos y químicos, que incluyen también el arte de transformar los metales y minerales. De la misma época es también su obra de juventud más importante, los *Nueve libros de Archidoxis*, un manual sobre los remedios secretos, sus virtudes y potencias. Aquí, como en una semilla, está ya plasmado todo lo que un día serán los conocimientos del hombre maduro sobre los más ocultos contextos de la Naturaleza. De la misma época son los libros *De renovatione et restauratione* y *De vita longa*. Ambos son «libros de iniciación» al saber secreto de la Muerte y el renacimiento, inmersos ya en el mundo impregnado de símbolos de la Alquimia hermética. En ellos Paracelso penetra –con apenas treinta años– en el polimórfico reino de las matrices. Ya en *De vita longa* depone la confesión que llenará su vida con las palabras: «El trabajo en la sabiduría es el segundo paraíso en la Tierra».

Los años siguientes están ocupados por un trabajo febril en la entera transformación de los fundamentos de la Medicina en la teoría y en la práctica. Decepcionado por lo que ha aprendido y experimentado, Paracelso desprecia en bloque todo lo heredado, fustiga incansablemente la vieja «medicina humoral» y a los colegas que se atienen a la anatomía, «al muerto esqueleto», en vez de contemplar el cuerpo vivo en su integridad. Uno tras otro surgen sus libros *Sobre las heridas abiertas, De las pústulas, parálisis, ronchas, orificios, etc.*, los tres libros *Berthonei* (Pequeña cirugía) y después los distintos escritos fundamentales de Nuremberg sobre el problema de la sífilis. La así «depurada monarquía» de la Medicina, por usar su expresión, no parece no obstante haber soportado bien sus drásticos métodos, porque sólo una parte ínfima de estos escritos halló un editor. La edición de los trabajos sobre la sífilis (entre otros *Del origen y procedencia de los franceses*) es incluso prohibida a instancias de los círculos universitarios. El mundo no quiere escuchar a lo nuevo, los hombres que ocupan cargos y dignidades no son distintos entonces de lo que lo han sido siempre. «Aquel que va contra vosotros y dice la verdad tiene que morir», observa Paracelso con amargura y decepción. Pero su alma infantilmente crédula, una auténtica alma de romántico, tiene también otra respuesta. Está en su prólogo al *Libro del hospital*, de los años 1528-1529, y reza: «El fundamento máximo de la medicina es el amor», y: «El punto principal del Arte es la experiencia, y del mismo modo también el amor, que está incluido en todas las artes elevadas. Porque las recibimos del amor de Dios y debemos repartirlas con el mismo amor».

De 1530 a 1534, Paracelso está ya en la plenitud de su obra. Aunque todos sus escritos anteriores tienen ya una base filosófico-metafísica, sólo las dos grandes obras procedentes de este período —el *Paragranum* y el *Paramirum*— tienen todo el brillo de su poderosa cosmovisión adéptica. Están, en su hermetismo, entre lo mejor y lo más característico de los escritos de Paracelso; son también sus obras más conocidas. El *Paragranum* representa en todo su texto, tras las decepciones de Basilea y Nuremberg, un ajuste de cuentas y al tiempo una proclamación solemne. En él Paracelso, tras varios esbozos preliminares, reúne definitivamente los principios de la verdadera medicina en una estructura grandiosa y agudamente articulada. «¡Pero no despreciéis mis escritos y os apartéis de ellos porque yo esté solo, porque sea nuevo, porque sea alemán!», grita a sus congéneres, y añade, iracundo por el desaire, pero alzado también por la conciencia de

sí mismo: «¡En adelante, entended bien en qué baso la Medicina y en qué me mantengo y me mantendré, a saber: en la Filosofía, en la Astronomía, en la Alquimia, en las Virtudes! ¡Como yo hago míos estos pilares, así tenéis que hacerlos vuestros, y tenéis que seguirme y no yo a vosotros!». Según esto, los cuatro pilares en los que ha de descansar la medicina son: la Filosofía, como conocimiento de lo material-elemental, y la Astronomía como conocimiento de la parte sideral de la creación; en sus relaciones mutuas y en su esencia, son el presupuesto para penetrar en la estructura del hombre, que como microcosmos guarda exacta correspondencia con el macrocosmos, con toda la creación. La Alquimia, como tercer pilar, aporta la enseñanza del «manejo» de estos hechos y de su sentido profundo, mientras la Ética (la *Proprietas*), como cuarto pilar, da al médico el apoyo sin el que las otras tres nunca podrían demostrar su fuerza de sustentación. Tras el *Opus Paramirum*, redactado ya desde hace algún tiempo, y en el que se describen los cinco entia, las fuerzas que causan las enfermedades –el *ens veneni*, el *ens naturale*, el *ens astrale*, el *ens spirituale* y el *ens deale* [ens Dei]–, Paracelso hace en el *Volumen Paramirum* un profundo análisis de la estructura antropológica del ser humano. Aquí se expone su tesis sobre los cuatro elementos básicos del hombre y el cosmos (agua, tierra, fuego, aire) y las tres sustancias básicas (sulfuro, mercurio y sal), se transmite en todos sus aspectos su doctrina sobre la esencia de la Matrix, la matriz, y con ello se despliegan también todos los problemas de hombre y mujer, sexualidad y sus enfermedades, así como se exponen sus profundos conceptos sobre una serie de fenómenos físicos y enfermedades. En este último volumen se aproxima de muchas maneras a los conocimientos más recientes de la moderna psicología profunda y puede reclamarse –igual que con sus medicamentos como predecesor de la quimioterapia– en este punto como orientador de la actual psicoterapia. Su fe en la «palabra curativa», en la acción que emana de la irradiación de la personalidad del médico, forma parte del equipamiento cotidiano del psicólogo en la actualidad y es el presupuesto de su trabajo psicológico. Pero como en Paracelso todo criterio se enraíza hasta sus últimas consecuencias en lo ético-religioso, todas estas cuestiones le devuelven a Dios y a los problemas originarios del Bien y el Mal, cuya lucha recíproca representa para él toda enfermedad. Es interesante al respecto su opinión de que el cuerpo material-elemental nunca puede pecar, sino sólo el cuerpo sideral, es decir, el alma. Por eso sólo él, o sólo la parte espiritual inmortal que lo habita,

puede esperar un «juicio» final y por tanto la resurrección. El Bien y el Mal son poderes instaurados por Dios, realidades con las que el ser humano tiene que contar y que el médico tiene que conocer a fondo. En su justa medida y en su armonía adecuada a la creación residen la felicidad y la salud; su destrucción lleva consigo la enfermedad y la ruina. Así, la concepción paracelsiana conduce a la idea platónica de la equiparación de la armonía, la belleza, la bondad y la verdad. Junto con estos dos importantes escritos, los demás trabajos de esta época –como los dedicados a la histeria (*De los días de languidecimiento de la matriz*), la epilepsia (*De los días de languidecimiento*), los escritos sobre los cometas, los distintos librillos sobre la peste, la tisis de los mineros, las fuentes curativas del balneario de Pfäffers y otros numerosos pequeños trabajos– parecen, aunque entre ellos se encuentre alguna perla, mera decoración de una pesada corona.

Paragranum y *Paramirum* redondean cosas largamente maduradas y cierran un segmento de la evolución del personaje. Pero al mismo tiempo llevan forzosamente más allá, y abren de par en par la puerta a las últimas preguntas sobre lo absoluto. Paracelso se las plantea con su última entrega. Los ya mencionados 123 escritos de contenido teológico, que representan más de la mitad de su obra, dan testimonio de ello. Corresponden a los años en torno a 1533 y constituyen un giro decisivo en su vida. La mayoría de ellos ni siquiera se han hecho todavía públicos; una pequeña serie ha sido publicada en el primer tomo de la sección II de la edición completa de Sudhoff-Matthiessen, al que deben seguir aproximadamente diez tomos. De ellos hay que mencionar especialmente los tratados *De religione perpetua*, *De summo et aeterno bono*, *De felici liberalitate* y *De resurrectione et corporum glorificatione*, todos ellos en lengua alemana. Pero sobre todo hay que señalar el escrito sobre la *Vita beata*, el *Libro de la vida feliz*, que es una de las más conmovedoras confesiones de un espíritu puro. Paracelso muestra en estos trabajos un inusual conocimiento de las Sagradas Escrituras y de la liturgia católica. En el prólogo a su *Libelo sobre la peste*, firma incluso con orgullo como «Theophrastus von Hohenheim, profesor de las Sagradas Escrituras, doctor de la Medicina». Los tratados sobre la Última Cena, sobre la Santa Madre de Dios, sobre el Evangelio según san Mateo y sobre el dogma de la Trinidad atestiguan una penetración casi fanática en la materia. Sin duda desbordan, con una arbitrariedad auténticamente paracelsiana, la opinión permitida por la Iglesia, pero por la profundidad del sentimiento que emana de ellos y la

seriedad que los soporta son a pesar de todo documentos de una maravillosa emoción religiosa a la que pocos lectores podrán sustraerse. La atmósfera del milagro de Pentecostés alienta en todas sus líneas.

Después de que Paracelso ha cambiado impresiones a fondo con su Dios y al parecer algo de paz ha tornado a su espíritu, se vuelve de nuevo con total energía a los ámbitos médicos. Los problemas que ya había tratado en sus *Tres libros de Berthonei* vuelven a atraparlo. Como resultado aparecen en 1536 y 1537, en dos ediciones sucesivas, los libros de la *Gran cirugía*, una extensa y profunda representación de todo el ámbito pertinente, que todavía hoy sigue siendo un filón para los cirujanos. Es el único libro de gran éxito de su vida. Por primera vez, ese mundo por lo común tan poco comprensivo le ha prestado oídos, y sus palabras del discurso final de la *Gran cirugía* («no escribo por hablar, sino por el arte de mi experiencia») han hallado visible asentimiento. Aparte de esta obra, únicamente sus variados *Pronósticos* dejan de reportarle adversarios. Tales «predicciones» estaban muy en boga en aquella época, y probablemente Paracelso las redactara para ganar algo de dinero, y en parte también, como la interpretación de los *Retratos papales* y de las *Figuras de J. Lichtenberger*, para tener en ellas un soporte adecuado para sus siempre fustigadoras admoniciones. Sin embargo, sería un error contemplarlas como predicción del futuro en el sentido habitual del término, aunque quizá a Paracelso le resultara posible, por sus conocimientos y práctica mántica e intuitiva, predecir o intuir algo de lo venidero. Estos pronósticos, así como sus llamadas *Practica*, que circulaban como anexo a los calendarios, carecen de importancia para la totalidad de la obra paracelsiana, aunque en ellos encuentre también su plasmación algún pensamiento profundo.

Pero para Paracelso hace mucho que la tierra y el aplauso de los hombres han dejado de ser una patria. También la Medicina es tan sólo una etapa en el camino hacia lo suprasensorial. Muy pronto abandona los ámbitos palpables y se vuelve hacia el terreno de lo inaprensible. Lo que ahora le ronda apenas se puede expresar en palabras, como mucho velarse con ellas. Ahora intenta ordenar y fijar lo que el ojo interior ha visto y vivido en los muchos años de lucha con el mundo y el ultramundo. En 1537 y 1539 ya está escrito, y abarca hoy un tomo de más de 500 páginas de apretada escritura. Llama a su obra *Astronomia Magna, o toda la filosofía sagaz del gran y el pequeño mundo*. Querer reproducir en unas líneas el contenido de este escrito único sería entregarlo a la incomprensión y el ma-

lentendido. Sólo la más honda inmersión en él abre el camino a su entendimiento. Se trata de una obra extremadamente misteriosa, que facilita los últimos y más maduros conocimientos cosmológicos y antropológicos de Paracelso, sostenidos por un espíritu mágico y artístico que sabe conjurar y configurar magistralmente hasta las más sutiles cuestiones nucleares referentes al Ser. Aquí Paracelso se alza a una Filosofía cosmosófica pensada como guía para la máxima iniciación en los secretos de Dios y la Naturaleza. Para dar una idea de lo tenso que está el arco que los abarca, basten aquí los temas de algunos apartados que pretenden describir «la acción interior del cielo» con ayuda «del espíritu que emana del Padre», como Paracelso observa en su introducción. Los «nueve eslabones» en que divide su *Philosophia sagax* son: «Magica», es decir, sobre la fuerza de voluntad; «Astrologia», es decir, sobre la influencia del espíritu y sus efectos retroactivos; «Signatum», el conocimiento del ser interior basándose en los caracteres externos; «Nigromantia», el espiritismo; «Necromantia», la clarividencia; «Artes incertae», artes de la sugestión y la inspiración; «Medicina adepta», el saber secreto de los efectos curativos sobrenaturales; «Philosophia adepta», el conocimiento del saber alquímico y la visión de lo sobrenatural a partir del conocimiento; «Mathematica adepta», el conocimiento de las relaciones secretas, la geometría, la cosmografía, medida, peso, número (citado según Sticker). Así el primero de los cuatro libros; en los otros se recogen en similares subdivisiones ámbitos aún más laterales y se expone el último y más secreto conocimiento de lo diabólico y lo divino. Quien posee este conocimiento ha roto las cadenas de lo material ya aquí, en la Tierra.

Con la *Philosophia sagax*, Paracelso alcanza el punto culminante de su creación. La *Occulta philosophia* y la *Archidoxis magica* se dedican al mismo grupo de temas para elaborarlos de manera aún más sibilina; son escritos secretos de los que ya no poseemos la clave. Tras esta última mirada desde la cumbre de la montaña, que a sus cuarenta y cinco años le abría ya el descenso hacia el valle del más allá, hay, junto con distintos trabajos menores, otros dos escritos mayores que ocupan al solitario: las *Defensiones*, su apasionada rendición de cuentas, y el *Labyrinthus medicorum* (El laberinto de los médicos), sus últimas instrucciones y advertencias. Después se pierde en la falta de caminos, en el reino de los misterios que ya no soportan la palabra escrita.

No se puede dar una imagen precisa de las doctrinas que fecundaron

a Paracelso; sin duda no dejó de verse influido por los neoplatónicos y los primeros gnósticos. Se suele calificar como sus maestros a numerosos alquimistas, filósofos y médicos, entre ellos Agrippa de Nettesheim y el famoso Abad de Sponheim, así como los cirujanos Hyeronimus Brunschwig y Hans von Gersdorff. Paracelso mismo ha dejado profundas huellas en la evolución intelectual de los siglos que le siguieron. Místicos y románticos alemanes, desde Gerhardus Dorn a Novalis pasando por Jakob Böhme, se vieron atraídos por sus misteriosas obra y acción. Sin duda algunos escritos de Paracelso fueron publicados poco después de su muerte por Adam von Bodenstein y Johannes Huser, pero la primera edición completa de sus obras sólo apareció impresa cincuenta años después de su fallecimiento. Desde entonces han sido tan violentamente rebatidas como apasionadamente defendidas y arbitrariamente interpretadas. Pero en la vida espiritual de la Humanidad siempre es tan sólo un pequeño grupo el que mantiene en alto la antorcha del espíritu y la va entregando. La lleva durante siglos, y la pasará también a las generaciones futuras. A este pequeño grupo pertenece también Paracelso.

Cuando su vida desfila ante uno con ayuda de los datos que nos han llegado, la figura de Paracelso se alza como la de un peregrino incansable para el que la vida no es sino un valle de lágrimas. En un breve espacio de tiempo se comprimen estación tras estación, se alinean lugar tras lugar, y este viaje que quita el aliento no tiene fin. Presionado por una necesidad interior y exterior, apasionadamente vivida, este hombre que lucha se presenta ante nosotros en toda la cuestionabilidad de su existencia terrena, y su lucha se convierte en símbolo de la lucha entre la luz y las tinieblas. Con razón Paracelso ha sido presentado una y otra vez como el verdadero ejemplo de un «hombre fáustico». En su insaciable ansia de saber, un auténtico occidental, desgarrado y sin embargo de una grandiosa integridad, pudo decir, como Fausto:

Lo que a la Humanidad entera se ha entregado,
Quiero yo disfrutar en mi yo íntimo,
Aprehender con mi alma lo más alto y más hondo,
Acumular su bien y su mal en mi seno,
Y, como ella misma, fracasar al final también yo.

La Historia universal esconde extrañas disposiciones, y así quizá fuera más que azar que diera a Paracelso por contemporáneo a aquel Georg Sabelicus que fue protagonista de la leyenda fáustica. Allá donde surgen los mitos, Paracelso y este «Fausto originario» llevan mucho tiempo entretejidos. Según una leyenda popular transilvana, el viejo Paracelso habría llegado a firmar un pacto con el diablo para recuperar la juventud. Y sin duda forma parte de lo paradójico en la vida de Paracelso el que otra leyenda cuente que en tiempos de grandes calamidades –por ejemplo cuando el cólera asolaba Europa– su tumba se convirtió, como la de un santo, en milagroso lugar de peregrinación, al que miles de personas llevaron sus rezos. Tampoco su muerte dejó de ser tocada por la fama. Según una versión, fue despeñado por uno de sus enemigos tras un espléndido banquete; según otra, cayó por una escalera estando borracho y causó así su fin; una tercera quiere incluso saber de una muerte violenta causada por un misterioso veneno a base de polvo de diamantes. Contradictoria como la mayoría de las leyendas, el mismo cuento niega su propia mortalidad, y le otorga el conocimiento sobrenatural que le abre el secreto de la vida eterna. ¿Cómo iba a ser posible que ese Paracelso que supuestamente sabía transformar en oro monedas de latón, que llamaba suya a la «piedra filosofal», que poseía todas las esencias del rejuvenecimiento, trataba con brujas y ninfas, sabía resucitar muertos y sólo podía llevar a cabo sus interminables viajes porque cabalgaba en un caballo blanco que el propio demonio le había entregado en persona...? ¿Cómo iba a ser posible que ese hombre milagroso fuera mortal como cualquier hombre ordinario?

Y así, no murió. La unidad de su cosmovisión correspondía a la integridad de su ser. Como todo verdadero genio, él mismo era un cosmos que vive libremente conforme a sus propias leyes y en última instancia sólo está sometido al mandato de Dios. Y como toda totalidad es infinita, y revoca el espacio y el tiempo, Paracelso estuvo siempre fuera del tiempo, de lo que su inmortalidad no es más que una lógica expresión. La osada frase del *Paragranum* que arrojó a sus adversarios («¡Pero yo reverdeceré, y vosotros seréis secas higueras!») se ha hecho realidad. Está ahí como un árbol de ramas amplias y salientes, en medio de un verdor cada vez más profundo y más rico. Como alguien vivo siempre y en todo lugar, como alguien que actúa, que puede penetrar fructíferamente en nuestra mente y nuestra alma, sigue vivo entre nosotros. Y co-

mo en lo más hondo todo lo que vive sólo puede ser transmitido por sí mismo –y sólo a aquel cuya absorta contemplación se le abre–, que sean en adelante sus propias palabras las que den elocuente testimonio de él.

Dra. Jolande Jacobi

Confesiones*

Soy distinto, que ello no os extrañe.

Escribo para que no seáis pervertidos; os ruego que leáis y releáis con esfuerzo, no con envidia, no con odio, como quiera que sois oyentes de Medicina. Aprended también de mis libros, para que podáis juzgarme a mí y a otros y hacer vuestra voluntad según vuestro buen juicio.

Hasta ahora he usado la lengua de mi país, que no puedo ufanarme de retóricas ni sutilezas, sino que hablo en la lengua de mi nacimiento y de mi tierra, pues soy de Einsiedeln, de nacionalidad un suizo, y nadie debe afearme la lengua de mi país. No escribo por hablar, sino por el arte de mi experiencia, que he puesto al servicio de todo el mundo y a todo el mundo ha sido útil.

La Naturaleza no me ha hilado sutil, ni tampoco es modo de mi tierra el alcanzar algo con hilado de seda. No se nos cría ni con higos, ni con hidromiel, ni con pan de trigo, sino con queso, leche y pan de cebada: no se puede así hacer hombres sutiles, cuanto más cuando uno depende todos sus días de lo que recibió en su juventud; y ésta es casi burda frente a los sutiles, purísimos y finísimos. Porque los que se han criado entre ropas suaves y mujeres y nosotros que crecimos entre piñas no nos entendemos bien.

Empecemos por dar gracias a Dios por ser alemán de nacimiento, y ensalcemos la misericordia de que hayamos consumido nuestra juventud en la pobreza y el hambre y ahora nos alegremos de tener nuestro trabajo y nuestra paz. Demos gracias también a Dios por haberlo dispuesto todo tan bondadosamente para nosotros, y a la Virgen, que hace que la Santísima Trinidad nos proteja.

* Los pensamientos recogidos en este texto están extractados del conjunto de las obras de Paracelso. La concatenación de los párrafos se debe pues a la edición alemana y no al autor. Cada párrafo ha de ser leído como unidad independiente, aunque algunos hayan sido enlazados de manera «suave» para facilitar la lectura. *(N. del T.)*

Nuestra pretensión es pensar dentro de la más noble y elevada filosofía, y no apartarnos en nada de ella... queremos dejar a un lado lo que el hombre tiene en sí de mortal, y ocuparnos tan sólo con lo que hay en él que no muere; esto es lo que consideramos y tenemos por la máxima filosofía.

Desde la infancia he hecho esto, y he aprendido de buenos maestros, que eran los más versados en la Filosofía adéptica e investigaban con dominio las artes. Ante todo Wilhelmus von Hohenheim, mi padre, que nunca me ha dejado a mi suerte, y con él otro gran número de maestros que no vamos a citar, con toda clase de escritos antiguos y modernos de aquellos que se han esforzado grandemente.

He pasado también largos años en las universidades: en las alemanas, en las italianas, en las francesas, y he investigado los fundamentos de la Medicina. No me he querido entregar sólo a tales doctrinas, escritos y libros, sino que he seguido viajando a Granada, a Lisboa, por España, por Inglaterra, por Brandeburgo, por Prusia, por Lituania, por Polonia, Hungría, Valaquia, Transilvania, Trabaten y Windisch, por no mencionar otros países, y en todos los extremos y lugares he preguntado con celo, y he investigado las artes ciertas, probadas y veraces de la Medicina.

No sólo entre los doctores, sino también entre barberos, bañeros, expertos médicos, mujeres, nigromantes, entre los alquimistas, en los monasterios, junto a nobles e innobles, entre sabios y necios... he pensado muchas veces que la Medicina es un arte incierto del que no se puede usar como es debido, en el que no se puede acertar simplemente con suerte, porque uno sana, pero otros diez mueren... me he apartado de ella en muchas ocasiones, he caído en otras manos, pero he vuelto a este arte. La frase de Cristo de que ningún médico puede curar a los sanos, sino sólo a los enfermos, me conmueve tanto que he de acometer otra empresa, a saber: que este arte sea verdadero, justo, cierto, pleno e íntegro conforme al contenido de la frase de Cristo, y no haya en él nada que lleve a los espíritus a la perdición, porque este arte no es preciso y acreditado por culpa de la suerte, sino de la desgracia, útil a todos los enfermos y de ayuda para su salud.

Esto prometo: ejercer mi medicina y no apartarme de ella mientras Dios me consienta ejercerla, y refutar todas las falsas medicinas y doctrinas. Después, amar a los enfermos, a cada uno de ellos más que si de mi propio cuerpo se tratara. No cerrar los ojos, y orientarme por ellos, ni

dar medicamento sin comprenderlo ni aceptar dinero sin ganarlo. No confiarme en ningún boticario ni entregar ningún niño a la violencia. No llorar, sino saber...

Dar a cada nación su medicina en sí misma, la que en teoría le corresponda, como debe ser. Puedo apreciar bien esto, pues mis fórmulas pueden ser infructuosas entre los extranjeros como las fórmulas extranjeras infructuosas entre nosotros. No sé si de lo que escribo podrán beneficiarse Europa o Asia o África.

Nada está en mí, sino en lo mejor de lo que es capaz la medicina, en lo mejor que hay en la Naturaleza, en lo mejor que la naturaleza de la tierra sabe dar fielmente a los enfermos. Por eso no parto de mí, sino de la Naturaleza, de la que también yo he salido.

Nadie debe afearme ser un vagabundo, como si por eso valiera menos, o como si yo mismo me reclamara de tal. Mi vagar, tal como hasta ahora lo he llevado a cabo, me ha agotado sin duda, pero la causa ha sido que nadie se hace maestro dentro de su casa ni aprende agazapado detrás de la estufa.

Soy Teofrasto, y más que aquellos que se me comparan; soy yo y soy *monarcha medicorum* además, y puedo demostraros lo que vosotros no podéis demostrar. Que Lutero se ocupe de sus asuntos, y yo me ocuparé de los míos y le sobrepujaré en lo que me corresponda, además los Arcana me elevarán... no ha sido el cielo el que me ha hecho médico: Dios me ha hecho... No puedo oponeros armadura alguna, coraza alguna; como no sois ni tan eruditos ni experimentados que podáis enseñarme ni la menor letra, protegeré mi brillo de las moscas, igual que mi monarquía... No protegeré mi monarquía con cataplasmas sino con arcanos, ni con lo que coja de la farmacia, que no es más que polvo para sopa y no se saca de ello más que polvo para sopa, pero vosotros, guardaos con vuestros placeres y compras. ¿Cuánto tiempo creéis que perdurarán?... Os digo que el pelo de mi nuca sabe más que vosotros y todos vuestros escribientes, y los cordones de mis zapatos son más eruditos que vuestros Galeno y Avicena, y mi barba ha visto más que todas vuestras universidades.

Me horroriza vuestra simpleza, que no comprendáis el origen de la cirugía. Porque a vuestro juicio soy cirujano y no físico; ¿cómo vais a juzgar eso, cuando he puesto en pie manifiestamente a dieciocho príncipes que vosotros habíais abandonado (y sin escribir sobre ello)? Cuando en los Países Bajos, en Rumanía, en Nápoles y en las guerras de Venecia, Dinamar-

ca y Flandes he curado tan gran número de febriles y sanado las cuarenta clases de enfermedades que tenían. Ha de ser un médico el que refute las mentiras de los escribientes, el que os muestre el error y el abuso cuyo fin desea ver; ¿y de mi experiencia... que he adquirido con gran esfuerzo, ha de hacerse mofa y escarnio?

Que me afeen que escribo de un modo distinto al que contienen sus escritos no sucede por mi inconsciencia, sino por la suya... El arte de la Medicina no se alza contra mí, porque es inmortal y de tal modo asentado sobre un cimiento inmortal que tendrían que hundirse el cielo y la tierra antes de que muriera la Medicina. Y si la Medicina me deja en paz, ¿cómo ha de conmoverme el griterío de los médicos mortales, que sólo chillan porque los ataco y hiero?... Más quieren proteger su huida que refutar lo que a los enfermos concierne; arte, erudición, experiencia, devoción, en esto busco yo el fundamento y causa de mis escritos.

Pero como en la Medicina se ha mezclado tan inútil población, que no contempla ni busca más que su propio beneficio, ¿cómo puede ocurrir o seguirse que yo los invite al amor? Por mi parte me avergüenzo de la medicina, prestigiosa, que ha caído en tal estafa.

¿Cómo no he de sorprenderme de que un siervo no sea siervo sino señor? Mira por lo suyo, me echa a perder, me abochorna y se alegra de ello. Así me ponen contra los enfermos, los toman traidoramente sin mi voluntad y conocimiento, los acomodan por la mitad del precio, dicen que conocen mi arte, que me han visto practicarlo... Eso me han hecho doctores, barberos, bañeros, discípulos, siervos, incluso pinches: ¿haría eso un cordero? Ha de ser en última instancia un lobo, con el que tengo que ir al trote y al galope. Lo que me consuela en todo momento es que yo persevero y me mantengo, y ellos pasan y se comprende su falsedad... Porque la verdad duele a aquel cuyos ardides son puestos de manifiesto.

También ha habido barberos, bañeros y otros por el estilo que me han servido, y ciertamente a éstos y a los otros los he mantenido con grandes gastos y he confiado en ellos. En cuanto han aprendido a hacer emplastos y sangrías, etc., han abandonado mi servicio en secreto y (a la manera de los apóstatas) se han atribuido los elogios, han huido de mí, no han vuelto y se han ufanado de estar en posesión de primorosas artes... No es que me refiera a todos mis criados; aquellos que no menciono son ahora expertos, y en los que menciono pienso poco.

No espero por eso agradecimiento de nadie. Porque de mi medicina

surgirán dos sectas. Una que se usará para engañar, y los que la practiquen no serán de linaje que dé gracias a Dios ni a mí, sino que me maldecirán en lo que puedan. A la otra le irá bien, y de alegría olvidarán el agradecimiento. Por encima de todo, en una cosa son iguales: a mayor servicio, mayor ingratitud... y no sólo ingratitud, sino que también cuanto más enseña uno al otro tanto más le ultraja éste en lo sucesivo.

Esto ha sido una cruz para mí, hasta la hora presente... Nadie hay en cambio que me guarde las espaldas y defienda. Porque las más extrañas clases de personas me han perseguido e insultado, impedido y despreciado, de forma que no he gozado de prestigio entre los hombres, sino que he sufrido desprecio y he sido abandonado.

No soy un apóstol o cosa parecida, sino un filósofo a la manera alemana.

No quiero filosofar en el mismo lugar y entregar al nuevo mundo la misma filosofía, sino a la luz de la Naturaleza. Pero espero la resolución de mi esperanza y mi consuelo, tan pronto como, según es mi esperanza, por la fe en Aquel que me ha redimido viva junto con otros en el lugar de mi resurrección.

Si he hablado de forma pagana, como muchos pretenden, no se me oculta, que aunque llame animal al hombre sé muy bien la diferencia entre el hombre y el animal, que está sólo en la imagen y el espíritu. Tengo que indicar esto ante el Altísimo.

¿Por qué se me ha de tomar por pagana la luz del padre y he de ser yo considerado y juzgado como pagano, cuando soy cristiano y camino a la luz de Cristo, a ambas luces, la antigua y la nueva?... Y si amo a ambos, y doy a cada uno su luz como Dios ha prescrito a todos, ¿cómo he de ser pagano?... Escribo cristianamente y no soy ningún pagano... y quiero responsabilizarme cristianamente de que yo... no quiero ser llamado hechicero, pagano ni gitano, y quiero dar con mis escritos testimonio cristiano y hacer callar a los falsos cristianos con su falsa levadura.

Si debemos escribir como un cristiano, quedan fuera los cuatro entia, astral, venenal, natural y espiritual, y no serían descritos por nosotros. Porque no es un estilo cristiano, sino pagano. Pero el último ens es un estilo cristiano, con el que ponemos punto final. Tampoco el estilo pagano que describimos en los cuatro entibus puede dañar nuestra fe, sólo puede aguzar nuestro ingenio.

Así que he tenido por bueno no describir sólo al hombre natural... si-

no también y mucho más alegrarnos del hombre eterno, el celestial en el nuevo nacimiento, para que el hombre viejo vea y note lo que es el hombre, y sepa regirse por él y atenerse a él, y sepa de lo que es capaz tal hombre nuevamente nacido, aquí en la tierra y tras esta vida en la vida eterna.

El tiempo de mi escrito se ha cumplido, pues no puedo recuperar nada de lo que he perdido. Aún no ha terminado: las obras indican que el trabajo es nuestro y se ha cumplido... La hora de la geometría ha tocado a su fin, la hora del arte ha tocado a su fin, la hora de la filosofía ha tocado a su fin, la nieve de mi desgracia ha tocado a su fin; lo que crece es nuestro. La hora del verano está aquí. No sé de dónde viene, no sé adónde va: ¡está ahí!... Así que también ha llegado la hora de escribir de la vida bienaventurada y de la eterna.





Textos esenciales

Lee y lee una y otra vez, que no te desanime tal trabajo, sino deja mejor que las muchas y horribles enfermedades que nadie puede pasar por alto te muevan a seguir la verdad y no la charlatanería. ¡Entonces serás un justo juez!



I
Hombre y creación



La creación del mundo

Dios es admirable en sus obras...

Cuando el mundo aún no era nada más que agua, y el espíritu del Señor flotaba sobre el agua, del agua se hizo el mundo; fue la «Matrix» del mundo y de todas sus criaturas. Y todo esto se convirtió en Matrix del hombre; en ella creó Dios al hombre, para que su espíritu se hiciera un albergue de carne.

La Matrix es invisible, y nadie puede ver su materia originaria porque ¿quién podría ver lo que ha sido antes que él? Todos venimos de la Matrix, pero nadie la ha visto nunca, porque ha sido antes que los hombres. Y aunque el hombre proviene de ella y de ella siguen naciendo los hombres, nadie la ha visto aún. El mundo ha nacido de la Matrix, como también el hombre y todas las demás criaturas vivientes: todo ha salido de la Matrix... Antes de que se crearan el cielo y la Tierra, el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas y era sostenido por ellas. Esta agua era Matrix; porque en el agua fueron creados cielo y tierra, y en ninguna otra Matrix. Ella sostenía el espíritu de Dios, aquel espíritu que vive en el hombre y que no poseen las demás criaturas. Por voluntad de este espíritu fue creado el hombre; el espíritu del Señor vive en él, para que no esté solo. Por eso el espíritu de Dios entra en el hombre y es de Dios y torna a él.

El mundo es como Dios lo ha creado. En el principio lo convirtió en un cuerpo, consistente en los cuatro elementos. Hizo este cuerpo originario con la trinidad de mercurio, azufre y sal, de forma que son tres sustancias las que dan el cuerpo completo. Porque ellas representan todo lo que hay en los cuatro elementos, tienen en sí toda la fuerza y el poder de las cosas perecederas. En ellas están día y noche, frío y caliente, piedra y fruto y todo lo demás aún sin formar. En un trozo de madera... yace oculta la forma de animales, la forma de toda clase de criaturas, la forma de todos los instrumentos; y si uno es capaz de tallarla, la encontrará. Así también aquel primer cuerpo, el «Iliastro», no era más que un bloque en

el que yacían todo el caos, todas las aguas, todos los minerales, todas las hierbas, todas las piedras, todas las gemas. Sólo el Maestro supremo pudo liberarlas y darles forma delicadamente, de manera que incluso con el resto se pudo formar otra cosa.

Un alfarero que tiene ante sí su barro, en el que por así decirlo están contenidas toda clase de herramientas y recipientes, puede hacer mil cosas con él; o un tallista puede hacer de la madera lo que le plazca, si sabe quitar lo que no corresponde a ello. También Dios sacó de una masa y materia a todas las criaturas, las extrajo y separó sin hacer virutas, y puso en su «materia última» todo lo que se había propuesto crear en seis días. Extrajo lo que corresponde a las estrellas y las hizo estrellas, tomó de las tinieblas lo que pertenece a la luz y lo hizo luz, y así cada cosa según su propia especie y en su particular lugar. Y así no quedó a nadie nada que crear, porque todo está creado a satisfacción y cumple el número de todas las criaturas, estirpes y seres... La tierra es negra, marrón y sucia, nada hay en ella hermoso ni agradable; pero en ella se ocultan los colores todos: verde, azul, blanco, rojo. No hay ninguno que no tenga. Cuando llegan la primavera y el verano, afloran todos los colores que –si no lo atestiguara la tierra misma– nadie hubiera supuesto en ella. Igual que de tal tierra negra y sucia surgen los colores más nobles y finos, así algunas criaturas han salido de la «materia originaria», que en su falta de separación sólo era suciedad al principio. ¡Mirad el elemento agua, cuando está sin separar! Y después, ved cómo de ella surgen todos los metales, todas las rocas, los brillantes rubís, los relucientes granates, los cristales, el oro y la plata; ¿pero quién los hubiera advertido en el agua... excepto Aquel que los engendró en ella? Así que Dios sacó de las materias básicas lo que había metido en ellas, y puso todo lo creado en su destino y en su sitio.

Al principio de todo nacimiento estaba la paridora y engendradora: la separación. Es el mayor milagro de las filosofías... Cuando el «Mysterium Magnum» estuvo, en su esencia y divinidad, lleno de la máxima eternidad, puso la *separatio* al principio de toda creación. Y cuando esto hubo ocurrido, fue creada toda criatura en su majestad, poder y libre voluntad. Y así seguirá siendo hasta el final, hasta la gran cosecha, cuando las cosas den fruto y estén listas para ser cortadas. Porque la cosecha es el fin de todo crecimiento... Y tan maravilloso como el Mysterium Magnum es al comienzo, así de maravillosa es también la cosecha al final de todas las cosas.

La materia estaba al comienzo de todas las cosas, y sólo tras su crea-

ción se le dio el espíritu vital, para que pudiera desarrollarse en los cuerpos y por ellos en su acción, como Dios lo ha establecido. Y así terminaron los días de la Creación y el ordenamiento de todas las criaturas. Sólo en último lugar se creó entonces al hombre a imagen de Dios, y se le dio su espíritu.

La creación del hombre

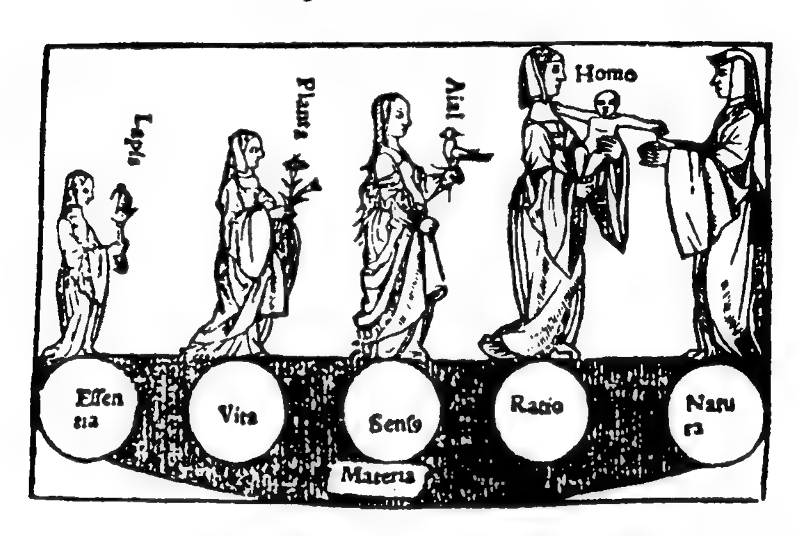
El hombre no surgió de la nada, sino que está hecho de una materia... La Escritura dice que Dios tomó el *limus terrae*, la materia primigenia de la tierra, como una masa, y formó de ella al hombre. Además, dice también que el hombre es ceniza y polvo, arena y tierra, lo que demuestra ya suficientemente que procede de esa materia primigenia... Pero *limus terrae* es también y al tiempo el Gran Mundo, y así el hombre está hecho de cielo y tierra. El *limus terrae* es un extracto del firmamento, del Universo, y a un tiempo de todos los elementos...

El «Limbus» es la materia primigenia del hombre... Lo que el Limbus es, también lo es el hombre. Quien conozca al primero sabrá también lo



que es el hombre... Ahora bien, el Limbus es cielo y tierra, la esfera superior y la inferior del Cosmos, los cuatro elementos y todo lo que en sí comprenden; por eso, es razonable equipararlo a un Microcosmos, porque también lo es el mundo entero.

La composición del hombre



El cielo abarca ambas esferas –la superior y la inferior–, de forma que nada mortal ni perecedero penetre desde ellas en aquel reino que está fuera del cielo que nosotros vemos... Porque mortal e inmortal no deben tocarse ni convivir. Por eso el Gran Mundo, el Macrocosmos, está tan cerrado en sí, para que nada pueda salir de él, sino que todo lo que está en él y lo que es él se mantenga cerrado y unitario. Así es el Gran Mundo.

A su lado está el Pequeño Mundo, que es el hombre. Éste está encerrado por una piel, para que su sangre, su carne y todo lo que es como hombre no se mezcle con ese Gran Mundo... Porque el uno destruiría al otro. Por eso tiene piel el hombre; delimita la figura del cuerpo humano, y a través de ella puede separar entre sí los dos mundos –el Gran y el Pequeño Mundo, el Macrocosmos y el hombre–, y puede mantener correctamente apartado aquello que no se debe mezclar. Así el Gran Mundo se mantiene completamente inalterado en su envoltorio... y lo mismo

el hombre en su casa, es decir, en su piel. Nada puede penetrar y tampoco nada puede salir de él, sino que todo se mantiene en su lugar.

El hombre y su cuerpo

El hombre se alza de la primera Matrix, el seno materno, del Gran Mundo. Éste –modelado, junto con todas las demás criaturas, por la mano de Dios– ha parido al hombre en su carne y lo ha puesto en una vida perecedera. Por esta razón el hombre se ha vuelto «terrenal» y «carnal»; ha recibido su cuerpo material de la tierra y el agua. Estos dos elementos constituyen el cuerpo para la vida perecedera, animal, tal como el hombre como naturaleza la ha recibido de la divina Creación... El hombre está hecho, en su cuerpo terrenal, de los cuatro elementos. Agua y tierra, con los que está modelado su cuerpo, forman la vivienda y envoltorio corporal de la vida. Y no me refiero aquí a esa vida del espíritu que brota del aliento de Dios, ...sino a esa otra perecedera, de naturaleza terrena. Porque hay que saber que el hombre posee dos clases de vida: la vida «animal» y la «sideral»... Así también el hombre tiene un cuerpo «animal» y otro «sideral»; y ambos forman una unidad y no están separados. Ello ocurre de este modo: el «cuerpo animal», el cuerpo de carne y sangre, está siempre muerto por sí mismo. Sólo el «cuerpo sideral» hace que a ese cuerpo llegue el movimiento de la vida. El «cuerpo sideral» es fuego y aire; pero también está unido al cuerpo animal del hombre. Así que el hombre mortal consiste en agua, tierra, fuego y aire.

El hombre es hijo de dos padres: el uno es la «tierra», el otro el «cielo»... De la tierra recibe el cuerpo material, del «cielo» su índole. Así aquélla conforma su figura, y el cielo le regala la «luz de la Naturaleza». Todo hombre refleja la índole de su padre; puede hacer aquello que le es innato. Y se ha dado poder a los hijos para disponer sobre la herencia de sus padres.

La estructura del mundo está hecha de dos partes: de una parte aprehensible y sensible y de otra invisible e insensible. La parte aprehensible es el cuerpo, la invisible el «astro». La aprehensible a su vez está compuesta de tres partes: azufre, mercurio y sal; la invisible consiste también en tres: ánimo, sabiduría y arte. Ambas partes juntas constituyen la vida.

Los secretos del Gran y el Pequeño Mundo sólo se distinguen en su forma de manifestación, pues son *una* sola cosa y *un* solo ser. Cielo y tierra fueron creados de la nada, pero están compuestos de tres cosas, de

mercurio, azufre y sal... De estas tres están hechos también los planetas y todas las estrellas, y no sólo las estrellas, sino todos los cuerpos que crecen y son paridos por ellas. Igual que este Gran Mundo está así formado por las tres materias primigenias, así también el hombre –el Pequeño Mundo– fue hecho de aquellas en las que consiste. El hombre no es pues otra cosa que mercurio, azufre y sal.



De la esencia del cuerpo



El cuerpo posee cuatro clases de gusto: el ácido, el dulce, el amargo y el salado... Están en todas las criaturas, pero sólo en el hombre pueden ser investigados... Todo lo amargo es cálido y seco, es decir, colérico; todo lo ácido en cambio frío y seco, es decir, melancólico... Lo dulce dio a luz

a lo flemático, porque todo lo dulce es frío y húmedo, aunque no se pueda comparar con el agua... Lo sanguíneo procede de lo salado, y esto es cálido y húmedo... Cuando lo salado predomina en el hombre frente a los otros tres, es un sanguíneo; si en él predomina lo amargo, es un colérico. Lo ácido le vuelve melancólico, y lo dulce, cuando predomina, flemático. Así pues, los cuatro temperamentos están en el cuerpo del hombre como en la tierra de un jardín.

Cuerpo y astro



El «astro interior» del hombre es igual al «astro exterior» en su condición, índole y naturaleza, en su desarrollo y estado, y distinto únicamente en su forma y materia. Porque por naturaleza son un solo ser en el éter y también en el Microcosmos, en el hombre... Como el sol brilla a través de un cristal –por así decirlo sin cuerpo y sin sustancia–, así también penetran las estrellas en el cuerpo... En el hombre están el Sol, la Luna y todos los planetas, igual que las estrellas y el entero caos... El cuerpo atrae al cielo... y esto ocurre conforme al gran orden divino. El hombre consta de cuatro elementos, que no sólo corresponden –como algunos afirman– a los cuatro temperamentos, sino también a su naturaleza, su esencia y sus propiedades. En él está el «joven cielo», es decir, todos los planetas están hechos a imagen del hombre y son hijos del Gran Cielo, que es su padre. ¡Pero el hombre ha sido creado de cielo y tierra, y es por tanto igual a ellos!



La estructura del hombre

¡Deteneos a pensar con cuánta grandeza y nobleza ha sido creado el hombre, y en qué magnitudes ha de abarcarse su estructura! No hay mente que pueda imaginar la construcción de su cuerpo y la medida de sus virtudes; sólo puede ser comprendido como imagen del Macrocosmos, de la «Gran criatura». Sólo entonces se pone de manifiesto lo que hay en él. Porque como por fuera, así por dentro; lo que no está fuera, tampoco está dentro del hombre. Lo exterior y lo interior son *una* sola cosa, *una* constelación, *una* influencia, *una* concordancia, *una* duración... *un* fruto. Porque éste es el Limbus, la materia primigenia en la que todas las criaturas yacen cobijadas como el hombre en el Limbus paterno. El Limbus de Adán ha sido cielo y tierra, agua y aire; y así el hombre sigue siendo igual al Limbus y tiene cielo y tierra, agua y aire también en sí mismo; incluso no es otra cosa que éstas.

El cielo no nos inculca nada; es la mano de Dios la que nos hizo a su imagen. Seamos como seamos, en todos nuestros miembros ha trabajado directamente la mano de Dios. Nuestras inclinaciones, cualidades y costumbres nos han sido dadas por Dios junto con la vida.

La creación de la mujer

Dios quiere al hombre como hombre
y a la mujer como mujer, y quiere
que cada uno de ellos sea humano.

Dios hizo al hombre directamente de la Matrix. Lo tomó de la Matrix e hizo de ella un hombre... Y después le dio su propia Matrix: la mujer... Para que en adelante fueran dos, pero sólo uno; dos carnes, pero una, no dos. Esto es tanto como decir que ninguno está completo por sí solo, sino que sólo juntos dan como resultado un hombre íntegro... Así que el hijo es creado del Limbus –el padre–, pero es formado en la Matrix, hecho y enderezado conforme a la Naturaleza... igual que el primer hombre del Macrocosmos, el Gran Mundo.

La mujer como seno materno

Hay tres clases de Matrix distintas: la primera es el agua, que sostuvo el espíritu del Señor, y era el seno materno, en el que se crearon el



cielo y la tierra. Después el cielo y la tierra mismos se convirtieron en Matrix, en la que Adán, el primer hombre, fue formado por la mano de Dios. Después, del hombre fue creada la mujer, y se convirtió en seno materno de todos los hombres hasta el fin del mundo. Pero ¿qué encerraba en sí aquella primera Matrix? Como reino de Dios, encerraba el espíritu de Dios. El mundo encierra lo eterno, por lo que a su vez está rodeado. La mujer está encerrada por su piel como por una carcasa, y todo lo que está dentro forma por así decirlo un único seno. Aunque el cuerpo de la mujer fue tomado del hombre, no se puede comparar con el suyo. Su cuerpo es en todo caso similar en figura, porque la mujer también fue modelada como ser humano y lleva en sí, como el hombre, la imagen de Dios. Pero en todo lo demás: en su esencia, en sus propiedades, en su naturaleza y peculiaridades, es totalmente distinto del del hombre. El hombre sufre como hombre, la mujer sufre como mujer: ambos, sin embargo, sufren como dos criaturas queridas por Dios.

La mujer como suelo fértil

Igual que el cielo y la tierra se cierran en un cuenco, así también el cuerpo de la mujer es un recipiente cerrado... Una Matrix vacía en la que aún no hay ningún hijo, como el cielo y la tierra antes de que contuvieran algo vivo. Como quiera que entretanto el hombre surgió del mundo y es él mismo el Microcosmos, así tiene que reproducirse una y otra vez de la mujer. Y como ya al principio fue creado de los cuatro elementos del mundo, así seguirá siendo constantemente creado. Porque el Creador creó el mundo una sola vez, y luego descansó. Así que también hizo el cielo y la tierra y los modeló en una Matrix en la que el hombre es concebido, nacido y alimentado, por así decirlo como en una madre exterior, cuando ya no reposa dentro de su propia madre. Así, la vida en el mundo es como la vida en la Matrix. El hijo en el cuerpo de la madre vive en un «firmamento interior», y fuera del cuerpo de la madre vive en un «firmamento exterior». Porque la Matrix es el Pequeño Mundo y tiene en sí todas las especies del cielo y de la Tierra.

La mujer es igual que la tierra y todos los elementos, y en ese sentido ha de ser entendida como Matrix; es el árbol que crece de la tierra, y el hijo es como el fruto que brota del árbol. Igual que un árbol está sobre la tierra y pertenece no sólo a la tierra, sino también al aire y asimismo al agua y al fuego, así también están en la mujer los cuatro elementos –porque en esos cuatro consiste el «gran campo», la esfera inferior y superior del mundo–, y en su centro está el árbol como cuya imagen ha de ser vista la mujer. Como la tierra, el fruto y los elementos han sido creados en aras del árbol y para mantenerlo, así también los miembros de la mujer, todas sus propiedades y su entera naturaleza han sido creados en aras de su Matrix, de su seno.

Dios ha querido que la semilla del hombre no sea sembrada en el cuerpo de los elementos –no en la tierra–, sino en la mujer, que su imagen sea concebida en ella y parida por ella y no por el campo del mundo. Y, sin embargo, la mujer es también a su modo un campo de tierra, y no es en absoluto diferente de él. Ocupa por así decirlo su lugar como campo y como jardín, en el que el niño que después se convierte en hombre es sembrado y plantado.

Quien vea a la mujer, debe ver en ella el seno materno del hombre; ella es el mundo del hombre, del que ha nacido. Nadie puede sin embargo ver de qué fuerza procede en realidad el hombre. Porque, del mis-

mo modo en que Dios creó antaño al hombre a su imagen, así sigue haciéndolo hoy.

¿Cómo podría alguien ser hostil a la mujer, sea ésta como sea? Con sus frutos se puebla el mundo, y por eso Dios la deja vivir tanto tiempo, por repugnante que pueda ser.

La mujer como árbol de la vida

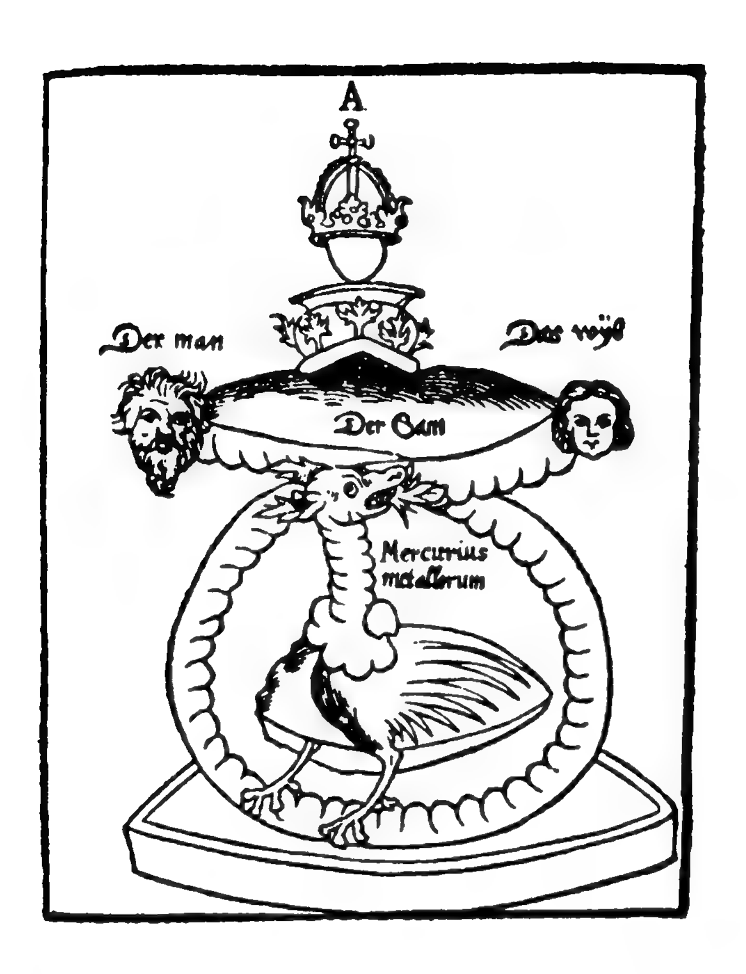
Una mujer es como un árbol con sus frutos. Y el hombre es como el fruto de ese árbol... El árbol tiene que tener mucho alimento hasta recibir todo lo que puede dar, aquello en aras de lo cual existe. ¡Pero ved cuántas iniquidades puede sufrir el árbol, y cuántas menos las peras! Lo mismo ocurre a la mujer respecto al hombre. El hombre es para ella lo que la pera significa para su árbol. La pera cae, pero el árbol sigue en pie. Luego el árbol sigue teniendo cuidado de otros frutos, para perpetuar su vida; por eso tiene que recibir también mucho, sufrir mucho, soportar mucho en aras de sus frutos, para que prosperen bien y felizmente.

La mujer durante la concepción

La floración de la mujer se da cuando concibe. En esa hora está la floración, y a la flor sigue el fruto, es decir: el hijo... Cada árbol que florece florece por el fruto que va a madurar en él, y el árbol que no esconde fruto alguno no florece tampoco... Si una virgen florece alguna vez, tendría que dar también fruto... Porque así es la naturaleza de la mujer, que se transforma en cuanto concibe; y entonces todo es para ella como un verano, en el que no hay nieve, escarcha ni invierno, sino tan sólo placer y alegría.

Del mismo modo que una casa es una obra y es visible y su constructor es también una obra y visible, así el constructor es una obra de Dios, y la casa una obra del constructor. Así ha de entenderse que las obras sean visibles ante nuestros ojos, y cuando seguimos la pista al constructor, también él se nos hace visible. Cuando se trata de cosas eternas, la fe hace visibles todas las obras; cuando se trata de cosas corporales, pero no visibles, la «luz de la Naturaleza» las hace visibles... Que una cosa que puede ser visible no se inquiete por no serlo ahora. Un niño que se encuentra en gestación es ya un hombre, aunque aún sea invisible... Iguala ya a aquello que es visible.

Cuando la semilla es recibida en el seno materno, la Naturaleza une



las semillas del hombre y la mujer. De ambas semillas, la mejor y más fuerte conformará a la otra según su esencia... la semilla del cerebro del hombre y la del cerebro de la mujer son al juntarse sólo un cerebro; pero así sea una de las dos la más fuerte, así se formará el cerebro del niño, igual a él, pero en modo alguno totalmente igual. Porque la segunda semilla quiebra la fuerza de la primera, lo que siempre produce un cambio en su esencia. Y cuanto más distintas sean las semillas en su predisposición innata, tanto más se verá la diferencia.

Cuando las semillas de todos los miembros se reúnen en la Matrix, ésta ordena según su propia especie las semillas de la cabeza con las del ce-

rebro, etc., en los lugares que les corresponden, y así cada miembro se sitúa allá donde tiene que estar, igual que un carpintero ensambla la madera para una casa. Entonces cada semilla queda como es debido en la matriz, a la que también se llama Microcosmos. Sólo que la vida no está allí, ni tampoco el alma... Pero la semilla de un solo ser humano no hace un ser humano completo. Dios quiere que el hombre completo surja de dos, y no de uno; quiere que el hombre se componga de dos, y no de uno solo. Porque si surgiera de la semilla de uno, no habría una nueva figura esencial de hombre. Tal como él es, sería también su hija, de forma no distinta de la de un nogal, que se reproduce a partir de sí mismo y por eso es igual en todo a aquel del que procede. En todos los árboles surge siempre lo igual de lo igual, del mismo modo que todos los nogales tienen las mismas nueces, sin diferencia alguna. Lo mismo vale para los hombres. Si el ser humano sólo hubiera nacido de un hombre, sería igual que su padre, y éste sería para él padre y madre en uno. Entonces sólo habría una clase de hombres, y el uno tendría el aspecto del otro y sería de la misma esencia. Pero la mezcla de las semillas del hombre y la mujer da como resultado tanto cambio que ningún hombre puede parecerse a otro... La semilla de cada ser humano rompe la unidad de la semilla del otro, y ésta es la causa de que ningún hombre se parezca a otro.

De la esencia de la semilla

Primero la planta crece de la raíz, después de la planta la flor, y por último, de la flor, la semilla; ésta es pues la savia vital, la *quinta essentia* de la planta. Porque nada crece sin semilla, nada nace sin semilla, nada se multiplica sin una semilla, y de todos los frutos de la tierra la semilla es lo más valioso, lo más noble, lo más apreciado y lo que ha de tenerse en más estima.

Semilla y frutos

Un buen árbol da buenos frutos. Si la madre es sana como una tierra sana y un cuerpo fructífero, entonces el árbol también es bueno y da buen fruto. Pero en los hijos importa también otra cosa: sólo de una buena semilla puede salir un buen fruto... Un árbol de la tierra da frutos continuamente, sin necesidad de recibir siempre una nueva semilla; pero el árbol de la mujer sólo da fruto cuando se hunde en él una nueva semilla a través del hombre. Por eso, mucho depende de la semilla; si no sirve pa-

la nada, el árbol no puede mejorarla. Lo que se dice del árbol, vale también para la semilla; ambos tienen que ser válidos. Y si ambos son buenos, darán algo bueno: el fruto.

Una mala semilla dará un mal árbol, y éste dará mal fruto. Pero la mala semilla no es el hombre mismo, como tampoco la buena; porque la buena semilla es Dios, y la mala en cambio el Diablo, y el hombre no es más que el campo. Si cae una buena semilla en el hombre, crecerá de él, porque el hombre es su campo, el corazón su árbol y las obras del hombre su fruto. ¿No se puede rastrillar un campo que tiene malas hierbas, y librarlo de ese mal fruto para poder sembrar en él otra buena semilla?... ¿No se podrá también sembrar un buen campo con una mala semilla? ¡Sin duda! Todo campo se rige por su semilla, y ninguna semilla por el campo. Porque la semilla es señora del campo. Todos los hombres son como un campo, ni del todo bueno ni del todo malo, sino de una especie indeterminada... Si una buena semilla cae en el campo y el suelo la acoge, será bueno. Si una mala semilla cae en el suelo y éste la acoge, será malo. No es pues el campo el que decide, él no es ni bueno ni malo. No es más que agua: según los colores que caen a ella recibe su coloración.

La gestación del niño



Dios ha puesto un plazo a la gestación de un niño, a saber, de cuarenta semanas, igual que a las vacas, las palomas y todos los demás animales se les ha determinado un período de gestación. En este margen, la semilla se convierte en niño. Y esto ocurre de la siguiente forma: cuando se ha producido la concepción, la Naturaleza comienza su obra y ordena las semillas; la semilla de la cabeza va al lugar de la cabeza, la del brazo a su sitio, y todo se coloca en el lugar en el que por su especie ha de estar. Cuando todo está en su sitio correcto, la Matrix descansa y no hace nada más. Entonces actúa la naturaleza material, y hace crecer al niño hasta que todo lo así dispuesto se convierta en un verdadero cuerpo humano: hasta que lo que corresponde a la carne se haga carne, lo que a los huesos huesos, lo que a las venas venas, lo que a los órganos internos órganos internos. Y así la semilla deja de ser semilla, y se hace carne y sangre... Pero entonces también la intervención de lo material se aparta de ella, e interviene aquello que la Gracia de Dios da al hombre; da al niño la vida y todo lo que corresponde a un ser vivo: vista, oído, tacto, gusto, olfato y la fuerza impulsora de esos sentidos. Cuando la vida ha entrado así en el niño conforme a lo dispuesto por Dios, crece en el seno materno hasta que todos sus miembros han alcanzado toda su fortaleza y ya no les falta fuerza y plenitud y se han hecho firmes. Por último se le regala el espíritu, el alma, la razón, el entendimiento y todo lo que es contenido del alma. Comprended pues que la semilla concebida primero es modelada y puesta en su orden correcto, después se convierte en carne y sangre, después alcanza talla y fortaleza para soportar el peso de la vida terrena; y por último, se le conceden el espíritu y el alma. Porque mientras el niño es todavía demasiado débil como para soportar la vida en la Tierra no se le dona el espíritu; sólo al crecer sus fuerzas penetra en él, y le sigue el alma. Porque el alma no entra en cuerpo alguno en el que no habite ya el espíritu... Así crece el niño en la unión de espíritu y cuerpo, hasta que ya no se puede privar del aire de la Tierra y del alimento materno. Y entonces sigue el parto.

¿Qué ha recibido el hombre de su padre y su madre de lo que pueda vanagloriarse? En su esencia y en sus propiedades, no es sino lo que ellos fueron, nada más que un estómago hambriento y una burda y mísera sinrazón, nada más que una imagen desnuda, expuesta a la Muerte. ¿Qué va a hacer de sí el hombre, o qué hacer consigo mismo, cuando no es más que un cuerpo desnudo? Sólo posee en realidad lo que le fue dado apar-

te de éste, nada más. Sólo lo que Dios depositó en él y lo que está contenido en ese don es lo que sabe y lo que es.

Cuatro cosas forman parte de la concepción y el parto: el cuerpo, la imaginación, la forma y el efecto. El «cuerpo» sigue el mandato hereditario por el que ha de convertirse en cuerpo y en ninguna otra cosa. Porque es una ley de la Naturaleza que la encina tenga que nacer de una bellota, y así ocurre también con el cuerpo del hombre. De la «imaginación» y aquello a lo que se dirige su sentido recibe el hijo su razón. E igual que el cielo inculca al hijo su movimiento, su buena y mala manera, ora con más fuerza, ora con más finura, así también la imaginación del hombre sigue –como las estrellas– un curso marcado, y hace que la razón del niño se vuelva hacia lo más alto o hacia lo más bajo. La tercera cosa, la «forma», fuerza al niño a tener el aspecto de aquel de quien procede. Y por último es el «efecto» el que condiciona la salud y enfermedad del cuerpo. Porque del mismo modo que un constructor fuerte hace un trabajo bueno y sólido y uno débil lo hace débil, así ocurre también en la concepción.

Madre e hijo



La imaginación de una mujer encinta es tan fuerte que es capaz de influir en la semilla y dirigir el fruto de su vientre en una u otra dirección. Sus «estrellas interiores» actúan fuerte y poderosamente sobre el fruto, de forma que su esencia queda fuerte y profundamente marcada y es configurada por ellas. Porque en el seno materno el hijo está expuesto a la influencia materna, y está por así decirlo confiado a la mano y a la voluntad de su madre, como el barro a la mano del alfarero. Éste crea y modela de él lo que quiere y lo que le apetece.

Así que el niño no precisa ni de astro ni de planeta: su madre es su estrella y su planeta.

Hombre y mujer



Dios no quiere que hombre y mujer sean como un árbol en el que siempre crece el mismo fruto... Tampoco quiere que cada hombre sea un multiplicador de su estirpe, sino que ha dotado a algunos de semillas y a otros no, a todos de distinta manera.

Dios ha dejado al hombre el libre albedrío de reproducir su especie; puede engendrar un hijo a su voluntad, transmitir su semilla o no hacerlo. Ha hundido profundamente la semilla, en toda su realidad y esencia, en la fantasía del hombre... Si el hombre tiene la voluntad, surge en su fantasía el deseo, y el deseo engendra la semilla... Sin embargo, él no puede prenderlo en sí mismo, sino que es atizado por un objeto. Cuando un hombre ve a una mujer, ella es el objeto, y sólo depende de él retenerlo o no... Dios ha dado al hombre la razón para que supiera lo que significa el deseo. Él sólo tiene que decidir si cede o no a él, si lo deja actuar o no, si sigue su entendimiento o no. Porque Dios ha confiado por eso la semilla a la consideración del hombre, porque implica de la misma manera tanto el entendimiento como el objeto que inflama su fantasía. Pero todo esto ocurre sólo cuando él lo quiere; de lo contrario no hay semilla en él... Con la mujer no ocurre de distinta manera. Cuando ve un hombre, significa para ella el objeto, y su imaginación empieza a girar en torno a él. Esto lo hace ella con la capacidad que Dios le ha dado... Está en su mano sentir deseo o no. Si cede a él, brotará en ella la semilla; si no lo hace, no habrá en ella semilla ni placer. Así que Dios ha confiado la semilla a la libre decisión del hombre, y la decisión depende por entero de su voluntad. Puede hacer lo que quiera. Y como existe esta libre decisión, es de ambos, del hombre y de la mujer. Como determinen por su voluntad, así ocurrirá. Así es el nacimiento de la semilla.

Como el hombre procede del Gran Mundo y está indisolublemente unido a él, así la mujer ha sido creada del hombre, y tampoco puede abandonarle. Porque si nuestra señora Eva hubiera sido formada de otro modo que del cuerpo del hombre, nunca hubiera surgido de los dos el deseo. Pero como son una misma carne y una misma sangre, de ello se desprende que no se puedan separar el uno del otro.

Instinto y amor



Igual que hay amor entre las bestias, que se aparean pareja por pareja, hembra con macho, así también entre los hombres existe tal amor de naturaleza animal, y es una herencia del animal. De esta herencia no podemos conseguir otra cosa que ganancia, utilidad y amor animal; y este amor es perecedero, inconsistente, y sólo sirve para la razón y las aspiraciones del hombre dominado por los instintos. No conoce objetivos más altos. Es él el que provoca que los hombres sean amables u hostiles, buenos o malos entre sí, igual que los animales son rencorosos e iracundos, envidiosos y hostiles entre sí. Igual que los sapos y las serpientes se comportan siempre conforme a su naturaleza, así también los hombres. Y como se odian el perro y el gato, así también los países se enfrentan entre sí. Todo esto proviene de la esencia animal. Cuando los perros se ladran, se muerden, ello es por envidia, por codicia, porque cada uno quiere tenerlo todo para sí, quiere comérselo todo él solo y no dejar nada para el otro; ésta es la manera de las bestias. En esto el hombre es hijo de los perros. También él carga con envidia e infidelidad, con un carácter ardiente, y el uno no concede nada al otro. Como los perros se muerden por una perra, así también la rivalidad humana es de naturaleza canina. Porque tal modo de actuar se halla también en los animales, y como en ellos, así es en los hombres.

Cuando se unan un hombre y una mujer que se pertenecen y han sido creados el uno para el otro, no habrá adulterio, porque en su estructura forman *una* esencia que no puede romperse.

Pero si éstos no se unen, no habrá amor resistente, sino que ondeará como la caña al viento. Cuando un hombre galantea con muchas mujeres, es que no tiene una auténtica esposa que le complete, igual que la mujer que galantea con otros hombres no tiene tampoco el hombre adecuado. Pero Dios creó a cada hombre con su instinto para que no tenga por qué ser adúltero. Por eso para aquellos que están hechos uno para el otro reza el mandamiento de preservar el matrimonio como si se pertenecieran. Porque hay dos matrimonios: aquel que Dios ha dispuesto, y aquel que el hombre se dispone a sí mismo. Los primeros se atienen voluntariamente al mandamiento, los otros no; se ven forzados por él.

Sobre el matrimonio

La castidad otorga un corazón puro y la capacidad de aprender las cosas de Dios. Dios mismo, que ordenó hacerlo así, dio a los hombres la castidad. Pero si uno no puede ser dueño de sí mismo es mejor que no esté solo.

Imaginemos que sólo hubiera cien hombres, pero mil mujeres en el mundo, y que cada mujer quisiera un hombre y no quisiera privarse del suyo. Pero sólo hay cien hombres, y sólo cien mujeres tendrían uno, y sobrarían novecientas. Con lo que podría ocurrir que las mujeres resultaran tan pesadas a los hombres que de ello naciera el adulterio... ¿No sería mejor dar a un hombre diez mujeres como esposas y no sólo una, con lo que las otras nueve se convertirían en rameras? Porque Dios ha mandado observar el matrimonio, pero no le ha puesto cifra, ni alta ni baja; Él ha ordenado: ¡respetarás el matrimonio y no lo quebrarás!

Pero ocurre que Dios ha creado desde siempre muchas más mujeres que hombres, y hace que la muerte se dé más fácilmente entre los hombres que entre las mujeres y siempre hace que sobrevivan las mujeres y no los hombres. Por eso sería razonable que en el matrimonio no tres hombres tuvieran una mujer, pero sí tres mujeres un hombre, para que no se abriera puerta alguna a la prostitución. Y si hay tal exceso de mujeres, ordénese dentro del matrimonio, para hacer así justicia al sentido del mandato divino... Si no se hace con una mujer, hágase con dos, mientras lo requiera el exceso. Y esto se puede hacer de manera justa, y no en disputa partidaria; sino obrando con los demás como quisieras que obraran contigo... ¿Para qué pues dictar normas sobre costumbres, virtudes, castidad y similares? Nadie más que Dios puede dar mandamientos permanentes e

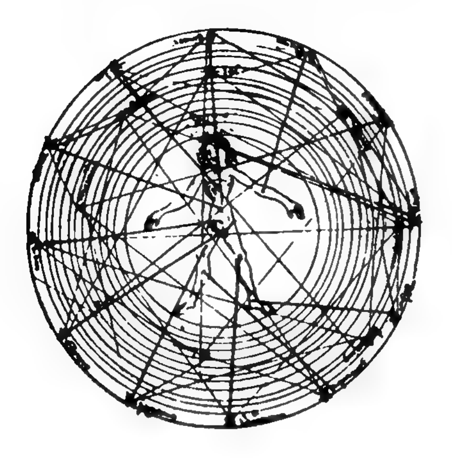
irrevocables. Porque las leyes humanas han de adaptarse a las necesidades de los tiempos y ser revocadas consecuentemente, y se pueden poner otras en su lugar.

Hombre, mujer, mundo



El hombre es el Pequeño Mundo, la mujer en cambio... el Mundo Mínimo, y es por tanto distinta del hombre. Tiene otra anatomía, otra teoría, otras claves y causas, otras escalas y preocupaciones... Porque el mundo es y fue la primera criatura, el hombre la segunda y la mujer la tercera. Así también el Cosmos es el Mundo Máximo, el mundo del hombre el segundo en magnitud y el de la mujer el Mínimo y más pequeño. Y cada uno de ellos tiene su propia «Filosofía» y «Arte»: el Cosmos, el hombre y la mujer. En el mundo, como en el hombre y en la mujer, roe el diente del tiempo, y en su fugacidad las tres criaturas poseen –a pesar de su diferencia– la misma Filosofía, Astronomía y teoría. También lo que producen es perecedero, y en eso no se diferencian. Pero la forma en que lo crean es distinta en el mundo, el hombre y la mujer. Y como se trata de otra forma y modo, también resulta de ello otra configuración... Aunque estos tres dominios están separados entre sí, están soportados por el mismo espíritu... porque éste los comprende en sí a todos.

El hombre en el Cosmos



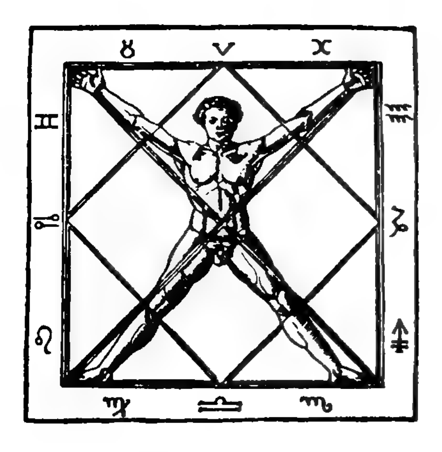
El hombre es el centro de todas las cosas,
él es el centro de cielo y tierra...

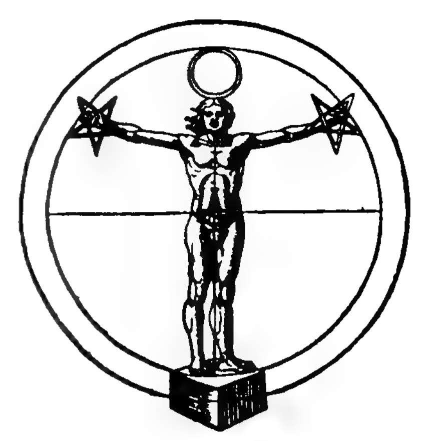
El mundo entero rodea al hombre como el círculo rodea a un punto. De ello se desprende que todas las cosas están referidas a este punto, de forma no diversa a la del corazón de una manzana, que está rodeado y mantenido por el fruto y obtiene de él su alimento... Así el hombre es también un corazón y el mundo su manzana; y como le sucede al corazón de la manzana, así le sucede al hombre en el mundo que le rodea... Cada cosa tiene su propio origen: por una parte en lo eterno, por otra en lo temporal. Y la sabiduría –ya sea la del cielo o la de la tierra– sólo se puede alcanzar mediante la fuerza de atracción del centro y del círculo.

Que piense el hombre quién es y lo que tiene y ha de ser de él. Porque la *compositio humana* es poderosa y forma una unidad desde la pluralidad... El hombre necesita más que su entendimiento cotidiano para saber lo que él mismo es; sólo quien aprende a conocerse a sí mismo y sabe de dónde viene y quién es prestará más profunda atención a lo eterno.

Hombre y cielo

Lo que viene de la carne es todo animal y se rige por la naturaleza animal; el cielo tiene poca influencia en eso. Sólo lo que viene del «astro» es lo humano en nosotros; está abandonado a su acción. Pero lo que





procede del espíritu, lo divino en el hombre, fue modelado en nosotros a imagen de Dios, y sobre esto no tienen influencia ni la tierra ni el cielo.

Debes contemplar al hombre como un trozo de Naturaleza encerrado en el cielo. Éste te lo muestra pieza a pieza; porque de él está hecho el hombre, y la materia con la que fue creado te mostrará también a qué imagen está hecho... La naturaleza exterior marca la figura de la interior, y si la exterior desaparece, pierde también la interior, porque el exterior es la madre del interior. Así el hombre es como el retrato de los cuatro elementos en un espejo; si se disgregan los cuatro elementos, el hombre se hunde. Si aquello que se encuentra ante el espejo está quieto, descansa también la imagen del espejo. Y así la Filosofía no es otra cosa que tan sólo el saber y el conocimiento de aquello que tiene su reflejo en el espejo. E igual que la imagen del espejo no da a nadie la clave de su ser y a nadie puede darse a conocer, sino que es tan sólo un retrato muerto, así es también el hombre en sí: no sabrá nada de sí mismo. Porque el conocimiento procede tan sólo de ese ser exterior cuyo retrato en el espejo es.

El cielo es el hombre, y el hombre el cielo, y todos los hombres juntos son el cielo, y el cielo no es más que un hombre. Hay que saber eso para entender por qué las cosas son así en un lugar y en otro de otro modo, por qué aquí hay un nuevo, allá un viejo y en todas partes tantas cosas distintas. Pero todo esto no... se ve en el cielo, sino en la distribución de las fuerzas actuantes en él... Nosotros los hombres tenemos un cielo, y éste está también en cada uno de nosotros en toda su plenitud, indivi-

so y correspondiente a la naturaleza de cada cual. Por eso cada vida humana sigue su propio curso, por eso fallecimiento, muerte y enfermedad están desigualmente repartidas, según la acción de cada cielo. Porque si el mismo cielo estuviera en todos nosotros, todos los hombres tendrían que estar enfermos al mismo tiempo y sanos al mismo tiempo. No obstante no es así, porque la unidad del Gran Cielo se disolvió en nuestra multiplicidad en los instantes del parto. En cuanto un hijo es concebido, recibe su propio cielo. Si todos los niños fueran dados a luz en el mismo instante, todos llevarían el mismo cielo en sí, y su vida seguiría el mismo curso. Así pues, según como se encuentre la bóveda estelar, así se inculcará el «cielo interior» del hombre. ¡Un milagro sin igual!

Igual que el firmamento con todas sus constelaciones forma un todo en sí mismo, así también el hombre es en sí un firmamento poderoso y libre. E igual que el firmamento descansa en sí mismo y no es regido por ninguna criatura, tampoco el firmamento del hombre es regido por otras criaturas, sino que es por sí, solo y sin atadura de ninguna clase. Porque hay dos clases de lo creado: cielo y tierra son una, el hombre la otra... Todo lo que la ciencia astronómica ha averiguado profunda y ponderadamente mediante la contemplación de los aspectos y de las estrellas... puede ser para vosotros una enseñanza y una ciencia para el «firmamento corporal».

Hombre y cielo en equilibrio

La luz de la Naturaleza en el hombre viene del astro, y la carne y sangre del hombre forman parte de los elementos materiales. Así que hay dos influencias en el hombre: la una de la luz del firmamento; de ella forman parte sabiduría, arte, razón. Todas son hijas de este padre... La segunda influencia proviene de la materia; de ella forman parte la concupiscencia, la comida, la bebida y todo lo que afecta a la carne y la sangre. Y lo que procede de la carne y la sangre no debe ser atribuido al «astro». Porque el cielo no da ni concupiscencia ni codicia... Del cielo sólo vienen sabiduría, arte y razón.

Tan grande como la diferencia entre los dos cuerpos –el visible y el invisible, el material y el etéreo– en forma y figura es la que distingue su esencia entre sí... Son como un matrimonio, que es uno en la carne, pero doble en su esencia... Y como esto es así, en el hombre habita una contradicción... A saber, que el astro en él tiene otra índole, otro ánimo,



otra intención que los elementos inferiores; y por otra parte estos elementos tienen a su vez otra sabiduría y otra índole que el astro del hombre. De ello se sigue que sean contrapuestos entre sí. Por ejemplo: el cuerpo elemental, material, quiere exuberancia, concupiscencia; el astro, el cuerpo etéreo, como contrafigura interior de la esfera superior quiere en cambio estudiar, aprender, practicar las artes, etc. De ahí surge una contradicción en el hombre mismo. El cuerpo visible, material, quiere lo uno, el invisible, etéreo, lo otro, y ninguno quiere lo mismo... Por eso en cada uno de estos cuerpos vive el impulso de superar lo que le ha sido dado, y ninguno quiere mantenerse en el centro y actuar con medida. Ambos quieren desbordar sus límites, y el uno quiere desplazar al otro; así surge la enemistad entre ellos. Porque todo lo que supera su medida trae la perdición.

Todo lo que el hombre hace o ejecuta, enseña o pretende aprender, tiene que tener su simetría; tiene que seguir su propia línea y mantener-

se dentro de su círculo para que todo conserve su equilibrio y no haya nada torcido y nada que supere el círculo.

Feliz y más que feliz será aquel que camine en la medida correcta y no necesite ayuda imaginada por hombres, sino que se rija por el camino que Dios le ha prescrito.

De la esencia del hombre

Dios bien hubiera podido crear al hombre de la nada, simplemente con la palabra «¡Sé!». Pero no lo ha hecho, sino que le ha tomado de la Naturaleza, le ha puesto en la Naturaleza, ha puesto en sus manos a la Naturaleza y le ha subordinado a ella como hijo suyo. Pero también ha sometido la Naturaleza al hombre, en todo caso como a un padre... Así que la Naturaleza está subordinada al hombre, le pertenece como a una de sus flores, como a su hijo, a su fruto, convertido viniendo de ella en cuerpo de los elementos... y en cuerpo etéreo.

En la Naturaleza hallamos una luz que nos ilumina como no pueden hacerlo el Sol y la Luna. Porque está hecha de tal modo que sólo a medias vemos a los hombres y a todas las demás criaturas, y por eso tenemos que seguir investigando... No debemos ahogarnos en nuestra labor diaria, porque quien busca... encuentra... Y si seguimos la luz de la Naturaleza resultará que también está ahí la otra mitad del hombre, y que el hombre no está hecho tan sólo de carne y sangre... sino también de un cuerpo invisible para nuestro burdo ojo.

La Luna emite una luz, pero a ella no se advierten los colores; pero en cuanto se alza el Sol es posible distinguirlos a todos entre sí. Así pues, la Naturaleza tiene una luz que brilla como el Sol; e igual que la luz del Sol respecto a la de la Luna, así la luz de la Naturaleza brilla más allá de la fuerza de los ojos. A su luz se hace visible lo invisible; por ello, tened siempre presente que una luz eclipsa a la otra.

Sabed que nuestro mundo y todo lo que vemos y podemos tocar en nuestro entorno no son más que la mitad del Cosmos. Aquel mundo que no vemos es igual al nuestro en peso y medida, en esencia y condición. De donde se sigue que también hay otra mitad del hombre que actúa en ese mundo invisible. Cuando sabemos de la existencia de ambos mundos, entendemos que sólo las dos mitades forman un hombre completo; porque son por así decirlo como dos hombres unidos en un cuerpo.

Como el Sol puede brillar a través de un cristal y el fuego irradia ca-

lor de las estufas, aunque no atraviesan ambos cuerpos, así el cuerpo humano puede hacer que su fuerza actúe a lo lejos y seguir quieto en su sitio, como el Sol que brilla a través del cristal y sin embargo no lo atraviesa. Por eso no se puede atribuir nada al cuerpo mismo, sino sólo a las fuerzas que brotan de él, igual que el olor del almizcle, aunque su cuerpo pueda estar quieto.

La Naturaleza emite una luz por cuyo propio brillo puede reconocérsela. Pero en el hombre hay también una luz además de la innata de la Naturaleza. Es la luz a través de la cual el hombre experimenta, aprende e investiga lo sobrenatural. Aquellos que buscan a la luz de la Naturaleza hablan de un conocimiento de la sobrenaturaleza. Porque el hombre es más que la Naturaleza; es la Naturaleza, pero es también un espíritu, es también un ángel y tiene las propiedades de los tres. Cuando se transforma en Naturaleza sirve a la Naturaleza, cuando se transforma en espíritu sirve al espíritu, cuando se transforma en ángel sirve como un ángel. Al primero se le ha dado el cuerpo, a los otros se les ha dado el alma y son su alhaja.

De la dignidad del hombre

El libro en el que las letras de los secretos están escritas de manera visible, reconocible, aprehensible y legible, de forma que todo lo que se desee saber se encuentra precisamente en ese libro, grabado por el dedo de Dios, y frente al cual, si se lee correctamente, todos los demás libros no son más que letra muerta, este libro no debe ser entendido por otro y no ha de ser buscado en ningún otro sitio que tan sólo en el hombre. El hombre solamente es el libro en el que están escritos todos los secretos; pero este libro es interpretado por: Dios.

Si quieres hallar la comprensión del entero tesoro que las letras encierran, poseen y comprenden, tienes que traerla desde muy lejos, de Aquel que ha enseñado a juntar las letras... Porque la comprensión no la encontrarás en el papel, sino en Aquel que la ha puesto en el papel.

El hombre está hecho de tierra, por eso tiene también en sí la naturaleza de la tierra. Pero después, en el «nuevo nacimiento», está hecho de Dios, y recibe en tal figura la naturaleza divina. Igual que el hombre es iluminado en la Naturaleza por la «luz sideral» para conocerla, también es iluminado por el Espíritu Santo para conocer a Dios en su esencia. Porque nadie puede conocer a Dios mas que aquel que es de la esencia

divina, nadie a la Naturaleza mas que aquel que es de su índole. Cada cual tiene adherido aquello de lo que procede y a lo que un día regresará.

La luz de la Naturaleza es un administrador de la Sagrada Luz. ¿Qué daño hace a la lengua natural el que hable la lengua de fuego? ¿O qué pierde la lengua de fuego frente a la natural? Es como un hombre y una mujer que dan a luz un hijo, y sin ambos no podría ocurrir; no es distinto lo que ocurre con el hombre al que se dan las dos luces para que vivan en él.

De la nobleza del hombre

Qué maravillosamente ha sido creado y configurado el hombre, cuando se penetra en su verdadero ser... y es una grandeza –pensad en esto– que no haya nada en el cielo ni en la tierra que no se encuentre también en el hombre... En él está Dios, que también está en el cielo, y todas las fuerzas del cielo se reflejan también en el hombre. ¿En qué otro sitio puede hallarse el cielo si no es en el hombre? Dado que actúa desde nosotros, sin duda tiene que estar también en nosotros. Por eso conoce nuestro ruego antes de que lo formulemos, porque está más cercano a nuestro corazón que a nuestra palabra... Dios ha construido su cielo en el hombre, hermoso y grande, noble y bueno; porque Dios está en su cielo, es decir, en el hombre. Él mismo dice que Él está en nosotros, y nosotros somos su templo.

Los pensamientos son libres y nada los domina. En ellos reposa la libertad del hombre, y ellos aventajan la luz de la Naturaleza. Porque de los pensamientos nace una fuerza creadora que no es ni elemental ni sideral... Los pensamientos crean un nuevo cielo, un nuevo firmamento, una nueva fuente de energía de la que fluyen nuevas artes... Si uno se propone crear algo, crea por así decirlo un nuevo cielo, y del mismo afluye a él la obra que quiere crear... Porque tan poderoso es el hombre, que es más que cielo y tierra.

II

Hombre y cuerpo



Médico y Naturaleza

La Medicina debe buscar la verdad,
no la literalidad.

El médico procede de la Naturaleza, ella le hace; sólo aquel que obtiene su experiencia de la Naturaleza es un médico, y no aquel que con la cabeza y con ideas elaboradas escribe, habla y obra en contra de la Naturaleza y de sus peculiaridades.

El médico no es más que el servidor de la Naturaleza, y no su dueño. Por eso corresponde a la Medicina seguir la voluntad de la Naturaleza.

Quien quiera ser un buen médico deberá anclar su fe en la «luz de la razón de la Naturaleza», sanar a partir de ella y no empezar nada sin ella... Porque Cristo quiere que extraigas tu fe de la sabiduría, y no carezcas de ella... Si quieres aplicar un «arte», que sea sólo a la luz de la Naturaleza y no en un actuar superficial. Dios ha dado a cada persona, según estaban destinadas a ella, luces suficientes para que no tenga que extraviarse.

¿Quién está en posesión de una verdad que no la haya recibido de un maestro? ¡Nadie! Recibimos de Dios la verdad del espíritu, si no no la sabríamos. Igualmente recibimos de la Naturaleza las verdades de la Filosofía; nos las ha enseñado sin mucha palabrería... Igual que Cristo se ofreció en persona a nuestros ojos, también tenemos maestros personales en la Naturaleza... Nacieron por mirar y remirar, y no por no mirar. Porque ver y tocar testimonian la verdad.

Ninguna enfermedad proviene del médico, como tampoco ninguna medicina. Pero igual que puede empeorar el curso de la enfermedad, también puede mejorarlo. ¿Qué maestro sería mejor en esto que la Naturaleza misma? Ella posee el saber y pone de manifiesto diariamente el sentido de todas las cosas; es ella la que enseña al médico. Así pues, como la Naturaleza es la única que posee ese saber, también ha de ser ella la que confeccione la receta... La medicina procede de la Naturaleza, no

de los médicos. Por eso el médico ha de proceder, con entendimiento abierto, conforme a la Naturaleza.

Los médicos no deben asombrarse de que la Naturaleza sea más que su arte. Porque ¿qué alcanza a compararse con las fuerzas de la Naturaleza? Quien no las ha recorrido no domina tampoco la Medicina. En una planta hay más virtud y energía que en todos los gruesos libros que se leen en las universidades, a los que no ha sido concedida larga vida.

Es necesario que todo médico posea rica experiencia, y no sólo de lo que viene en los libros, sino que los enfermos han de ser su libro, ellos no le extraviarán... y no será engañado por ellos. Sin embargo, aquel que se conforma con meras letras es igual que un muerto, y también como médico está por así decirlo muerto. Entonces, como hombre y como médico mata a los enfermos. Ni siquiera un mataperros puede aprender a desollar en los libros, sino tan sólo en la experiencia. Tanto más se aplicará esto al médico.

Médico y experiencia



El hombre no puede aprender la teoría de la Medicina de su propia cabeza, sino sólo de aquello que los ojos ven y los dedos tocan... Si uno hubiera sido educado en un convento y no hubiera conocido nunca sino los usos del mismo, si nunca hubiera vivido otra cosa que lo que ocurre en el convento y lo que allí es costumbre y forma de ser, no sabría nada más que estos usos del monasterio. Si otra costumbre entonces le saliera al paso, no sabría qué hacer con ella, porque no domina más que su propio instrumento... No tendría otra cosa que decir al respecto que lo que hubiera aprendido en su doctrina monacal, que a su vez procede tan sólo de la especulación... y sólo fue ideada por los hombres... Por eso tal discípulo de un monasterio seguirá siendo un inexperto y no logrará nunca llegar al fondo de las cosas, porque todo esto procede de lo que no puede ser hallado a través de la pura teoría.

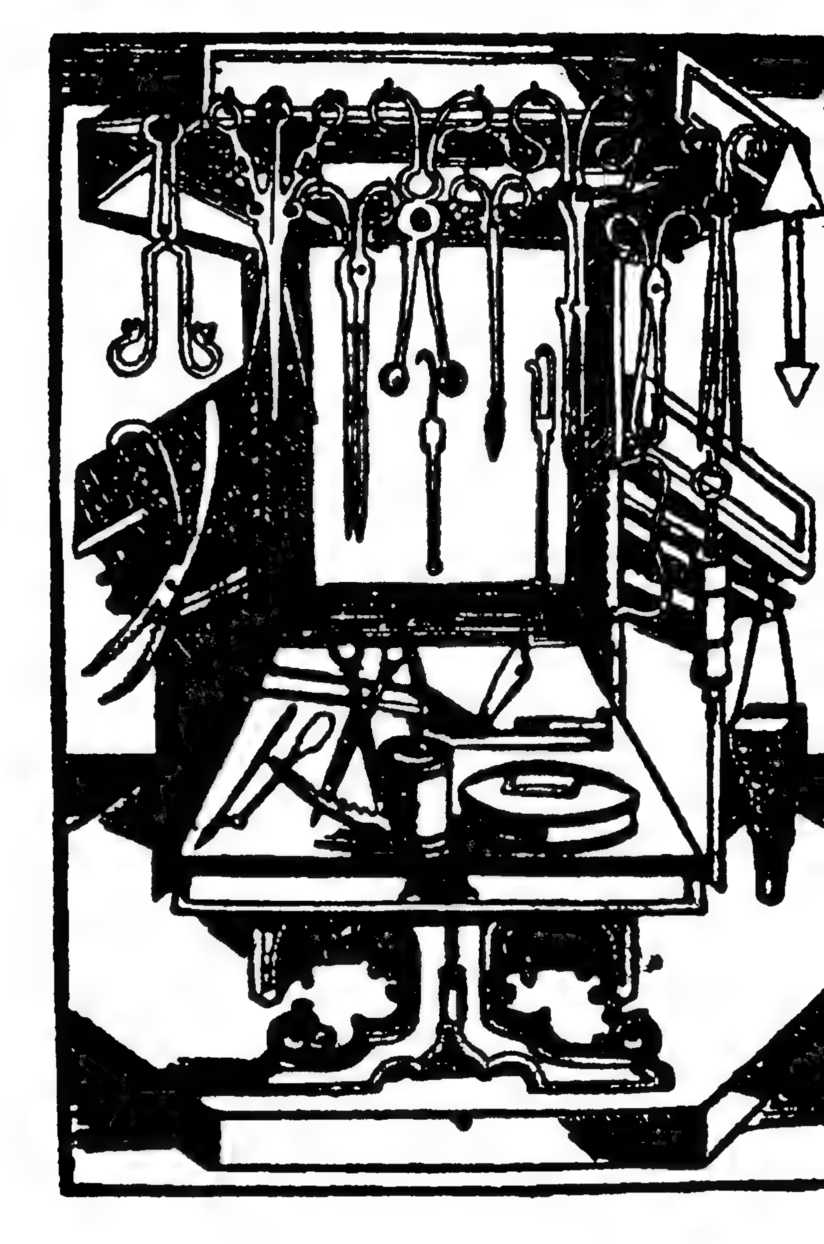
Teoría y práctica deben formar juntas una sola obra, y han de mantenerse indivisas. Porque toda teoría es al mismo tiempo una suerte de práctica especulativa y no vale ni más ni menos que una práctica actuante. Pero ¿qué hacer cuando lo ideado no concuerda con aquello que ha de acreditarse en la práctica? Ambas cosas han de ser ciertas o ambas inciertas. Mirad al carpintero: primero construye su casa en la cabeza. Pero ¿de dónde saca esa obra? De su práctica profesional. Y si no la tuviera, no podría levantar su edificio en la mente; así que ambas cosas, teoría y práctica, se basan en la experiencia.

La práctica no debe surgir de la teoría especulativa, sino que de la práctica debe surgir la teoría.

Aquello que se acredite o no se acredite en la experiencia –que es un juez– habrá de ser aceptado o rechazado.

Todo experimento es como un arma que ha de ser utilizada según la condición de su fuerza: el punzón para pinchar, el mazo para golpear. Así ocurre también con los experimentos. E igual que el mazo no sirve para pinchar ni el punzón para golpear, así tampoco se pueden cambiar la esencia e índole de los experimentos. Lo más importante es conocer las verdaderas repercusiones de los experimentos para saber de qué forma pueden ser aplicados mejor. Tratar con los experimentos exige ser hombre avisado, perito en incisiones y mazazos, saber utilizarlos y dominarlos cada cual según su especie.

El cirujano



Las siguientes cosas son propias de un buen cirujano:

Por su índole innata:

Buena conciencia,
gusto por aprender y acopiar experiencias,
ánimo tranquilo e incansable,
una vida ordenada y sobriedad en todas las cosas,
estimar el honor más que el dinero,
el bien del enfermo más que los reparos propios,
no tener por mujer a barragana.
No debe ser un monje rebotado,
nadie que se fuerce,
ningún barbarroja,
no debe actuar sin criterio,
ni aceptar sin comprender,
no despreciar las casualidades,
no preciarse de su capacidad sin tener experiencia,
no ensalzarse jamás ni alabarse,
no despreciar a nadie.

Respecto a su conocimiento del cuerpo:

Debe conocer todas las propiedades de la carne,
debe conocer los huesos del cuerpo,
debe conocer las venas,
y los vasos sanguíneos de todo el cuerpo,
saber la longitud y anchura de todos los miembros,
saber cómo se ensambla todo entre sí,
saber la ordenación de la Naturaleza
y todas sus propiedades.
Debe saber qué clase de herida
se puede inferir a cada miembro,
debe saber qué de la herida
puede afectar a cada miembro,
saber la ley y clasificación de cada miembro,
conocer las necesidades de cada cosa del cuerpo

y saber dónde residen la Muerte y la Vida.

Respecto al ejercicio de su arte:

Debe conocer todas las hierbas curativas,
todos los remedios que forman tejidos,
conocer todas las esencias,
las formas de todas las enfermedades que de las heridas surgen,
debe conocer su forma y su curación por el tiempo y por el azar,
debe saber prohibir y permitir cosas al enfermo...
debe saber qué puede hacer cada medicina,
conocer los emplastos para las heridas,
conocer los ungüentos para las heridas,
conocer, etc.

Del recto saber del médico

El camino recto no consiste en la especulación, sino que profundiza en la experiencia. De ella recibe el médico su ayuda, y todo su saber se basa en ella. Tiene que tener un rico caudal de experiencias, porque nació como un ciego, y del saber letrado todavía no se ha hecho ningún médico. No requiere para ello cosas humanas, sino divinas, y por eso no debe tratar frívolamente con la verdad. No actúa para sí mismo, sino para Dios, y Dios le da su gracia para que pueda atender a su prójimo en la necesidad. La medicina no sirve a la soberbia, sino a la necesidad de los hombres. Y con ella no debes causar ningún daño a tu prójimo, igual que no se debe abusar de los frutos de la tierra. Porque no eres tú quien actúa a través de la medicina, sino Dios, igual que es Él quien hace crecer el grano, y no el campesino.

Los ojos, que se recrean en la experiencia, serán tus maestros, porque tu propio fantasear y especular no puede llevarte tan lejos como para que te ufanes de ser médico. No puedes querer demostrarlo ni siquiera de forma sofista o a la manera de los sofistas, esos falsos científicos que creen erróneamente que su propia sabiduría llega hasta el fin del reino terrestre y marino y de todos los elementos. Y no sólo afirman esto, sino que creen que está al alcance de su especulación la forma en que Dios deambula por el cielo y lo que hay dentro de Su corazón. Sin embargo, ningún médico debe construir sobre base tan desesperada ni confiarse nunca a ella.



El arte no se hereda, no se puede sacar de los libros, sino que ha de ser muchas veces comido y escupido, hay que masticarlo una y otra vez y amasarlo firmemente, y no se puede dejar dormir como quien coge peras.

Escribir mucho no es cosa de la Medicina. Breve escritura y gran entendimiento, piezas pequeñas, pero gran fuerza: en esto se mide a cada médico. Cuanto más largo el escrito, tanto menor el entendimiento; cuan-

to más larga la fórmula, tanto menor la virtud. Por eso todo médico debe entresacar de lo grande, lo pequeño. Porque la Naturaleza es tan espléndida en sus dones que... es mejor para un hombre conocer a fondo *una* hierba de la pradera que abarcar con la vista todo el campo y no saber lo que en él crece.

Siempre es mejor conocer y haber comprendido un medicamento que registrar las grandes bibliotecas de los monasterios, donde entre mil páginas no se entiende más de media... No deben idearse largas fórmulas a partir de lo que nos fue dado por la Naturaleza.

Escuelas y preceptos del médico

Por mucho que un médico conozca y sepa, inesperadamente se presenta un azar –como un cuervo blanco– y echa a perder todos los libros; de pronto, toda la experiencia y lo que se aprendió junto al lecho del enfermo se va al garete. Por eso, aprended diariamente sin interrupción, buscad y observad con celo; no despreciéis nada y no pongáis, con ligereza, demasiada confianza en vosotros mismos. No seáis soberbios, cuando nada sabéis, y no os consideréis enseguida maestros, porque esto a nadie le es posible sin más. Aprended de los hombres experimentados, porque ¿quién lo sabe todo? ¿Quién puede estar en todas partes y saber dónde están todas las cosas? Por eso, viajad e id en pos de las cosas, y aceptad sin desprecio lo que llegue a vuestras manos, y no os avergoncéis por ser un doctor, un maestro.

El médico no aprende y experimenta en las universidades todo lo que tiene que conocer y saber, sino que tiene de cuando en cuando que ir a la escuela de las viejas mujeres, los gitanos, los aguafuertistas, los viajeros y toda clase de campesinos y similar gente sin importancia, y aprender de ellos; porque saben más de tales cosas que todas las universidades.

Las artes no están todas encerradas en la patria de una persona, sino repartidas por todo el mundo. No se hallan en una sola persona o un solo lugar, sino que han de ser recolectadas, recogidas y traídas de allá donde se encuentran... ¿O acaso no es así? El arte no va en pos de nadie, sino que hay que ir en pos de él. Por eso ocurre con toda justicia que lo busquemos, y no él a nosotros... Si queremos a Dios, tenemos que ir a Él, porque Él dice: «¡Venid todos a mí!». Y porque esto es así, tenemos que ir en pos de lo que queremos encontrar. Si alguien quiere ver a una determinada persona, un país, una ciudad, y conocer la costumbre del lu-

par o la esencia del cielo y de los elementos, tendrá él mismo que ir en pos de ellos, porque a ellos no les es posible acudir a él. Así ocurre con todo aquel que quiere ver y conocer algo.

El médico debe prescribir la medicina de tal modo que la componga conforme a la carne y la sangre del enfermo, la costumbre de su país y su naturaleza innata: áspera, burda, dura, apacible, suave, virtuosa, amable, agradable, etc. Pero no está en ello su arte, sino en la respuesta más corta que dé con sus actos.

El médico como viajero

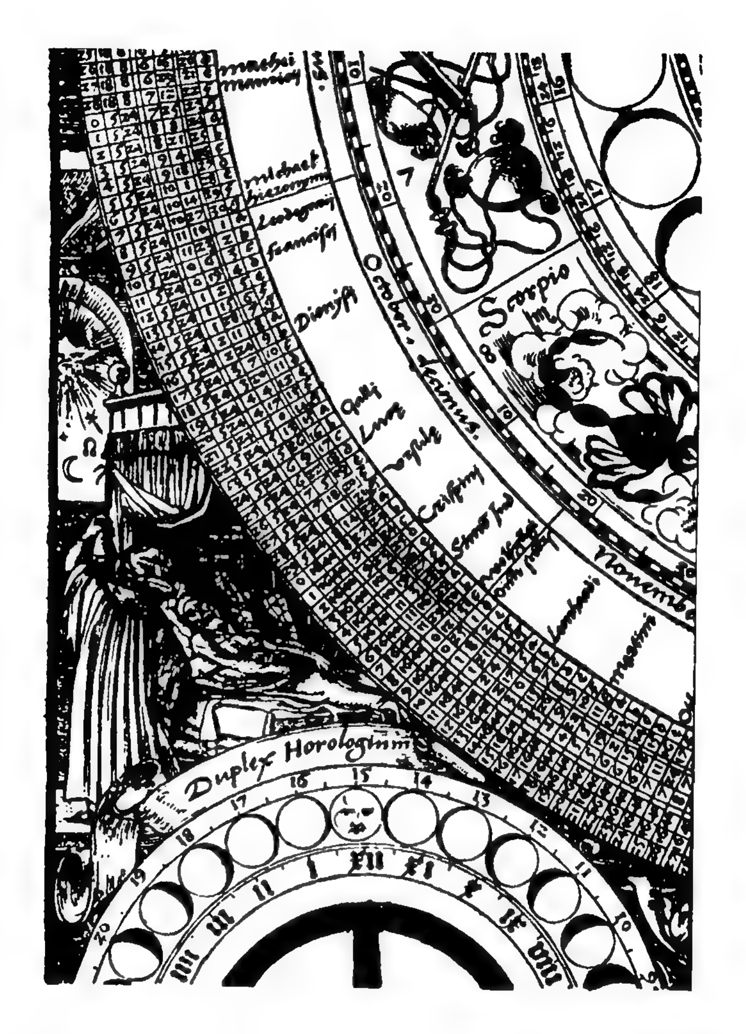
Es preciso prestar atención a la región en que vive el enfermo, es decir, a cómo es allí la Naturaleza y su índole. Porque un país es distinto de otro; la tierra es distinta, la roca, el vino, el pan, la carne y todo lo que crece y prospera en la región. Es decir, que cada región tiene, junto con la condición general que es propia de todo el mundo, su índole especial. El médico debe pensar en ello y saberlo, y por eso debe ser también cosmógrafo y geógrafo y conocer a fondo estas ramas del saber.

¿Cómo podrá ser buen geógrafo o cosmógrafo aquel que esté siempre sentado junto a la estufa? ¿No es lo visto lo que da a los ojos el primer fundamento? Éste ha de ser confirmado. ¿Qué puede experimentar un castañero detrás de su estufa? ¿Qué el carpintero, sin recibir información por sus ojos? ¿O qué hay que se pueda atestiguar sin ayuda de la vista? ¿No se ha revelado Dios mismo a nuestra vista y nos ha llamado a dar testimonio de que nuestros ojos lo han visto? ¿Cómo querría pues un arte o cualquier otra cosa renunciar al testimonio de la vista?... Las enfermedades van de acá para allá, por ancho que sea el mundo, y no se quedan en un lugar. Si alguien quiere conocer toda clase de enfermedades, que viaje también; si va muy lejos, aprenderá y conocerá mucho.

Quien quiera explorar la Naturaleza, que pisotee sus libros. La escritura se explora mediante sus letras, la Naturaleza de país en país; a tantos países, tantas hojas. Éste es el código de la Naturaleza, y así hay que volver sus hojas.

Los fundamentos del arte de la Medicina

La Medicina descansa sobre cuatro columnas: la Filosofía, la Astronomía, la Alquimia y la Ética. La primera columna debe comprender filosóficamente tierra y agua; la segunda, la Astronomía, debe aportar el ple-



no conocimiento de lo que es de naturaleza ígnea y aérea; la tercera debería explicar sin falta las propiedades de los cuatro elementos –es decir, de todo el Cosmos– e iniciar en el arte de su elaboración, y finalmente la cuarta debería mostrar al médico aquellas virtudes que han de acompañarle hasta su muerte y deben apoyar y completar las otras tres columnas.

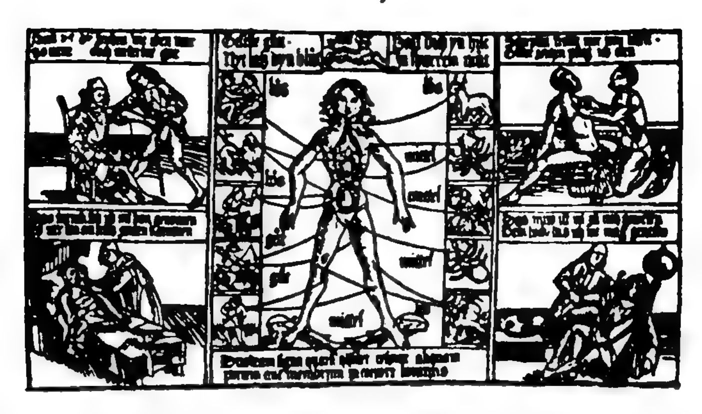
El médico debe estar perfecta, concienzuda, profundísimamente versado en todas las ramas de la Filosofía, la Física y la Alquimia, y no debe

faltarle ningún saber en todas estas áreas. Lo que él es debe estar asentado sobre un suelo firme, y estar fundamentado en la verdad y en la mayor experiencia. Porque de todos los hombres es el médico el supremo en conocimiento y saber de la Naturaleza y su luz, y conforme a ello el auxilio de los enfermos.

¿Qué es una perla para un cerdo, si no puede hacer sino comérsela? Ensalzo el arte de la Alquimia porque revela los secretos de la Medicina y presta ayuda en todas las enfermedades desesperadas. Pero ¿qué debo ensalzar en aquellos que no tienen ni idea de los secretos de la Naturaleza que han sido puestos en sus manos? Alabo también el arte de la Medicina; pero ¿por qué he de alabar a aquellos que son médicos y no al mismo tiempo alquimistas? Es decir, que si el arte sólo residiera en los alquimistas no lo entenderían, y si sólo estuviera en los médicos no lo proclamarían, porque no tienen en sus manos las claves de los secretos. Así pues, sólo puedo alabar a aquel al que la Naturaleza lleva a ser útil, es decir, a aquel que produce el bien y aparta el mal y sabe advertir lo que le está oculto. Porque en modo alguno pueden separarse el saber y el preparar, es decir, la Medicina y la Alquimia.

Sabed que hay dos filósofos, los filósofos del cielo y los de la tierra. Y del mismo modo cada esfera es sólo una cara del médico, y cada uno por sí no es aún un médico completo. El que tiene el conocimiento de las esferas inferiores es un filósofo, el que lo tiene de las superiores un astrónomo. Pero ambos tienen un solo entendimiento y un solo arte, y ambos participan del secreto de los cuatro elementos... Igual que en el cielo hay un Saturno de naturaleza ígnea, hay uno en la Tierra de naturaleza terrenal; e igual que hay un Sol en el agua, hay uno en el cielo. Y cada uno está por cuadruplicado en el hombre. Incluso lo que está en el más apartado rincón de la tierra arroja su sombra sobre el hombre, que también está impregnado de lo que yace en las profundidades del mar... ¿Cuál es la diferencia entre Sol, Luna, Mercurio, Saturno y Júpiter en el cielo y en el hombre? Sólo en la figura se fundamenta. Por eso no hay cuatro Arcana, sino sólo uno, pero en cuádruple orientación, igual que una torre está orientada a los cuatro vientos. Y del mismo modo que a la torre no le puede faltar una esquina, tampoco puede un médico prescindir de una de esas partes. Porque una parte no hace un médico entero, ni dos partes, ni tres, sino las cuatro partes. Como los Arcana constan de cuatro partes, su integridad precisa también de las cuatro.

Macrocosmos y Medicina



La Medicina debe ser enseñada tan alta y clara en la lengua patria que el alemán entienda al árabe y el griego al alemán; su arte y su sabiduría deben ser de tal condición que todos sus eruditos disfruten de un magnífico prestigio y todos rindan tributo a este elevado arte. Porque ¿a quién distingue el cielo sino al médico que le conoce? ¿Y a quién la tierra sino a sus filósofos? Los secretos del firmamento son desvelados por el médico; para él son evidentes los secretos de la Naturaleza, y a través de él son comunicados a los otros eruditos. Así que la Filosofía abarca todos los órganos y miembros, la salud y la enfermedad. Lo encontrado en la orina ha de ser interpretado en el mundo exterior, el pulso comprendido en el firmamento, la fisionomía en el astro, la quiromancia en los minerales, el aliento en los vientos del este y el oeste, la fiebre en los terremotos, etc. Cuando el médico registra con precisión las cosas y ve y reconoce todas las enfermedades fuera del hombre en el Macrocosmos, y cuando el hombre ha tomado forma en él en todo su ser, entonces es un médico. Entonces se aproxima al interior del hombre; entonces podrá examinar su orina, tomar su pulso y dar a cada uno lo suyo, lo que no sería posible sin el profundo conocimiento del «hombre exterior», que no es sino cielo y tierra. Sería soberbio y presuntuoso palpar a una persona sin tal conocimiento y defender el arenoso suelo de la especulación, menos resistente que la caña al viento.

Quien conoce el Sol y la Luna y sabe con los ojos cerrados el aspecto que tienen los lleva a ambos en su interior, tal como resplandecen en el cielo. El que al hombre le parezcan intocables, según están en el firmamento, el uno por así decirlo el espejo del otro, es objeto de la Filo-

sofía. Igual que una persona puede verse con exactitud en el espejo parte por parte, así el médico tiene que tener un exacto conocimiento del hombre y reconocerlo en el espejo de los cuatro elementos en los que se manifiesta todo el Microcosmos.

El médico debe hablar de lo que es invisible. Lo que es visible debe formar parte de sus conocimientos, y debe reconocer las enfermedades, igual que cualquier otro que no es médico puede distinguirlas por sus signos. Pero con eso todavía no es ni con mucho un médico, sino sólo cuando sepa lo que no tiene nombre, es invisible e inmaterial... y aun así tiene el don de causar efectos.

Del saber del médico

Un buen médico nace. Por eso, a nadie debe sorprender que la facultad de Medicina esté ocupada por alumnos que no le traen nada bueno, sino sólo desprecio y daño. Una vez que un árbol ha dado fruto, no se puede cambiar. Y del mismo modo que no se puede transformar una manzana en una pera, tales gentes jamás serán verdaderos médicos. El oficio en el que uno debe mantenerse nace con él.

Hay tres clases de médicos: la una nace de la Naturaleza, mediante la reunión de constelaciones celestes... tal como nacen también los músicos, oradores y artistas. La otra es instruida por los hombres, iniciada en la Medicina y formada en ella, hasta donde esto es humanamente posible y en tanto es adecuada para ello. La tercera es la enviada por Dios, que ha sido directamente enseñada por Dios. Es, como Cristo dice, que cada escribano recibirá su saber de Dios; es decir: que lo que sabemos lo tenemos de Dios. Aunque la Medicina tiene pues tres clases de maestros, no hace falta prestar atención a que coincidan en la teoría y en la prueba, porque de todas formas su obra confluye en una y está orientada a igual fin... Así que el hombre enseña lo que puede, Dios en cambio lo que quiere. Y está claro que en todas las cosas el hombre que quiera transmitir su saber tendrá que tomarlo de Dios y la Naturaleza... Quien enseñe a partir de otra fuente estará incurriendo en un profundo error.

Dios ha creado al médico, y no el hombre. Por eso ha de actuar de buena fe y sin falsedad. Sólo podrá ayudar a aquel que esté en gracia.

Dios es el supremo médico



Una vez que Dios ha creado al médico... y lo ha puesto en el mundo en beneficio de los demás hombres, para llevar a cabo obras tan especiales, será bueno para él saber que su oficio no es otro que expulsar la enfermedad. Y si éste es su oficio, tiene que actuar conforme a Dios, su Señor, del que lo ha recibido. Dios ha retirado las enfermedades del Gran

Mundo, por eso cada año crecen las flores, cada año cae la nieve, etc. Todas estas cosas perecerían si Dios mismo no fuera su médico y retirara la enfermedad del invierno. Ha ordenado al médico retirar las enfermedades del Pequeño Mundo, el del hombre. Si el médico es pues por así decirlo el Dios del Pequeño Mundo, colocado en él como Su representante, ¿sobre qué terreno deberá construir y con quién aprender sino con el más antiguo de los médicos, con Dios? A Él debe imitar, seguir su ejemplo y su acción y no sobrestimarse como médico, sino contemplarse sólo como discípulo de este supremo médico.

Dios debe ser, para vosotros cristianos, el máximo y el primer médico, el más poderoso y no el menor; nada ocurre sin Él. Los paganos y todos los incrédulos claman a los hombres pidiendo ayuda. Pero vosotros debéis invocar a Dios, y Él os enviará a aquel que os devuelva la salud, ya sea un santo, un médico o Él mismo.

Mal le estaría a un jurista no saber cuál es el poder, la voluntad y la ley del Emperador; cuán mal le estaría a un cristiano querer ser un cristiano y no saber los artículos de la ley cristiana. Serían en ambos casos gentes inútiles, que no valdrían un pimiento. Tomad el ejemplo del pájaro: ¿cómo podría volar si no tuviera sus alas y plumas? ¿Cómo podría ser médico uno... que no tuviera el equipamiento correcto para ello? La Sagrada Escritura dice que la Fe sin obras está muerta; ¿no está muerta también la mera invocación sin obras? ¿No está muerto el médico sin Medicina? Siempre tiene que haber dos caras en una, obligadas y unidas entre sí; porque así lo ha dispuesto Dios: Fe y obras juntas... médico y Medicina, maestro y magisterio. Nada puede existir por sí solo. Todo tiene que estar aparejado. Por eso se dice: ¡ay de aquel que esté solo! ¡Porque si cae no habrá nadie que lo levante!

Será sabio quien no tema las obras de Dios. En aquel que en la Medicina sienta miedo no viven ni la sabiduría de Dios ni la Medicina. Porque donde falta la sabiduría de Dios, falta también Aquel de la que parte. Así que, si quieres ser médico, busca la medicina donde tiene su origen... ¡Mira todos los libros que haya sobre ello! Lo que concuerde con la luz de la Naturaleza tendrá fuerza y persistencia. Pero lo que esté en contradicción con ella es como un laberinto que no tiene ni entrada ni salida seguras.

Médico y profesión



Es el médico el que nos abre el paso a las múltiples maravillas de Dios. Y si está ahí para eso, tiene que utilizarlas de manera correcta, no incorrecta; de manera veraz, y no falsa. ¿Qué hay en el mar que no deba sacar a la luz del día? Nada. Sino que debe hacerlo manifiesto; y no sólo lo que hay en el mar, sino también lo que hay en la tierra, en el aire, el firmamento... para que muchos hombres puedan ver las obras de Dios y advertir lo que significan para las enfermedades. Pero si no se sacan a la luz, ello es un signo de que falta el entendimiento que podría comprenderlas. Pero ¿de dónde viene que el oficio de médico sea ejercido con tanta idiotez y tan poco arte, aunque se estime tanto y tan alto? ¿Y el que también en muchas otras profesiones reinen la ceguera y la cortedad de vista? Porque así como los médicos no conocen la constelación de la ballena –el monstruo marino–, tampoco en las otras disciplinas se sabe cuál es el animal apocalíptico, cuál es Babilonia: igual ceguera reina por doquier... Esta ceguera es la muerte del alma, igual que la ceguera del médico puede ser la muerte del enfermo. En un maravilloso sermón, Cristo dice cosas extrañas. También la Medicina está llena de secretos y tiene que ser investigada, como las palabras de Cristo. Estas dos vocaciones –anunciar la palabra de Dios y curar a los hombres– no deben separarse. Mientras el cuerpo sea residencia del alma, ambas dependen entre sí y la una tiene que abrir el acceso a la otra

Médico, amor al prójimo y muerte



Hay dos clases de médicos: aquellos que actúan por amor y aquellos que lo hacen en beneficio propio. Por sus obras serán conocidos: el médico recto por su amor, y porque lo preserva frente al prójimo; los falsos médicos por su actuación contraria a los mandamientos, porque cosechan sin haber sembrado y son como los lobos; sajan porque gustan de sajar, para multiplicar su propio beneficio y sin tener presente el mandamiento del amor.

Tan grande es el disgusto entre los médicos que ninguno quiere ceder al otro honor y alabanza; antes prefiere dañar al enfermo y matarlo incluso.

En ello podrá medir cualquiera por qué alguien se ha hecho médico: no por amor al enfermo, que debería ser la primera virtud del médico, sino por amor al dinero. ¡Y donde éste se busca aparecen también envidia y odio, altanería y soberbia –de las que Dios guarde y proteja siempre a cada uno– como seductores!

De la misericordia del médico



Dios ha dado a las plantas el poder y la fuerza de liberar al hombre de su enfermedad para que no sea arrollado demasiado pronto por la Muerte, sino que pueda permanecer un tiempo en este mundo, del que Dios tiene el poder de arrancarle. Porque igual que la planta y la medicina oculta en ella fueron creadas ya antes que el hombre, así también la misericordia de Dios ha precedido siempre a la suya. En el principio, Él envió la Muerte al hombre, pero le entregó a un tiempo Su misericordia, y

le dio la Medicina para que durante su vida pudiera combatir hasta el último minuto contra la ira de la Muerte... Por eso dice también la Escritura que Dios creó al médico y le entregó Su misericordia para que pudiera ayudar a sus congéneres. Él creó los remedios de la tierra, es decir, que Él puso también en las plantas Su misericordia, con la que el médico puede asistir al enfermo... El hombre sabio, que conoce la misericordia de Dios, no la despreciará, sino que la tomará con gusto. Porque toda nuestra esperanza está puesta en la misericordia de Dios.

La ligereza del hombre es causa de muchos engaños, y a nadie puede culpar sino a sí mismo. Nadie quiere aprender hasta el final su oficio; todo el mundo quiere volar antes de que le hayan salido las alas. Éste es el engaño: que todo el mundo hace y no sabe qué. Ésta es la ligereza que hay en el hombre: que osa emprender una obra y sabe que no puede con ella... La Medicina es un arte que sólo debería aplicarse del modo más concienzudo y con la mayor experiencia, y también con gran temor de Dios. Porque quien no teme a Dios roba y mata sin cesar.

Un médico se distingue de los demás hombres en que éstos sólo tienen que pensar en sí mismos, pero el médico tiene que cuidar no sólo de sí, sino también de otros. Su oficio no es sino prestar misericordia a otros. Pero ésta no procede de él, igual que el efecto del medicamento no procede de él. Y aunque no haya nada que proceda de él –aunque se ejecute a través de él como si fuera su obra–, no por eso es su oficio matar y dañar, estrangular ni doblegar, sino curar a los enfermos con aquella misericordia y amor que Dios ha atribuido a los hombres. Es falta de misericordia no ser consciente de su oficio y no responder al oficio que se le ha encomendado. ¡Qué otra cosa es un oficio encomendado por Dios sino tan sólo cumplir y ejecutar la voluntad de Dios!

Unidad de palabra y obra

Enseñar y no obrar es pequeño. Enseñar y obrar es grande y completo... El picapedrero, que enseña a sus aprendices más con las manos que con la boca, enseña y actúa al mismo tiempo, y le es imposible enseñar lo que no sea capaz de hacer. Si quisiera enseñar lo que sus manos no pudieran hacer, no saldría de ello nada recto, nada más que dudas y errores en la construcción. Si ya es importante cómo el picapedrero pone una piedra sobre la otra, cuánto más se podrá decir esto del oficio del médico.

Cuando Cristo hablaba y enseñaba, siempre iban unidas palabras y

obras. Así ha de ser también en la Medicina. Aquellos que pierden el tiempo en parlotear y disputar y no hacen obra alguna hablan vanas palabras, por las que se les pedirán cuentas... Palabras y obras han de estar conyugalmente unidas. Un teórico de la Teología bien puede hablar de Dios y dejar las obras a un lado; en cambio, un médico no puede hacerlo, sino que –como un santo– tiene que manifestarse de palabra y obra. Si sus palabras tienen fuerza, es un santo. Será un médico aquel cuyos medicamentos tengan fuerza... No otra cosa debe haber en la Medicina sino lo que se desprende de la palabra y la obra unidas, aunque se trate de un verdadero arte y la verdad esté sólo en las obras y no en la palabrería... Así que aprende y experimenta el que las palabras y las obras son una sola cosa; si no lo entiendes así, no eres un médico.

Actuar a partir de la veracidad

Cuando un incrédulo sea médico, no tratará de alcanzar el reino de Dios, y así se demostrará que sin Dios no puede haber obra recta. El espíritu sopla donde quiere, a nadie obedece, posee la libre voluntad. Por eso el médico tiene que hallar su fundamento en el espíritu, porque sin éste no será más que un falso médico, un vagabundo de espíritu disperso. Si quiere alcanzar la verdad de su arte, tendrá que tomar ese camino. Si no lo hace, podrá seguir estudiando eternamente y en verdad no alcanzará ningún fin.

El arte de la Medicina echa sus raíces en el corazón. Si tu corazón es falso, también tu medicina lo será; si tu corazón es recto, también lo será el médico que haya en ti.

Curar es la misión suprema

No hay nadie del que se exija mayor amor del corazón que al médico. Aquí, la necesidad exterior es quien asume en última instancia la dirección. Todo Derecho y toda Historia pierden su vigencia, y sólo la necesidad decide.

El médico debe ser puro y casto, es decir, un hombre tan íntegro que su ánimo no tienda a la lujuria, a la soberbia, a nada malo. Porque todos los médicos que se asientan sobre una mala base manifiestan obras embusteras, mentiroso trabajo, y todo lo que tienen en torno suyo es falso. Se alimentan de mentiras. Pero éste no es el suelo apropiado para el arte curativo, que sólo puede basarse en la verdad. Sólo lo que afluye de la



verdad es puro y casto, y sólo tales frutos tienen pervivencia, son puros y castos y no llevan la mácula de la soberbia, de la envidia, de la codicia, de la lujuria, de la altanería, de la pompa, del esplendor, de la vanidad, del autoensalzamiento.

Toda enfermedad tiene su propia medicina... Dios nos ha mandado: ama a tu prójimo como a ti mismo y a Él sobre todas las cosas. Pero si quieres amar a Dios, has de amar también Su obra; si quieres amar a tu prójimo, no puedes decir: tú no tienes salvación. Sino que tienes que confesar: no sé y no lo comprendo. Sólo esta veracidad te librará de la maldición que pesa sobre los falsos. Así que ten presente... que tendrás que seguir investigando hasta haber encontrado el arte del que surgen las obras rectas.

En la medicina no debemos nunca desanimarnos ni desesperarnos.

Porque cada enemigo lleva también en sí un contraenemigo. Y así, no hay ninguna enfermedad que tenga por qué matar a un hombre. Todas las enfermedades se curan, sin excepción. Sólo si no sabemos atacarlas, porque no podemos comprender ni la vida ni la muerte de su ser, no podremos rechazarlas.

El curar es la perla más noble y el tesoro supremo, y ocupa el primer lugar en la Medicina; y no hay nada en la Tierra que tenga más valor que curar a los enfermos... Es un mandamiento de Dios el que debes amarle, y éste es el Bien supremo, sobre el cual no puede haber nada en el hombre. El siguiente mandamiento es que debes amar a tu prójimo como a ti mismo, y viene inmediatamente después del primero. ¿Y qué hay en la Tierra con lo que se pueda demostrar más amor al prójimo que cuando un hombre investiga por verdadero amor la fuerza curativa de la medicina para reconocer y combatir los grandes dolores, las enfermedades y la muerte que amenazan a su prójimo?

Un hombre no está completo sin una mujer, y con la mujer está completo. Porque como la mujer fue creada de la tierra y él también está hecho de tierra, ambos proceden de la tierra y forman juntos un todo... Así también el hombre y la medicina proceden del mismo material, y ambos juntos hacen un todo, es decir, un hombre completo... En este sentido desea la enfermedad a su mujer, es decir, la medicina. Su vínculo con las enfermedades ha de ser completado, una unión de ambos en un todo unitario, como hombre y mujer. Cuando ésta se consigue, el médico está completo.

El médico tiene que cuidar sus manos... porque en ellas tiene el objeto más noble y más valioso, en el que más ha puesto de sí el Creador. Pero si no conoce el mundo ni los elementos ni el firmamento, ¿cómo va a conocer la esencia del hombre, si éste es todo lo que hay en el cielo y en la tierra, él mismo cielo y tierra, aire y agua? Dios, que ha creado todo esto, ha creado ambos mundos y les ha dado a ambos sus medicinas y su médico.

De la esencia de la enfermedad

Lo que daña al cuerpo
destruye la casa del Eterno.

Hay dos ámbitos en los que las enfermedades penetran y por los que pueden expandirse. El uno es la materia, es decir, el cuerpo; en él se ocultan todas las enfermedades y viven allí; ...el otro ámbito no es material, sino que es el espíritu del cuerpo, que vive en éste, intocable e invisible, y que puede sufrir exactamente las mismas enfermedades que el cuerpo. Pero como el cuerpo no participa de este ser, es del *ens spirituale*, del ser espiritual, del que parte la enfermedad... Por eso hay dos clases de enfermedades: las espirituales y las materiales.

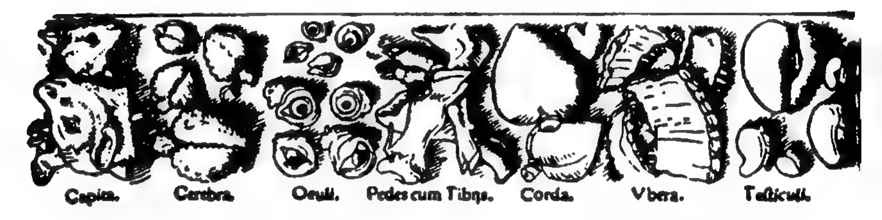
Los «entia», los entes, que coaccionan a nuestro cuerpo y le hacen violencia son los siguientes: el «astro» posee una fuerza y acción que tiene poder sobre nuestro cuerpo, de forma que siempre hay que estar preparado para ella... Esta fuerza del astro se llama *ens astrorum* y es el primer ens al que estamos sometidos. La segunda fuerza que nos domina y nos trae las enfermedades es el *ens veneni*, la esencia del veneno. Si el astro está pues sano y el «cuerpo etéreo», según las circunstancias, no nos ha hecho ningún daño, este ens puede matarnos; en eso le estamos sometidos y no podemos defendernos de él. El tercer ens es una fuerza que daña y debilita nuestro cuerpo incluso si las otras dos tienen efectos positivos: se llama *ens naturale*, la constitución natural. Si se extravía o se destruye a sí misma, nuestro cuerpo enferma. De ahí surgen muchas otras enfermedades, incluso todas las enfermedades, aunque los demás entia estén sanos. El cuarto ens, el *ens spirituale* –el ente espiritual–, puede destruir también nuestro cuerpo y procurarnos múltiples enfermedades. Y si los cuatro entia nos son propicios y están sanos, el quinto ens, el *ens Dei*, puede no obstante enfermar nuestro cuerpo. Y por eso a ninguno de los entia hay que prestar tanta atención como a este último; porque por él se puede conocer el contenido de todas las demás enfermedades... Observad pues que las distintas enfermedades no proceden de una sola causa, sino de cinco.

Ya en el seno materno, o apenas nacido, el hombre está cargado con todas las posibilidades de enfermedad y sometido a ellas. Y como todas las enfermedades son inherentes a su naturaleza, no podría nacer vivo y

sano si en él no estuviera oculto un médico interior. ¡Allá donde hay enfermedad, allá están también médicos y medicinas! Cada enfermedad innata lleva en sí su propio medicamento.

El hombre lleva consigo, por naturaleza, al destructor de la salud y al custodio de la misma. Y como el destructor sólo tiende a destruir y matar a los hombres, con la misma energía y celo actúa también el custodio, lo que él destroza y quiere quebrar, el médico innato lo levanta de nuevo. El destructor halla en el cuerpo sus herramientas, que le ayudan a destruir... Igual que en el mundo exterior el albañil derriba y su herramienta está tan a su disposición como la de cualquier otro albañil cuyo trabajo es construir, así ambos –destructor y custodio– poseen la herramienta para derruir y la herramienta para construir... Y por tanto en el cuerpo están tanto el elevado arte de la destrucción como el de la reconstrucción

Cada enfermedad tiene su medicina



¿Quién que no conozca a su enemigo podrá guardarse de daños y accidentes? Nadie. Por eso es necesario conocerlo. Porque hay muchas clases de enemigos, y es preciso saber lo malo tanto como lo bueno. ¿Quién podría reconocer lo bueno sin lo malo? Nadie. ¿Quién que nunca hubiera estado enfermo podría saber cuán gran riqueza es la salud? ¿Quién que nunca estuviera triste o sufriera podría saber lo que es la alegría? ¿Y quién que no supiera nada del Demonio podría entender bien lo que Dios es? Igual que Dios nos da a conocer al enemigo de nuestra alma, el Demonio, también nos da a conocer al enemigo de nuestra vida, la Muerte. Y también al enemigo de nuestro cuerpo, al enemigo de nuestra salud, al enemigo de la Medicina y al enemigo de todas las cosas naturales. Al mismo tiempo nos da a conocer cómo y con qué ha de apaciguarse este enemigo. Porque del mismo modo que no hay ninguna enfermedad contra la que no se haya inventado y aplicado un medicamento para expulsarla y curarla, también hay siempre un medio contra el otro,

una planta contra la otra, una raíz contra la otra, un agua contra la otra, una piedra contra la otra, un mineral contra el otro, un veneno contra el otro, un metal contra el otro, y así tantas cosas, una contra la otra.

Enfermedad y salud



La naturaleza y la fuerza de la enfermedad han de ser investigadas en su origen, y no en sus signos; ...porque no debemos extinguir el humo del fuego, sino el fuego mismo. Si queremos que la tierra dé una hierba mejor, tenemos que ararla y no simplemente arrancar los hierbajos. Lo mismo ha de hacer el médico... dirigir su pensamiento al origen de la enfermedad y no sólo a aquello que tiene ante sus ojos. Porque en ello sólo vería los signos, pero no el origen, igual que el humo sólo es un indicio del fuego, pero no el fuego mismo.

Dios solo mantiene vivo el cuerpo; Él quiere que tengamos una larga vida, y por eso nos da toda clase de ayuda y sustento. Obliga e impulsa incluso a nuestros enemigos a fortalecer nuestra vida. Ojalá nos venga la felicidad y la curación de nuestros enemigos y de las manos de quienes nos odian... nos venga la ayuda de donde nos venga, viene siempre de Dios... ¡Mira el cardo en medio de sus espinas! Nos odia tanto que sus espinas nos rechazan cuando queremos tocar la flor. Y si las tocamos, se nos clavan y nos apartan para que no podamos llegar a la medicina que yace oculta en ellas... Pero ¿quién querría por eso enfurecer al cardo, cuando de todos modos nos demuestra tanta bondad? Aunque odia nuestro cuerpo, tiene que ayudarle a sanar... Y aunque el mismo Demonio nos dijera que la plata y el oro nos dan salud y medicina o que nos podrían liberar de la cárcel y de la mazmorra, ¡sé cierto que todo sucede por mandato de Dios!

Allá donde surgen las enfermedades hay que alcanzar también la raíz de la salud. Porque de la misma raíz que la enfermedad tiene que proceder también la salud, y adonde va la salud tiene que ir también la enfermedad.

Igual que el Sol y la Luna están separados entre sí aunque antaño eran una sola cosa, así también la salud y la enfermedad eran una sola cosa que después se vio dividida, como la Luna y el Sol. E igual que éstos crecen y decrecen en la gran esfera del cielo, y aparecen ora el uno, ora la otra, así también las estrellas –y debéis saberlo– están entretejidas con el cuerpo y también repartidas, y lo mismo todas las manifestaciones de salud y enfermedad. Porque todas tienen que estar presentes en el cuerpo para que el «firmamento interior» esté completo y se cumpla el número de sus piezas.

Es bien conocido y manifiesto que a lo largo del tiempo el cielo trae toda clase de enfermedades... y que ninguna persona sana puede protegerse de ellas; tiene que prevenirse contra ellas y esperar cada día con hu-



mildad lo que él le envíe. Porque el cielo tiene un curso maravilloso, y los hombres están puestos en la Naturaleza de manera igualmente milagrosa.

Como el Tiempo puede traer la lluvia, configurar las rosas, las flores y todas las cosas del principio al fin, y nadie puede impedírselo, así puede también hacer estallar la enfermedad a su capricho. El médico nunca debe olvidar que el Tiempo es capaz de tales cosas, de lo contrario no podrá distinguir lo posible y lo imposible y no podrá entender lo que a pe-

sar de él aún es posible hacer para salvar el honor del arte de la Medicina, que Dios ha creado, y que la enfermedad no empeore, lo que no puede ser intención de Dios. El Tiempo sopla con fuerza, porque cada hora trae algo nuevo. Igual que los pensamientos de los hombres cambian a cada hora y son distintos doce veces al día y nadie los conoce excepto Uno, así ocurre también con el Tiempo. Una y otra vez trae cosas nuevas; pero ¿quién puede comprender y medir su fuerte aliento, su secreto y su intención? Por eso el médico no debe tenerse en demasiada consideración, porque hay un Señor por encima de él –el Tiempo– que juega con él como el gato con el ratón.

Dios envía la enfermedad

Salud y enfermedad vienen dadas por Dios; nada viene del hombre. Vosotros debéis dividir las enfermedades de los hombres... en aquellas que surgen de forma natural y aquellas que caen sobre nosotros como azote de Dios. Porque daos cuenta: Dios nos ha enviado las enfermedades como castigo, como advertencia, señalándonos con el dedo, para que nos demos cuenta de que nuestro oficio no es nada, nuestros conocimientos no se asientan sobre terreno firme y no conocemos la verdad, sino que somos en todo defectuosos y parciales y ningún saber ni capacidad nos es propia.

Como es Dios el que nos ha dado la enfermedad, cuando llega el momento y termina el purgatorio puede apartarla de nosotros incluso sin mediación del médico. Si no lo hace es sólo porque no quiere hacer nada sin asistencia del hombre. Si hace milagros, sólo los hace a la medida del hombre y a través del hombre; si sana mediante milagros, esto ocurre a través de los hombres.

Del sentido de la enfermedad

Toda enfermedad es como un purgatorio. El médico debe saberlo y pensar en ello, para que no ose determinar por anticipado el momento de la curación o el efecto de sus medicamentos; pues esto está sólo en manos de Dios. Si la Providencia lo quiere de otro modo al que el médico tiene en mente, no podréis curar al enfermo con medicina alguna. Pero si es la hora de la Providencia, conseguiréis sanarle. Daos cuenta de que cuando un enfermo acude a vosotros y resulta curado por vuestra medicina es que Dios os lo ha enviado; si no se cura, es que no ha sido

enviado por Dios. Sólo cuando para el enfermo ha sonado la hora de la curación le envía Dios al médico, y no antes. Todos los que acuden antes a él vienen en vano... Dios ha creado medicamentos contra las enfermedades y al médico para ellas; pero los retiene hasta la hora predeterminada al enfermo. Sólo cuando ha llegado la hora, y no antes, la Naturaleza y el arte siguen su curso.

Dios cura la enfermedad

A menudo se considera la medicina el bien más preciado, porque a muchos ayuda. Pero ¿no lo será más aquel que la ha creado por amor al cuerpo enfermo? ¿No lo será más aquel que cura el alma, que es sin duda más que el cuerpo? Aquí está el bien supremo; es, más que aquélla, la que aparta del cuerpo la enfermedad y le conserva sano.

El hombre y todas las criaturas están sometidos a Dios aquí en la Tierra; Él es el que les envía la suerte y la desgracia. Para que lo entendáis bien, daos cuenta de que hay dos clases de castigos de Dios: el uno os lo envía todavía en vida, el otro después de la Muerte.

Dios es el Señor que cuenta la enfermedad y las estrellas. Lo ha dispuesto todo conforme a su sabiduría; ¿quién podría escrutarla?

El enfermo que pone su esperanza en la Medicina no es un cristiano, pero el que pone su esperanza en Dios, ése sí es un cristiano.

Medicina y médico

Ninguna enfermedad es tan grande como para que Dios no haya creado un medicamento contra ella...

La diferencia entre las dos artes médicas –la celestial y la mundana– consiste en que los adeptos y no adeptos a la Medicina mundana están sometidos al orden y a las fuerzas de la Naturaleza, mientras los celestiales pueden prescindir de las hierbas y de las estrellas... De la palabra de Dios vienen todas las fuerzas, y Su palabra tiene tal fuerza que toda la Naturaleza con sus energías no puede tanto como una sola de sus palabras. Esta fuerza es la Medicina celestial; hace lo que ninguna naturaleza puede hacer... La Medicina celestial no tiene en la Tierra ningún otro campo en el que crecer o en el que yacer oculta sino el cuerpo resucitado, el «nuevo cuerpo» del hombre; sólo en éste tienen todas sus palabras fuerza y efecto aquí en la Tierra. Esta

medicina actúa conforme a la voluntad del hombre del «nuevo nacimiento», en ella están todas las fuerzas. Porque no actúa en el cuerpo mortal, sino tan sólo en el eterno.

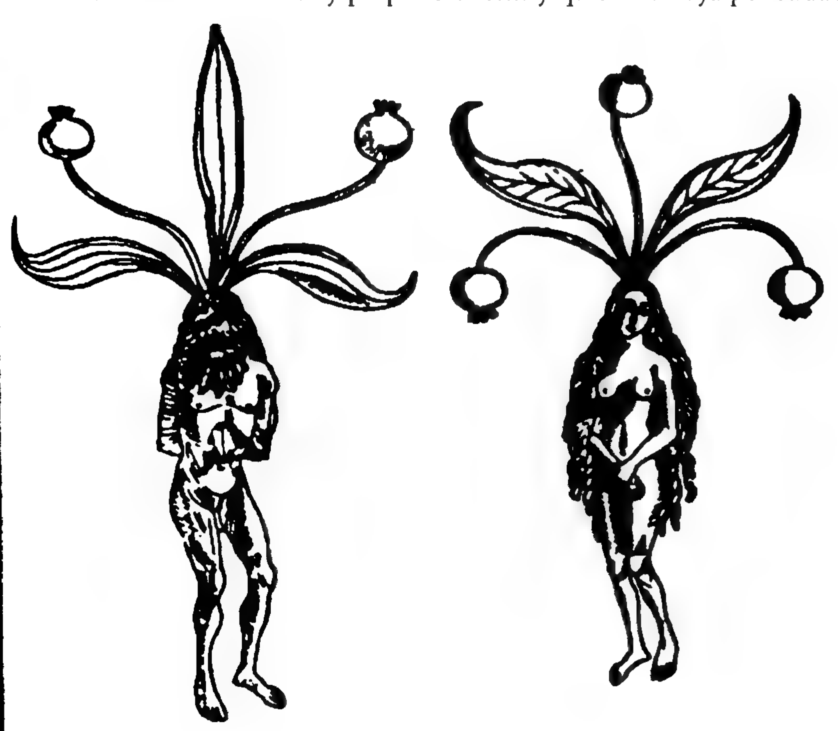
Los dos libros de la Medicina

¿Qué sentido o provecho tendría para un médico conocer el origen de las enfermedades pero no poder curarlas ni prestar ayuda? Si en el arte farmacéutico no se puede encontrar el preparado correcto, tendremos que seguir buscando; es decir, que tendremos que aprender de la Alquimia. En ella encontraremos la verdadera causa y todo lo necesario. Aunque ahora la Alquimia ha caído en el descrédito e incluso se considera finiquitada, el médico no debe preocuparse por ello. Porque muchas artes, como la Filosofía, la Astronomía y otras más, gozan también de mala fama. A vosotros, médicos, os remito a la Alquimia para preparar los Magnalia, para sacar a la luz los Mysteria, para preparar los Arcana, para separar lo puro de lo impuro, para que obtengáis una medicina buena y pura, completa y de segura actuación, que en su fuerza y poder alcance el grado máximo, tal como Dios nos la ha dado. Porque no es intención de Dios que los medicamentos se nos ofrezcan por así decirlo cocidos, preparados y salados, sino que debemos cocerlos nosotros mismos; y Le place que hagamos la cocción y aprendamos de ello, que nos ejercitemos en ello y no caminemos ociosos sobre la Tierra, sino que nos esforcemos en el trabajo diario. Porque somos nosotros los que tenemos que ganarnos el pan de cada día, y si Él nos lo concede es sólo a través de nuestro trabajo, nuestro arte y preparación.

El supremo y primer libro de la Medicina se llama: Sapientia. Sin este libro no se podrá hacer nada fructífero... Porque este libro es Dios mismo. En Él, que ha creado todas las cosas, está también la sabiduría, y sólo Él conoce la causa originaria de todas las cosas... Sin Él todo es mera locura... Porque ¿qué es sabiduría sino el arte de conocer y saber sus dones y su oficio? Pero esto no es posible por nosotros mismos, igual que el día y la noche, el verano y el invierno escapan a nuestro poder... Aunque la medicina viene dada por la Naturaleza... tiene que sernos comunicada por el libro supremo, en el que aprendemos lo que hay en ella, cómo es, cómo se toma de la tierra y cómo y a qué enfermos ha de ser administrada... La medicina tiene que afluir del espíritu que habita en el hombre... por eso la primera enseñanza es –y toda investigación

tiene que empezar por ahí– que busquemos ante todo el reino de Dios. Ahí está el tesoro, la escuela primigenia de la sabiduría en todo círculo de actuación humana... Porque ¿qué hay más noble que implorar y llamar a la puerta de la Gracia de Dios?... A nadie debe extrañar que yo diga que Dios es el primer libro; ¿quién conoce mejor un trabajo que aquel que lo ha hecho? Sólo éste puede indicar y mostrar su fuerza. ¿Quién si no ha creado la medicina, sino Dios? Ella fluye de Él como el calor del Sol, que hace brotar las flores. No de distinta forma debe afluir también nuestra sabiduría de Dios. ¿Qué ha sido encontrado en el ancho mundo que no nos haya venido de Dios? Todo lo sostiene en Su mano, y debemos tomarlo de Él.

El segundo libro de la Medicina es el firmamento. Sin embargo este libro ha de ser aprendido después del primer libro... Igual que en un libro se puede plasmar toda la Medicina en las letras, para que cada cual esté en condiciones de leerlas, así también el firmamento es un libro que contiene las mismas fuerzas y proposiciones... y quien no haya penetrado



en este libro no podrá ser médico ni ser llamado tal. Igual que alguien lee un libro sobre el papel, así el médico está obligado a deletrear las estrellas del firmamento para obtener el conocimiento de su frase final. Porque igual que a cada palabra son inherentes especiales fuerzas, sin que contengan la frase entera, sino que sólo cuando otras palabras completan su sentido se redondea la frase en su integridad, así también las estrellas del cielo han de ser conectadas entre sí para obtener de ellas la frase del firmamento... Ocurre como con una carta, que nos es enviada desde cien millas de distancia y nos habla desde el ánimo de quien la escribió; de esta forma, por carta por así decirlo, nos habla el firmamento... Éste es el camino para investigar la Medicina, éste es el libro de la alta escuela de la Medicina.

El libro de la Medicina es la Naturaleza misma. Y del mismo modo que tú mismo te miras en el espejo tienes que reencontrar en la Naturaleza todas tus ciencias, con la misma seguridad y tan poco engaño como te ves en persona en el espejo.

Hay fuerzas maravillosas en las medicinas. Apenas se puede creer que la Naturaleza las oculte en sí... Porque sólo un gran artista podría encontrarlas, nadie que sólo transite por los libros, sino sólo alguien que haya ganado su habilidad y destreza por la experiencia de sus manos... Es un arte importante, y por eso no se le puede describir con tanta claridad como se puede aprender sólo por la experiencia... Tampoco se puede llamar a estos remedios simplemente medicinas, sino que hay que calificarlos como «Arcana», como remedios secretos. Poseen tan nobles y altas ventajas y actúan de manera tan maravillosa que nuestro entendimiento a duras penas puede comprender y reconocer de qué propiedades y virtudes surge este efecto.

¿Por qué el mundo está hecho de tal modo que una hierba es femenina y la otra masculina? Es porque también las enfermedades son distintas. Si todas fueran iguales, ¿para qué habría dividido la Naturaleza los remedios en estos dos géneros? Pero como hay dos mundos, el de la mujer y el del hombre, están ahí también en dos géneros. E igual que el hombre y la mujer son distintos en sus enfermedades, así también sus medicamentos son diferentes en cada caso.

Como las flores crecen de la tierra, así crece también la medicina en las manos del médico. Si es un buen médico, de la medicina crecerá, como de una raíz, un tronco, del tronco se desarrollará la flor y culminará

en fruto. Porque su arte es igual al de la tierra, que oculta en sí tales posibilidades... En invierno no crece hierba alguna en tu jardín, ni flor ninguna; todo está oculto en la tierra, y tú no ves ni sabes lo que hay en ella. Aun así estás cierto de que yacen en ella hierbas, flores y toda clase de plantas, aunque no puedas verlas. No es distinto lo que le ocurre a la medicina en tus manos. Primero no ves lo que oculta, pero sabes con precisión que hay algo en ella, como una semilla, distinta todavía del fruto en el que crece. La tierra lo hace madurar. Y si no diera fruto, no tendría valor. Así también la medicina no es sino una semilla que tú tienes que hacer florecer para que de ella resulte aquello a lo que está destinada.

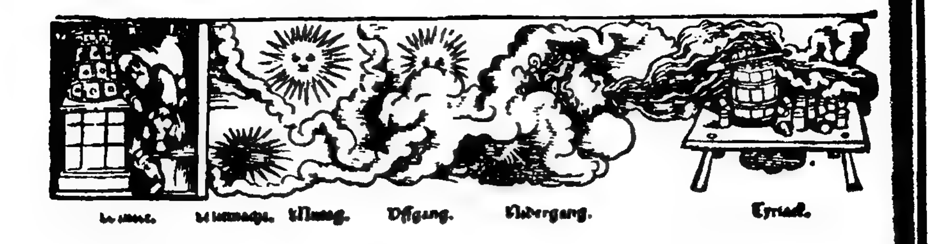
Preceptos para estar sano

Si la salud ha de ser correctamente entendida por el médico, éste tiene que saber que hay más de cien clases de estómagos, incluso más de mil, es decir, que de mil personas que están juntas cada una tiene una digestión distinta, ninguna es igual que la del otro. La una digiere más, la otra menos, y aun así cada estómago está sano para aquel que lo posee... Por eso las distintas normas de alimentación han de ser observadas no en aras de la enfermedad, sino de la salud. Así, hay por ejemplo en el hígado cien formas de salud; cada hombre tiene una distinta. De lo que se deduce que ninguno bebe como el otro, ninguno tiene la misma sed que el otro; un hecho que se deriva de la variedad de distintas formas de salud, que no pueden ser tratadas como enfermedades... Si uno levanta 50 libras, está en iguales condiciones que aquel que es capaz de levantar 3 quintales.

El hombre debe velar desde la mañana a las cuatro hasta la tarde a las ocho, y después debe dormir. Este tiempo entre las ocho y las cuatro –un poco más o un poco menos según la predisposición de cada cual– es necesario para el sueño. Si el hombre no se atiene a él y no se levanta a las cuatro, sino por ejemplo a las diez, y pasa despierto toda la noche, se ha roto el orden de la Naturaleza. Porque el Sol quiere que todo esté despierto y que el hombre deba velar mientras da su calor.

Sobre la dieta

Pero cuando se pone, también el hombre debe echarse, para volver a levantarse con el Sol y entregarse al reposo con él, y así siempre. Todas las normas sobre sueño y vigilia deben desprenderse de este orden. Si no son observadas, caen sobre nosotros enfermedades desconocidas.



Si queremos contemplar la Naturaleza en su esencia, todas las cosas tienen que guardar su orden en número, peso, medida y circulación; nada puede sobrepujar aquí o allá. Dos pesos distintos en la balanza de la Naturaleza rompen su equilibrio; o el uno es demasiado pesado o el otro demasiado ligero, o la báscula entera no sirve para nada. Llenarse la panza toda la semana y ayunar a pan y agua viernes y sábado o hincharse de carne durante todo el año y no tocarla en la época de la cuaresma es cargar de manera desigual la balanza de la Naturaleza. Y ello no sólo rige para esto, sino también para el trabajo y el descanso, y para todo lo demás... Por eso el médico ha de saber que debe distribuir, prescribir y poner en la balanza todas las cosas de manera que la Naturaleza no tenga que cargar por una parte demasiado y por la otra demasiado poco.

Al prescribir la dieta no se debe tomar en consideración solamente la ancianidad o juventud del enfermo, sino también la índole de su país, su condición, naturaleza y esencia, de forma que se observen en consecuencia comida y dieta. Porque hay que seguir la índole y la costumbre del país y no quebrarla, y se debe tener en cuenta qué comida y qué bebida exige en cada caso la Naturaleza y cuánta comida exige y con cuánta frecuencia, y tener en cuenta también la estación del año. Porque la dieta del verano no sirve en invierno, ni la del invierno en verano. Cada una tiene su hora y responde al uso y la costumbre de esa estación.



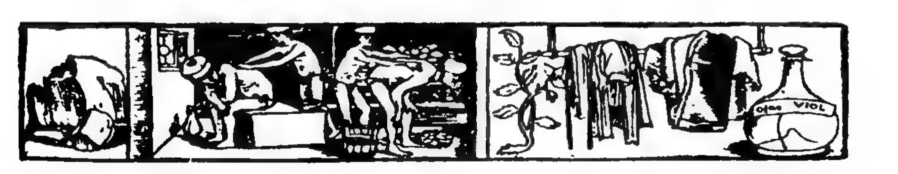
Sobre la dosificación



Kalt Bad. Camerk. Lußig wasser. Warm wasser. Kalt wasser. Kalt wasser und bad winckin. Bad artzney

No se debe anejar la medicina por el peso, sino por otras medidas. ¿Quién podría pesar el resplandor del Sol, quién el aire o el *spiritum arcanum*? Nadie... La medicina debe actuar en el cuerpo como un fuego... y debe impulsar su esencia en las enfermedades como el fuego en un montón de leña. ¡El secreto de esa acción del fuego debe regir también para lo que llamáis «dosis»! Pues ¿cómo sería posible pesar el fuego necesario para quemar un montón de leña o una casa? ¡No, tampoco el fuego se puede pesar! Pero sabed que una chispa pesa lo bastante como para incendiar un bosque, una chispa que carece de todo peso... De la misma manera que la chispa se comporta respecto de la leña, y que según su alcance se hace grande o pequeña, así habéis de manejar la medicina, para prescribirla al cuerpo según el volumen de la enfermedad. Pero ¿quién querría indicar un determinado peso para ello? ¡Nadie!

Igual que el oro que no ha pasado por el fuego es inútil, así de inútil y mala es la medicina que no ha sido purificada en el fuego. Porque todas las cosas han de pasar por el fuego para alcanzar un nuevo nacimiento en el que sean de utilidad a los hombres.



La Naturaleza como farmacia

El arte de confeccionar fórmulas está en la Naturaleza, y ella misma las confecciona. Si ha puesto en el oro lo que corresponde al oro, ciertamente, lo mismo ha hecho en la violeta... Entendedme bien: la fuerza



que a todos es inherente es unitaria y sencilla, no está dividida en dos, tres, cuatro o cinco, sino que es un todo indiviso... Este arte está en el extraer y no en el componer, está en conocer lo que está oculto en las cosas y no en su composición y costura. ¿Qué pantalones son los mejores? Los de una pieza. Los remendados y parcheados son los peores... La Naturaleza ha dado poder a los Arcana y los ha compuesto como deben estar compuestos. Aprended pues para que los entendáis y los conozcáis, y no de manera que al final os entendáis a vosotros mismos pero no a la Naturaleza. La Naturaleza es el médico, no tú. De ella tienes que sacar, no de ti; ella confecciona las fórmulas, no tú. Mira por enterarte de dónde están sus farmacias, dónde están escritas sus virtudes y en qué recipientes se guardan.

Todo lo exterior en la Naturaleza muestra un interior, porque la Naturaleza es tan interna al hombre como externa. Un ejemplo... Igual que las hierbas están juntas en una farmacia y se pueden coger, y en una se pueden encontrar más y distintas hierbas que en las otras, así también hay en el mundo un orden natural de las farmacias, al ser por así decirlo farmacias todos los campos y praderas, todas las montañas y colinas. Han sido puestas a nuestra disposición y entregadas por la Naturaleza, y con ellas debemos llenar las nuestras. La Naturaleza entera es como una sola farmacia, cubierta tan sólo por la bóveda celeste; y Uno lleva el mortero mientras dure el mundo. El hombre en cambio sólo la tiene en parte, y no toda; él posee algo pero no todo, porque la farmacia natural supera la humana.



De la correcta medicina

La buena medicina tenía el mismo valor hace mil años que ahora, y la mala medicina valía tan poco como ahora. Porque aunque es igual de antigua que la buena y ha llegado a nosotros de la misma forma, eso no la ha hecho mejor... La mala hierba del maíz es igual de antigua que el maíz, y aun así no se puede emplear en lugar del maíz. Por eso, creo yo, debería alborear la comprensión en el mundo, y como el Bien supera en valor al Mal habría que apartarse del Mal y no tener consideración ni cuidado a la hora de mantenerlo alejado de nosotros. Aunque nuestros antepasados –si volvieran a nacer– se maravillarían y extrañarían al ver nuestras medicinas, eso no debe preocuparnos lo más mínimo. Pero no

debemos desechar sus fórmulas, sino extraer cuidadosamente su núcleo.

Tenemos experiencia, pero no plena, sabemos de las hierbas curativas de la Naturaleza que tienen un efecto refrescante, pero no sabemos en qué tiempo podrían calentar también. Sabemos que un día actúan y al otro no, que al uno ayudan y al otro no, que a veces son útiles y a veces no. Cuando desesperamos, nos ayudan; y a veces, cuando ponemos nuestra esperanza en ellas, nos dejan en la estacada; a menudo, cuando consideramos algo como seguro, lo hacemos en vano, pero a menudo es también cierto, porque está fuera de nuestro poder. Y lo que no tenemos en nuestro poder es siempre engañoso para nosotros.

Todos los medicamentos están en la tierra, pero faltan los hombres que los recolecten. Están maduros para la cosecha, pero los segadores no han venido. Cuando lleguen un día los segadores de la verdadera medicina, limpiaremos a los leprosos sin el impedimento de una sofística vacía y haremos que los ciegos vean. Porque esta fuerza está en la tierra y crece por doquier. Sin embargo, la altanería de los sofistas no permite sacar a la luz los secretos de la Naturaleza y sus grandes maravillas.

De la obtención de las medicinas

La Naturaleza es tan cuidadosa y precisa en sus cosas que no se la puede emplear sin gran arte, porque no saca a la luz nada que esté completo en sí mismo. Todo lo ha de completar el hombre. Y a este completar se llama Alquimia... Y es un alquimista el que conduce a su fin determinado todo lo que crece en la Naturaleza en beneficio del hombre. Pero también en este arte hay que distinguir: si uno toma una piel de cordero y la emplea sin curtirla para hacerse un abrigo o una chaqueta, ¡qué basta y torpe es en comparación con el trabajo de un peletero o pañero! No es mejor, sino quizá aún más torpe y falto de destreza, no completar aquello que a uno le viene dado por la Naturaleza. Porque esto concierne a la salud del hombre, al cuerpo y la vida. ¡Por eso debe ponerse más celo en ello, para obtener más! Los artesanos han examinado la Naturaleza y sus propiedades para saber imitarla en todo y obtener lo máximo que hay en ella. Sólo en la Medicina ha dejado de hacerse esto, y así se ha convertido en la más burda y torpe de las artes.

Dios ha creado el hierro, pero no lo que ha de hacerse con él... Además ha dispuesto el fuego y a Vulcano, que es el señor del fuego... De ello se desprende que el hierro ha de ser liberado primero de sus impurezas y



después forjado en aquello que ha de surgir de él. Esto se llama Alquimia, y el fundidor, el herrero, se llama Vulcano. Lo que el fuego hace, es Alquimia... también en la estufa, o en el horno de la cocina. Y quien gobierna el fuego es Vulcano, ya sea cocinero o calefactor. Lo mismo cabe decir de la medicina. También ella ha sido creada por Dios, pero no en su estado final, sino oculta entre escorias. Desprender la medicina de las

escorias es la tarea de Vulcano. Y lo mismo que habéis oído del hierro ocurre con la medicina. Lo que los ojos ven en la hierba o las rocas y los árboles todavía no es medicina; sólo ven las impurezas. Pero dentro, bajo las impurezas, yace oculta la medicina. Primero ha de ser depurada de ellas, y entonces aparece. Esto es la Alquimia y éste es el oficio de Vulcano; él es el farmacéutico y el que elabora la medicina.

La medicina como obra

Dios ha ordenado al médico salir al paso del carácter perecedero de las cosas. Éstas son propias del Gran Mundo, en el que Dios mismo ejerce de médico. El médico tiene que rechazar lo que ataca a las cosas, actuando como le indica el Gran Médico. Porque este Gran Médico ha creado también los minerales, sin terminarlos del todo, y ha puesto su depuración en manos de los mineros. Asimismo ha ordenado al médico la depuración del cuerpo... de cuya depuración procede el hombre, indestructible como el oro... Es ésta una obra que –como el fuego al oro– quita al hombre lo impuro que él mismo desconoce. Y como este fuego debe actuar también la medicina.

El mercurio tiene tres clases de manifestaciones: en la primera está todavía antes de su nacimiento, en la segunda es como es en sí mismo, y en la tercera se manifiesta tal como el arte lo ha preparado. En primer lugar, tenéis que saber que debéis extraerlo con la veta y... elaborarlo como dice el precepto. En segundo lugar, su cuerpo ha de ser separado de la veta y depurado por el fuego. Su tercera figura llegará cuando haya pasado por el fuego y sea igual que un metal fundido. En estas tres manifestaciones del Mercurius, el mercurio, descansa la curación del mal francés.

La medicina es una obra. En tanto que obra, tiene que acreditar a su maestro. Pero la forma en que haya de valorarse cada parte sólo se puede reconocer en toda la obra. La obra es un arte, y de él recibe su enseñanza. Porque el arte produce con su enseñanza que se lleve a cabo la obra.

De la fuerza curativa del veneno

¿Que si en el veneno no se esconde también un misterio de la Naturaleza?... ¿Qué ha sido creado por Dios que no esté agraciado con un gran don para ser de utilidad al hombre? ¿Por qué ha de desecharse y despreciarse el veneno, cuando no se busca el tóxico, sino su fuerza curativa?... ¿Y quién ha compuesto la fórmula de la Naturaleza? ¿No lo ha he-

cho Dios?... En Su mano está toda sabiduría, y sólo Él sabe lo que tiene que poner en cada misterio. ¿Por qué he de sorprenderme, y por qué he de temer? ¿Es que porque una parte contenga veneno debo despreciar también la otra? Cada cosa ha de ser utilizada para aquello para lo que fue prescrita, y debemos emplearla sin temor, porque Dios mismo es el verdadero médico y la verdadera medicina... Quien desprecia el veneno no sabe lo que está oculto en él; porque el Arcanum contenido en el veneno está de tal modo bendecido que el veneno no puede ni quitarle ni hacerle nada.

En todas las cosas hay también un veneno, y nada carece de él. Sólo de la dosis depende si un veneno es veneno o no... Separo lo que no pertenece al Arcanum de lo que actúa como Arcanum y le doy la dosis correcta... y entonces la fórmula es correcta... Lo que hace bien al hombre no es ningún veneno, sólo lo que no le sirve, lo que le daña, lo es.

Cuando se asigna a la estrella su medicamento, cuando se aplica caliente contra caliente y frío contra frío, se procede en el sentido del Arcanum. Porque en la Medicina no se puede proceder de otro modo que haciendo actuar esencia contra esencia, de forma que por así decirlo a cada una se le dé su hembra y a cada una su macho.

Toda curación ha de venir de la fuerza del corazón; sólo a través de ella se pueden expulsar todas las enfermedades. Por eso, fijaos bien, es especialmente contradictorio actuar contra el corazón. Si el corazón quiere ahuyentar las enfermedades, ¿por qué queréis echárselas, cuando la fuerza de la curación ha de partir de él y ha de perseguir la enfermedad hasta el más escondido rincón?... Desde el corazón debe actuar toda medicina, y no hacia él. Parte del corazón y es puesta en funcionamiento por su propia fuerza.

Medicina viva y eterna

Bendito y mil veces bendito es el médico que conoce las medicinas en su acción viva, que sabe obtenerlas y sabe que no están muertas. Porque hay muchas medicinas en el mundo que ya están muertas, y se siguen muriendo otras. Por eso el médico puede con razón quejarse de su falta y hablar de ella. Porque el cielo se renueva, vienen nuevos tiempos y muchas cosas perecen. Cada nueva época trae la muerte consigo, la muerte del pasado. Pero el cielo renovará lo que haya de servir al futuro. Y así afluirán otra vez nuevas fuerzas a los remedios secretos de la medicina.

Un médico debe saber valorar la edad del hombre, así como la de las enfermedades, la de las medicinas y la edad del mundo. Porque ahora es más fácil curar que hace mil años. Y hace dos mil años era más difícil, y más aún hace tres mil años. Cuanto más retrocedamos en el tiempo, tanto más difícil era la tarea. Por eso nunca se debe dejar de tomar en consideración la edad, sea la de la época, la del mundo, la del hombre o la de la enfermedad.

La Medicina es un arte que se mantendrá hasta el día del Juicio Final. Y aunque perecieran todos los médicos la Medicina perviviría eternamente, y siempre surgirían nuevos médicos. Pensad que hay Uno que siempre los instruye de nuevo. El que ha creado el arte de la Medicina. A Él le corresponde a la vez la gloria de haber creado también al médico.

III

Hombre y obra



El trabajo es un mandato de Dios

Creed en las obras, no en las palabras;
las palabras son vacía resonancia, pero las obras
os mostrarán al maestro.

¿Qué hombre puede dar cuentas o informar de cómo ha aprendido la agricultura, la viticultura, el cuidado del campo, el hacer queso, el fundirlo, el extraer el suero? Nadie puede hacerlo sino aquel que pueda señalar a su maestro, y este maestro a su vez al suyo y así sucesivamente hasta el primer maestro. ¿Y a quién podrá señalar éste? A ningún otro sino a Aquel que ha creado al hombre y que le ha dado también su saber. ¿Qué harían los hombres si no se les hubiera dado el trabajo? El mandamiento reza: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente»... Dios dijo: «¡Hágase!». Y se hizo todo, salvo el «arte», salvo la «luz de la Naturaleza». Pero cuando Adán tuvo que dejar el Paraíso, Dios creó para él la luz de la Naturaleza al ordenarle que se alimentara con el trabajo de sus manos, y creó también la luz de Eva, que reza: «Parirás tus hijos con dolor». Así, las criaturas que hasta entonces eran iguales a ángeles se volvieron terrenales y mortales. Y Eva fue instruida para criar a sus hijos, y así surgieron el mecer y el amamantar. La Palabra hizo que las criaturas fueran; e hizo también que se creara la «luz» que el hombre necesitaba... cuando fue expulsado del Paraíso. Porque sólo entonces surgió el «hombre interior», el «hombre de la segunda Creación».

Hemos recibido todos nuestros miembros de la primera Creación, una vez fueron creadas todas las cosas. Pero el conocimiento que el hombre precisa no estaba aún en Adán, sino que le fue impartido después de la expulsión del Paraíso; en ese momento recibió el «saber» a través del ángel. No todo el saber, sin embargo, porque él y sus hijos tuvieron que aprender uno tras otro a la luz de la Naturaleza lo que subyace en todas las cosas para que aflorara lo que está oculto. Sin duda el hombre ha sido creado en su cuerpo como un todo, pero no en su arte. Le han sido dadas todas las artes, pero no de forma reconocible, sino para que las explorara me-

diante el aprendizaje... Igual que la hierba nace en el jardín porque se siembra y se planta, y no crece si esto no se hace, así lo que sembramos no es por así decirlo más que tierra que damos a la tierra y volvemos a sacar de ella. Lo mismo ocurre con el «arte» que nos impregna y se hunde en nosotros. Aquel que me enseñó lo tenía de la luz de la Naturaleza, y también yo lo recibí como él; tiene que ser «inculcado» a todos nosotros. Pero ocurre que muchas plantas crecen sin haber sido sembradas, y éstas a menudo son las mejores. También hay muchas especies importantes que son mejores que aquellas que se siembran. Así es la fuerza de la tierra, y así es la luz de la Naturaleza; no descansan. Por eso, presta atención a tu jardín interior... y escúchate a ti mismo para que puedas aprender lo que nadie te puede enseñar, y sobre lo que todo el mundo tiene que admirarse.

Las escuelas del hombre

El hombre debe... aprender en tres escuelas: debe enviar el cuerpo «elemental» material a la «escuela elemental»; el «sideral», el cuerpo etéreo, a la «escuela sideral», el «eterno», el cuerpo luminoso, a la escuela de la Eternidad. Porque arden tres «luces» en el hombre, y consecuentemente le están prescritas tres enseñanzas. Sólo las tres juntas hacen al hombre completo. Aunque las dos primeras luces sólo brillan oscuramente frente a la brillante tercera luz, también ellas son luces del mundo a cuyo resplandor el hombre tiene que recorrer su camino en la Tierra.

Todo lo que el hombre hace y tiene que hacer debe hacerlo a partir de la luz de la Naturaleza. Porque la luz de la Naturaleza no es otra cosa que la razón misma.

Quién es el enemigo de la Naturaleza sino aquel que se cree más inteligente que ella, aunque ella es nuestra suprema escuela.

No debes saber sólo sobre hierbas y heno, no sólo escarbar en cajas y cajones a la manera terrestre y perecedera, sino que debes ir a las cosas desde lo eterno, pero con los recursos del hombre mortal. Se nos ha dado la fuerza para aprender de Dios –como ya se ha demostrado suficientemente–, así que poseemos también la fuerza para aprender de la Naturaleza.

Aprender y no hacer nada es pequeño. Pero aprender y hacer es grande y completo.

Un hombre es burdo en su construcción, el otro en cambio delicado y de miembros finos; ¿cuál de ellos ha de ser alabado y cuál censurado? Ninguno: porque ambos tienen estómago y corazón, sangre roja y carne



roja, huesos, médula y cabellos; su cerebro está formado, pero aún le falta la inteligencia... Por eso no debéis valorar a los hombres por su estatura, sino honrarlos a todos por igual. Lo que hay en ti, lo hay en todos. En cada uno está lo que llevas en ti, y en el jardín del pobre crece lo mismo que en el del rico. La capacidad para todas las artes y todos los oficios es innata al hombre, pero no todos están a la luz del día... sino que han de ser puestos de manifiesto en él, han de ser primero despertados en él. Lo que se puede aprender de los hombres no es un auténtico aprender, porque todo está ya en modelo en el niño; sólo hay que despertarlo y evocarlo en él... El niño es todavía un ser múltiple, y según lo que despiertes en él adquirirá su forma. Si despiertas su capacidad para remendar zapatos, será zapatero remendón, si despiertas al cantero que hay en él será cantero, y si

evocas al estudioso se convertirá en estudioso. Y esto puede ser así porque en él yacen todas las posibilidades; lo que despiertes en él brotará de él; lo demás se mantendrá hundido en el sueño sin ser despertado.

¡Hemos nacido para velar, no para dormir!

Por eso, hombre, aprende, aprende, pregunta, pregunta, y no te avergüences de ello: porque de este modo podrás hacerte un nombre que resuene en todos los países y nunca sea olvidado.

La escuela de los antepasados

Investigamos en aquello que ya han buscado nuestros antepasados. Pero no debemos asumir ciegamente todo lo que ellos nos han enseñado, si no sólo aquel saber que nos es necesario en nuestra propia época. ¡Porque lo pasado pasado está, y una nueva época plantea nuevas tareas! Aunque los antiguos nos hayan dejado algunas cosas que nosotros podemos y debemos amar, no han llegado hasta nosotros de forma que ya no tengamos que seguir estudiando más que lo que tenemos de ellos; sino que debemos mejorar todas las cosas, debemos seguir investigando y aprender cosas nuevas. Esta escuela y este mandato durarán hasta el fin de los tiempos.

La escuela del tiempo

Mucho hay que cortar de un árbol, de sus ramas y follaje, hasta que queda entero, hermoso y sin falta... Igual que muchos libros han sido escritos hasta que por fin surgieron algunos inmortales; éstas son las ramas que adornan al árbol con su fruto y sus frutas. Un estudiante tiene que aprender y escribir mucho en vano hasta que domine las letras; pero ¿deben por eso tener vigencia las letras mal escritas y estar presentes ante nuestros ojos? ¡No, sino las últimas, las mejores, las que ha escrito bellamente y ha comprendido bien!

Igual que las flores no pueden brotar antes de mayo, o el grano madurar antes de la cosecha, ni antes del otoño el vino, tampoco se puede acortar el tiempo de la experiencia de cada cual. La experiencia es nuestra vida, desde la juventud hasta la ancianidad, incluso hasta el borde de la Muerte; no pasan diez horas sin que uno aprenda.

Quien se rige por los caminos de la Naturaleza, será un rico peregrino por los dos terrenos de la Filosofía, el del cielo y el de la tierra. Estará agraciado con tan gran saber que no se le ocultarán ni la vida ni la muerte, ni la salud ni la enfermedad.



La escuela de la Naturaleza

No sólo la voluntad, sino la voluntad y el acto completan el trabajo.

En la Tierra se han puesto todas las cosas en la mano del hombre. Y le han sido puestas en las manos para que las trate del mismo modo en que la tierra trata todo lo que produce, al llevarlo a su máximo desarrollo. Pero este máximo debería ser para los hombres un mínimo –un comienzo–: es una semilla desde la que ha de configurar algo mayor.

Nada se ha creado que el hombre no pueda investigar. Y todo se ha



creado para que no vague ocioso, sino que recorra el camino de Dios, es decir: en Sus obras y no en el vicio, no en la prostitución, no en el juego ni en la bebida, no en el robo, no en la ganancia de bienes ni en la acumulación de tesoros para los gusanos. Sino para que en todas las cosas que son de naturaleza divina haga suyo el espíritu de Dios, Su luz y Su manera angelical. Es más bienaventurado escribir de las ninfas que de los estamentos, más del origen de los gigantes que de la educación cortesana, más bienaventurado alabar a Melusina que a la caballería y la artillería, más a los mineros bajo la tierra que a los torneos y el servicio del amor. Porque en aquellas cosas se emplea el espíritu para recorrer las obras divinas, mientras que en las otras sólo se aplica al modo mundano, para gustar al mundo con altanería e interés.

¡Fijaos en las plantas! Sus fuerzas son invisibles, y sin embargo se perciben en ellas. Fijaos en los animales, que no pueden hablar ni explicar, y sin embargo nada hay en ellos tan oculto que el hombre no sepa de ello. Así que no hay nada –en la tierra o en el mar, en el caos o en el firmamento– que no se ponga de manifiesto en su momento.

Dios quiere que a los hombres no se les oculte nada a la luz de la Naturaleza; porque todas las cosas que pertenecen a la Naturaleza están ahí en aras del hombre. Y como fueron creadas por él y él es el que las necesita, tendrá que investigar todo lo que se oculta en la Naturaleza.

Dios no quiere que sus secretos sean visibles, pero sí que se pongan de manifiesto y se hagan reconocibles por las obras del hombre, que ha sido creado para hacerlos visibles, como Cristo, al que nadie reconoció como segunda persona de la Trinidad, sino al que todo el mundo tomó por un hombre, porque lo que Él era en realidad se mantenía invisible... Así que también Él es en todo el revelador de las cosas ocultas... Y no otra cosa ocurre con el hombre. Nadie ve lo que está oculto en él, sino sólo lo que sus obras ponen de manifiesto. Por eso el hombre debe crear incesantemente, para aprender él mismo lo que Dios le ha dado... También nosotros debemos poner de manifiesto lo que Él ha puesto en nosotros, para que los incrédulos puedan ver lo que Dios hace a través de los hombres.

El hombre como revelador de la Naturaleza

Dios ha sembrado en el hombre muchos secretos maravillosos, de forma que yacen en él como las semillas en la tierra. E igual que las semillas en primavera brotan de la tierra, así también las flores y frutos que Dios ha puesto en el hombre salen a la luz en el momento oportuno. En todos los frutos de la tierra que maduran en su momento se complace Dios, y también en los frutos del hombre cuando se aproximan a su cosecha; porque Le alegra que Sus criaturas no se retraigan en la nada, sino que todo crezca de ellas y se desarrolle, y que alaben a Dios, su Creador, a través de sus obras. La tierra lo produce todo y no se reserva nada, ni lo más mínimo; tanto más debe el hombre hacer germinar los dones que Dios ha puesto en él, para alabarlo como santo. Porque son santos los que hacen que todo en ellos tenga efecto y ponen de manifiesto lo que Dios ha puesto en ellos. El hombre debe tener esto siempre presente, para no dejar dormir nada, sino preocuparse siempre, en el esfuerzo cotidiano, por su verano y por que no sea siempre invierno a su alrededor.

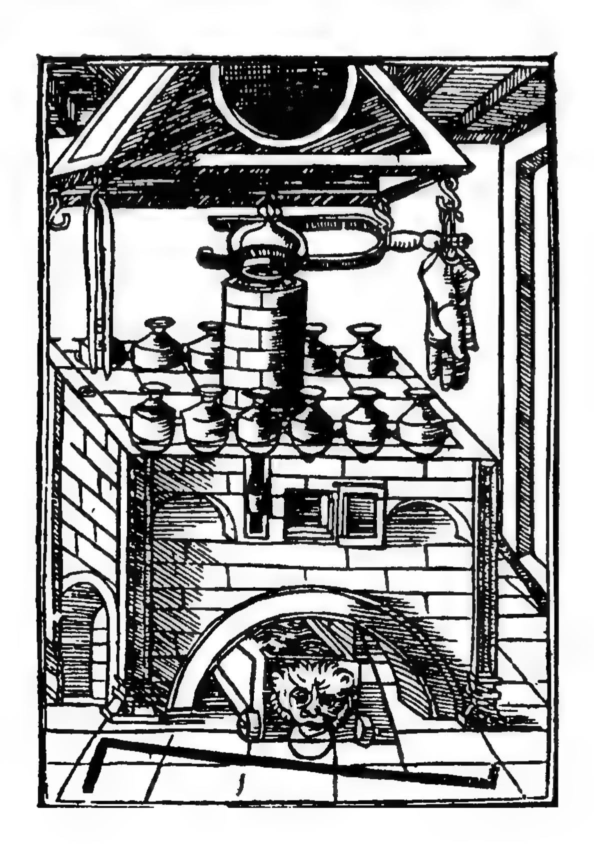


Hemos recibido un mandato de Cristo por el cual tenemos que re-
girnos todos y al que tenemos que atenernos. Sus preceptos y enseñan-
zas no solamente sirven a la Luz Eterna, sino también a la luz de la Na-
turaleza. Su mandato reza: «Buscad y encontraréis». Se nos ha encargad
explorar el arte, porque sin buscarlo nunca conoceremos los secretos de
mundo. ¿A quién le vuela hasta la boca una paloma asada? ¿O a quién l
persigue la vid? Hay que ir uno mismo hasta ella. Se puede buscar po
muchas vías: ...pero la búsqueda, lo que aquí es necesario, está en las co
sas escondidas. Cuando se busca lo que está escondido también la búsque
da es una búsqueda oculta; y como el arte lleva en sí el saber, el que l
busca encuentra también el saber.

Todas las cosas van a las manos del hombre sin que se esfuerce po
conseguirlas; crecen sin su participación. Los minerales reciben su form
sin ayuda del hombre, y lo mismo las flores. Sin embargo, si quiere uti
lizarlas o disfrutarlas tiene que dedicarles trabajo. Porque el hierro es si
duda hierro, pero aún no un arado o un hacha, el grano recibe sin dud
el nombre de pan, pero no es aún comestible como pan. Así ocurre co
todos los productos; Dios nos los ha dado para que nos mantengamo
con ellos, y nos ha dado también el arte para ello. Por eso no sólo tene-
mos que ser expertos en todas las plantas de la Naturaleza, sino tambié
en el arte que Dios nos ha dado para su producción. En ese trabajo he-

mos de acreditarnos, y dejarnos guiar en nuestro tiempo en la Tierra como cuerpo natural por la luz de la Naturaleza, para no ser encontrados ociosos o soñadores, sino en el trabajo, tanto en lo corporal como en lo eterno, para que ninguna parte de nosotros huelgue. Un trabajo así, con el sudor de nuestra frente, puede incluso apartar de nosotros al Demonio y su horda, porque ninguno de ellos puede permanecer allá donde el hombre está trabajando.

Dios construye una casa; el hombre también puede hacerlo. Dios tiene manos y pies en la Palabra, el hombre los tiene en sus miembros. El hombre puede curar al hombre con la medicina, tiene que ponerla en marcha por medio de su cuerpo; Dios lo hace con una sola palabra... El hombre camina sobre sus pies, el espíritu sin ellos... Dios quiere que de la tierra crezcan árboles, peras y otras frutas y toda clase de criaturas...



Y así quiere Él que del mismo modo se hagan realidad también todas las artes, la música, la artesanía, las ciencias y las doctrinas que, creadas por Él mismo, reposan en el firmamento... Y esto tiene que ocurrir a través de los hombres, igual que las peras maduran por mediación del árbol, pues el «firmamento» necesita un mediador a través del que actuar, y éste es únicamente el hombre. Por eso ha sido creado de tal modo que a través de él las maravillosas obras de la Naturaleza se hacen visibles y cobran forma.

Dios no ha creado nada vacío

Las hierbas han sido creadas igual que los árboles y que el «astro», y no estaban junto a Dios al principio de los tiempos, es decir, antes de que se crearan el cielo y la Tierra. El espíritu de Dios no tenía junto a sí ninguna de estas cosas, sino que las creó una tras otra. Así hizo las estrellas, los planetas, la tierra, el agua, el fuego, el aire, las montañas, los metales, las hierbas, etc. Y tal como Él las creó, así surgieron: se hicieron aprehensibles y visibles, y de la nada se convirtieron en materia para nuestro uso.

Pero aunque Dios no deja nada vacío, sino que lo llena todo en sí, por ejemplo una piedra estaría vacía si no la habitara virtud alguna. ¿Y qué sería el hombre si no hubiera alma en él? El alma lo llena. ¿Qué sería una vaca que no diera leche? La leche es la «virtud» que la llena... El hombre tiene un alma, y en virtud de la misma deberían vivir él y todos los hombres, ¡de su plenitud y no de su sequedad! ¿Qué sería de la tierra si no diera fruto? El fruto la llena. ¿Y qué sería de la fruta que estuviera hueca? ¡Nada! Por eso Dios no ha creado nada vacío, sino todo lleno. Si alguien quisiera construir una casa que no tuviera objeto alguno sería un hombre idiota, y lo mismo vale para lo que decimos.

La Naturaleza nunca descansa

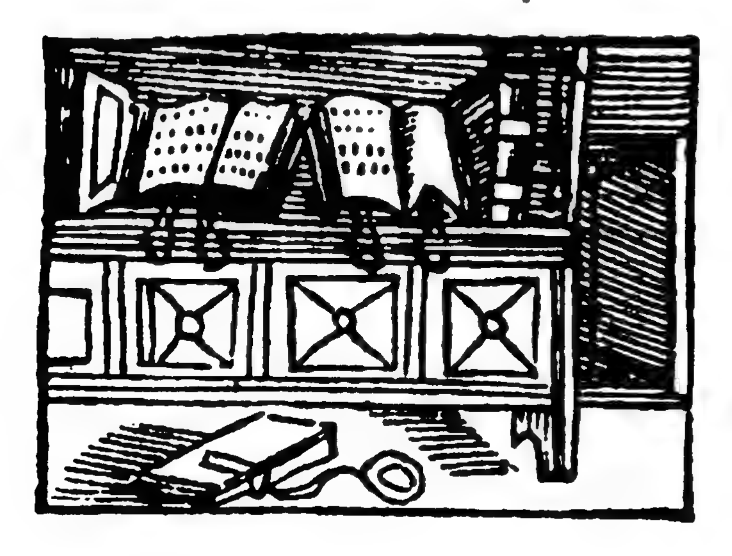
Las estrellas fueron lanzadas por la mano de Dios al circuito del firmamento, y también Él ha determinado su curso; la marcha y el círculo de cada estrella... ora arriba, ora abajo, para todas las estrellas sin distinción. Si la una está arriba la otra está abajo, si la una está en exaltación la otra en declinación, para que la una ceda el paso a la otra y para que cada una complete la acción para la que Dios la ha creado y todo pueda ser lleva

do a término... Ninguna estrella puede descansar; ninguna estrella se detiene, todas son en diario ejercicio para despertar a la Naturaleza e impulsarla en su acción cotidiana. E igual que las estrellas carecen de descanso, así son también las cosas de la Naturaleza: trabajan sin interrupción.

Tampoco el hombre descansa nunca

El invierno significa el reposo de todas las cosas naturales, porque deben descansar tras dar sus frutos. Y sin embargo no hay reposo alguno, porque se ejercitan continuamente y se arman de nuevo para un nuevo verano, para un nuevo nacimiento y para dar nuevamente sus frutos. Así que nada descansa en la Naturaleza, todo está manos a la obra hora tras hora, día tras día, noche tras noche. Sólo el hombre descansa por la noche y celebra el Sabbath por voluntad de Dios. Pero este día festivo no se ha dispuesto para el espíritu, que no puede estar quieto y ocioso, sino que se ha dispuesto para que descanse el cuerpo, como también las bestias y lo que a ellas pertenece. El espíritu debe trabajar siempre, de forma que ni sueño ni Sabbath pueden calmarlo y tranquilizarlo. Así ocurre con todas las criaturas: aunque el cuerpo reposa, su espíritu nunca descansa y sigue trabajando diariamente.

Al hombre se le conoce por sus obras



No en la vagancia, no en el bienestar, ni en la riqueza, ni en la charla ni en la comida se asienta la felicidad, sino que cada uno tiene que emplear en el trabajo y en el sudor los dones que Dios le ha concedido en la Tierra, ya sea como campesino en el campo, como trabajador en la forja, en la mina, en el agua, en la Medicina, o como alguien que anuncia la Palabra de Dios. La forma correcta está en el trabajo y en la creación, en la acción y el propio esfuerzo; la forma errónea no hace nada, pero habla mucho. No se puede juzgar por lo que dice un hombre, pero sí por su corazón. El corazón sólo habla por las palabras cuando las obras las refuerzan.

Debemos usar todas las cosas que usamos en la Tierra para el bien y no para el mal, y nada más que para aquello a lo que están destinadas. No debemos añadir ni quitar nada, ni echar a perder nada ni tampoco mejorar nada.



Si has sido llamado a escribir un libro no dejarás de hacerlo, aunque hayas de esperar sesenta o setenta años o más aún. Si lo llevas en tu interior y le das vueltas en tus pensamientos, no necesitarás precipitarte de inmediato sobre él. No siempre se mantendrá dentro, sino que tendrá que salir como un niño del cuerpo de su madre. Porque sólo lo que es así parido es fructífero y bueno, y no llega nunca demasiado tarde... Ten paciencia, y no veas en cada espina ya una espiga. Espera: vendrá la hora en que todo saldrá de ti... Lo que tiene que nacer de ti y lo que hay en ti saldrá, y no sabrás cómo o de dónde viene o adónde va. Y finalmente lo encontrarás en aquello que nunca has aprendido y nunca has visto.

En sus frutos celestiales, es decir en sus obras, se conoce a los hombres. En ellos se pone de manifiesto si el hombre sigue la senda de Dios o no, si es hijo de la Naturaleza o de Dios, hijo del «viejo» nacimiento o del «nuevo» –del nacimiento a la beatitud o a la desventura–, si se cuenta entre los justos o entre los injustos, entre los elegidos o entre los no elegidos. Tal conocimiento es necesario, ¡incluso muy necesario! Porque si al principio nos equivocamos, más erraremos a la mitad, y cuando más al final.

La época de la cosecha lleva hasta las cosas que necesitamos y que han madurado a su segador y su arriero, para que cada una de ellas salga a la luz en su momento.

Quien piense que todos los frutos maduran a la vez que las fresas no sabe nada de la uva.

Dios ha repartido las obras

La esperanza es una de las cosas elevadas que se pueden experimentar, y nosotros tenemos que tener confianza en nuestro arte y poner nuestra esperanza en que no errará. Porque cuando nos falta la esperanza, fallan también nuestros frutos. Donde no hay esperanza, hay que saber que ese hombre nada puede. Sólo quien tiene esperanza es capaz de algo; quien no es capaz de nada tampoco espera nada, sino que duda. Y quien es capaz de algo y espera no se equivoca ni duda. Espera la hora que le permita saber cómo quiere Dios las cosas.

...No tenemos la sabiduría y las artes por nosotros mismos, sino por un mediador. Es el espíritu invisible el que nos envía el arte de este modo, como el campo nos da sus frutos... Así el espíritu de Dios reparte conforme a su ordenamiento: a uno la invención de las letras, a otro la

forja, al tercero el tocar los instrumentos de cuerda, y así a cada uno aquello que necesita en la Tierra. Pero una vez inventadas las cosas, podemos aprender también de nosotros mismos...

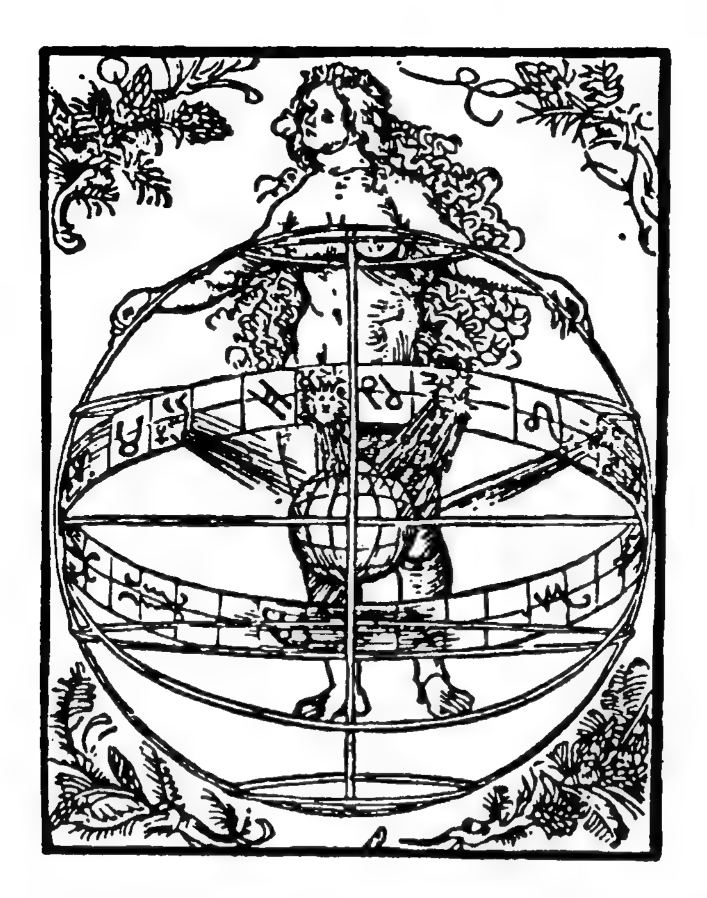
Todo lo que inventamos tiene su origen en el espíritu. No debemos preocuparnos de por qué vía llegan las cosas hasta nosotros, sino que debemos confiar... en que todas ocurren por mandato de Dios... Así, todo el mundo tiene que darse cuenta de que un pájaro no podría volar hacia la tierra si no fuera mandato de Dios.

Las obras atestiguan al maestro

No tenemos que cavilar sobre las cosas de naturaleza divina, sino que debemos reconocerlas solamente por sus obras; porque éstas son signos del maestro que vive en ellas. Igual que la casa es un signo de su maestro y le certifica como carpintero, como el cántaro es signo de su alfarero, así las obras son signos de su maestro y atestiguan que Él es Dios mismo.

Todo creyente debe ser un filósofo... para saber lo que le sirve a él, a su vida y a su salud... Debe saber lo que come y bebe, lo que hace y soporta y lo que de ello se desprende para prolongar su vida... Si uno come en beneficio de su salud y evita lo que podría acortar su vida, éste es el que ayuna correctamente. Porque toda nuestra acción debe estar dirigida a una larga vida. Así, debe aprender a reconocer todas las fuerzas activas para saber que Dios fue capaz de crear desde la nada: el firmamento, para comprender su acción; la tierra, para ver lo que crece en ella; el mar y el aire, para reconocer en todo a su creador. Sólo alguien que sea paralítico en el conocimiento puede creer que Dios ha creado Su Creación sin desarrollarla. Rico es quien conoce a Dios en sus obras, desprende de ellas su fe en Él y no pasa de largo ante ellas como quien sufre ceguera a los colores. Porque Dios quiere que el hombre le conozca por entero, y no a medias y sin claridad.

Rogad, buscad, llamad a las puertas en nombre de Dios, y todo lo que necesitéis se os dará en exceso; porque en Su nombre y a través de Él ocurren todas las cosas. Y esforzaos en ser completos en vuestro arte, porque Dios lo ha hecho completo para que vuestras obras le alaben, ensalcen y elogien.



Interior y exterior

Todo lo interior debe reconocerse en lo exterior.

Dios no quiere que se mantenga oculto lo que Él ha creado en beneficio del hombre y lo que ha puesto en sus manos como su propiedad... Y si Él mismo lo ha ocultado, no permite que nada carezca de signos, sino que lo dota todo de signos visibles externos que funcionan como caracteres especiales. De modo no distinto al de alguien que entierra un tesoro y no lo deja sin señalar, pues señala el punto en que lo escondió para poder volver a encontrarlo.

Los hombres nos enteramos de todo lo que yace en las montañas por signos externos y concordancias, igual que todas las propiedades de las hierbas y todo lo que hay en las piedras. No hay nada en las profundidades del mar, nada en las alturas del firmamento, que el hombre no pueda conocer. Ninguna montaña, ninguna roca es tan amplia que pueda ocultar o esconder lo que hay en ella, de forma que no se haga manifiesto a los hombres; todo esto es posible por el correspondiente signo... Porque todo fruto es un signo, y a su través se advierte lo que hay en él, de lo que procede. Así, tampoco hay nada en el hombre que no esté marcado en su exterior, que no pueda dar a conocer lo que hay en aquel que lleva el signo... Hay cuatro vías por las que la Naturaleza se da a conocer al hombre y a todas las criaturas: ...En primer lugar, la Quiromancia; concierne a las partes más exteriores de las ramas del hombre, a saber: manos y pies... En segundo lugar la Fisionomía, que concierne al rostro y a toda la cabeza...; en tercer lugar la Substantina, que se refiere a toda la figura del cuerpo...; y en cuarto lugar los usos y costumbres, es decir: formas y gestos en los que el hombre se manifiesta y muestra... Las cuatro van juntas; dan un conocimiento completo del hombre interior oculto y de todas las cosas que crecen en la Naturaleza... La Naturaleza es la que conforma la figura; ella presta la forma, que es al mismo tiempo la esencia, y así la forma indica la esencia.

La Naturaleza lo ha marcado todo

No hay nada que la Naturaleza no haya marcado para que se pueda advertir lo que hay en lo marcado... Las estrellas siguen su curso, y por él se las conoce. Así ocurre también con los hombres. Igual que veis que cada hierba adopta la forma que es igual a su naturaleza, así también el hombre adopta la forma que corresponde a su naturaleza interior. E igual que la forma dice qué clase de hierba es, así la forma es un signo e indica quién es ese hombre. Pero esto no ocurre sólo por el nombre, el sexo o similar, sino por la condición que corresponde al hombre. El arte de los signos enseña a dar a cada cual el nombre que corresponde a su naturaleza innata. Un lobo no puede llamarse oveja, ni una paloma zorro, sino que cada uno recibe el nombre que corresponde a su esencia... Igual que nada es tan secreto y escondido que no se pueda poner de manifiesto, así todo depende tan sólo de que se conozcan aquellas cosas que revelan los secretos... Según sea la imagen de las líneas y venas de un hom-


HAEL·SADAI
IDDIO·POSSENTE

bre, así será también su ánimo. Lo mismo vale para el rostro, que se forma y conforma según el contenido de su sentido y ánimo, y lo mismo también para las proporciones del cuerpo humano. Porque el escultor de la Naturaleza es tan hábil y tiene tal arte que no sólo forja el ánimo según la forma, sino la forma según el ánimo, de manera que también la figura del hombre se modela conforme a la índole de su corazón... No de otro modo proceden los artistas que crean obras plásticas... y cuanto más perfectas quieran que sean, tanto más necesario será que dominen el arte de los signos... Ningún artista puede pintar o tallar, ninguno puede hacer nada concienzudo sin tal conocimiento... Sólo quien entienda algo de él será un artista completo.

Naturaleza y signatura

Mirad la raíz del satirión, ¿no está modelada como las vergüenzas de un hombre? Nadie puede rebatir esto. Por eso la magia la ha descubierto e indicado que es capaz de devolver a los hombres su virilidad y placer perdidos. Y luego el cardo: ¿no son sus hojas como agujas? A través de este signo la magia llegó al descubrimiento de que no había hierba mejor contra los dolores internos punzantes. El gladiolo tiene en torno a sí un trenzado como una coraza; también éste es un signo mágico de que protege de las armas como una coraza. Y la raíz sidérica lleva en cada una de sus hojas el dibujo y la figura de una serpiente y protege así, como indica la magia, contra toda clase de envenenamientos. La raíz de la escarola está bajo especial influjo del Sol; eso se nota en sus flores, que se inclinan en todo momento hacia él como si quisieran mostrársele agradecidas. Por eso posee también su máxima eficacia a la luz del Sol, mientras el Sol se alza en el cielo. Tan pronto se pone pierde su fuerza. ¿Por qué crees tú que pasados siete años su raíz se transforma en la figura de un pájaro? ¿Qué tiene el arte que decir a la magia al respecto? Si lo sabes, calla y no digas nada a quienes se burlan; si no lo sabes, apréndelo e investiga y no te avergüences de preguntar.

Cuando un carpintero construye una casa, ésta vive en él primero como idea, y tal como es ésta, así es después la casa. De este modo, a través de la forma de la casa se pueden deducir las ideas y concepciones del carpintero. Lo que la Naturaleza lleva en su sentido... nadie puede saberlo hasta que ha tomado forma y figura... Daos cuenta de que también la virtud conforma la figura de los hombres, igual que las ideas del carpintero

se hacen visibles en su casa; y tal como la Naturaleza ha creado el ánimo del hombre, así forma su casa... No de otro modo actúa la Naturaleza. Dibuja al hombre tal como es en su corazón... Y en cada uno de ellos se reconoce el ánimo como en la casa al carpintero.

Fisionomía, la doctrina de las signaturas de la cabeza



Mediante el arte de la Quiromancia y la Fisionomía... es posible reconocer en sus características las propiedades y virtudes de cada hierba, de cada raíz, sin más que ver su figura, forma y color. Y no hace falta ninguna otra prueba o larga experiencia, porque al principio Dios ha distinguido cuidadosamente todo lo creado y no ha otorgado nunca dos veces la misma figura y forma.

La Fisionomía es la conocedora de lo interior y oculto en el hombre...

Da a conocer cómo es su corazón en relación con Dios y con su prójimo, qué ojo es malicioso y cuál no, qué lengua es artera y cuál no, qué oídos están abiertos a la maldad y cuáles al bien. Con esto se conoce al hombre, cómo es en su corazón respecto a Dios y a sus congéneres...

Porque cómo se refiera a Dios, cómo actúe, oiga y vea, son todas características por las que se puede llegar a conocer su corazón. A quien tenga el corazón pleno se le desbordará por la boca, y lo que codicie su corazón lo oirán sus oídos y lo buscarán sus ojos. Exactamente así da la «Fisionomía del cielo» la inteligencia de las cosas y manifiesta su intención a través de sus obras en el cielo y en la tierra. Porque está escrito ¡Por sus obras los conoceréis!

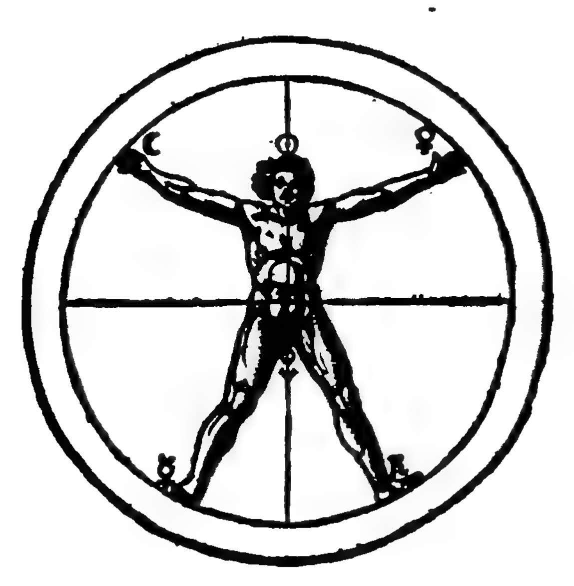
Si se quiere afirmar algo sobre la naturaleza de un hombre a partir de su Fisionomía, habrá que ver en su conjunto lo que hay en él; el hombre se prueba en los momentos de necesidad; entonces se demuestra lo que es. Porque en la necesidad se revelan las cosas y se hacen visibles; entonces se puede decir: es un hombre recto, un hombre constante, un hombre fiel, da testimonio de su ser... El uno tiene más caracteres de fidelidad y menos de infidelidad, el uno mucho de esto, el otro mucho de aquello. Por eso se debe prestar atención a cómo dibuja la Naturaleza a un hombre, al crearlo así y no de otra manera. Porque si crea la «Anatomía» de la pera saldrá un peral, y si crea un matorral de nísperos en su «Anatomía» saldrá un matorral de nísperos; y lo mismo vale para la plata y para el oro. Así forja también a los hombres, ahora uno de oro, ahora uno de plata, ahora un hombre de higos y ahora de guisantes.

Quiromancia, la doctrina de las signaturas de las manos

Hay muchas clases de Quiromancia. No sólo la Quiromancia de las manos de los hombres, a partir de la cual se puede juzgar y conocer cuáles son sus inclinaciones, qué le saldrá al paso y qué de bueno y malo le ocurrirá, sino que hay aún más clases de quiromancias, como por ejemplo la de las hierbas, la de las hojas de los árboles, de la madera, de las rocas, de las minas o la Quiromancia de los paisajes, de sus carreteras y ríos, etc. Todo esto ha de ser conocido y bien entendido, y el médico debe reconocer también las hierbas y las hojas en sus líneas y conocerlas a través de su Quiromancia y experimentar así su eficacia y su virtud. Aquellos que trabajan la madera, como los carpinteros, los ebanistas y todos los de-



más, tienen que evaluar la madera por medio de la Quiromancia y saber para qué sirve, para qué es buena. Igualmente un minero debe conocer la mina mediante la Quiromancia, para saber qué clase de minerales y metales hay en ella y cómo de profundos o de altos yacen. Y no de otro modo debe conocer el cosmógrafo la Quiromancia de los paisajes, países y cursos fluviales.



Las signaturas de la Tierra

Las costumbres nos son innatas, y en determinadas costumbres se nos educa. Según seamos educados, así serán nuestros usos. Si esas costumbres sirven o no a Dios y al prójimo, si somos constantes en ellas o nos movemos como la caña al viento, en esto es en lo que se conoce claramente al hombre. Por eso debéis ver lo no perecedero en el hombre en los signos visibles, innatos, que le han sido asignados, y reconocerlo ya en su manifestación; porque lo externo revela lo interno.

Dios ha otorgado las artes

Ningún arte nos es dado por Dios
que no lleve en sí
la necesidad de su perfección.

El ser hombre es distinto de cualquier otra naturaleza animal. Está dotado de sabiduría divina, dotado de artes divinas. Por eso nos llamamos con justicia dioses e hijos del Altísimo. Porque en nosotros está la luz de la Naturaleza, y esa luz es Dios. Portamos sabiduría divina en un cuerpo mortal En nuestras fuerzas tenemos artes que a nadie debemos más que a Dios; nos son dados en la hora de la concepción... Por eso no está justificada la duda: «¿Puede el hombre mirar hacia el futuro, y es capaz de conocerlo?». Esta duda querría decir que el hombre no es capaz de tal saber, sino Dios tan sólo. Pero como Dios ha creado el arte, el saber no sólo está en él, sino que también Su «arte» lo oculta en sí... y éste lo ha confiado a la mano del hombre. ¿Quién ha concedido la palabra al profeta? Sólo Dios. ¿Quién ha enseñado las artes? Sólo Dios también. Así que si todo procede de Dios, ¿cómo podría ser imposible al arte lo que es posible a Dios? Aprended pues sin interrupción, para que el arte se haga pleno en nosotros.

¿Quién da al hombre todas las artes, todas las habilidades que lleva a la práctica? Él no se las da a sí mismo. Igual que un asno no se pone a tocar el laúd, tampoco un hombre lo hace. Pero como está más dotado que el asno, de ello se deriva que sea capaz de aprender e incluso superarse. Pero ello no le viene como caído del cielo. Porque ¿quién hay allí que sepa tocar el laúd? Nadie. ¿Y cómo podría enseñar uno que no sabe? Lo que sabemos tiene que venir hasta nosotros desde otro, desde uno que sepa; porque de quien no sabe nada no se puede aprender nada. Y aunque se

hable de cantos celestiales y de sinfonía del cielo, no se trata de arpas ni laúdes, sino de un susurrar de las nubes del que la tierra devuelve el eco. Así que todas las cosas proceden de Dios, y así planta Dios todas las cosas en nosotros según su voluntad. En el «astro» están ocultas todas las capacidades, todas las artes, todos los oficios y también toda sabiduría, toda razón y también la locura y lo que a ella pertenece; porque no hay nada en el hombre que no afluya a él desde la luz de la Naturaleza; pero lo que está en la luz de la Naturaleza está sometido a la acción del astro. El astro es para nosotros la escuela de la que hay que aprenderlo todo.

De no existir Venus, nunca se hubiera inventado la música, y de no existir Marte no se hubieran inventado jamás los oficios. Así que las estrellas nos enseñan todas las artes que en la Tierra son; y si no actuaran sobre nosotros y todo lo hubiéramos tenido que inventar por nosotros mismos jamás hubiera surgido un arte.

Surgen nuevas artes constantemente

Igual que el cielo se renueva en su figura una y otra vez desde Adán hasta nuestros días, así surgen nuevas artes de año en año, pero no solamente las artes, sino todo lo que de nuevo ha acaecido. También todos los acontecimientos bélicos, gobiernos y todo lo que nuestro cerebro produce recibe su instrucción del astro ahora y siempre. Y si murieran todos los músicos, todos los artesanos, quedaría este maestro... y volvería a instruirlos de nuevo una y otra vez.

No todas las estrellas han culminado su acción y hecho valer su influjo. Por eso la invención de las artes no ha llegado a su fin, y por eso nadie que haya encontrado algo nuevo o acometa la empresa de buscar algo desconocido debe retraerse ante el intento... Y ha de prestarse atención a aquellos que buscan y encuentran diariamente algo nuevo, sea ello lo que quiera: en las artes o en las revelaciones de la sabiduría natural. Porque es el cielo el que lo produce. Así, se siguen unas a otras nuevas doctrinas, nuevas artes, nuevos ordenamientos, nuevas enfermedades, nuevos medicamentos, porque... a cada instante el cielo se ejercita en esta práctica. Y se ha dado al hombre la sentencia de qué debe tomar de ello y qué no...

Los caminos del arte

Hay siete vías por las que ganamos ingenio:

En primer lugar, sucede que un espíritu –por ejemplo un ángel– enseña artes al hombre... Tal instrucción es como la de un maestro, que tan sólo despierta en un niño lo que ya había en él. Es como un despertar, un revelarse...

En segundo lugar, a menudo un hombre ha dado un consejo que ha servido de ayuda y sin embargo él mismo no lo ha entendido. Fue la luz de la Naturaleza la que lo hizo fructificar, porque el consejo dado hubiera podido servir no sólo para el Bien, sino también para el Mal, por que los demonios nunca dejan de insuflar algo de su falsedad a todo.

En tercer lugar, muchas artes han salido a la luz por la vía de la experiencia. Por ejemplo: se probaba en un enfermo un remedio desconocido del que se esperaba ayuda, y se veía que servía. La luz de la Naturaleza ha guiado al hombre y le ha señalado algo en lo que hasta entonces no había reparado.

En cuarto lugar, muchos magos han alcanzado capacidades en las «Nigromancia, Necromancia, Quiromancia, Geomancia, Hygromancia» –es decir, en aquellas falsas artes que se ocupan de las predicciones–... Pero no eran «auténticas artes», como ellas mismas pretendían, sino que la luz de la Naturaleza ha manifestado sus capacidades bajo tal cobertura para satisfacer su codicia. Porque así juega la luz de la Naturaleza con los hombres.

En quinto lugar, muchas artes han salido a la luz por obra de la auténtica Quiromancia; y la Quiromancia de las manos, de las hierbas o de la madera han introducido a los quiromantes en el arte. No sin causa profunda se estimaba tanto la Quiromancia entre los antiguos. Nosotros la utilizamos sólo para hacer predicciones, pero a los antiguos les servía para conocer las artes.

En sexto lugar, también la Fisionomía ha conducido a algunas artes. Es el arte que desvela la cualidad oculta en el interior. A través de ella, no sólo en los hombres, sino también en todo lo creado se puede conocer lo interior a partir de lo exterior...

En séptimo lugar, las artes han surgido en razón de la forma exterior de las cosas, es decir, cuando una forma iguala a la otra, y lo igual se cura con lo igual... cáncer contra cáncer, dragoncilla contra la mordedura de las serpientes, etc., y una forma se puede emplear contra la otra.

Sin embargo, aún se podrían enumerar más artes que nos han sido facilitadas por los conocimientos de la Astronomía y de la Filosofía o por un más profundo conocimiento de las propiedades de las hierbas y de distintas cosas de la Naturaleza.

Sobre la música



Todos debemos saber que el arte, la ciencia, la destreza sólo están ahí para procurar alegría, paz, unidad, pureza y honorabilidad, para la necesidad y beneficio del prójimo. Eso vale también para la música. Ella es la medicina de todos los que sufren de melancolía y fantasía, que en última instancia los convierte en hombres solitarios y desesperados. Pero la música puede mantenerlos entre los demás hombres y con los sentidos despejados, expulsa el espíritu de las brujas, ogros y-hechiceros.

El arte es el bien más permanente, la mejor riqueza, que ningún ladrón puede robar, ningún fuego ni agua destruir; y aunque alguien me atacara no se hará con el arte, porque está oculto en mí y es un bien inaprensible.

La unidad de todas las artes

No sólo de pan vivimos, sino también de las artes y la sabiduría que salen de la boca de Dios. Debemos llenarnos con ellas, y considerar que el llenado de la tripa es mortal, y aquél en cambio eterno. Porque todos los que vivan en él brillarán en el reino de Dios como el brillo del Sol.

Aunque hay muchos nombres, las artes no están separadas, y un saber no está separado del otro; porque uno está en todo.



Las artes inciertas

Sabed que acerca de lo futuro y lo oculto del hombre se pueden hallar grandes cosas que los ignorantes desprecian y de las que se burlan, porque no reparan en lo que la Naturaleza es capaz de hacer a través de su espíritu... Así, las «artes inciertas» son de tal especie que tendrá que venir una nueva generación, llena de espíritu profético o sibilino, que pueda despertar y guiar mano y artes. Estas clases de artes... son incluso antiguas, y gozaban de gran prestigio entre los antiguos. Eran mantenidas en secreto y enseñadas en secreto. Porque aquéllos han dedicado su tiempo a mirar en su interior y a la fe, y hallado y demostrado así muchas grandes cosas. Sin embargo, ahora tal capacidad para la imaginación y la fe ya no se da entre los hombres, sino que sus sentidos están orientados únicamente a aquello que complace a la carne y la sangre; sólo se sigue estudiando y se hace aún lo que éstas quieren y codician... Por eso estas artes siguen siendo «inciertas» aún hoy, porque el hombre está incierto de sí mismo. Porque quien no está seguro de sí mismo tampoco puede estar seguro en su actuación; nunca alguien que duda podrá crear algo duradero, nunca alguien que sirve al cuerpo podrá hacer algo concienzudo en el terreno del espíritu.

Si se quiere conocer el ser interior del hombre a través de su exterior –el «cielo» en su ser interior a través de su exterior; los árboles, hierbas, raíces, piedras en su interior a través de su exterior–, es necesario penetrar como científicos hasta el fondo de la Cábala. A través de ella se tiene acceso a lo oculto, al secreto; entonces se pueden leer cartas y libros cerrados tal como se conoce el interior de los hombres.

Todos vosotros, aquellos a los que vuestra fe lleva a profetizar el futuro, el pasado y el presente del hombre, vosotros que miráis hacia la lejanía, que leéis cartas y libros cerrados y escondidos, que buscáis tesoros enterrados en la tierra y en los muros, vosotros que enseñáis tanta sabiduría, tan elevado arte... pensad que habéis de interiorizar la doctrina de la Cábala si queréis hacer todo esto. Porque la Cábala construye sobre suelo firme. Pedid y se os dará, llamad y seréis escuchados, y se os abrirán las puertas... Todo lo que deseéis afluirá a vosotros y os será concedido. Os asomaréis a la profundidad mayor de la Tierra... y al Tercer Cielo. Alcanzaréis más sabiduría que la de Salomón... Pero sólo si ante todo tendéis a alcanzar el reino de Dios se os concederá todo esto. El arte de la Cábala está obligado a Dios, en alianza con Él y fundado en la palabra de Cristo. Pero si no os regís por la verdadera doctrina de la Cábala, sino que caéis en la Geomancia, os guiará aquel espíritu que sólo predice mentiras.

De la interpretación de los sueños

La interpretación de los sueños es un gran arte; nunca carecen de significación, vengan de donde vengan: de la fantasía, de los elementos o de otra inspiración. A menudo se puede deducir de ellos algo sobrenatural, porque el espíritu nunca descansa. Si la tierra le da a uno una inspiración –uno de sus dones– y nos la presta a través de su espíritu, entonces la visión tiene sentido.

Alguien que quiera tomar su sueño en serio, interpretarlo y regirse por él, tiene que estar dotado con el «conocimiento sideral» de la luz de la Naturaleza y no se puede entregar a fantasías sin sentido ni tratar con soberbia los sueños; porque de este modo no se alcanzará nada de ellos. Hay que tener en cuenta los sueños y aceptarlos, porque muchos incluso se hacen realidad.

Sobre el sentido de los sueños

La mayoría de las veces los presentimientos de los hombres se presentan de forma tan poco visible que son despreciados. Y sin embargo a José se le apareció en sueños quién era María y de quién se encontraba encinta. Y como los sueños no son suficientemente tenidos en cuenta, no se da crédito a sus revelaciones, aunque no son sino revelaciones proféticas... Por eso el sabio no debe subestimarlas, sino pensar en que también Cristo se apareció en forma no evidente y fue escarnecido. El sabio sin embargo sabe que lo no evidente no puede ser escarnecido, sino que ha de ser valorado con sabiduría, porque al entendimiento le ha sido dado reconocer a Cristo. A los burlones no les ha sido dado entendimiento alguno, pero la sabiduría posee el conocimiento que Dios da.

Sueños proféticos y creadores



Los sueños que anuncian cosas sobrenaturales son revelaciones y mensajes enviados por Dios a nosotros de manera directa; no son sino Su ángel, los espíritus que le sirven, que se nos aparecen la mayoría de las veces en momentos de gran necesidad y adoptan figuras tales como en su momento los tres magos que buscaban al niñito recién nacido... Tenemos que saber de estas manifestaciones cómo ocurren y cómo llegan hasta nosotros, y que en momentos de gran necesidad podemos suplicarlas de la misericordia de Dios, cuando nuestra oración sale de una bo-

a y un corazón sinceros y con fe verdadera. Entonces Dios nos envía uno de esos mensajeros, que se nos aparece en espíritu, nos alerta, consuela, enseña y trae promesas.

Desde siempre los artistas han recibido y se les han manifestado en sueños enseñanzas sobre las artes, de tal modo que en todo momento ardían en el deseo de tener tales sueños. Entonces su imaginación era capaz de obrar milagro tras milagro y atraer hacia sí las sombras de los filósofos para que los instruyeran en su arte. Todavía hoy sigue ocurriendo esto, pero la mayor parte del sueño se olvida. Con cuánta frecuencia sucede que al despertar por la mañana uno diga: «Esta noche he tenido un sueño maravilloso», y cuente cómo Mercurio, o este o aquel filósofo, se le han aparecido en persona y le han enseñado ora este, ora aquel arte, pero que el sueño se ha esfumado y ya no puede acordarse de él. A quien esto suceda no debe salir de su cuarto al despertar, no hablar con nadie, permanecer solo y despierto hasta que todo vuelva a su memoria y recuerde su sueño.

La magia como don de Dios

La magia es el arte más secreto
y la mayor sabiduría sobre las cosas
sobrenaturales que hay en la Tierra...

La magia nos ha sido dada para saber y averiguar aquello que es imposible para la razón humana. Porque es un gran saber secreto, igual que la razón es una gran necedad pública. Por eso sería necesario y bueno que los «teologistas» supieran también algo de ella, y aprendieran lo que es en el fondo, para no llamarla hechicería de forma injusta e injustificada.

Magia auténtica y falsa

Dios permitió la magia, y esto es un signo de que estamos en condiciones de usar de ella y un signo de quién somos, pero no una invitación a hacerlo. Porque si uno practica la falsa magia atenta contra Dios... Y si se le permite, ¡ay de su alma!

Todas las artes y destrezas vienen de Dios, y nada crece sobre otra base... y así nadie puede maldecir de la Astronomía, la Alquimia, nadie de la Medicina, nadie de la Filosofía, la Teología, el Teatro, la Poesía, la Mú-



sica, nadie de la Geomancia... y de todas las demás artes elevadas. ¿Por qué no puede hacerlo? ¿Qué inventa el hombre por sí mismo? Ni la más pequeña mancha para echarla en unos pantalones. ¿Puede el Demonio inventar algo nuevo? Nada sobre la Tierra, nada en absoluto; nada con lo que se pueda siquiera cazar o matar un piojo en la cabeza. Pero en cuanto algo prende en nosotros por medio de la luz de la Naturaleza, el Diablo juega a mostrar el camino y sabe cómo falsear, calumniar y volver engañosas todas las cosas que Dios nos ha dado, y usa para ello de todos los

medios... El Diablo sabe cómo mentir sobre las obras de Dios para escarnecerlo; seduce a los débiles en la fe y los lleva al error para que abjuren de Dios y rindan homenaje a falsas artes en escarnio suyo. Éstos pasan su vida en la mentira; y aunque también ellos escarban, investigan y buscan, están condenados a morir sin haber encontrado la verdad.

Hace falta una prueba y escrutinio para distinguir lo santo de lo no santo y saber de qué fuerzas proceden los distintos milagros. Hace falta un examen preciso antes de poder establecer si es el espíritu de la Naturaleza o el espíritu de Dios el que se acerca a uno en un milagro. ¡Aprended a distinguir esta diferencia! Es profundamente necesario saber qué procede de la *divinatio* y qué de la *divinitas*. Los nombres se parecen, porque proceden de la misma raíz; pero no ocurre esto con los milagros, que brotan de distintas fuentes.

Santos y magos

La Sagrada Escritura llama hechiceros –sin distinción– a todos aquellos que saben de las cosas sobrenaturales sin haber sido santos a un tiempo. Pero hay que considerar esto con cuidado. Dios quiere que caminemos por la senda de la sencillez como los Apóstoles, no hurguemos ni busquemos las cosas escondidas que suceden de forma sobrenatural, pa-



Alchimia die kunst redet.



que no abusemos de ellas en perjuicio del prójimo y condenemos así el cuerpo y el alma. Por eso no podemos considerar hechiceros a todos los que la Escritura llama de este modo. Porque si así fuera, de ello se deduciría que también los tres sabios de Oriente habrían sido archihechiceros, porque sabían más de las artes y las cosas sobrenaturales que todos los que los precedieron y que todos en todos los tiempos. Pero la Sagrada Escritura no los llama hechiceros, sino magos; ¿qué hay que entender por esta denominación? Nada sino que no abusaron de su arte y de su gran sabiduría secreta. Pues la magia es un arte que manifiesta su mayor fuerza y poder a través de la Fe. En todo caso –si se abusa de ella–, puede convertirse en hechicería.

Igual que Dios despierta los muertos a una nueva vida, también se ha dado a los «santos naturales» –los llamados magos– el poder sobre la fuerza y patrimonio de la Naturaleza. Porque hay santos en Dios que sirven a la beatitud; a éstos se les llama *sancti*. Pero también hay santos en Dios que sirven a las fuerzas de la Naturaleza, y se llaman magos. Dios se muestra magníficamente en sus santos, tanto en los del reino de Dios como en los de la Naturaleza; lo que a otros no les es posible, ellos lo pueden, porque les ha sido dado como don especial.

Alquimia, el arte de la transformación

¿Quién puede ser hostil a la Alquimia,
si no tiene culpa alguna? Culpable
es aquel que no la conoce
y no la aplica correctamente.

Haz que a la luz de la Naturaleza haya en ti un gran y elevado misterio, que una cosa pierda y pueda olvidar completamente su forma y figura, para volver a surgir de la nada convertida en algo que en su fuerza y virtud es mucho más noble de lo que lo era al principio.

Nada ha sido creado como *ultima materia*, en su estado final. Todo se crea primero en su *prima materia*, su materia inicial; sobre la que viene Vulcano, que a través del arte de la Alquimia lo transforma en su materia final... Porque Alquimia significa: llevar a su fin algo que no está acabado, obtener el plomo del metal y elaborarlo para aquello a lo que está destinado... Reconoced pues que Alquimia no es otra cosa que el

arte de convertir lo impuro en puro por medio del fuego... ella puede separar lo inútil de lo útil y llevarlo a su materia final y a su esencia final.

Alquimia y resurgimiento

La transformación de los metales es un gran secreto de la Naturaleza. Por trabajoso y difícil que sea, por muchos avances y retrocesos que se sufran, no va contra la Naturaleza ni contra el orden divino, como muchas personas afirman erróneamente. Sin embargo, transformar los cinco metales menores e impuros, es decir: cobre, estaño, plomo, hierro y mercurio, en los metales superiores, puros y completos: oro y plata, no se puede lograr sin una «tintura» o sin la «piedra de los sabios».

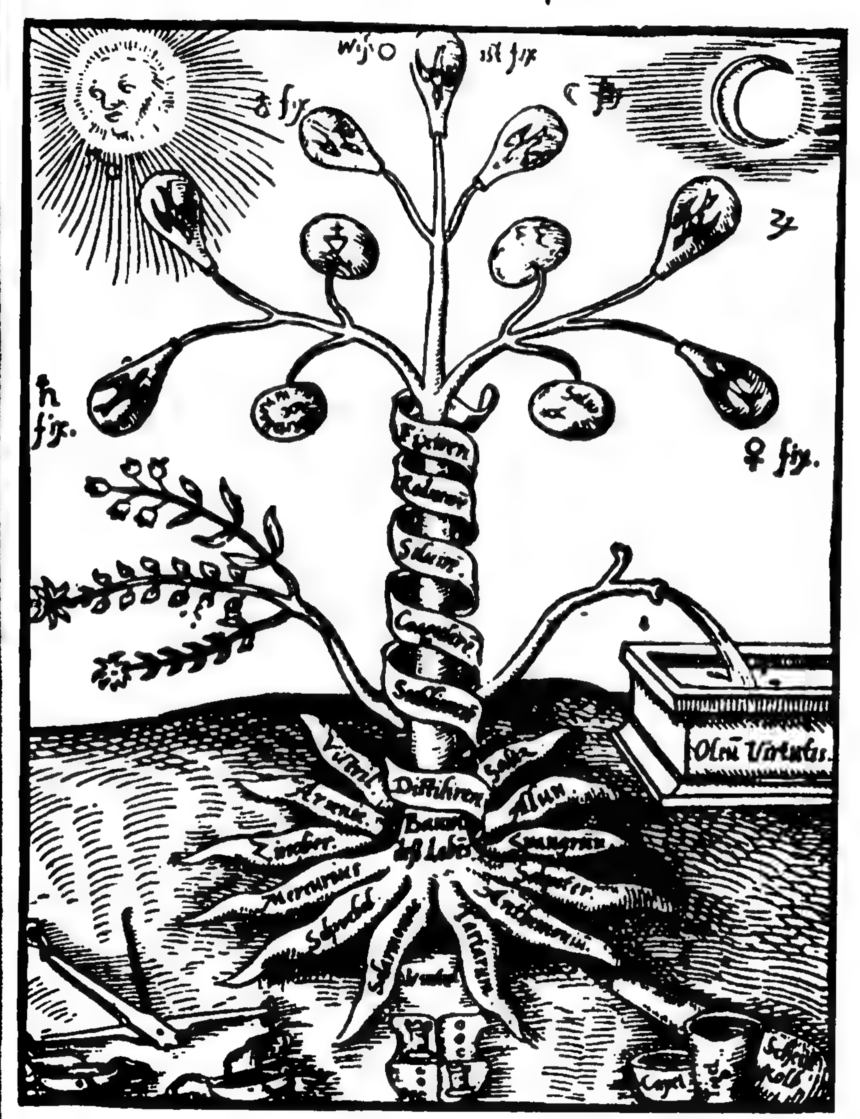
Desde antiguo, la Filosofía ha intentado separar el Bien del Mal y lo puro de lo impuro, lo que significa que todas las cosas han de morir, sólo el alma debe vivir eternamente. Como sólo el alma debe persistir mientras el cuerpo se corrompe, pensarás también que una semilla debe pudrirse si ha de dar fruto. Pero ¿qué quiere decir pudrirse? No es sino que el cuerpo se pudre mientras su esencia, el Bien, el alma, se mantiene. Esto ha de saberse de la putrefacción. Y si se ha comprendido el sentido de esto se posee la perla que contiene todas las virtudes.

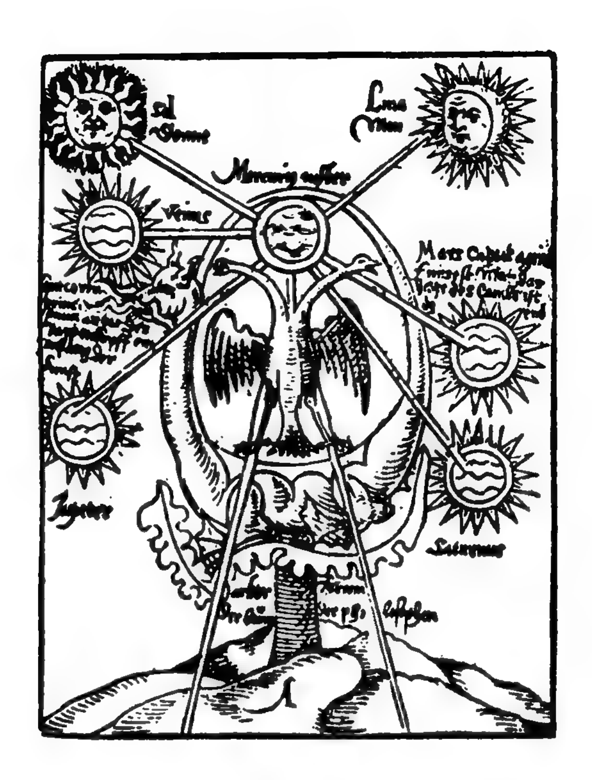
La putrefacción es el principio de todo surgimiento... Transforma figura y esencia, fuerzas y virtudes de la Naturaleza. Del mismo modo que la putrefacción dentro del estómago transforma todos los alimentos y forma con ellos una pasta, ocurre también fuera del estómago... ¡La putrefacción es incluso la partera de grandes cosas! Muchas cosas se multiplican a su través para que nazca un fruto noble; porque ella es la reversión, la muerte y la destrucción de la esencia originaria de todas las cosas naturales, renacimiento y nuevo nacimiento surgen de ella en múltiple mejora... Pero éste es el mayor y máximo misterio de Dios, el más profundo secreto y milagro que Él ha revelado al hombre mortal.

La Alquimia como reveladora

Las grandes virtudes ocultas de la Naturaleza no serían evidentes para nadie si la Alquimia no las sacara a la luz e hiciera visibles. Por lo demás, ocurre como con el árbol: uno lo ve en invierno, pero no lo conoce y no sabe lo que oculta en él hasta que llega el verano, que uno tras otro abre ora el brote, ora la flor, ora el fruto... De igual modo la virtud

Vom queckſilber.





de las cosas se mantiene oculta al hombre, a no ser que el alquimista la haga brotar como el verano hace brotar la naturaleza del árbol.

Cuando el alquimista saca a la luz lo que yace escondido en la Natu raleza, debe saber que en ella siempre actúan fuerzas distintas: unas en el saltamontes, otras en las hojas, otras en las flores y otras más en los frutos verdes y maduros. Porque todo esto es tan maravilloso, que el último fru to de un árbol es enteramente distinto del primero en su forma y condi ción... Pero una cosa no sólo tiene una virtud, sino muchas, así como las flores tampoco tienen sólo un color, y cada color posee en sí las más va riadas tonalidades; y sin embargo forman una unidad y una sola cosa.

La Alquimia como perfeccionadora

La Alquimia es un arte que es y tiene que ser necesario... es un arte, y Vulcano el artista en él. Quien sea «Vulcano» será dueño de su arte Quien no lo sea no conseguirá nada. Pero para entender las cosas de es

te arte hay que saber sobre todo que Dios ha creado todas las cosas: y de la Nada ha hecho Algo. Este Algo es una semilla; oculta ya en sí la meta de su predestinación y de su encargo. Y como todo se creó imperfecto, no hay nada perfecto, sino que el Vulcano tiene que llevarlo hasta su fin. Las cosas se han creado de tal modo que nos han sido dadas en la mano, pero no en la forma última que les corresponde. También la madera crece por sí misma, pero no se convierte enseguida en leña ni carbón. Lo mismo ocurre con el barro: no se vuelve por sí mismo recipiente alguno. Así ocurre con todo lo que crece en la Naturaleza.

Quinta essentia

La *quinta essentia* es aquello que se extrae de la materia –es decir, de todo lo que crece y de todo aquello que contiene vida–, es depurado después de toda impureza y de todo lo perecedero, refinado hasta lo purísimo y separado de todos los elementos... Lo que de naturaleza, fuerza, virtud y medicina se esconde en todas las cosas, sin ninguna... mezcla ajena... esto es la *quinta essentia*. Es un espíritu igual al espíritu de la vida, pero con la diferencia de que el *spiritus vitae*, el espíritu de la vida, es imperecedero, y el del hombre en cambio perecedero... La *quinta essentia*, como espíritu vital de las cosas, sólo se puede extraer de lo sensible, es decir, de las partes materiales, pero no de lo insensible, de las partes animadas de las cosas... Posee extraordinarias fuerzas y prendas, y en ella se encuentra una gran pureza mediante la cual produce en el cuerpo un cambio y una depuración que son un milagro incomparable... Así la *quinta essentia* puede purificar la vida del hombre... Por eso cada enfermedad requiere su *quinta essentia* especial, aunque se dice de algunas formas de *quinta essentia* que pueden servir para todas las enfermedades.

Qué es Arcanum

Sólo se puede llamar Arcanum a lo que es inmaterial e inmortal, a lo que posee vida eterna, está por encima de todo lo natural y es insondable para el hombre... Tiene el poder de cambiarnos, de transformarnos, de renovarnos y volvernos a erguir como las fuerzas curativas divinas... Y aunque los Arcana ni son la eternidad ni representan una sinfonía de lo celestial, en comparación con nosotros los mortales han de ser contemplados como celestiales, porque pueden conservar nuestro cuerpo y actuar en nosotros con su influencia de modo tan milagroso que la razón



no puede comprenderlo... Arcanum es toda la virtud de una cosa, en su múltiple gradación...

Los cuatro Arcana

Hasta nuestra era, todavía joven, sólo conocemos cuatro Arcana...

El primer Arcanum es la *prima materia*, el segundo la *lapis philosophorum*, el tercero el *mercurius vitae* y el último la *tinctura*... La *prima materia* es capaz de consumir la edad del hombre y brindarle una nueva juventud, igual que una planta joven crece de una nueva semilla en un nuevo verano y un nuevo año...

El segundo Arcanum, la *lapis philosophorum*, purifica todo el cuerpo y lo limpia de toda su suciedad con fuerzas frescas y jóvenes que lleva hasta su pleno desarrollo...

Mercurius vitae, el tercer Arcanum, tiene una acción depuradora; igual que un martín pescador, que en la muda se adorna con nuevas plumas, así puede quitar al hombre sus impurezas –hasta las de las uñas y la piel– y hacerlo crecer nuevamente, y así renueva el viejo cuerpo...

Tinctura, el último Arcanum, es como el *rebis*, la doble esencia que transforma en oro la plata y otros metales; «tiñe», transforma el cuerpo, le quita su maldad, su rudeza, su primitivismo, y lo transforma todo en un ser más puro, más noble e indestructible.

Entre nosotros, en la Tierra, el fuego del cielo es un fuego frío, rígido y congelado, y éste es el cuerpo del oro. Por eso con nuestro fuego no podemos hacer sino disolverlo y hacerlo fluido, igual que el Sol ablanda y hace fluir la nieve y el hielo. Así pues, no se ha dado al fuego el poder de quemar al fuego, porque el oro mismo no es sino fuego. En el cielo está disuelto, pero entre nosotros solidificado... Dios y la Naturaleza no hacen nada en vano, nada sin sentido. El lugar de todas las cosas indestructibles es intemporal, sin principio y sin fin por doquier. Éstas actúan donde se ha abandonado ya toda esperanza, y pueden conformar maravillosamente lo que se considera imposible, lo que parece sin expectativas, absurdo e incluso desesperado.



La Alquimia es secreta

Escribir más acerca de este secreto está prohibido y está confiado al poder de Dios. Pues este arte es en realidad un don de Dios, por lo que no todo el mundo puede comprenderlo. Por eso Dios lo da a quien quiere y no se lo deja arrebatar por la fuerza; porque quiere que sólo a Él se rindan honores por este arte, y que por él sea Su nombre alabado por toda la eternidad.



La mano de Dios y el firmamento

Sabed que el sabio posee
fuerza y poder sobre el «astro»,
y no el «astro» sobre él.

La Astronomía es un arte necesario; debería ser justificadamente ensalzado, y estudiado de forma seria y concienzuda... Porque enseña a cada hombre cómo son su ánimo, su corazón, sus pensamientos; de qué género son, si falsos o rectos y buenos, si malvados o no. Y enseña cómo la hora de la concepción repercutirá en el destino del niño si va en pos de aquello que ha determinado la hora sideral en la que nació.

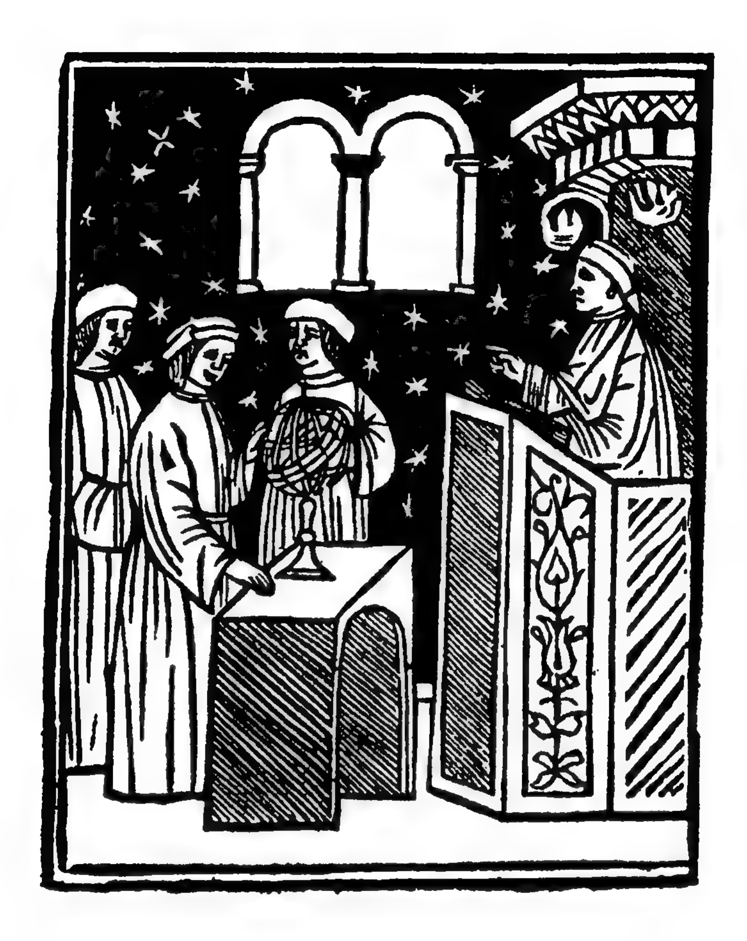
El astrónomo debe conocer a fondo el firmamento con ayuda de su entendimiento natural, de forma y modo evidentes, tal como un filóso



lo o un médico se orienta entre las cosas de la Naturaleza, que surgen de los elementos. Pero no debe estimar este arte suyo y confiarse en él más de lo que le estaría permitido a un preso. Porque también el preso posee todas las propiedades que corresponden a un hombre, pero está imposibilitado para desarrollarlas; no puede hacer lo que le gustaría. Así ocurre también con el firmamento: está preso en la mano del Supremo Motor. Lo que esta mano pretende con ello está oculto al astrónomo... Porque su arte bien puede ser impedido, fomentado o incluso modificado por la mano del Supremo Rector.

Sabiduría y astro

Sabed que hay dos clases de «astros»: uno celestial y uno terrenal, uno de la necedad y uno de la sabiduría. E igual que hay dos mundos, un «Pequeño» y un «Gran Mundo», e igual que el pequeño rige al mayor, también el «astro del Microcosmos» rige y gobierna al astro que llamamos



«cielo». Porque no debéis olvidar nunca que Dios no ha creado los planetas y todas las demás estrellas para que manden sobre el hombre y le gobiernen, sino para que le obedezcan como todo lo creado.

En las estrellas viven razón, sabiduría, astucia, disputa y armas en igual forma que entre los hombres. Pues de ellas procedemos; ellas son nuestros padres. Por eso hemos recibido de ellas razón, sabiduría, astucia, disputa, etc. E igual que lo tenemos todo de las estrellas, lo hay consecuentemente en ellas mismas; sólo que con la diferencia de que en nosotros los hombres se hace material y corporalmente visible, mientras en las estrellas es invisible, aéreo, espiritual. ¡Pero nadie debe pensar que esa sabiduría y esa razón que hemos recibido del cielo son directamente de Dios!

do vienen de Él, sino que están en nosotros conforme al Macrocosmos, la Gran Creación. Pero la sabiduría que hay en nosotros procedente de Dios mismo está por encima de aquél y supera cielo y estrellas.

El arte de la Astronomía da a conocer los secretos del carácter innato a cada uno y pone de manifiesto lo que la Naturaleza ha puesto de bueno y de malo en el hombre. Porque el hombre procede del Gran Mundo y su naturaleza se enraíza en él. Y como otra naturaleza distinta se adhiere a la tierra y al astro y otra al reino de Dios, es preciso que las averigüemos por sus signos... Porque este arte separa presumir y opinar, saber y poder. Y enseña con qué gran razón se desarrollan todas las cosas. Lo que por su esencia corresponde al conducto divino ha de ser aprendido de Dios, pero sobre lo que está asignado a lo mortal nos instruye el firmamento, la Gran Creación.

No es el firmamento el que penetra con gran efecto en el hombre, sino que el hombre mismo da al mundo más que hacer de lo que es influido por él. Por eso, estaría justificado dejar de escribir sobre ello en tal contexto... Porque tal proceso sólo tiene efectos sobre el ánimo y sobre un entendimiento pagano y sensorial. Pero nosotros somos cristianos, y como tales hemos de vivir. Si vivimos como paganos, penetran en nosotros otras influencias que no pueden ser comprendidas a partir del astro... Cristo ha dicho que la peste, el hambre, la escasez y los terremotos caerán en confusión sobre nosotros; pero esto ocurrirá –¡que no lo olvide nadie!– sin que los planetas terrestres lo avisen por anticipado. Por eso hay que prestar más atención a la palabra de Cristo que a la Astrología. Sólo Él precipita los signos de las mareas y ejecuta los plazos de las naciones.

El cielo sólo rige lo animal

El astro está sometido al sabio, ha de regirse por él, y no él por el astro. El astro sólo rige, gobierna, coacciona y fuerza a un hombre que aún es animal, que no puede hacer más que seguirle –como el ladrón no puede rehuir a los galgos, el asesino a la rueda del tormento, el pescador a los peces, el pajarero a los pájaros o el cazador a la caza–. Pero ello se debe a que un hombre así no se conoce a sí mismo y no sabe utilizar las energías que yacen ocultas en él, y no sabe que también lleva el astro en sí, que es el Microcosmos y guarda en sí todo el firmamento con todas sus potencias. Por eso con razón puede ser llamado necio y tonto y ha de estar sometido en dura esclavitud a todo lo terreno y mortal.



Dios es el único profeta

Cristo y los suyos anuncian los días de los pueblos, pero el astrónomo predice los días de los acontecimientos de la Naturaleza. Ésta es una enorme diferencia; ¡daos cuenta y entendedlo bien, científicos y teólogos! Porque lo que Dios profetiza sucede y nada puede impedirlo. Pero lo que el astrónomo predice puede suceder o no. Así que la profecía tiene un origen y la Astronomía otro.

El verdadero conocimiento de la esencia del hombre sólo puede derivarse de su eternidad; no se puede entender por ningún otro signo.

Cuando Cristo advino, se extinguieron y desaparecieron todas las demás verdades; desde entonces ya no valen nada... Cristo ha traído al mundo la sabiduría eterna, y desde entonces está justificado apartarse de las sabidurías menores y adherirse a las superiores; aunque a menudo escribo al modo de los paganos, soy cristiano y he de confesar que la sabiduría menor ha de ceder el paso a la mayor. La sabiduría de Cristo es más profunda que la de la Naturaleza, así que un profeta, un apóstol, ha de ser más estimado que un astrónomo o un médico; y es mejor profetizar a partir de Dios que de la Astronomía, mejor curar por medio de Dios que de las hierbas. Lo que los profetas anuncian carece de error. Los apóstoles pueden sanar enfermos y resucitar muertos, y también su obra carece de error. Por eso, ¿quién puede censurar que la Astronomía y su luz hayan palidecido después de Cristo?

Por lo demás, es obligado decir que los enfermos necesitan de un médico, y pocos de un apóstol; asimismo, algunas predicciones han de ser hechas por astrónomos y no por los profetas. Así a cada cual le corresponde lo suyo: al profeta, al astrónomo, al apóstol y al médico. Por eso la Astronomía no nos ha sido revocada ni prohibida a los cristianos, sino que tan sólo se nos ha mandado utilizarla en sentido cristiano. Porque hemos sido puestos por el Padre bajo la luz de la Naturaleza y por el Hijo bajo la Luz Eterna. Y así, es necesario que sepamos y conozcamos ambas.

De la libertad del hombre

La sabiduría del hombre no está al servicio de nadie ni es sierva de nadie; no se ha privado de su libertad ni la ha dejado de la mano. Por eso el astro tiene que seguir al hombre y estar sometido a él, y no él al astro. Aunque sea hijo de Saturno y Saturno haya cubierto con su sombra su

nacimiento, puede sustraerse a su influencia; puede superarla y convertirse en hijo del Sol.

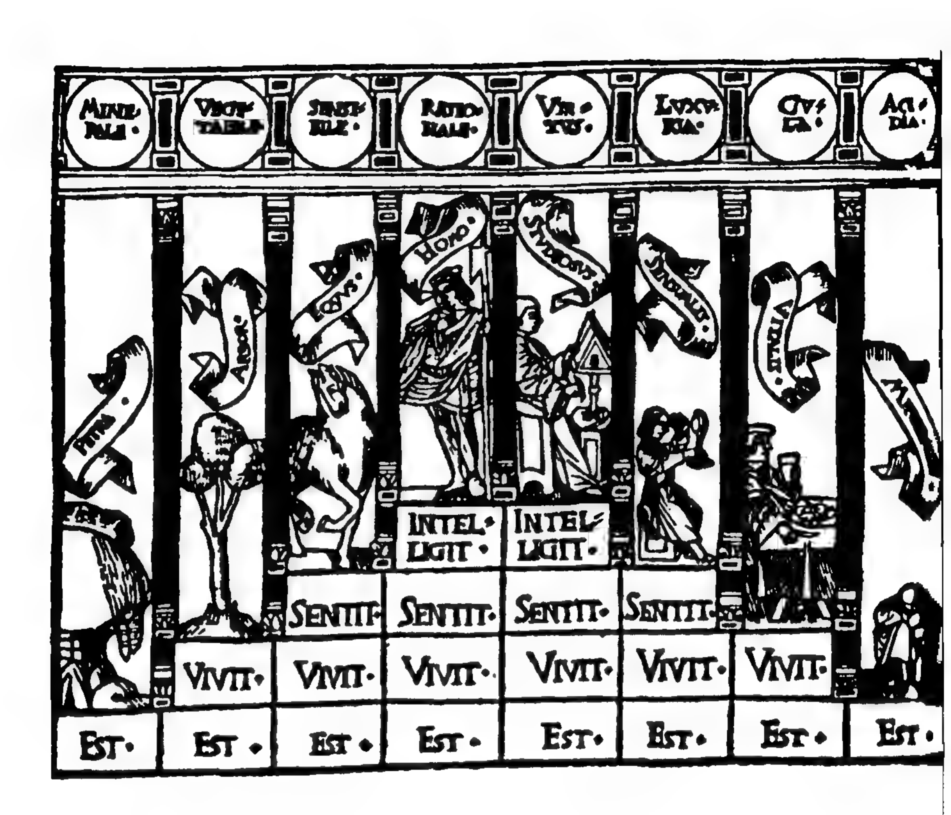


El sabio supera el destino



El hombre sabio es el que rige su vida a partir de la sabiduría divina y a imagen de Aquel según el cual ha sido creado. Este sabio gobierna ambos cuerpos: el «sideral», etéreo, y el «elemental», material. A ambos tiene que servir el hombre, y deambular por cada uno de ellos para cumplir la ley del Señor y encontrarse en armonía con la Naturaleza, con la voluntad de Dios y el espíritu divino. No puede preferir el cuerpo mortal y su entendimiento a la «imagen» eterna, ni chocar contra ésta en aras del cuerpo animal y contemplar la sabiduría del cuerpo animal como salvación eterna... El hombre sabio vive conforme al modelo de Dios y no se rige por el mundo. Y quien vive a imagen de Dios supera al «astro».

IV
Hombre y ética



MINE-RALE·
SENSI-BILE·
RATIO-NALE·
VIR-TUS·
LUXU-RIA·
GU-LA·
ACI-DIA·
HOMO·
INTEL-LIGIT·
INTEL-LIGIT·
SENTIT·
SENTIT·
SENTIT·
SENTIT·
VIVIT·
VIVIT·
VIVIT·
VIVIT·
VIVIT·
VIVIT·
EST·
EST·
EST·
EST·
EST·
EST·
EST·
EST·

Sabiduría y Fe

¿Qué será del hombre si
conquista todo el mundo
y pierde su alma?

Aunque nacemos sordos y mudos, ¿por qué hemos de permanecer siempre sordos y mudos? Es Dios el que nos ha dado el lenguaje: ¿cómo iban los niños a aprender a hablar por sus propias fuerzas si Él no les concediera Su divina ayuda? Palabra y oído nos han sido dados como herramientas para investigar la Creación de Dios hasta donde Él lo permita. ¿Qué valor tendría que alguien viera y no supiera lo que ve? Para qué ha sido creado el hombre más que para aprender y saber distinguir lo bueno de lo malo y retener lo bueno. Si no tenemos ninguna experiencia de eso, tampoco sabemos nada de Dios. ¿Y quién puede llamar suerte a que un hombre no sepa nada? Alguien que sepa nunca sucumbirá a una tentación, ni tampoco nadie le habrá visto ser supersticioso. Pues, ¿dónde reina la superstición? Entre aquellos que nada saben. ¿Dónde tiene su asiento la soberbia? Sólo entre los inexpertos. ¿Y dónde la necedad? Entre aquellos que se conforman con su propia ignorancia y no penetran en la sabiduría de Dios.

De las dos clases de entendimiento

Un creyente debe ser un sabio y un hombre ingenioso para saber qué es lo que cree. Cuando un inútil, un necio cree, su Fe está muerta. Las obras, es decir, las obras de la Naturaleza, sus signos y milagros, conducen primero hacia la Fe. Y como la Fe se apoya en las obras, los signos, los milagros, nos es propio filosofar como creyentes y no como paganos y declararnos cristianos. Pero hacemos una distinción en la Fe, y estamos convencidos de que aquel que quiera creer tiene que saber también, porque sólo del conocimiento –precisamente porque uno sabe– surge la Fe. Este conocimiento que viene de la Filosofía y al que sigue la Fe puede

hacer a una persona tan feliz como infeliz; infeliz, aunque conozca todos los signos y milagros de Dios y crea en ellos, cuando por ejemplo el fruto de su trabajo no madura, sino muere. Porque quien mucho sabe debe dar mucho fruto, y si ése no es el caso puede ser tenido por un embustero y no por un filósofo. Porque primero viene el conocimiento, después la Fe y después el fruto; éste es el suelo sobre el que ha de asentarse el filósofo.

El galán recorre un largo camino para llegar hasta una hermosa mujer; ¿cuánto más no habría que recorrer para encontrar un noble arte? La reina de Saba llegó hasta Salomón desde el otro extremo del mar para escuchar su sabiduría. ¿Cuál es la causa de que tan alta reina haya ido en pos de la sabiduría de Salomón? Está en que la sabiduría es un don de Dios: hay que buscarla en aquel en el que Él la deposita. Exactamente igual como también el arte hay que buscarlo en aquel al que Él se lo ha concedido.

El hombre posee dos clases de entendimiento: el angelical y el animal. El angelical es eterno y procede de Dios y pertenece a Dios; también el animal nos lo dio Dios...; pero no es eterno, pues el cuerpo muere y el entendimiento con él. Ninguna cosa animal sobrevive a la Muerte Morir es sólo la muerte de lo animal, y no de lo eterno... Una bestia no es un hombre, es un animal; pero el hombre no es un animal, sino la imagen de Dios. El hombre es la herramienta a través de la cual Dios manifiesta sus milagros; pero es como una bestia, porque es mortal. No lo humano en él, sino lo animal, es mortal; el hombre resucitará en el Día del Juicio y comparecerá ante Dios, pero no lo hará lo animal, lo bestial que hay en él. El hombre rendirá cuentas, pero no el animal... Por eso el hombre que no es hombre de la sabiduría y de las artes no es más que un aborto, no un hombre, sino una simple bestia.

De la sabiduría

Hay dos sabidurías en este mundo: una eterna y una perecedera. La eterna brota directamente de la luz del Espíritu Santo, la otra directamente de la luz de la Naturaleza. La que viene de la luz del Espíritu Santo es de una única clase; es la sabiduría recta y sin mácula. Pero la de la luz de la Naturaleza es de una clase doble: la sabiduría buena y la mala. La buena está adherida a lo eterno, la mala a la condenación... ¿No es un elevado bien del hombre poder distinguir la sabiduría eterna de la temporal y en



tender que comparado con lo eterno lo mortal carece de valor? Este tesoro le ha sido concedido como imagen de Dios, y por eso debe seguir intentando ser como ese modelo y debe saber distinguir entre la buena y la mala sabiduría perecedera, para poder averiguar lo que es bueno: primero la sabiduría eterna, y sólo entonces la perecedera. Y conservar de esta otra la buena, y desechar sólo la mala. Porque la sabiduría no te obliga, sólo tú te obligas a ti mismo.

Manos y pies no son aún un hombre, sólo la sabiduría de la Naturaleza y las capacidades por ella otorgadas le convierten en él. Por eso el hombre no debe volverse a lo que de mortal hay en su cuerpo; porque todo eso es animal. Sólo debe prestar atención en su cuerpo a lo que es invisible e inaprensible: la luz de la Naturaleza, la sabiduría natural que Dios ha inculcado al astro y que pasa de éste al hombre.

La razón natural y la sabiduría eterna van juntas. La razón natural puede existir también sin la sabiduría eterna, cuando se orienta a lo pagano

y no atiende a lo eterno. Pero la razón eterna no puede ser sin la sabiduría natural, porque el hombre tiene que conocer lo eterno a partir de lo natural. Por eso al hombre que vive en Dios le han sido dadas ambas, como orientación para todas las cosas.

A todos nosotros nos corresponde una herencia: la sabiduría. Todos la heredamos por igual. Pero el uno prospera con su herencia, el otro no; el uno la entierra, la deja allí y se marcha, al otro le reporta beneficio... al uno mucho, al otro poco. Según invirtamos, usemos y administremos la herencia, tendremos mucho o poco de ella; y sin embargo es nuestra propiedad común y está en todos nosotros.

Dios conoce todo trabajo que actúa a partir de Su sabiduría conforme a la índole que le es propia. Mucho trabajo da gran conocimiento. Y cada uno de esos trabajos está sujeto al amor de Dios; aquel a quien se lo revela lo posee.

La luz de la Naturaleza habla: la sabiduría no tiene otro enemigo que aquel que no es sabio. Así que la sabiduría no tiene otro enemigo que la mentira, y aquel que enseña y escribe basándose en Dios no tiene otro enemigo que el que no se basa en Dios. Sabiduría es que uno sepa y no presuma, que entienda todas las cosas y las use con racionalidad y su razón y sabiduría sea sin necedad, sin demencia, sin error y sin duda. El camino recto, el motivo recto, el entendimiento recto y el recto criterio y ponderación dan a cada cosa su peso... porque por el conocimiento se rigen, conducen y llegan a su perfección todas las cosas.

Quien nada sabe nada ama. Quien nada sabe nada entiende. Quien no es bueno para nada no sirve para nada. Pero quien entiende, quien ama, quien nota, quien ve... Cuanto más conocimiento haya en una cosa, tanto mayor el amor... Todo estriba en el conocimiento. De él viene todo fruto. El conocimiento proporciona Fe; porque quien conoce a Dios cree en Él. Quien no le conoce, no cree en Él. Cada cual cree en aquello que conoce.

Conocimiento y sabiduría

Quien hereda la sabiduría de Dios, camina sobre las aguas sin mojarse el pie; porque en el arte recto heredado de Dios el hombre es igual a un ángel. ¿Qué moja pues al ángel? Nada. Como tampoco al hombre sabio. Dios es poderoso, y quiere que su poder se manifieste en las sabidurías y artes, tanto de los hombres como de los ángeles. Quiere que en el

mundo y en la tierra las cosas no sean distintas que en el cielo. No en la castidad, porque acerca de eso decide el cuerpo, ni en el ayuno, porque también esto se ha impuesto al cuerpo, ni en las obras, porque corresponden al cuerpo, sino en la sabiduría y en las artes... ¿Cómo puede alguien ser un loco conforme a la voluntad de Dios? No puede. ¿Cómo puede alguien ser indocto según la voluntad de Dios? No puede. ¿Cómo puede ser alguien ignorante según Su voluntad? Imposible. Todo esto va contra la voluntad de Dios, pues Él no nos quiere como locos necios, inexpertos, ignorantes, sin instrucción, sino despiertos al saber en todas las grandes cosas de Su Creación, que Él nos ha regalado para que el Demonio sepa que somos de Dios e iguales a los ángeles.

Debéis saber que nada nuestro llegaría hasta Dios si no hubiera en nosotros un ángel que llevara al cielo nuestro interior mensaje. Ni llegaría a nosotros nada de Dios sin semejante mediador, que es más rápido que todos nuestros pensamientos... Antes de que nos llegue una idea al pensamiento, ya ha estado ante Dios y ha vuelto con nosotros. Lo que Dios quiere, deja que ocurra en nosotros a través del espíritu que debe culminar Su obra en nosotros... El destino del alma es fungir como ángel, y el del hombre usar de su ángel; porque el ángel no es sino la parte inmortal del hombre.

Del oficio del ángel



¿Qué pueden hacer los ángeles? Todas las cosas. Porque en ellos está toda la sabiduría de Dios y todo Su arte... Los ángeles son limpios y puros, sin sombra de sueño, en eterna vigilia. El cuerpo del hombre está atrapado por el sueño, y por eso ha de ser despertado para que alcance la sabiduría del ángel, es decir la sabiduría y el arte de Dios... Porque Dios ha insuflado su poder a las plantas, lo ha puesto en las piedras, lo ha escondido en las semillas; de éstas hemos de tomarlo, en ellas debemos buscarlo. Los ángeles están por sí mismos en posesión de la verdad; pero el hombre no. Para él está en la Naturaleza, en ella tiene que buscarla. La Naturaleza oculta su cosecha. A través de la Naturaleza se le abre al hombre su poder, a través de ella asume la herencia de su Padre en la sabiduría y en las artes.

Tal como sea el ánimo del hombre, así será su virtud. Donde está su corazón está su tesoro. Si está al lado de Dios, Dios será su amparo, y Él le atraerá hacia sí. Pero si su postura es ambigua, así será su obra. Porque según sea el hombre, así serán sus virtudes y potencias.

Igual que la verdad de Dios no se puede dividir o mezclar, tampoco la fidelidad. Estas cosas no son divisibles, como tampoco el amor; porque fidelidad y amor son una misma cosa... Allá donde uno sólo aprende en aras del brillo, del esplendor exterior, y se satura de mera charlatanería, de títulos superficiales, allá se pierde la suprema fidelidad. Semejante acción es infiel y está más allá del amor.

Verdad y mentira

La Escritura dice: *Compelle intrare*, es decir: oblígale a entrar; a saber: de la mentira a la verdad. Lo dice para que el hombre que se ufana de llevar una espada haga que se enseñe la verdad y no la mentira. Porque sólo la verdad puede adelantarse a cualquier mentira y mover al hombre a educarse e instruirse en la piedad y no en la maldad. De por sí el hombre tiende a la maldad, pero cuando es forzado hacia el Bien se le manifiesta éste.

Hay que escribir y establecer la verdad; pero si se duda y no se sabe la razón, hay que abstenerse de escribir. No sólo en la Medicina hay que actuar así, sino también en las crónicas, en la Historia, en todos los libros, incluso en la Sagrada Escritura... Porque así llegan las mentiras hasta las gentes, que prefieren las tinieblas a la luz... La Escritura dice: la letra mata, el espíritu vivifica... A saber, ese espíritu que no lleva en sí sino la ver-

dad. Cuando al escribir uno se atiene exclusivamente a la verdad, no son letras lo que escribe, sino que es el espíritu el que fija en su verdad, que en sí es invisible y tiene que llegar hasta nosotros mediante la palabra escrita o hablada... Si uno no escribe la verdad, escribe mentiras; pero la letra embustera mata. Por eso, aquel que quiera escribir que se esfuerce siempre en atenerse a la verdad, para no matar a nadie. Porque matar está prohibido con pena de pérdida de la propia vida.

Hemos de mantener la promesa que nos hacemos mutuamente, así se hunda el suelo bajo nuestros pies. Es mejor que el suelo se hunda con nosotros y nos arrastre a la perdición antes de que seamos atrapados en una mentira frente a nuestro prójimo. Porque la mentira sólo desgarra nuestro propio pecho. La mentira hace falsos buhoneros, falsos comerciantes, falsos hermanos; todo engaño procede de la mentira. Por eso, atente a que tu palabra se mantenga en el Sí y no se convierta en No.

Dios ha de alimentarnos, nadie más puede hacerlo. Procede con nosotros como un señor con sus siervos: cada cual es tratado según se comporte. Y así lo hace Dios también. Si uno quiere alimentarse de la verdad, Dios le da suficiente de ella, y es su alimento. Dios nos debe nuestra alimentación, y nos la da en la forma en que nosotros mismos la deseamos. Si la queremos en forma de mentiras, incluso las verdades se volverán mentiras en nosotros, y viviremos como embusteros. Porque Dios no da a los embusteros su alimento de manera distinta que a los veraces. Ha de alimentarnos a todos, seamos buenos o malos, tal como hace también con el Sol, la Tierra y todo lo creado.

Dios quiere que nos atengamos a lo que hemos anunciado y prometido y no vacilemos en ello, sino que seamos resistentes como una roca. Porque cada Sí es una promesa, un voto. Y éste ha de mantenerse sin romperlo, ya sea bueno o malo. ¡Atente a lo que prometes! Si es bueno, será bueno para todos los hombres; si es malo, se verá dónde están los justos y los injustos, dónde tiene el Demonio sus hijos.

Palabra y corazón

Nuestro principio es la Fe. Ha de estar encerrada en nuestros corazones como un tesoro en un altar que no se abre, y quedarse bien custodiada en ellos... y cuando viene uno que es pobre, hay que abrirlo y darle el don que está oculto en él: éste es el amor. Cuando hayamos sacado el amor que yace en este tesoro y caminemos por su senda en la tierra,



podremos esperar también la tercera virtud: la esperanza en la eternidad. Pero para quien no sepa sacar el amor de ese tesoro, la esperanza será como paja seca.

El habla no estriba en la lengua, sino en el corazón. La lengua no es más que la herramienta con la que se habla. Quien es mudo lo es en su corazón y no en su lengua. Por eso lo que habla la lengua debe salir del corazón, porque en él yace la verdad, la fidelidad y el amor. Quien habla debe tomarlo de allí, y debe hablar con el corazón, y entonces su Sí será un Sí y su No un No. Si dices Sí, deberás mantenerte en ello aunque sea malo; y si dices No, deberás mantenerte en ello aunque sea malo. Porque lo que hay en tu corazón se manifiesta así, y en ello se te podrá conocer. Según hables, así será tu corazón.



El amor es el Bien supremo

Sobre las ceremonias, habéis de saber que son superfluas; porque si hemos de recibir algo de Dios, Él mira los corazones y no las ceremonias. Si hemos recibido algo de Él, no quiere que lo empleemos para ceremonias, sino para nuestro trabajo. Nos regala como un don que podamos amarle de corazón, con todas nuestras fuerzas y todo nuestro ánimo, y podamos así ayudar a nuestro prójimo. Y si todo lo que Él nos da sólo sirve a este fin, todas las ceremonias se vuelven superfluas.

A quien mucho ame, se le dará mucho. A todos llegará la redención, pero será distinto el don que surja del amor... Nadie puede decir: Dios Padre me ha dado más vida que a ti; sino: a todos ha dado vida por igual. Y en la misma y exacta medida están repartidos también los dones de la tierra, en tanto que ésta nos pertenece a nosotros y a nadie más. Y dado

que es nuestra, tenemos que poseerla todos en la misma medida, y no en distinta. Pero si al uno le corresponde más que al otro, a éste menos que a aquél, y entra así la desigualdad en el reparto, aun así el rico no debe afirmar que posee más que el pobre. Porque si tiene más tanto más debe dar, para no ser él sólo quien se lo coma todo, sino que se contente con una parte igual a la de los demás. Dios reparte mucho, al uno esto, al otro algo distinto, tal como corresponde a cada uno. Pero el Bien supremo se nos ha dado a todos por igual: disfrutar de la vida en esta Tierra. Por eso debemos comportarnos conforme a ello y asistirnos entre nosotros. Todos los que tienen mucho deben dar mucho a los que no tienen nada, para ser clementes con sus dones.

La verdadera Fe de los juristas debe descansar en la misericordia; y su sentido sólo debe estar orientado a perdonar al otro... Porque ¿quién podría decir qué es justo, y quién entre los mortales podría osar dictar una sentencia que pudiera mantenerse ante Dios, si no le hubiera sido insuflada por el propio Espíritu Santo? ¡Y entonces no la habría sacado de sus libros ni de su presunción o su propia cabeza!

De la misericordia

¿Cómo puede alguien ensalzarse a sí mismo y condenar al otro, cuando nadie sabe quién es en el fondo él mismo? Aquí está el mayor error y la contradicción en la que se ven atrapados los juristas. Desde que litigan y juzgan, nadie ha obtenido su derecho; siempre sucumbe el pobre y no el rico, siempre gana el astuto y no el torpe, el favor y no el disfavor. Y todo esto ocurre gracias a la letra. Es la letra la que lleva al ladrón hasta el galgo: al juez a la condenación eterna. La verdadera religión de los juristas sería indicar a los hombres que perdonen, que disculpen y den a cada cual lo que le corresponde. Porque no en vano Dios lo ha dispuesto así.

Lo que hemos recibido del Espíritu Santo, ya sea sabiduría, ya medicina, sirve al prójimo, y así ocurre con todo. Pero lo que no se dirige al amor de Dios y del prójimo no surge del Espíritu Santo.

De la pureza del corazón

El corazón del hombre es de tal magnitud, cuando es justo, que Dios no le hace ningún mal. Pero si no es justo y no guarda en sí nada bueno, entonces el padrenuestro es veneno en la boca de ese hombre. Así el pa-

drenuestro, aunque procede de la boca de Dios mismo, es en un corazón malo veneno y su muerte eterna, mientras en un corazón bueno conduce a la vida eterna. Por eso, sabed que aunque los malvados hicieran todo lo que han hecho los santos, a los ojos de Dios sería veneno. Pero a quien no es malvado, sino que place a Dios, todo le resultará puro, aunque no hiciera sino comer perdices.

Sería un error querer construir y sembrar el reino de Dios sobre la envidia. Porque nada que se base en la envidia prospera; tiene que tener otro origen. Os ocurriría lo mismo que a aquel que cavaba una fosa para otro y cayó en ella. Así es Dios juez: hace cavar la fosa, pero conoce los corazones de los hombres: cuando la fosa está hecha hace que los perros les persigan, y así caen en ella. Dios protege a menudo a un malvado de otro malvado, por ejemplo porque podría ocurrir algo mucho peor si uno de los malvados matase al otro. Como pasó con el hombre herido que tenía todas las heridas llenas de moscas: uno quiso espantarlas, pero él dijo: «¡No, déjalas! Si echas a éstas, vendrán otras hambrientas y me atormentarán de nuevo. Éstas ya se han hinchado de comer».

La guerra como castigo

Cuando hay una guerra es porque Dios manda sobre un país un castigo, para que ese castigo renueve el mundo. Y el enemigo usa la misma medida con la que los hombres de ese país han medido a Dios en el cielo. Igual que alguien que obra contra Dios supera la medida de su maldad, igual puede venir también uno que supere esa medida contra él; e igual que él se ha olvidado de Dios, así aquél se olvida de él.

Humildad y arrepentimiento

Practica la humildad primero entre los hombres, y sólo entonces ante Dios. Quien desprecia a los hombres no tiene respeto alguno a Dios. La Escritura dice: deberás comportarte con tus congéneres, mientras camines junto a ellos por la Tierra, de forma que no haya nada que reprocharte en el otro mundo. ¡Porque allí arriba hay una cárcel y un verdugo de los que tú no podrás escapar, sino que tendrás que entrar en esa cárcel y tendrás que pagar caras tus culpas!

Todos vosotros, aquí en la Tierra, apartaos de la soberbia y la altanería y entrad en la humildad, y confesaos vuestras culpas; porque todos somos pecadores. Cuando uno confiesa al prójimo su pecado y éste a él, ca-

da uno reconoce ser un pecador. Por eso, debemos disculparnos y per donarnos los unos a los otros para ser felices. Y vosotros, poderosos, si no confesáis vuestra soberbia ante vuestros súbditos nunca alcanzaréis el per dón. Y si no alcanzáis el perdón en la tierra de aquellos frente a los que tenéis culpa, ¿cómo queréis huir de la prisión tras esta vida?... ¿Y lo mis mo vosotros, que os habéis medido con la falsa medida en todos los pai ses?... ¡Confesad vuestras culpas! ¡Cuánto estimará Dios por ello vuestro corazón, y os perdonará a su vez!

Sobre la tentación

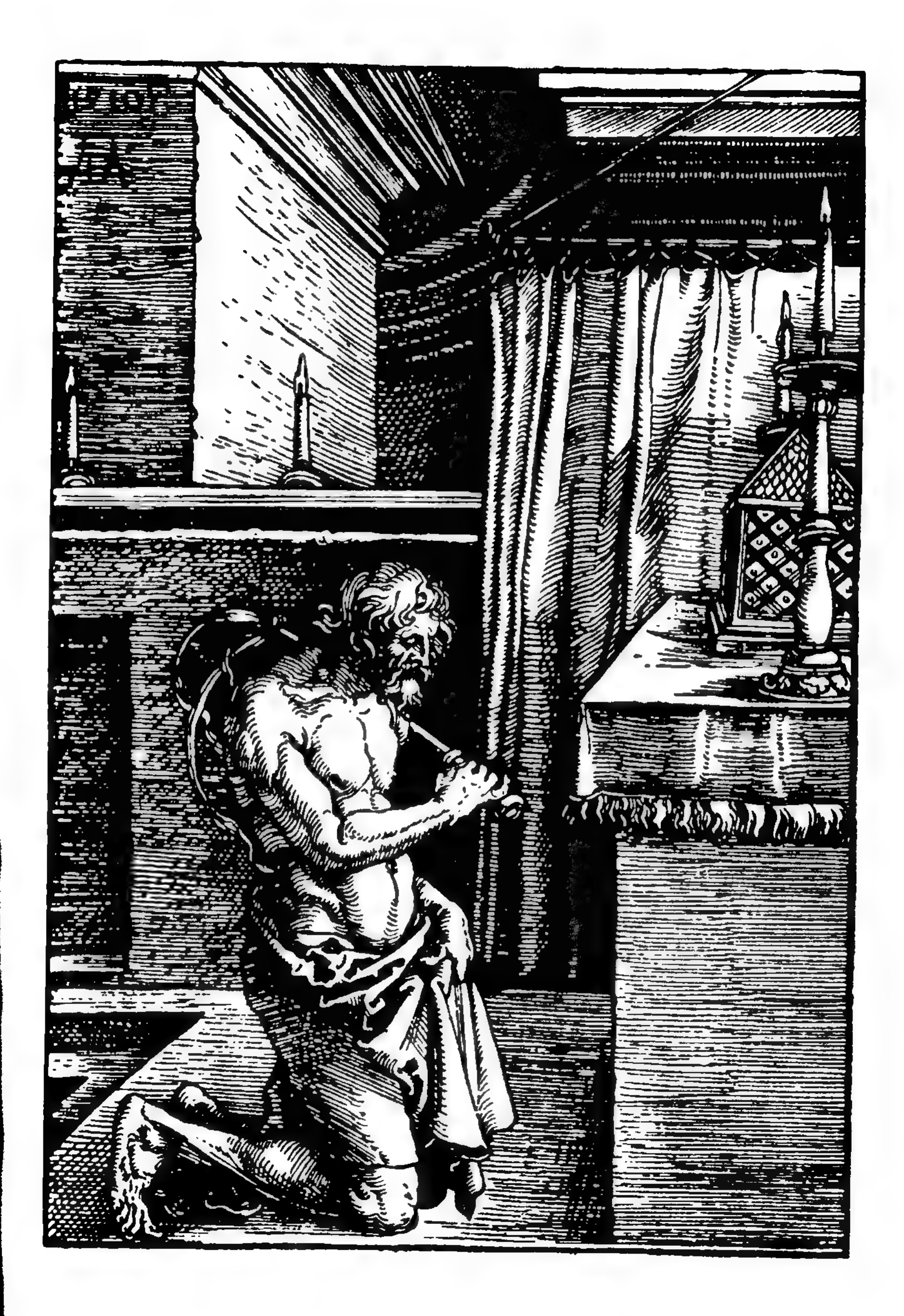
Quien no conoce el arrepentimiento ni el dolor, no podrá oponer al Demonio resistencia alguna. Cuando sobre nosotros pesan grandes cul pas... debemos alzar nuestro grito hacia Dios desde las profundidades de nuestro corazón. Si le llamamos con seriedad y desde el fondo de nues tra alma, dirigirá Sus ojos hacia nosotros y olvidará todos nuestros peca dos. Pero si no somos firmes en nuestros corazones, no nos perdonará pe cado alguno. ¿Quién podrá resistirse a Él? Por eso nuestro corazón debe velar día y noche, sin interrupción, de maitines a maitines, y no abando nar nunca la esperanza, sino ser y mantenerse firme y pensar en la gran misericordia de Dios y en que en Él se encuentra la redención.

No hay mayor vicio que ceder a la tentación en las cosas que con ciernen al cuerpo y a la vida del hombre. Porque Dios nos ha mandado vivir en la oración para no caer en la tentación. Si se es inconsciente y se tiene incertidumbre sobre uno mismo, viene la tentación y daña el cuer po y el alma. Cuando actuemos, debemos hacerlo con pleno sentido; si vagamos en la demencia y en la necedad, Dios no se complace en noso tros, y nada nos será perdonado. ¡Por eso debéis rogarle que la plaga de la tentación no caiga sobre vosotros!

Tomad lo bueno hasta que encontréis algo mejor, y en la búsqueda de lo mejor no dejéis que lo bueno se escape o extinga. Dadle su valor, y si viene algo mejor, que le deje paso; pero si no viene algo mejor, que per sista lo antiguo.

Ante Dios somos todos iguales

Una cosa es igual de buena que la otra: el granate no es mejor que la toba, el abeto no vale menos que el ciprés; esto se ve a la luz de la Na turaleza. Quien haya puesto al oro sobre la plata, lo habrá hecho por co-



dicia; porque a la plata se le dieron tantas ventajas como al oro. Por eso tal acción no deriva de la sabiduría de la Naturaleza, sino del entendimiento mortal.

Quien comete adulterio o lleva la vida de las prostitutas ha abandonado a Dios, sea por lo demás como fuere: instruido o no, del estamento clerical o del temporal. Dios no tiene en cuenta la posición del individuo. También nosotros debemos seguirle en eso y estimar por igual a todos –sin fijarnos en la persona–, y ayudar, aconsejar, regalar a todos por igual. Si nos atenemos a esto seguiremos las huellas de Dios... ¡Porque su voluntad es no despreciar ni preferir a nadie!

Pensad que no debemos llamar necio a nuestro hermano, porque nosotros mismos no sabemos lo que somos. Sólo Dios dicta sentencia y conoce las cosas.

¿Qué significa el reino de Dios? Que nos perdonemos los unos a los otros, y Dios nos perdonará; y que nos amemos los unos a los otros, y Dios nos amará. ¿Qué hay mejor que esto? Y si esto es para nosotros la felicidad en la Tierra, el reino de Dios está en nosotros.

De nuestros pecados



Pecamos de dos formas: contra Dios y contra nuestro prójimo. Y así también el perdón es de dos clases: perdonamos a nuestro prójimo tal como queremos alcanzar el perdón de Dios. Es decir, que si perdonamos a nuestros enemigos y deudores Dios también nos perdona lo que hayamos

podido hacer y pecar contra Él. Por eso tenemos que empezar por perdonarnos los unos a los otros. Porque el principio está en nosotros, y el final en Dios.

Si eres un campesino y tienes muchos campos, muchos bienes, y su pleno disfrute... ¿Qué es disfrute? ¡No puedes comértelo todo tú solo! Da una parte a tus criados y la otra parte a los necesitados. No acumules tesoros; los gusanos, las moscas y las cucarachas los devorarán de todos modos. Es suficiente con que cada día traiga su propio mal, su afán y su necesidad. Y ésta todavía no es una cruz; pero el día siguiente puede traerte una cruz. Por eso no debemos preocuparnos, sino hacer por nuestra parte aquello que supere nuestra necesidad... ¡Dichosos los que mueren en el Señor! Son los pobres, que no han buscado en la Tierra deleite alguno.

Riqueza y pobreza

Si con tu trabajo no buscas la riqueza, sino que te limitas tan sólo al pan de cada día, serás dichoso y te irá bien. Así no robarás, porque el robo se produce en aras de la riqueza y para alimentarse ociosamente; no matarás a nadie, porque cuando esto ocurre es por conseguir el bien de otro o para ayudar a un tercero por la magra soldada del encubridor; y tampoco pronunciarás falso testimonio, porque esto se hace para burlar a Dios. ¡Qué bien te irá entonces, y qué dichoso cuando ninguna culpa pese sobre ti! Si has hallado la vida dichosa en la limitación a las necesidades cotidianas, habrás entendido correctamente estos tres mandatos divinos.

También al hombre rico y feliz le corresponderá su riqueza: no en los tesoros, que se comerán los gusanos, sino en sus hijos, que se sentarán en torno a su mesa como las ramas del olivo que rodean en círculo al tronco. Ésta es la riqueza divina del hombre feliz, la que le corresponde junto con su trabajo. En la riqueza de ese trabajo y de esos hijos halla Dios su alegría y complacencia. En cambio, los hijos del ocioso se congregarán en torno a su mesa como las espinas en torno a un cardo.

Si eres un caballero, ¿qué buscas en esas cadenas de oro y en las espuelas y bridas doradas? Si quieres ser un caballero y un combatiente de la dicha, sé un caballero en tu tolerancia, y no en el derramamiento de sangre.

No hay muchos ricos que sean generosos por naturaleza. Cuántos niegan a los pobres hasta el alimento. A estos hombres que se ahogan de es-



te modo en su rudeza, en su dureza de corazón y en su codicia, y carecen de toda comprensión, hay que anunciarles la generosidad y ponérsela delante de los ojos.

Porque a aquellos que no la poseen les tocará en suerte la condenación, y nada podrá ayudarlos. Y el Día del Juicio se les reprochará: «Estaba hambriento y no me disteis de comer, estaba sediento y no me disteis de beber, estaba desnudo y no me vestisteis»... Por eso hay que alabar la bienaventurada generosidad, para hacerles comprender y que aprendan a dar... esos hombres carentes de comprensión, soberbios, altaneros, que creen que no hay Dios y ellos son los señores del cielo y la Tierra.

En el hospital de Dios

No está en la riqueza nuestra dicha, sino en la escasez. Porque en la escasez hay también amor: no busca la riqueza, porque la riqueza perjudica al prójimo. Pero esto va contra Dios, y así la vida dichosa termina comida de gusanos. Si a ti, médico, el enfermo te da tu escasez y nada más, ambos seréis dichosos. Si eres alfarero tu prójimo, que necesita tu

trabajo, te mantendrá con un sueldo mayor o menor. Te darán tanto como necesites, pero no riqueza: ésta no trae más que la condenación, pero la pobreza trae la dicha. Porque nuestro reino no es de este mundo, sino del eterno.

Sin los ricos nada bueno se puede dispensar a los pobres; están unidos entre sí como con cadenas... Vosotros, ricos, debéis conocer estas cadenas, porque si un día queréis romper un eslabón no romperéis sólo la cadena, sino que vosotros mismos seréis arrojados al suelo como los eslabones rotos. ¿Por qué os apartáis de los pobres y les negáis ayuda? Si uno quitara unos cuantos eslabones de una cadena se quedaría demasiado corta, y así también vuestro camino será sin los pobres demasiado corto como para llevaros al cielo, y no os será posible alcanzar el objetivo que está al final de la cadena. Por eso, sabed que todas vuestras enfermedades en la Tierra van a parar a un único hospital, ya seáis pobres o ricos; y éste es el «hospital de Dios». Así, tenéis que reconocer y tomar nota de que la muerte y las enfermedades os respetan tan poco como a los pobres. Examinaos y daos cuenta de que todos necesitáis por igual de ese hospital, y que todos vosotros, príncipes y señores, todos juntos, tendréis que yacer, morir y sanar en ese hospital.

Dichosos los pobres

Dichoso y más que dichoso es el hombre al que Dios da la gracia de la pobreza... Por eso el más dichoso es el que ama la pobreza. Ésta le descarga de muchas cadenas, le libera de la cárcel del infierno. No le lleva a la usura, el robo, el crimen y cosas similares. Pero quien ama la riqueza se sienta en una rama peligrosa; fácilmente puede venir un vientecillo o corriente de aire... y hacerle caer en el robo, la usura, el comercio ilícito y otras cosas que sólo sirven a las riquezas del Diablo, y no a las de Dios. Por eso no se hablará de la doctrina de la vida dichosa a aquellos que aman la riqueza, porque no hallarán placer en ella, sino sólo a aquellos que gustan de la pobreza y de la compañía de los pobres, de caminar por la senda de la justicia, en la que nadie aventaja a su prójimo en la necesidad, sino que el uno comparte la pena con el otro, le ayuda y se alegra con él y llora con él. Porque alegrarse con los alegres y llorar con los tristes es justo y lícito.

Hazte pobre, incluso pobre de pedir, y te abandonará el Papa, te abandonará el Emperador, y en adelante serás tomado por loco. Pero estarás

tranquilo, y tu locura es una gran sabiduría a los ojos de Dios. Pero mientras tu corazón no esté dispuesto a la pobreza voluntaria caminarás con tristeza, como antaño el discípulo al que Cristo mandó vender su casa, su granja y sus bienes y seguirle.

V
Hombre y espíritu



Las dos luces del hombre

El Espíritu Santo es quien prende
la luz de la Naturaleza...

Es la Naturaleza la que enseña todas las cosas, y lo que no sabe lo recibe del Espíritu Santo, que le instruye a su vez. Porque el Espíritu Santo y la Naturaleza son una sola cosa, es decir: todos los días brilla la Naturaleza como una luz del Espíritu Santo y aprende de él, y así llega hasta los hombres, por así decirlo durante el sueño.

Todo lo que forma parte de la luz de la Naturaleza ha de ser aprendido de esta luz, salvo la imagen de Dios; ésta ha sido encomendada al espíritu, que ha sido dado al hombre por el Señor. Este espíritu le enseña cosas sobrenaturales para la eternidad y vuelve al Señor tras la separación del espíritu de la materia. Porque sólo ha sido asignado al hombre como maestro, para ilustrarle para lo Eterno.

Hay dos escuelas para el hombre. La escuela de la Tierra habla de cosas terrenas y tiene su maestro de la Naturaleza, en la Naturaleza; es la Naturaleza misma. Se enseña a sí misma, es decir, aquellas cosas que son suyas. Además está la otra escuela, la de Arriba. Allí enseña Aquel que es de Arriba, Aquel del que procedemos... Enseña en el «cuerpo renacido» y no en el «antiguo», y enseña al mismo hombre renacido la sabiduría celestial... De esa escuela proceden los apóstoles, profetas y eruditos de Dios, y sus obras y frutos son sus testigos.

¿Qué hay en nosotros mortales que no nos venga de Dios? El que nos enseña lo Eterno nos enseña también lo perecedero; porque ambos proceden de Dios.

Hay muchos que consideran al hombre y su poder el Bien supremo. Como aquel que considera el Bien supremo al Emperador o a aquel de sus congéneres que le hace bien, le da o ayuda. Pero no es así. Porque ¿acaso no hay Uno por encima del Emperador, que es más justo que el Emperador? ¿No hay Uno que le da a aquél lo que tú necesitas para que

él a su vez te lo dé a ti? ¿No es Aquél más? Por alto que se pueda llegar aunque se alcance el Bien supremo, todo está comprendido en lo terreno: pero lo Eterno está por encima de todo esto.

Si nos regimos por nuestro Dios y no Él por nosotros, tenemos que hacer las cosas por nosotros mismos, porque Él no hace nada. Sólo está en nosotros el hacerlas. ¿De qué le sirve gobernar a aquel que sólo emplea el poder que tiene sobre otros, con soberbia y altanería, para su propio placer y no en beneficio de los otros? Porque el poder que sólo hostiga y causa pesadumbre a otros y no sabe sino de triunfos, francachelas, trompetas y banquetes no es divino. Pero si aquel que tiene el poder es en sí mismo justo, gobernará de forma que estará más triste que aquellos que estén por debajo de él. Porque ese poder viene de Dios, y Él soporta las cargas de los hombres que de Él proceden.

Del árbol del Espíritu Santo

Hay un árbol del que se saca y absorbe mucho y variado, y todo es un árbol... un árbol que sin duda sólo tiene un fruto, pero de múltiple sabor. Es el propio Espíritu Santo, pero al mismo tiempo también Su único fruto. Éste se reparte por muchos caminos, es decir, que el árbol lo da de muchas formas. Igual que, cuando el maná cayó del cielo y comieron de él, cada uno comió lo que quiso y a eso le supo. Y así ocurre también con este fruto: quien prueba el fruto del árbol del Espíritu Santo le encuentra el sabor de aquello que querría tomar y gustar. De ello se desprende que a cada uno se le da *el* espíritu que desea; al uno el espíritu de la sabiduría, al otro el espíritu de la ciencia, a éste el espíritu de la Fe, al otro el de la medicina, a este otro el espíritu del poder, al otro el espíritu de la profecía, y a aquél el espíritu de las lenguas. Así que Dios da toda clase de cosas a través del Espíritu Santo; y no un solo oficio, sino cientos de ellos, para que el hombre vea lo maravilloso que es este espíritu del que todas las cosas proceden.

Aprender del Espíritu Santo

Todo oficio tiene dos caras: la una es la que se aprende del hombre, la otra, la que se aprende del Espíritu Santo. Hacer vidrio no es un arte para aquel que lo ha aprendido de otro. Pero al que primero lo encontró le corresponde sobre todo la alabanza del arte, porque en él se percibe la acción del Espíritu Santo... En quien no sepa más que lo que ha apren-

dido del hombre no se percibirá al Espíritu Santo... Todo esto es imposible al hombre por sí mismo; toda su sabiduría, su razón y lo que en él hay no es capaz de hallar lo Nuevo, por no hablar de llevarlo a donde le corresponde. Aquellos que aprendieron de los primeros maestros han aprendido directamente de personas, pero también ellos viven del espíritu. Porque el espíritu lo ha puesto en esas personas, y así ha llegado desde el primero hasta el último... Y así triunfa el espíritu de Dios en la Tierra y entre los hombres.

De los pastores nombrados por Dios y los milagros de los santos



Como Dios... no es ningún habitante de esta Tierra, sino que Su trono y Su reino están en el cielo, es preciso que haya alguien en la Tierra que gobierne y dirija la Humanidad y le muestre el camino por entre los desfiladeros de la vida. No hay si no ningún ángel ni espíritu en la Tierra que lo guíe; al hombre sólo le ha correspondido esta tarea. Por eso no debe sorprender que se tomen muchos caminos errados, y por eso es importante que el hombre conozca bien a su pastor y sepa quién es, para que no pase por pastor un lobo, le engañe con su piel de cordero y oculte en su interior al Diablo... Porque ambos caminos –el estrecho a través de la vida y el ancho por la senda del cielo– tienen sus propios pastores y cada uno de ellos indica y señala su camino. Pero ambos son de tal modo difíciles de distinguir, que es ni más ni menos que imposible conocer cada uno de ellos y hacer afirmaciones sobre él... Dios ha dado a los hombres pastores que los guíen y les muestren el camino de la enseñanza y la creación. Pero este guiar y saber no pueden llevarlo a cabo por sí mismos, sino sólo a través de Dios... Porque el hombre ha de ser dirigido de manera divina, y no humana. Por eso Dios mismo ha dado sus órdenes a los hombres que ha dispuesto para que sean sus pastores, les ha enseñado y les ha mostrado lo que han de anunciar y lo que deben enseñar al pueblo para que no siga su voluntad, sino únicamente la voluntad de Dios.

Uno de los mayores dones que Dios nos da es que nos envía siempre hombres santos que deben enseñarnos y guiarnos e indicarnos el camino hacia la vida eterna y bienaventurada. Él los ha iluminado por medio del Espíritu Santo para que hablen maravillosamente de Su reino con lengua grandiosa e inflamada, de forma que Su lenguaje sea entendido por muchos. Ésta es la verdadera tarea de los piadosos maestros en la Tierra que toman su enseñanza del Espíritu Santo y hablan y guían... Pero no sólo están profundamente iluminados por el Espíritu Santo y hablan palabras importantes, lo que es un milagro para todos los hombres, sino que además poseen un gran poder sobre la Tierra, que les ha dado Dios... En esto igualan a su Maestro: limpian a los leprosos cuando la Naturaleza ya no era capaz, y lo hacen con las únicas y milagrosas palabras: «¡Queda limpio!», y así ocurre. Porque la gran Verdad es de tal especie que todas las fuerzas de la Naturaleza callan y ceden ante su poder; con una sola palabra, es capaz de volver a los muertos a la vida.

Del recto gobierno

Es imposible que un hombre sepa cómo gobernar a un pueblo si no ha recibido la Gracia del árbol del Espíritu Santo, es decir, si no ha comido de su fruto. ¿Quién sino sólo Dios puede conocer los corazones de los hombres? Quien quiera gobernar, habrá de mirar también en los corazones de los hombres y saber actuar en consecuencia. Si no mira en su corazón, gobernará con esfuerzo y error y causará daño a su país. Pero quien gobierne a partir del Espíritu Santo gobernará en bien del país, aunque sea severo, duro, áspero y burdo. Conocerá los corazones de sus súbditos, para lo que le instruirá el Espíritu Santo. Y entonces podrá también ser suave, bondadoso, clemente y misericordioso con ellos, y alegrará sus corazones. Si son malvados o pecadores, habrán de ser tratados



más bien con bondad que con dureza, igual que un desobediente, un pecador, ha de ser capturado por sus superiores para corregirlo mediante penas ásperas o suaves. Cuando la autoridad a la que se le ha dado el poder no come del árbol cuyo fruto es el Espíritu Santo –igual que la abeja chupa la miel de las flores–, con el tiempo su poder se convierte en daño y en escándalo y nunca termina felizmente. Pero esto no sólo vale para la autoridad, sino también para padre y madre, maestro, señor y para todos aquellos que tienen que instruir y guiar a otros hombres. Todos deben tomar igualmente su sabiduría, su entendimiento, su razón de este árbol; porque sólo así sabrán lo que el otro necesita para apartarse del mal y la lujuria. Este árbol da la enseñanza de cómo se debe gobernar y regir al pueblo; no es el árbol habitual –creado solamente para el recreo de la tripa y de los ojos–, sino aquel árbol que es origen y receptáculo de la vida bienaventurada. Quien aplica el poder y la sabiduría que ha recibido del árbol es justo en el poder, justo en la sabiduría, y su poder y sabiduría durarán eternamente y estarán siempre con él. Porque ellos no son perecederos.

Sólo los mandatos de Dios duran eternamente

No tiene sentido establecer las cosas para siempre. Porque ¿qué puede hacer el hombre en la Tierra que sea eterno? ¡Ni siquiera está cierto de que lo que ha hecho por la mañana persista por la noche! En todo tienes que moverte y actuar como manden los tiempos; ellos tiran de ti, y tú tienes que seguirlos. Dios te ha enseñado a encaminarte allá donde te lleven los tiempos. Y entonces, toda costumbre caduca y no es sino necedad. ¡Mantenerlo todo para siempre no es más que locura! Las cosas nacen de los tiempos, y nadie puede alzarlas por encima de ellos: todo el mundo está sometido al tiempo. Después de Dios, el Emperador es el siguiente que dicta leyes. Pero ¿qué ley podría dictar que tuviera vigencia eterna? Ninguna. Los mandamientos que han de existir para siempre han sido dados por Dios, y el Emperador sólo ha de atenerse a que se cumplan. Si lo hace, también se observarán sus propios mandatos, al fluir ellos mismos de los mandamientos de Dios. Si el propio Emperador no puede mandar nada a sus descendientes... ¿qué podrá hacer el hombre? El tiempo determina al hombre, no Dios. Por eso sus mandamientos tienen vigencia eterna, pero los del hombre no.

El hombre debe guiar a sus congéneres, pero no sólo con sus propias

fuerzas. Porque el hombre no tiene la capacidad de sentarse en el lugar de Dios y reinar, sino que tiene que gobernar a través de Dios y guiar, enseñar e instruir. ¡Si lo hace gobernará correctamente!

Gobernar a partir del espíritu de Dios



El hombre es como una oveja, y las ovejas tienen un establo, y éste tiene que estar asentado sobre roca. Si las ovejas son hombres y el establo la Iglesia, la roca sobre la que la Iglesia se asienta tiene que ser un hom-

bre que Dios haya elegido para ello. Pero antes de confiar el rebaño a un hombre es preciso que éste sea probado para no poner un lobo al cuidado de las ovejas. Porque si fuera un lobo no sería la piedra sobre la que Dios pudiera edificar. De ello se deduce que nadie puede reconocer la piedra del establo sino tan sólo Aquel al que pertenece, es decir: su constructor. Y éste es: Dios. Por eso Él mismo puso la piedra, para que sepan que tal piedra sobre la que se edificó el establo de los hombres nunca hubiera podido ser puesta por un hombre, y que los hombres nunca se han atrevido a poner una piedra. Sino que, hayan sido buenos o malos, han cargado siempre con las piedras que Dios les ha dado... y se han contentado con ellas y se han confiado a Él, y han creído a aquel que Dios les enviaba. Aunque Dios ha dado desde el principio sus instrucciones al hombre y nunca ha dejado el poder de su mano, sino que lo retiene en su propia elección, los hombres, por arrogancia, han nombrado sucesores, y al tiempo sus propios caudillos. Pero a todos es manifiesto que de ello nunca ha surgido fuerza alguna. Y si se dijera otra cosa, sería señal de que sólo se ha tratado de emisarios de Satán.

Hombre y Demonio

Dios tiene por enemigo al Demonio, Satán y Belcebú, porque la verdad no puede carecer de adversarios. Dios es la suprema verdad y el Demonio la suprema mentira. Pero el Demonio no puede presentarse ante Dios, no puede enfrentársele, y su vista le ha sido denegada. Pero al hombre que ha sido creado como vicario de Dios en la Tierra el Demonio sí puede conducirlo al error y hacerle la guerra. Porque no puede presentarse ante Dios, pero sí ante los hombres... Al hombre se le ha dado el mismo poder que antaño al Demonio, cuando aún se encontraba en el cielo y no había sido expulsado. Entonces era libre de ser o no soberbio. Pero fue soberbio, y Dios le apartó de su lado. También el hombre puede ser o no soberbio, igual en eso al Demonio cuando aún era un ángel. Y como le ocurrió al Demonio les ocurrirá también a aquellas personas que sean como él. Por eso debemos ser como el ángel y no como el Demonio; porque con este destino hemos nacido y hemos sido puestos en el mundo.

Obra de Dios y obra del Demonio

Para qué vive el hombre sobre la tierra si no es para que aprenda



de las obras de Dios y sepa que todo toma su origen en Él. Pero el Demonio y su horda infernal está en contra de Dios y de los suyos, y nos ronda como un león rugiente, a cada uno en la forma que le es propia, según se ha demostrado suficientemente. Al comerciante le sale al paso como comerciante; pero también Dios es un comerciante para el comerciante, sólo que uno es de Dios y el otro del Demonio. Así que también el Demonio es para el rey un rey, para el profeta un profeta, para

el apóstol un apóstol, para el médico un médico, para el guerrero un guerrero, para el caballero un caballero y así sucesivamente... Por eso cada hombre debe tener criterio y conocimiento de qué viene de Dios y qué del Demonio, qué es Gobierno divino y quiénes son los profetas divinos, pero también cuáles son los del Demonio. Porque me parece muy especialmente útil que un comerciante reconozca al Diablo y que cualquier otro sepa cómo instruye el Diablo al comerciante, al médico, al profeta, para que le enrede y atrape.

Hay que dar a Dios lo que es de Dios y al Demonio lo que es del Demonio. Por eso debemos saber lo que es de Dios y lo que es de Satán, y debemos distinguir todas las obras y asignar a cada uno la suya.

Tampoco los paganos han sido apartados

Aunque alguien haya recibido su título del pueblo y sea llamado profeta, apóstol, doctor, su cargo aún no le pertenece. Pensar que Dios decide allá arriba tal como en la Tierra los pueblos actúan y eligen es el error de muchos... Aunque todos afirmen que habla la palabra de Dios, ésta no se ha concedido a todo el mundo; no a todo el mundo se le compensará, no a todo el mundo se le abrirán las puertas.

Cuando Dios creó al hombre, le dio su corazón; le enseñó en el Paraíso qué era bueno y qué malo, y se lo enseñó para que cada hombre supiera por sí mismo que no podía hacer a nadie lo que no quería que se le hiciera a él. Porque así es la ley y el corazón que hemos recibido de la mano de Dios cuando nos ha creado. Ahora el corazón es una roca sobre la que el hombre se asienta y debe asentarse mientras Dios no le haya elegido para un mandato especial o le haya incluido entre sus elegidos, es decir, que construya sobre él como sobre una piedra... Como sabéis, Dios hizo salir una semilla de Abraham, y bendijo esa semilla y le prometió grandeza... Y ha escogido a algunos y los ha dado a los hombres, maravillosamente dotados de virtudes y sabiduría, y de razón y entendimiento muy por encima de los otros. Dios se ha complacido también en elegir a una parte del pueblo y bendecirla, y en cambio dejar a la otra en calidad de paganos. Pero aunque esto fue así, este otro pueblo... –a saber, los paganos– no fue desechado ni apartado del cielo. Porque no ha sido necesario que... Dios les diera a alguien para enseñarlos, para guiarlos, sino sólo para saber que debían fundarse sobre aquello sobre lo que Dios les había puesto: sobre sus corazones... Dios les ha enseñado el bien y el

mal para que sepan qué deben hacer y qué no. Esta sabiduría es pues la piedra sobre la que deben alzarse.

El espíritu es libre

El espíritu sopla donde quiere; no en todo, ni en mucho, sino allá donde le place. Muchos creen que son el espíritu mismo, pero precisamente en ellos no ha estado nunca.

Igual que un hombre no puede existir sin la fuerza divina, tampoco puede prescindir de la luz de la Naturaleza. Porque ambas juntas son las que hacen al hombre completo... De estas dos viene todo; ambas están en el hombre, y sin ellas el hombre no es nada. Pero ambas pueden existir sin el hombre. Y en lo que se refiere al hombre, no es nada por sí mismo, y tampoco lo que cree ser tiene ningún valor. Su verdadera esencia tiene que quedarse en él como un invitado sin el que no es nada ni puede hacer nada... Aquello para lo que uno ha sido escogido –para esto o aquello– queda oculto a la carne y la sangre; porque sólo en aquellas dos reina la libre voluntad. ¡Su espíritu actúa donde quieren, y suya es la libre voluntad!

Cristo enseña: «¡Investigad la naturaleza de las cosas!»... Y si me preguntas: «¿Quién te enseñará a hacerlo?», yo te pregunto: «¿Quién ha enseñado a crecer a la hierba y a las plantas?». Cristo ha dicho: «Venid a mí y aprended de mí, porque mi corazón es manso y humilde». De Cristo fluye la fuente de la verdad; lo que no viene de Él no es sino perversión. El Diablo es un múltiple artista en el que se esconden muchos falsos signos y milagros. Nunca da descanso, como un león que gruñe y nos persigue para tildarnos de embusteros a nosotros y a Cristo.

Aunque Dios ha creado cosas grandes y maravillosas que nosotros los hombres podemos conocer de muchas maneras, y aunque nos ha dado gran poder para utilizarlas de múltiples formas y modos, aquí como en toda nuestra actuación la primera advertencia es que no podemos utilizarlas para ninguna otra cosa que para lo que sea necesario. Porque mirad: la mujer ha sido creada para parir hijos, pero no en el deshonor, sino sólo en honor y con honor. Así también muchas grandes cosas han sido creadas para abrirse a los hombres mediante las doctrinas de la Fe, la una en ayuda de la otra. Pero nunca de forma distinta que por los caminos del Señor... aunque todas las cosas pueden ser empleadas tanto para el bien como para el mal.

Vom Geist.



Dios se complace en que alcancemos en sus obras el conocimiento, y no tanteemos como ciegos teniendo los ojos sanos. Quiere que utilicemos nuestros ojos para aquello para lo que nos han sido dados: para el conocimiento de Cristo y de Su palabra. Porque tener ojos es tu cruz, tener manos y pies es tu cruz, ser hermoso y sano es tu cruz. ¡Llévala! Pero sigue con ella a Cristo, y no te entregues al juego y al placer. Entonces serás dichoso.

El conocimiento de Dios y la fuerza de la Fe

Alguna vez tenemos que constatar que el cuerpo no es nuestro, sino de Dios, no ha sido hecho para nosotros, sino para Dios, no en beneficio nuestro, sino de Dios. Ahora bien, si el cuerpo es de esta clase, tiene que tener toda su esencia de Dios, es decir, de Aquel al que pertenece. Y todo lo que el hombre posee es suyo: vida, enfermedad, sabiduría, rostro, oído, entendimiento.

El cuerpo es lo que alberga lo Eterno como el posadero a un huésped. Pero tiene además un don de Dios que mantiene erguidos el cuerpo y el alma: la vida... Es un don como cuando un señor da a un hombre una casa sin adeudársela, sólo porque quisiera tener en ella su vivienda y parar en ella.

Nuestro cuerpo mortal no tiene fuerza alguna, porque toda la fuerza que necesitamos y hemos de llamar nuestra tenemos que extraerla de la Fe.

Lo que nos eleva sobre nuestra naturaleza mortal es la Fe; a través de la Fe nos volvemos iguales al espíritu.

Por más que caminamos por la tierra en carne mortal, nuestra Fe en el Creador de todas las cosas es tan grande que nadie puede expresarla y de nadie se puede tomar salvo de Aquel que de sí mismo la emana.

De manera tan fácil y sencilla como cogemos un granito de mostaza en nuestra mano y podemos echarlo al mar, porque en realidad no posee peso alguno, de manera igualmente fácil y sencilla precipitamos al mar enormes montañas con nuestra Fe.

Morir en aras de la Fe es dicha; pero morir en aras de los preceptos de la Fe es una muerte que proviene de una Fe equivocada.

El hombre es de naturaleza divina

El hombre no debe sorprenderse de tener que tratar con Dios y po-

der con Su fuerza hacer sobre la Tierra obras maravillosas, porque es de naturaleza divina. «Dioses sois, e hijos todos del Sublime», dice la Sagrada Escritura... Por eso Dios no quiere que los santos vean despreciado su cuerpo celestial por su cuerpo terrenal, no quiere ver escarnecido lo celestial por lo terrenal. Es Dios el que ha creado lo que hay en el cielo y en la tierra, y del que crece todo lo que precisan los hombres: su comida, su bebida, sus medicinas, sus ropas, el frío y el calor, y a cada cual tanto como necesite. Sin embargo, todas éstas son ayudas de tipo pagano creadas para paganos, que liban de ellas como las abejas, prestadas no para la vida única y bienaventurada, sino tan sólo para la vida temporal Pues ésta es perecedera. Pero lo que sirve para la vida eterna y bienaventurada no llegaría a nosotros sin Cristo... desde Dios Padre llega hasta nosotros a través de Cristo.

De la Sagrada Escritura proceden el principio y la orientación de toda Filosofía y Ciencia Natural, ha de ser tenida en cuenta ante todas las cosas; sin este fundamento, toda Filosofía se propondría y aplicaría en vano. Así pues, si un filósofo no nace de la Teología no tiene piedra angular sobre la que poder apoyar su Filosofía. Porque de la doctrina de Dios se desprende la verdad; sin Su ayuda no puede ser encontrada.

El hombre tiene que basar su ordenamiento en Dios

Quien quiera ser dichoso en la Tierra tendrá que basar su doctrina, su poder y su orden sobre Cristo como piedra angular. Él es Aquel a partir del cual debe extraerse todo. Ninguna doctrina es de utilidad a no ser que venga del cielo, ningún mandato es de utilidad a no ser que venga del cielo, ningún arte es de utilidad a no ser que venga del cielo. Y así ocurre también con todo lo demás.

Sobre el bautismo

Los hombres son bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y por eso han de saber que tienen que vivir en Dios, es decir: en la doctrina de Aquel en cuyo nombre fueron bautizados, y que no deben apartarse de esa doctrina, sino vivir en la plena Fe en el hijo de Dios, y que tienen que seguir sus palabras y enseñanzas. Entonces penetra en nosotros la razón que se nos ha dado por la fuerza del bautismo. Pero una vez que la razón está ahí, la infancia ya no nos protege, ya



no somos contados entre los mudos y los simples, sino entre los razonables, y tenemos que hacer que la fuerza de la razón actúe en nosotros, es decir, tenemos que saber de Cristo y tenemos que creer en Él, amarle y seguirle, de lo que están exentos los niños y los simples... Y así el bautismo nos obliga, al darnos la razón, a la penitencia y a la Fe, a conocer y entender ambas, para que no echemos sobre nuestros hombros por falta de razón la Muerte eterna.

El bautismo es el símbolo que identifica a un cristiano, igual que los colores de un señor identifican a su criado, o un estandarte es el símbolo de su caudillo, su capitán o de un partido... También es como un salvoconducto: al que lo posee nadie puede ofenderle o atacarle. Es como la sotana de un sacerdote: al que la lleva nadie puede golpearle... Y como alguien que lleva los colores de su señor pero le sirve mal, o es sacerdote pero actúa incorrectamente, así es el cristiano que no ejerce la fuerza de su bautismo, como se puede ver por los signos... Porque el bautismo es eterno y no concede licencias, es permanente y no se puede, como con unos colores, reclutar y servir por un tiempo a un señor, sino que

ha de llevarse permanentemente y nunca concluye... Es una consagración que el Demonio no nos puede quitar, una consagración para la bienaventuranza... Así que es el supremo orden y el supremo sacerdocio, y todos los demás son falsos y nulos. En él debemos poner nuestra fuerza, nuestra virtud y naturaleza, para que no lleguemos sin cumplir nuestros votos ante Dios, nuestro Señor.

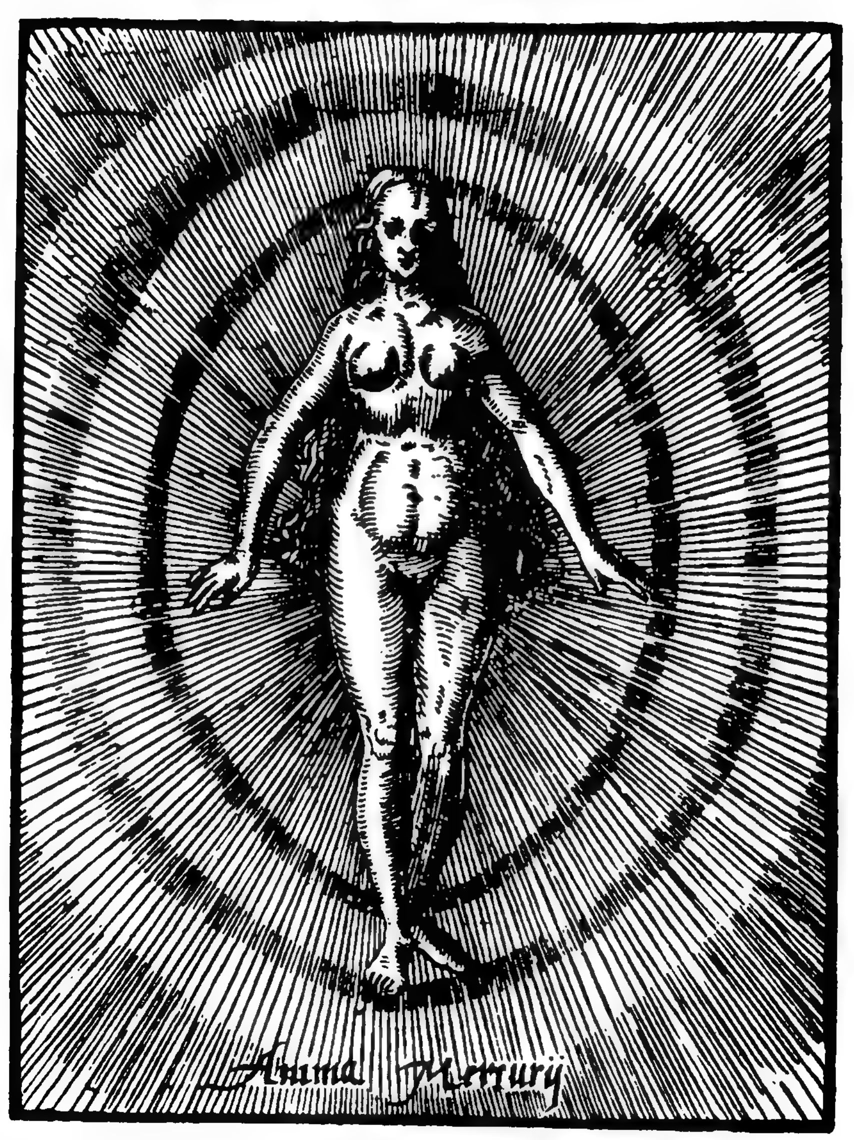
Del nacimiento del alma

Es el alma la que carga con las penas y alegrías del hombre. A ella se le han dado razón, previsión y sabiduría. Estas tres deben gobernar y dirigir el cuerpo para que el alma no cargue con un yugo demasiado pesado. Pero por encima de estas tres está el espíritu, a partir del cual gobierna a su vez la razón, como también la sabiduría y la previsión. De ahí se desprende el orden de la vida, y así todo brota de la luz del espíritu.

El asiento y sede del alma está en el corazón, en el centro del hombre; alimenta los espíritus que actúan en él, y que saben de lo bueno y lo malo. Vive en el hombre en aquel punto en el que está la vida, contra la que combate la muerte... Pero si el amor a Dios ha de ser de todo corazón, debe salir del alma toda resistencia contra Dios, y lo que no es divino ha de marcharse, para que esté completamente limpia, sin mancha de todo lo demás, separada de todo lo demás, completamente limpia y pura en sí misma.

El nacimiento del alma ocurre así: cuando el niño es concebido en el vientre –es decir, nacido en su semilla–, en esta concepción carnal entra una palabra de Dios que da a la carne su alma. Así el alma –¡tomad buena nota de esto!– se convierte en centro del hombre, en el que habitan tanto los buenos como los malos instintos. El cuerpo es la casa del alma, pero el alma es la casa de los buenos y los malos espíritus que habitan en el hombre. Un ejemplo: un rey está sentado en medio de su consejo y tiene muchos consejeros; los unos son buenos, los otros malos. Así que se le aconseja lo bueno y lo malo. Pero estos consejeros están por así decirlo dentro de él mismo, son de su propio espíritu. Y así queda en sus manos la elección de si hará lo que el uno o el otro aconsejan. En sus manos está la libertad de seguir a quien quiera. Así también el espíritu, que está sobre el alma, es como un rey en el hombre, en medio del consejo del orden natural según el cual ha de actuar el hombre.

Von der Seel.



De la esencia del alma

Es correcto y está bien dicho cuando se llama al alma también espíritu, y al espíritu ángel de Dios en el hombre. Porque ambos vinieron de la boca de Dios y salieron de Su mano. Así el espíritu nace de Dios con todas sus fuerzas y el cuerpo es dotado por el mundo con tantas energías como el hombre precise. Y si estas energías –las naturales y celestiales- son usadas conforme a la voluntad de Dios, cada alma las encierra en sí misma, permanecen en ella por toda la eternidad. Ambas fuerzas sacan su sabiduría, su entendimiento, etc., de allá de donde ellas mismas proceden, y según la manera de Aquel que las ha creado; las divinas las sacan de Dios, las naturales de la Naturaleza. En el alma son elaboradas en forma de obra, igual que un consejo es puesto en práctica por el rey.

El espíritu no es el alma, sino que –si esto fuera posible– el espíritu sería el alma del alma, tal como el alma es el espíritu del cuerpo. Porque el espíritu del hombre no es el cuerpo, no es el alma, sino un tercero en el hombre. Cuando el cuerpo del hombre descansa ya en la tierra, cuando ha sido descargado del trabajo y se ha hundido en el sueño hasta su despertar, cuando el alma ha llegado al lugar en el que hay que pagar por todo –hasta el último céntimo–, entonces el espíritu se detiene allá donde Dios le ha señalado su lugar: junto a Él, junto al alma, junto al cuerpo o en la vivienda de los hombres... Porque en el espíritu está el juicio del hombre sobre alma, cuerpo y todo lo demás.

Sobre nuestra condición de hijos de Dios

No debemos ver en Dios sino la verdad y la justicia. Ésta es la esencia de Dios; tenemos que verla en Él para reconocernos a nosotros mismos y comprender así que no somos nada mientras no nos parezcamos a Dios y seamos enteramente como nuestro Padre en el cielo. Porque también nosotros somos dioses: ¡porque somos sus hijos!

No hay nadie que no viva bajo el mandato de Dios: yo bajo el Señor, el Señor por debajo de mí, yo por debajo de Él fuera de mi mandato, Él por debajo de mí fuera de Su mandato. Así que cada uno está por debajo del mandato del otro y sometido al otro en tal amor.

VI
Hombre y destino



Cada cual es el forjador de su suerte

Dios nos ha dado el cuerpo eterno
para que nosotros, hombres mortales y terrenos,
nos volvamos inmortales.

¿Qué es la felicidad sino mantener el orden a partir del conocimiento de la Naturaleza? ¿Qué es la desgracia sino resistirse al orden de la Naturaleza? Si la Naturaleza sigue su curso recto, es una suerte, si sigue el torcido, es una desgracia... Quien camina por entre la luz no sufre desgracia. Quien camina entre las tinieblas tampoco sufre desgracia. Ambos tienen razón. Ambos hacen lo que les es correcto. Quien no se sale del camino, mantiene el orden. Pero quien se sale, lo ha roto.

Sobre la suerte y la desgracia

El trabajo y la diligencia ahuyentan la desgracia; la falta de diligencia y trabajo la atraen... ¿Quién puede pues hablar de la rueda de la fortuna? Sube y baja. Quien sube se lo ha ganado, y lo mismo quien baja... Pero ¿cómo puede decir quien aterriza en lo más bajo de la rueda: «La desgracia me ha arrojado aquí», cuando él mismo es culpable de ello?... En última instancia, sólo uno mismo tiene la responsabilidad y la culpa de adonde le lleva el destino, ya sea a la desgracia o a la suerte. Cuando uno se dedica a lo suyo, cuando sirve para algo, cuando sabe y dedica diligencia y trabajo a sus asuntos, sale adelante. ¡Pero a quien no le va así no puede quejarse! Porque vale menos que el otro, y por eso sólo puede echarse la culpa a sí mismo y a nadie más.

¿Cómo puede el vago afirmar que no tiene suerte cuando no hace nada más que sentarse junto a la estufa y cree que la suerte vendrá por el campo y no tiene más que esperarla? Si la suerte fuera un mensajero que recorre el país, se sentaría bajo las puertas de las ciudades. Pero no hay mensajero alguno que se llame «suerte», sino que la suerte no es sino capacidad, conocimiento y habilidad. Éstas son las cosas que en la

Tierra ayudan al hombre a conseguir lo que necesita. Pero quien no esté versado en ellas no llegará a nada.

La fortuna es una rueda que el cielo mantiene en constante marcha con todos sus signos y estrellas, que en su marcha se cruzan, se persiguen, se adelantan y forman al hacerlo signos buenos y malos. Pero nosotros caminamos por la tierra, y corremos por ello en contra de esa rueda celestial. Y según cómo se encuentren estos dos círculos le sucede al hombre lo bueno o lo malo.

El sol nos alumbra a todos por igual con su suerte. El verano viene para todos por igual con su suerte, y lo mismo el invierno y los vientos. Pero nosotros vemos de distinta manera al sol que nos alumbra por igual. Dios nos ha redimido, al uno como al otro; pero el uno no lo ve igual que el otro. Él nos ama a todos, sin fijarse en la persona; pero nosotros le mostramos desigual amor... Cuando un padre tiene diez hijos, todos le heredan por igual, y el padre atiende al uno como al otro.

El que no conserva lo suyo no puede increpar a la suerte, sino sólo a sí mismo.

De la libre voluntad

Es Dios el que te deja volar, con o sin alas. Él te deja imaginar, opinar, estimar... Y cuando crees que ya has volado hasta el Tercer Cielo, ni siquiera te has levantado sobre la hierba del campo y no has llegado a nada. Has reprimido y aniquilado el fruto que hubiera debido crecer de ti, y ahora, junto contigo, ha quedado sin valor, porque no ha prosperado.

Se puede decir que queda a nuestra libre voluntad hacer o no hacer. Pero no es así. Nada podemos hacer a no ser que Dios lo permita. A quien hace mal ha de permitírselo Dios, de lo contrario no puede hacerlo; a quien hace bien ha de permitírselo Dios, de lo contrario no puede hacerlo. ¿Cómo va el hombre a hacer lo que quiere cuando ni siquiera es capaz de volver blanco o negro un cabello? «Puedo comprar a otro en subasta o no hacerlo, puedo robar o no, puedo ser adúltero o no serlo»... ¿Quién se atrevería a decir cosas así? Nadie.

Dios nos da la vida, la fuerza y el poder; y si las tenemos podemos utilizarlas al servicio de Dios o del Demonio, del prójimo o de nosotros mismos. Pero ¿quién tendría esto por libre voluntad mientras el verdugo está detrás de él para ajusticiarle con su espada?

Dios quiebra lo que no le place, y lo que el hombre no ha podido

encauzar por sí mismo lo encauza Dios, porque Él no abandona a los suyos.

Sólo en Dios hay certeza

¿Cómo puede el hombre decir «Estoy cierto» cuando le falta tanto para la certeza? Más verdadero es que no sabe de nada; ni de la hora de su muerte ni de ninguna de su vida y su salud... Porque ha sido creado sin presciencia... Todo lo que Dios comience tendrá en el Demonio un oponente que puede destruírselo todo y echar a perder Sus intenciones. ¿Quién puede pues saber con seguridad lo que ocurrirá mañana? ¡Aunque uno fuera un ángel de Dios, no lo sabría!... ¡Cuánto más hemos de esperar la incertidumbre nosotros los mortales en la Tierra!...

Mientras dure el mundo, todas las cosas serán inciertas. Porque lo cierto y lo incierto mezclados entre sí siguen sin aportar certeza alguna. Sólo lo divino es cierto, pero lo terreno no. Cuando coinciden ambos, lo uno vuelve lo otro confuso e incierto. Pero cuando desaparece lo perecedero se produce tan total certeza como por lo demás nunca es posible.

Nada puede saber el hombre en lo que al alma concierne, y no puede concebir su necesidad y queja, ni lo que será finalmente de él y cuán grandes serán las penalidades que aún tendrá que sufrir. Pero como el hombre no sabe nada de estas cosas, es por eso que debe huir de la enseñanza de los hombres y no volverse a ella. Porque no se entiende a sí mismo... Nosotros no sabemos nada, y sólo podemos evaluar lo perecedero.

Esperamos... que todo vaya por el mejor camino; pero si estuviéramos ciertos de ello, no nos quedaría nada que esperar. Está suficientemente demostrado que aquí en la Tierra tenemos un destino incierto. No sabemos lo que nos espera, ni siquiera sabemos lo que somos, si buenos o malos, y no sabemos lo que después nos está destinado. En esta incertidumbre sobre nosotros mismos está la razón de la incertidumbre de todas las cosas..., sólo Dios nos reconoce. Quien quiera alcanzar la certeza tendrá que esperar hasta el día de la resurrección; entonces se dará a cada uno noticia cierta.

La vida es un tesoro inseguro

Si todas las cosas son hermosas, buenas, bellas, puras y llenas de bienaventuranza, ...ocurre con ellas lo que con un tesoro de oro y perlas que está en una caja y lo roba un ladrón, y al propietario ya no le queda na-



da. Porque nadie se libra, nada se toma en consideración, ni la utilidad ni el daño, ni la devoción ni el pecado; sino que ¡se acabó! Y aunque el mundo entero descansara sobre las espaldas de uno, eso no vale nada delante de Dios y no es tenido en cuenta. Así que nuestra vida es un tesoro inseguro, que tenemos que proteger y conservar por todos los medios a nuestro alcance.

Coge un reloj de arena y hazlo funcionar; cuando haya empezado su marcha, sabrás en qué momento la terminará. ¡Así ocurre también con todo lo creado! También la Naturaleza conoce los límites de su marcha. Conforme al tiempo que le ha sido dado da ella a sus criaturas su tiempo de vida, a cada una según su esencia, de forma que sus fuerzas se consumen en el tiempo que media entre el nacimiento y el predeterminado fin.



Todo tiene su desarrollo

Dios ha dado su tiempo a todas las cosas, para que crezcan y no maduren antes de tiempo. Antes de que se llegue al fruto ocurren ya algunas cosas: primero vienen los brotes, luego los capullos, después la flor y luego el fruto. Pero todos están expuestos a muchos azares, a toda clase de peligros, antes de que lleguen a ser grano y a la cosecha. Lo mismo ocurre con el hombre: tiene su meta en la Muerte, y la Muerte es la guadaña de las espigas del hombre; es su vendimiadora en el viñedo, la recolectora de su fruta, etc. El nacimiento es su primavera; entonces crecen en las ramas sus brotes. Entonces surge su capullo, después su flor, hasta llegar al fruto. ¿Ha de ser cortado el fruto del hombre –lo que tiene que darnos– cuando todavía está en brote o en capullo? El hombre opina sin duda que es algo, y como da más fruto que un nogal cree que en torno a él hay en todo momento fruto y espigas. Pero no es así, sino que el hombre debe tener cuidado de no vol-

carlo todo hacia fuera como los árboles en el jardín y no perder y derrochar su tiempo. Si pasa esto por alto y quiere moler el trigo antes de trillarlo, todo se vuelve absurdo y equivocado. Porque Dios no da fruto antes de tiempo, todo tiene que ir con el tiempo... Y como en todo, el tiempo tiene que completar su año; si llega pronto o tarde a las espigas está en manos de Dios.

El «cielo» actúa en el momento predeterminado y revela las fuerzas que habitan en las cosas. Porque fuerzas y virtudes le están sometidas.

Las estrellas han salido del cielo y están allí como si fueran a echar a volar como pájaros en el aire, en el orden y el círculo en que Dios las ha creado... Y tal como surgieron una vez, así continúan y continuarán. Los árboles y los frutos de la tierra caducan y brotan; pero las estrellas sólo se extinguirán una vez –al final del mundo–, y nunca volverán a aparecer. Todo lo que los otros elementos encierran en sí lo aniquila la Muerte, lo devora el óxido, lo devoran las cucarachas. Sólo el elemento celestial de las estrellas permanece, aunque también sus frutos vayan y vengan.

Sólo Dios conoce el final

Si alguien conociera la predestinación del cielo, conocería también el destino del hombre. Sólo Dios conoce la predestinación, esto es: el final.

La vida del hombre es corta en comparación con todo lo demás que se ha creado; el oro y la plata perdurarán hasta el fuego del fin del mundo, lo mismo que la piedra y la sal. Pero el hombre no perdura, es el que tiene el plazo más corto. No conoce la hora que le está destinada, sino que cada día puede oír ¡se acabó! Porque el poder que ataca al hombre pasa por alto a las otras criaturas.

A todas las cosas se les ha dado su tiempo, lo que deben pervivir, ya sea para lo bueno o para lo malo. Incluso los santos tienen su tiempo, pasado el cual tienen que dejar su vida en la Tierra, y lo mismo tienen los pecadores su tiempo. Dios ha puesto a todas las cosas un plazo que ni un santo puede rebasar, por devoto, justo o útil a su pueblo que sea, y lo quiera o no. Cuando ha sonado la hora, ya no hay consideración alguna... La Muerte misma no sabe la hora en la que debe atacar o matar. Pero se esfuerza premeditadamente en atacar de forma seria y concienzuda, para no pasar por alto ese minuto cierto, sino mostrar obediencia a su Señor en el cielo.



Hombre y Muerte

Ningún hombre tiene poder para volver a despertar lo que ha muerto de muerte natural y lo que la Naturaleza ha matado en su hora predeterminada; sólo Dios puede hacerlo, o tiene que ocurrir por mandato divino. El hombre tampoco puede restablecer lo que la Naturaleza ha consumido. Sólo puede rehacer lo que él mismo ha roto, y volver a romper lo hecho. El hombre no es capaz de más por su naturaleza. Si quisiera atreverse a codiciar más, se inmiscuiría en el poder de Dios y de todas formas se esforzaría en vano... Lo que muere por naturaleza ha cumplido su plazo como estaba dispuesto, y en esto se basa la voluntad y el orden de Dios; si ocurre por azares o por enfermedades, ya no puede volver a ser despertado. Por eso no hay protección alguna contra el destino y el fin predeterminado.

Ningún hombre puede saber para quién brilla el Sol, a nadie se le ha concedido tomar por sí mismo lo que sólo Dios puede darle. Porque todo está en las manos de Dios y Él lo da a quien quiere. Toda resistencia del hombre es en vano. Y la hora en que habrás de morir está predeter-

minada... sin importar tu fuerza, tu poder y tus aliados. Porque todo lo que has levantado para ti se hundirá contigo en la tumba, y sólo te habrá entretenido a ti y a otros.

La Muerte como llamada a despertar



Pensad con qué violencia la Naturaleza se resiste a la Muerte. Llama en su ayuda al cielo y a la tierra y a todas sus potencias y virtudes, de manera no distinta a como el alma tiene que luchar con todas sus fuerzas contra el Diablo y llama a Dios en su ayuda de todo corazón, con todo su ánimo y todas sus fuerzas, para resistir con esa ayuda al Demonio. También la Naturaleza tiene tan gran cuita que echa mano de todo lo que Dios le ha dado para expulsar a la Muerte; y así ahuyenta a la horrible, la amarga Muerte, que se le acerca espantosa, la Muerte que nuestros ojos no pueden ver y nuestras manos no pueden coger. Pero la Naturaleza la ve, la aferra y la conoce. Por eso reúne todas las fuerzas celestiales y terrenales para oponerse a la Horrible.

¿Qué es la Muerte? Es la que nos quita la vida por muchas vías... Por eso debemos despertar y estar alerta; porque ella nos conduce al tribunal para allí rendir cuentas de nuestra vida desde el primer hasta el último céntimo. Ella es el alguacil, el corchete, el oficial que llama ante el

tribunal de Dios. ¿Y qué quiere decir su llamada?... No otra cosa sino el paso al tribunal, delante de Dios, a la hora determinada y el día determinado, el día de la desdicha en el que el cielo y la tierra temblarán y se alzarán, en el que las trompetas despertarán a los llamados. Es la Muerte la que nos trae el despertar y nos devuelve de este modo, por así decirlo, lo que nos ha quitado... La Tierra es la prisión del hombre. Nosotros, hombres sobre la Tierra, morimos todos en pecado, y tenemos por eso que ir a prisión y ser guardados en ella hasta que llegue el Juicio, igual que ha de esperar cualquier preso. Cuando somos llamados, se separan el cuerpo y el alma, y el espíritu vuela hacia el Señor y el cuerpo a la tierra. Porque sólo para el cuerpo la tierra es prisión, pero no para el espíritu. Por eso cada uno se mantiene en su lugar hasta que llega el día en que se reúnen. Lo que con ellos ocurre después está -oculto a todos los hombres– en manos de Aquel que ha creado cuerpo y alma.

La Muerte como puerta

Lo que rebasa lo animal es lo que hace al hombre. Pues el hombre tiene un padre que es eterno. Para éste ha de vivir, y no para la bestia que lleva en sí... Dios ha creado al hombre de tal modo que tiene que vivir en lo animal, pero no de forma que tenga su vivienda en ello.

El espíritu que está unido a la carne se llama sin duda espíritu, pero está adherido a la Muerte, a diferencia de aquel espíritu que nos fue dado por Dios y que es inmortal. El espíritu que procede de la Naturaleza gobierna el entendimiento natural, pero el espíritu de Dios gobierna el conocimiento divino. Ambos espíritus se separan del hombre en la hora de la muerte, pero el uno muere, mientras el otro se mantiene vivo.

La muerte del hombre no es otra cosa que un final de jornada, una falta de aire, un fallo de la propia y balsámica fuerza curativa, una extinción de la luz de la razón de la Naturaleza y una gran separación de los tres elementos: cuerpo, alma y espíritu, ...un retorno al seno materno. Porque en tanto el hombre terrenal y natural es de la tierra la tierra es su madre, a la que tiene que volver para perder en ella su carne terrenal y natural y nacer por segunda vez en el último día en un cuerpo nuevo, celestial y transfigurado.

La transfiguración del cuerpo

La Muerte de todas las cosas de la Naturaleza no es sino una inversión y modificación de las fuerzas y virtudes, un reinar sobre lo bueno y sobre lo malo, una extinción y aniquilación de la primera naturaleza y un nacimiento de la segunda y nueva naturaleza. Porque habéis de saber que muchas cosas que en la vida son buenas y tienen en sí gran fuerza y virtud, cuando mueren o son matadas tienen ya poca o ninguna fuerza y virtud, sino que parecen romas y débiles. Y asimismo hay muchas cosas que en la vida parecen malas, pero al morir o después de morir se presentan con redoblada fuerza y virtud.

Sólo es oro lo que ha sido depurado de toda escoria, lo que ha sido devuelto por el fuego a su estado originario, al «plomo», pasado por el «vaso de antimonio», es decir, llevado a la eflorescencia en antimonio, y correctamente preparado y transformado. Igual que este proceso significa poner a prueba el oro, así también sirve de comparación para la prueba del cuerpo que ha de resucitar. Porque también éste tendrá que despojarse de todas las impurezas del cuerpo terrenal y requerirá una prueba de fuego mucho más dura: tendrá que pasar una fusión, preparación y aderezo al nivel del vaso de antimonio, sufrir una «tinción», una «transformación al aguafuerte», para salir del todo transparente y limpio. Esto no significa que lo impuro se vuelva puro, que lo corruptible y turbio se vuelva más limpio. Porque lo impuro siempre será impuro, el fango seguirá siendo fango; pero la perla que se oculta en él surgirá, y es ella la que un día será transfigurada. La perla misma nunca ha sido impura, pero yacía oculta en las tinieblas.



De la superación de la Muerte

El Bien supremo es de tal condición que no lo superan el oro ni la plata ni ninguna otra cosa que surja de los elementos. Nada puede ser el Bien supremo más que lo que es inmortal, eterno e imperecedero y está por encima de todos nosotros. Por eso es un error hablar de algo perecedero dándole el valor del Bien supremo. Sólo quien supera lo mortal es señor, y quien lo supera el último es el Auténtico... Es un elevado bien el que nos quita el hambre, un elevado bien el que nos quita la sed, un elevado bien el que puede regocijarnos y satisfacernos. Pero aún más, y aún más elevado, es aquel Bien que nos da nuestra vida, y aún más el Bien que nos brinda lo eterno... ¿De qué nos sirve el huerto, la parra, el maizal, que están ahí por mor de la panza? Nos abandonan, y nosotros a ellos... Porque el Bien supremo que nos han dado la vida y la tierra nos abandona cuando morimos, y nos hace caer en el miedo y el tormento. Por eso nuestro Bien supremo sólo puede ser lo que nos conduce de la muerte a la resurrección, a la vida eterna.

Los ojos carecen de juicio sobre el Bien supremo. Y tampoco con la lengua se puede medir ni conocer. No hay nada en el cuerpo que pudiera revelar el Bien supremo; porque esto sólo lo puede el espíritu del cielo... Es el alma en nosotros la que tiende al Bien supremo, no el cuerpo... Y quien no tiene en sí la luz del alma considera el hartarse de comida y bebida, etc., como el Bien supremo. Pero éstas no son más que alegrías del cuerpo; y cuando muere el hombre se va a pique con él lo que había tenido por el Bien supremo.

El verano es el Bien supremo de las abejas, les regala un alegre laborar con cera y miel. Robar y rapiñar es el Bien supremo del lobo, es decir, ovejas y cabras son su Bien supremo, porque así ha sido creado. Para los animales en el aire, la tierra, el agua, el Bien supremo es lo que les es grato como alimento... Así el agua es el Bien supremo del pez, la hierba el de la vaca y el aire el del pájaro. Pero en los hombres es distinto. Su Bien supremo no es de este mundo. Tiene que seguir ruta cuando abandona este mundo, y tiene más que esperar después de esta vida que los animales, porque él tiene que ascender a lo más alto.

Sobre el Juicio Final

El hombre tiene dos cuerpos: el uno de la tierra, el otro del astro, y es fácil distinguirlos. El cuerpo elemental, el material, va a la tumba des-



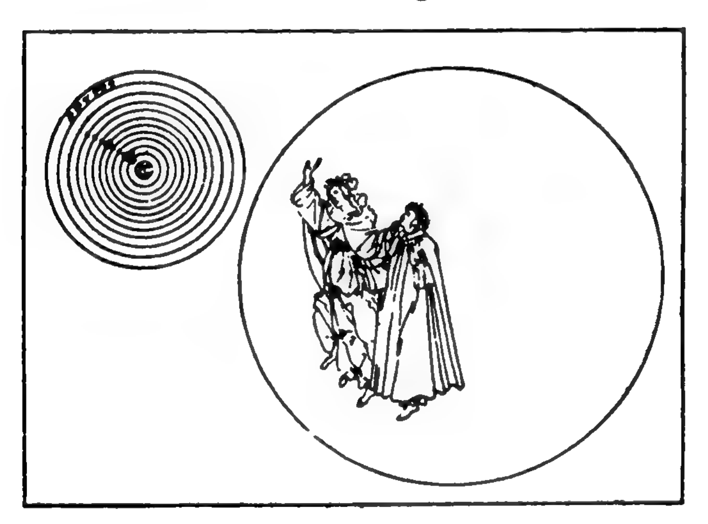
pués de la muerte junto con su esencia; el sideral, el cuerpo etéreo, se desprende paulatinamente y vuelve a su origen, pero el espíritu de Dios en nosotros, que imita Su imagen, vuelve a Aquel cuya imagen es. Así muere en él cada parte de lo que ha sido creado y encuentra el descanso correspondiente.

El hombre tiene un cuerpo que no procede de lo material y por eso no está sometido a médico alguno; porque ha sido insuflado por Dios al hombre y es –como todo aliento– inaprensible para nuestras manos y un cuerpo invisible a nuestros ojos... Está escrito en la Sagrada Escritura que resucitaremos en carne mortal el Día del Juicio para rendir cuentas de nuestros pecados. Pero el que ha pecado es aquel cuerpo invisible a nuestros ojos; por eso, es de sospechar que será ese mismo el que resucitará. Porque no rendiremos cuentas sobre la salud y la enfermedad de nuestro cuerpo visible... sino sobre aquellas cosas que surgen del corazón, porque sólo conciernen al hombre propiamente dicho y pertenecen al cuerpo

que no está hecho de materia, sino del aliento de Dios. Pero como un día veremos a Dios nuestro salvador en carne mortal, de ello se deduce que también aquel cuerpo que procede del Limbus y es material estará presente. ¿Quién podría ignorar la transfiguración que ocurre a través de la boca de Dios, y en la que estarán presentes tanto un cuerpo como el otro? Porque en carne mortal resucitaremos, y sólo conocemos una carne, y no dos; pero dos cuerpos y sólo una carne, la terrena...



El hombre está obligado a Dios



La carne de la tierra es Naturaleza, y está sometida a sus medidas y a sus leyes. Pero lo que de malo surge de la carne no viene de la naturaleza material, sino que procede del cuerpo etéreo e inaprensible; es éste el que desborda las medidas de la Naturaleza... El hombre tiene pues un segundo cuerpo, inmaterial: éste es el cuerpo etéreo, que Adán y Eva obtuvieron en el Paraíso al probar la manzana; por su intermedio el hombre se hizo completamente hombre y comprendió el Bien y el Mal. Por su intermedio vino que coma más de lo que corresponde a la Naturaleza y beba más de lo que sería bueno para su sed. Dios es tan bondadoso que nos pone las cosas ante los ojos tal como las deseamos: buen vino, hermosas mujeres, buena comida, buen dinero. Y ésta es la prueba a la que se nos somete: si nos mantenemos estrictos o si rompemos y desbor-

damos la medida de la Naturaleza. Porque existe una unión conyugal entre estos dos cuerpos, y ambos –el que viene del aliento de Dios y el que viene de la tierra– están unidos como en un matrimonio. Por eso, desbordar la medida es un acto malvado y adúltero, una conducta que no se atiene a compromiso alguno, porque el cuerpo inasible ha prometido no sobrecargar al cuerpo natural y no ir más allá de su medida. Pero el no atenerse a esta promesa... ¿Qué es sino una ruptura del matrimonio contraído ante Dios con supremo juramento?

Del cuerpo resurrecto

La primera división con la que tenemos que empezar comienza en el hombre: recibe el nombre de Microcosmos, es decir, el Pequeño Mundo. Por él se ha creado el Macrocosmos –el Gran Mundo–, para que también en él haga la distinción. Pero la definitiva división del Microcosmos, del hombre, se produce con la muerte. Porque en la muerte se separan los dos cuerpos del hombre –el divino y el terreno, es decir, el cuerpo «eterno» y el «elemental»–, y el uno sube al cielo como el águila, mientras el otro cae a la tierra como el plomo.

Pero nuestro cuerpo terrenal es infértil y sin valor. Es fructificado por Dios para que de él salga otro cuerpo: el cuerpo que resucitará... Pero de esta resurrección debemos saber que no ocurre en la carne en la que estamos ahora.

Pues ésta procede de la tierra, y no corresponde al cielo. El cuerpo terrenal tampoco puede experimentar transfiguración alguna, pues arde y se consume en el fuego final. Sin embargo, el Día del Juicio surgirá de nosotros la otra criatura, hecha del otro Adán y nacida de Dios.

De la carne ha de entenderse que la hay de dos clases: la carne de Adán y la que no procede de Adán. La carne de Adán es una carne burda, pues es terrenal y no es sino carne normal, que se puede asir y atar como madera o piedra. La otra sin embargo, que no procede de Adán, es un cuerpo etéreo y no puede ser atado ni asido, porque no está hecho de tierra. Ahora bien, la carne de Adán es el hombre de Adán, es decir, el hombre mortal; es burda como la tierra, maciza, por lo que no puede atravesar paredes ni muros a no ser que se haga un agujero para escurrirse por él, porque nada se aparta a su paso. Pero ante el cuerpo que no procede de Adán se apartan los muros; es decir, que este cuerpo no necesita puertas ni agujeros, sino que pasa por paredes y muros sin romper nada.





De la alimentación eterna

En la vida bienaventurada no se buscará el alimento en la tierra, como hacen las bestias, sino que se tomará de lo Eterno, igual que los ángeles son alimentados de lo Eterno. Porque una bestia come como una bestia, y también el hombre, en tanto que bestia, come como ésta de la tierra. Pero no debe ser nunca como una bestia, sino que debe ser alimentado de lo que es Eterno, como alguien determinado por lo Eterno. Porque no ha sido creado como bestia, sino como hombre, como imagen de Dios y como Su parábola. La bestia en cambio le está sometida en el agua, en la tierra y en el aire. Y precisamente porque el hombre es señor sobre la bestia no debe esperar su salvación eterna sólo de ese reinar, sino que debe emplear a la bestia, que le está sometida, para alimentar su cuerpo corruptible mientras viva en la Tierra y habite en el cuerpo que es señor de la bestia.

De lo inmortal en el hombre

Pero éste es otro cuerpo, distinto de aquel que se alimenta del árbol que crece de la raíz de Dios, nuestro Padre. Pues este otro cuerpo del hombre es un cuerpo eterno, a imagen de Dios, igual a Él y por eso in-



mortal. Como inmortal fue creado el hombre y conducido al Paraíso, donde aún no existía la Muerte. Sólo cuando fue expulsado de allí quedó sometido a la Muerte. Entonces perdió una parte de su esencia: es decir, siguió siendo igual a la imagen de Dios, pero ya no a Su esencia. Esto se lo quitó la Muerte.

Quien escuche y aprenda mucho en la tierra resucitará sabiendo. Quien nada sepa será un inferior. Porque en la casa de Dios hay muchas viviendas, y a cada uno se le asignará la suya según su erudición. Sin du-

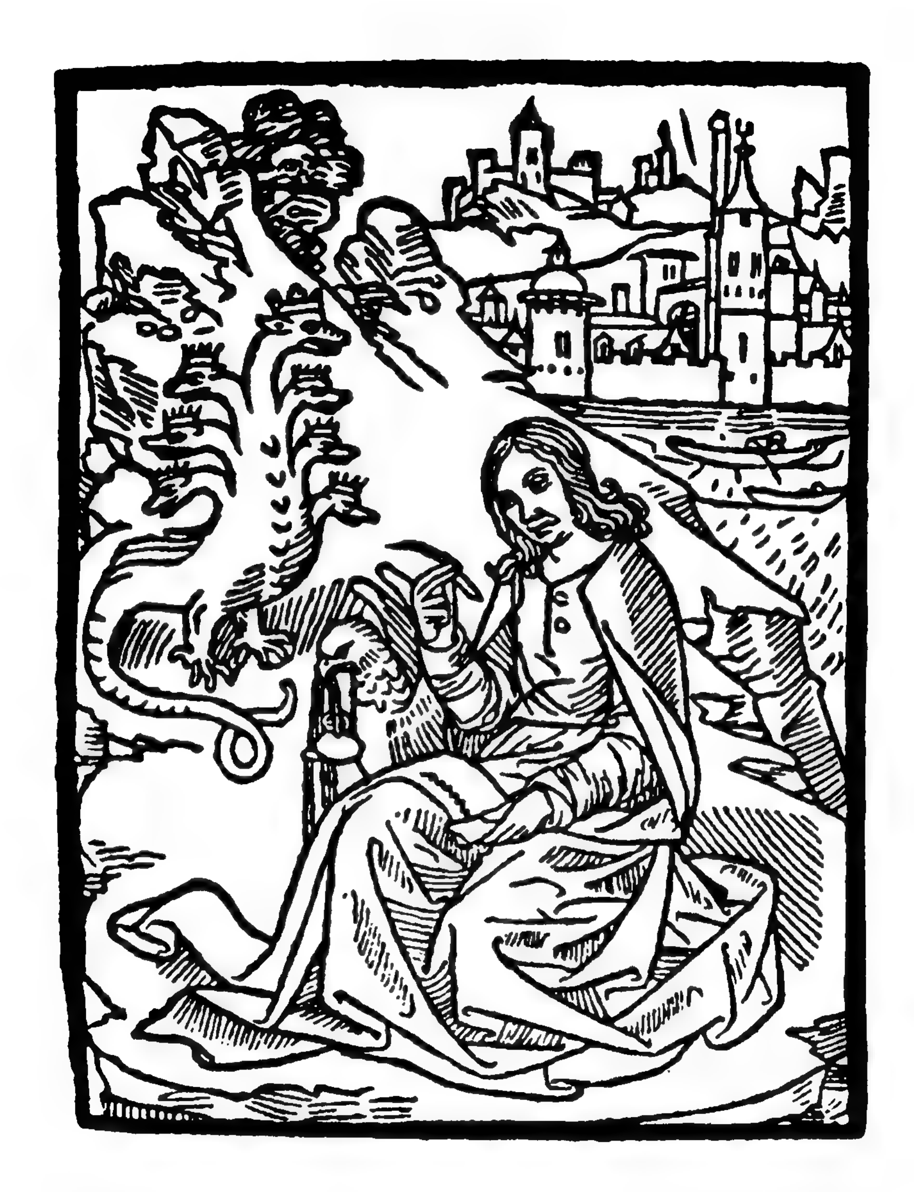
da todos somos eruditos, pero no por igual; todos sabios, pero no por igual; todos ingeniosos, pero no por igual. Aquel que se investiga a sí mismo es el que llega más lejos; porque ir al fondo de las cosas y acumular experiencia son cosas que conducen a Dios y ahuyentan los vicios del mundo; rehúyen el servicio de la tierra, la casta de los príncipes, las costumbres cortesanas, las hermosas maneras, y educan la lengua, de la que de lo contrario no salen sino mentiras y maldiciones. Las maravillas de Dios son anuncios de la luz del hombre, que no se preocupa de la cháchara. Aprender buena crianza frente al hombre... ¿qué es más que una sombra insignificante? Ni pago ni recompensa le vienen al hombre de tal crianza. Muere, y en la muerte no es más que fango. ¿Qué puede hacer por sí mismo? Debería aprender algo más que buena crianza, apartarse de ella y amar a sus semejantes. Entonces la buena crianza brota igual que la flor y el fruto de un buen árbol.

El camino hacia Dios

Es una filosofía simplona poner toda bienaventuranza y eternidad sólo en los elementos de nuestra Tierra, y es una opinión necia la que nos considera la criatura más noble, porque hay más mundos que este nuestro... Pero al final ya no se podrá dudar, cuando todas las cosas estén juntas en la eternidad. Porque al final se conocerán muchas cosas, y a los ojos de toda clase de sabios: no sólo de aquellos que tienen algo eterno en sí, sino también de aquellos que han llevado, alimentado y mantenido lo que alberga en sí lo Eterno. Porque lo Eterno se muestra por dos clases de caminos: el uno conduce a gobernar y reinar, por el otro sólo se es siervo de aquel gobernante. Porque va en contra de la Filosofía el que las florecillas no deban participar de la eternidad; aunque se marchiten, comparecerán cuando se reúnan todas las estirpes. Y no se ha creado nada en el Mysterium Magnum, en el Gran Mundo milagroso de Dios, que no esté representado también en la eternidad.

Al final se hará todo manifiesto

Cuando se aproxime el fin del mundo se revelarán todas las cosas, desde la más baja a la más alta, desde la primera hasta la última; se sabrá cuál es la esencia de cada una, por qué ha sido así o asá, por qué causa y con qué significado. Y todo lo que hay en el mundo se revelará y saldrá a la luz del día. Entonces se sabrán los nombres de los altos eruditos que no



sabían nada de estas cosas. Entonces se sabrá cuáles eran eruditos por su esencia y cuáles solamente por su cháchara, cuáles escribieron basándose en la verdad y cuáles trataron desde la falsedad, cuáles se asentaban sobre un suelo firme y cuáles sobre ninguno; y se medirá a cada uno por su es-

fuerzo, su seriedad y su verdad. Y en aquel lugar no será todo el mundo maestro, ni siquiera un médico. Porque entonces se separará el trigo de la mala hierba, la paja del grano... Bienaventurados entonces aquellos hombres a los que se revelará el entendimiento. Porque los corazones de todos los hombres saldrán con transparencia a la luz del día; y lo que puedan haber quebrado estará escrito en su frente.

Como hombres que procedemos de Adán, no somos nada más que polvo y barro, no hay en nosotros nada sino pugna y discordia, necesidad y miseria, y por eso nuestra vida está llena de ira, lamento y pesadumbre, odio y disgusto. ¿Por qué íbamos pues a buscar en nuestro cuerpo lo que no se puede encontrar allí, y atribuirle cualidades que no posee? Sería mejor pensar que en última instancia todo se supera con paciencia. Porque sólo cuando el cuerpo mortal está muerto y fenecido podemos –en el cuerpo inmortal– empezar a buscar aquello en lo que querríamos vivir. En él haremos realidad todo lo que el filósofo nos ha ordenado. Pero esto significa que debemos dirigir nuestros pensamientos hacia el Paraíso, en el que comienza una nueva vida, donde nos esperan otro fruto, otro empleo, otro orden, otro Señor y Padre.

De la redención

El hombre es la criatura preferida de Dios, más querida para Él que los ángeles; esto lo demuestra su muerte, porque Él ha muerto por el hombre y no por Lucifer. Por eso Dios se interesa tanto por el hombre, porque la oveja reencontrada que se había perdido es para Él una alegría más honda que las otras noventa y nueve que le quedaron. La diferencia entre los hombres y los ángeles está en que nosotros somos corderos de Dios, pero Lucifer no era ningún cordero; que nosotros somos encontrados, y Lucifer no. Por eso Dios se interesa por los hombres, porque lleva en sí la eternidad; Él murió por ellos, para que el hombre en su breve paso por el mundo no tuviera que cargar sobre sus espaldas la condenación eterna y no se viera empujado a la lascivia por su carne. Para que al hombre no le ocurriera tal cosa murió Él en la cruz, y logró eterna alegría para aquellos cuyo espíritu siente arrepentimiento y dolor por los pecados de la carne.

Cristo vence

Aunque Cristo hubo de dejar la vida, no perdió la victoria, sino que

se hizo con ella. Resucitó de entre los muertos y ascendió al cielo; por que no estaba aquí en la Tierra para morir de una enfermedad... o en un lecho o almohada, sino para sufrir la muerte de la cruz... Porque la lucha y el combate significan vida. Quien es abatido y queda en el campo de batalla ha alcanzado la victoria. A quien sigue vivo no puede corresponderle victoria alguna, porque nunca ha sido alcanzado. Sólo quien ha sido alcanzado tiene la victoria, sólo él ha vencido... Sólo el abatido puede alcanzar la victoria. El que no es abatido sale airoso, pero ¿qué honor o victoria de que vanagloriarse alcanza?

¿Qué es tan fuerte y poderoso y tan maravilloso en su acción como el rayo? Cuando Cristo mismo se anuncia de tal suerte que vendrá como un rayo que cae del cielo, será necesario que sepamos la esencia del rayo. Por que golpea con fuerza y dureza, y de una forma tan maravillosa que un hombre apenas puede comprenderlo... Para quien lo piense, el rayo podría ser una advertencia para que no cometa ningún pecado más ni se aparte del camino de Dios...

Pensad que aquí en la Tierra no hay alegría sin sudor, miedo y miseria. Pero cuando nos vamos de aquí vamos al cuerpo eterno, y en éste encontraremos paz y alegría... alegría sobre alegría, eternidad sobre eternidad.

Igual que cada día tiene su afán –tal como le ha sido impuesto–, así también a cada hombre se le ha dado su cruz. Bajo la cruz entraremos al reino de los cielos, porque la cruz misma viene del cielo.

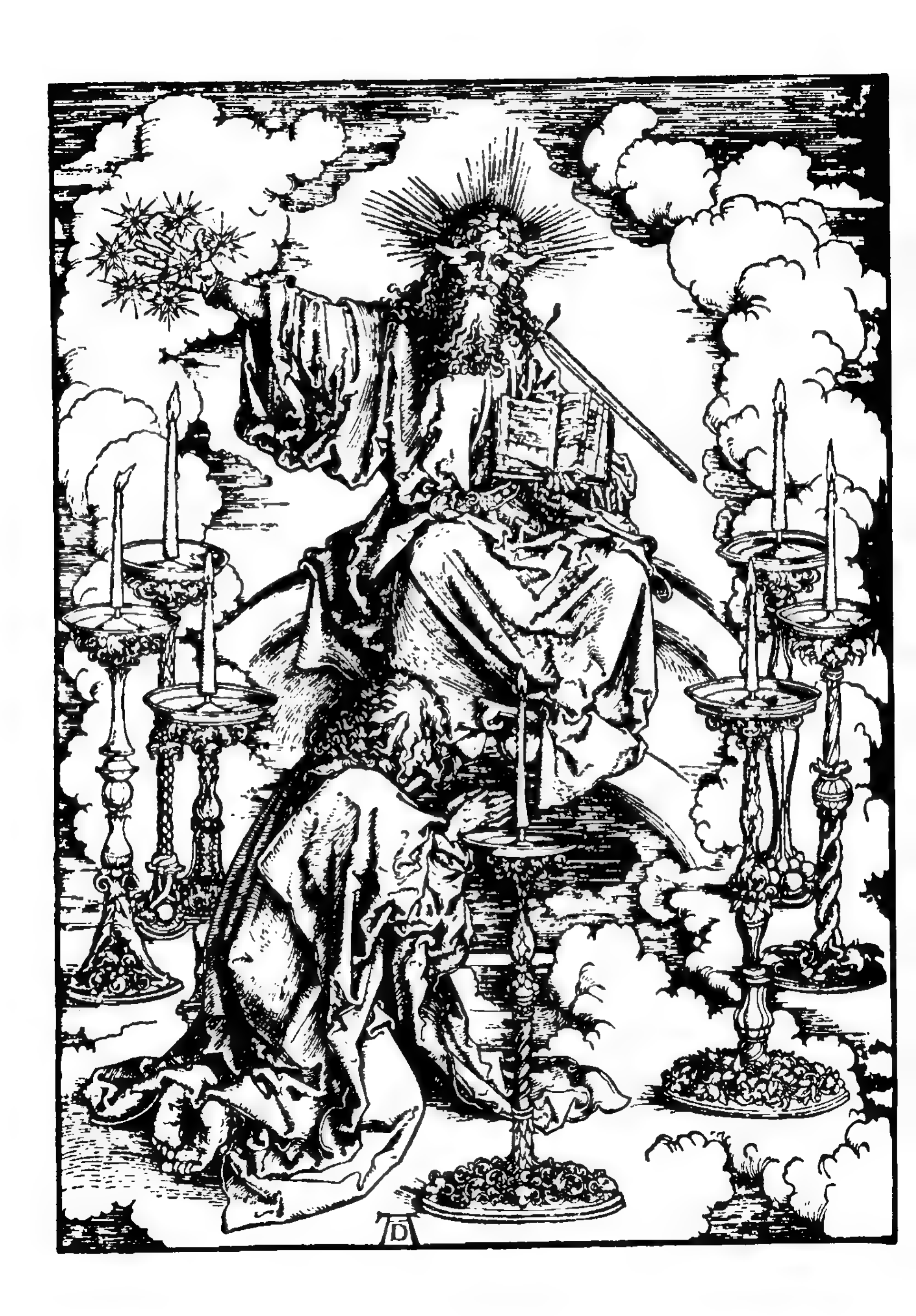
Del fin del mundo

Del mundo no quedará nada, ni los elementos, ni el firmamento, ni nada de lo que hay en ellos, sino que un día se hará verdad que el mundo será consumido por el fuego, igual que el fuego consumirá el agua, las piedras y todos los metales... Y no hay nada que pueda defenderse del fuego o resistirle. Así todo volverá a ser como fue un día, como se dice en la Sagrada Escritura: «El espíritu de Dios flotaba sobre las aguas»... Entonces no habrá nada más que pueda perecer, porque todo será como el espíritu de Dios.



VII

Dios, la luz eterna



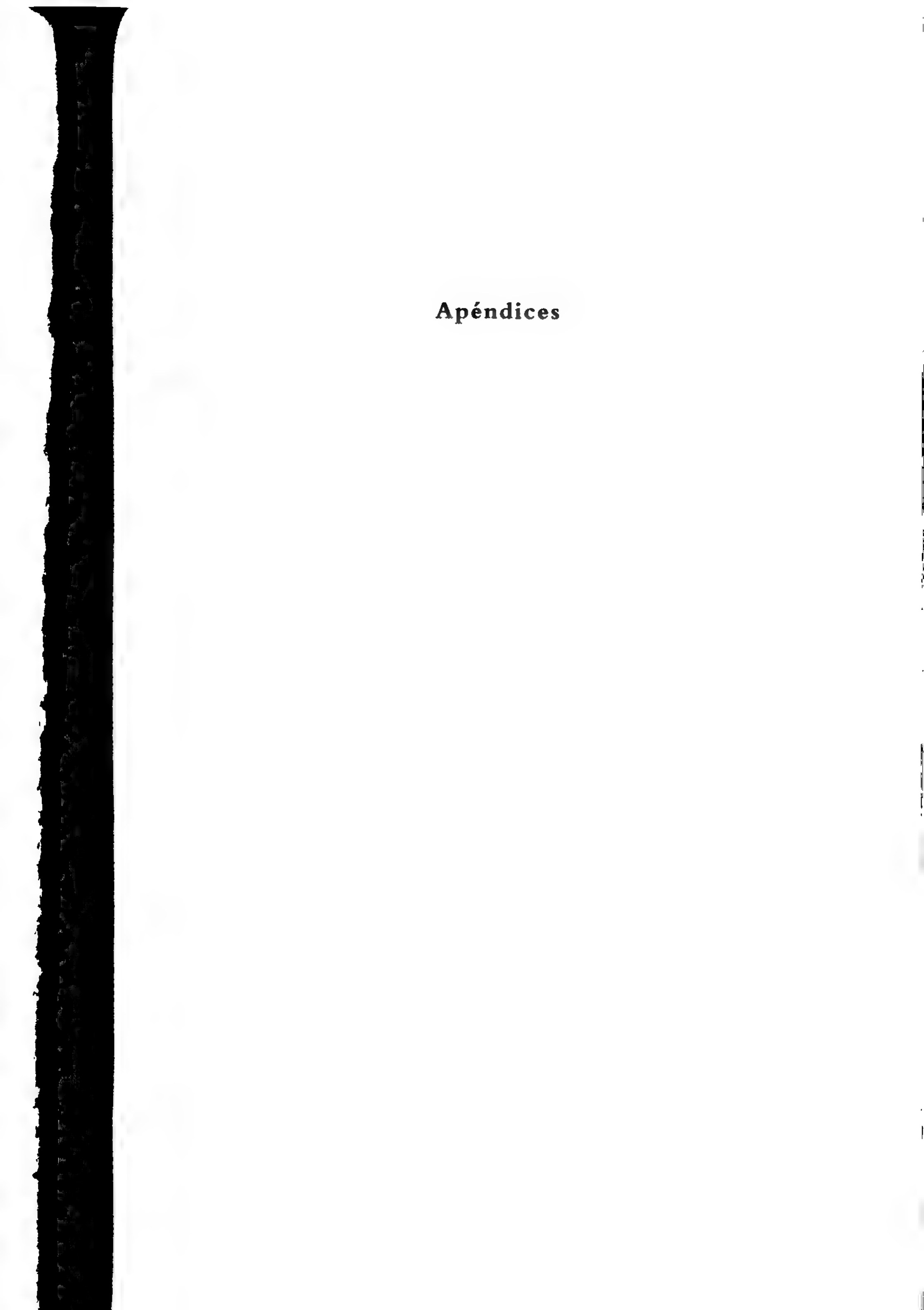
Dios, la luz eterna

Si el hombre no hubiera sido creado, ¿quién sabría de la sabiduría de Dios? ¿De su gran fuerza y del resto de su poder? Nadie, ni siquiera los ángeles del cielo sabían de ello. Pero en la Creación se puso de manifiesto su sabiduría y también su fuerza, su poder... y se reveló quién es Dios y cuál es su esencia.

Si alguien quisiera investigar la matemática de lo celeste no encontraría nada mensurable. Porque allí no hay ni principio ni fin, y nadie conoce el medio. Esta matemática celestial ha de ser tenida en alta estima por el cuerpo mortal, para llegar a un más profundo conocimiento... Está demostrado que allá donde no hay ni principio ni fin cesa también todo arte. Ninguna cifra tiene ya valor... y si ya no hay primero ni último, ¿quién podría ser matemático allí? ¡Donde todo carece de principio y de fin, ya no hay aplicación del arte ni diferencia! ¿Cómo podría el hombre orientarse allí con la luz de la Naturaleza? Aunque está también a la luz de lo Eterno, sólo puede reconocer que no sabe ni sobre el comienzo ni sobre el fin de las cosas... Por eso ha sido puesto en nosotros el afán de pensar sobre todas las cosas, para que contemplemos a Dios y no a las criaturas. Si se pudiera medir a Dios se podría medir todo lo demás; pero esto es imposible...

Hay una sola cifra que ha de determinar nuestra vida en la Tierra, y ésta es el uno. No debemos contar más. La divinidad es sin duda tres, pero vuelve a reunir los tres en uno. Como Dios se transforma en el uno, también los hombres en la Tierra tenemos que buscar el uno, y entregarnos a él y vivir en él. En esta cifra hay paz y tranquilidad, y en ninguna otra. Lo que la supera es disturbio y pugna, lucha del uno contra el otro. Porque si un contable pone una cifra y cuenta más que uno, ¿quién puede decir en qué cifra se detendrá o hasta cuál llegará? Esta pregunta es la pena que nos roe y nos consume. Cuánto más alegre y mejor sería que siguiéramos sólo la senda del *Uno.*

Si tuviéramos en nuestras manos
todos los arcanos y todos los elixires
del Gran y el Pequeño Mundo,
pero no a ti, ¡oh, Señor, todo sería nada!
Junto a ti, en ti y sólo a tu lado
está la vida eterna y la luz.
En nuestros cuerpos brillará esta luz
tras la gran mortandad, cuando sea,
digamos, renovada por el fuego divino,
y sólo entonces brillará y lucirá.
¡Permita Dios que ocurra pronto!
Amén. Amén. Amén.



Apéndices

Paracelso (1929)
Conferencia[1] de C. G. Jung

El extraño individuo Philippus Aureolus Bombast von Hohenheim, llamado Theophrastus Paracelsus[2], nació aquí en el año 1493, el 10 de noviembre. Su espíritu medieval, y sin embargo tan librepensador, no nos tomará a mal que, en cortés recuerdo a las costumbres de su tiempo, echemos para empezar un breve vistazo al Sol que apadrinó su nacimiento. Su Sol estaba bajo el signo del Escorpión, que según una antigua tradición es un buen signo para médicos, maestros en los venenos y en la curación. El dominante de Escorpión es el orgulloso y combativo Marte, que otorga al fuerte valor guerrero y al débil espíritu pendenciero y amargura. Y en verdad que la posterior vida de Paracelso no ha negado esta ingenuidad.

Si volvemos ahora la vista desde el cielo a la tierra de su nacimiento, veremos su casa paterna recostada en un profundo, solitario y umbrío valle, rodeado de rampantes y lúgubres montañas que bordean en círculo las pantanosas colinas y valles de la melancólica Einsiedeln. En présaga cercanía se alzan las aún más elevadas cumbres de los Alpes, el poder de la tierra supera visiblemente la arbitrariedad del hombre, y le mantiene, amenazante, vivo en su concavidad y sometido a su voluntad. Aquí, donde la Naturaleza es más grande que el hombre, nadie escapa a ella; el frío del agua, la inmovilidad de la roca, la nudosidad y dureza de las raíces del bosque y lo escarpado de las pendientes forman dentro del alma del allí nacido algo que actúa de un modo inextirpablemente vivo, y da al suizo testarudez, resistencia, lentitud y un orgullo natural que se ha interpretado ya de muchos modos, favorable o desfavorablemente, como independencia o como tozudez. («Le Suisse est caractérisé par un noble esprit de liberté, mais aussi par une certaine froideur peu agréable», escribió un francés en una ocasión.)

Padre Sol y madre Tierra parecen haber sido más padres del carácter de Paracelso que su progenitor de sangre. Paracelso no era, por lo menos por

parte de padre, un suizo, sino un suabo, un hijo de Wilhelm Bombast, descendiente ilegítimo de Georg Bombast von Hohenheim, Gran Maestre de los caballeros de San Juan de Jerusalén. Pero nacido en el distrito feudal de los Alpes, en el seno de una tierra poderosa que le hizo suyo sin perjuicio de su sangre, según la ley de la «x de la disposición espacial», Paracelso vino al mundo con el carácter de un suizo.

Su madre procedía de Einsiedeln, y desconocemos la influencia que tuvo sobre él. Su padre en cambio fue una naturaleza problemática. Había venido aquí como médico, y se había asentado en la quebrada en que zorros y liebres se daban las buenas noches, en la ruta de los peregrinos. ¿Con qué derecho él, el hijo ilegítimo, llevaba el noble nombre de su padre? Se intuye la tragedia del ilegítimo: un hombre sombrío, solitario y desposeído, que se recluye en el aislamiento del valle boscoso con el resentimiento hacia su patria, y que sin embargo, con ansia inconfesada, recibe de los peregrinos las noticias del mundo exterior al que no volverá. Llevaba en la sangre la vida de la nobleza y el ancho mundo, y allí permanecieron enterrados. Nada tiene un efecto mayor sobre el entorno psíquico de los hombres, especialmente de los niños, que la vida no vivida por los padres. De este padre podíamos esperar la mayor influencia antitética sobre el joven Paracelso.

Un gran amor, un amor excluyente, le une al padre. Es la única persona en la que piensa con amor. Un hijo de tal manera fiel pagará la deuda del padre. Toda la renuncia del padre se transformará en el hijo en ambiciosa pretensión. El resentimiento y el inevitable sentimiento de inferioridad del padre convertirá al hijo en vengador de la injuria contra el padre. Será su espada contra toda autoridad, y como contrafigura del propio padre combatirá todo lo que atente a la *potestas patris*. Lo que el padre perdió o a lo que renunció, éxito y fama del nombre, vida e independencia en el ancho mundo, él tiene que recuperarlo, y siguiendo una trágica ley tendrá que enemistarse incluso con sus amigos, como consecuencia inevitable de la vinculación deparada por el destino con su único amigo, el padre, porque a la endogamia espiritual le corresponden graves castigos del destino.

Como ocurre no pocas veces la Naturaleza le equipó especialmente mal para el papel de vengador, porque en vez de un cuerpo de revoltoso heroico le dio una estatura de unos 150 cm, un aspecto enfermizo, un labio superior demasiado corto que no cubría los dientes por completo (una

característica no infrecuente entre gentes nerviosas) y, según parece, una pelvis cuya feminidad llamó la atención cuando en el siglo XIX se exhumaron sus restos en Salzburgo[3]. Incluso circuló la leyenda de que había sido eunuco, de lo que, por lo que a mí concierne, no hay ulterior confirmación. En todo caso el amor no parece haber trenzado sus rosas en su existencia terrena, y sus conocidas espinas le eran superfluas, dado que su carácter era de por sí bastante espinoso.

Apenas tuvo edad para portar armas, el hombrecillo se ciñó una gran espada de la que raras veces se separaba, tanto menos cuanto que en su puño esférico ocultaba sus píldoras de láudano, su verdadero arcano. Así armado –una figura no carente de comicidad–, se lanzó tempranamente al ancho mundo, a viajes singulares y aventureros que le llevaron a través de Alemania, Francia, Italia, los Países Bajos, Dinamarca, Suecia y Rusia. Como un maravilloso taumaturgo, casi como un segundo Apolonio de Tyana, la leyenda dice que viajó también a África y Asia, donde descubrió los secretos de los grandes. Nunca llevó a cabo estudios regulares, porque la sujeción a la autoridad era tabú. Fue un hombre hecho a sí mismo, que característicamente se apropió la divisa *Alterius non sit qui suus esse potest*[4], una divisa de suizo entera y verdadera. Todo aquello con lo que Paracelso topó en sus viajes quedará para siempre en sombras, pero probablemente fue una y otra vez lo que le pasó en Basilea. En 1525, como médico famoso, fue llamado a Basilea por el concejo; este último actuaba a todas luces en uno de esos históricos ataques de despreocupación que se repiten ocasionalmente a lo largo de los siglos, como demuestra la llamada al joven Nietzsche. La llamada tenía un trasfondo algo penoso, ya que en aquella época Europa sufría una plaga de sífilis sin precedentes, desatada después de la campaña de Nápoles. Paracelso ocupó el cargo de médico de la ciudad, pero no revistió la dignidad del cargo conforme al gusto ni de la universidad ni de un público elogioso. En primer lugar, escandalizó porque se dirigía a su auditorio en la lengua de los criados y las sirvientas, el alemán, y en última instancia porque en vez de llevar los ropajes del cargo se mostraba en las calles en guardapolvo de laboratorio. Para sus colegas era la bestia negra, y no dejaban títere con cabeza en lo referente a sus publicaciones médicas. Se le insultó llamándole «toro loco» y «asno silvestre de Einsiedeln». Él devolvía tales y similares epítetos en un lenguaje escogidamente sucio, lo que no era en modo alguno un espectáculo edificante.

En Basilea sufrió un golpe inevitable del destino que influyó profundamente en su vida: perdió a su amigo y discípulo predilecto, el humanista Johannes Oporinus, que le traicionó en toda regla y suministró a sus adversarios las armas más poderosas contra él. El propio Oporin se arrepentiría más adelante de su deslealtad, pero ya era demasiado tarde. El daño era irreparable. Pero nada logró suavizar la conducta camorrista, arrogante y pendenciera de Paracelso; al contrario, esta traición no hizo sino incrementarla. Pronto volvió a viajar, la mayoría de las veces en la miseria, a menudo reducido al estado de la mendicidad.

A los treinta y ocho años, se produce en sus escritos un cambio característico: junto con los temas médicos, hacen su aparición los filosóficos. «Filosófica» no es, en todo caso, una denominación del todo correcta para su manifestación intelectual. Habría que calificarla más bien de «gnóstica». Superada pues la mitad de la vida, se produce ese curioso cambio espiritual que bien podría calificarse de giro en la orientación espiritual de la vida. En pocas personas este cambio sutil aparece claramente como giro en la superficie. En la mayoría sucede, como todas las principales cosas de la vida, por debajo del umbral de la conciencia. En las mentes importantes, este cambio se manifiesta en forma de transformación del intelecto en una especie de espiritualidad especulativa o intuitiva, como vemos por ejemplo en Newton, Swedenborg y Nietzsche, por citar tres grandes nombres. En Paracelso el espacio que queda entre los opuestos no es tan grande, pero aun así es notable.

Con esto llegamos, tras toda la exterioridad e insuficiencia de la vida personal, al Paracelso hombre de espíritu, y con ello entramos en un mundo de ideas que al hombre de hoy, si no tiene conocimientos muy específicos de la situación intelectual de la Baja Edad Media, tiene que parecerle enormemente oscuro e intrincado. Ante todo –a pesar de su aprecio por Lutero–, Paracelso murió como un buen católico, en la más asombrosa contradicción con su filosofía pagana. Sin duda se puede suponer que el catolicismo era para él simplemente un estilo de vida. Era un hecho tan obvio y sencillamente incomprensible para él que ni siquiera se convirtió en objeto de sus meditaciones; de lo contrario, le habría conducido a una peligrosa confrontación con la Iglesia y con su propio ánimo. Paracelso era, al parecer, una de esas personas que guardan su intelecto en un cajón y su ánimo en otro, de manera que pueden pensar alegremente con el intelecto en algo sin correr el riesgo de chocar

con sus creencias sentimentales. Al fin y al cabo, es un comprensible alivio que una mano no sepa lo que hace la otra. Es de una curiosidad ociosa querer saber qué habría ocurrido si ambas se hubieran encontrado. En aquel tiempo preferían no encontrarse; es una de las características de aquella extraña época, tan enigmática como la situación espiritual de un Alejandro VI y de todo el alto clero del Cinquecento. E igual que bajo los umbrales de la Iglesia reafloraba el sonriente paganismo del arte, tras el telón de la filosofía escolástica se animaba el antiguo paganismo del espíritu en un renacimiento del neoplatonismo y la filosofía natural. Entre los representantes de este movimiento estaba especialmente el humanista Marsilio Ficino, cuyo neoplatonismo influyó en Paracelso, como en tantos espíritus de altos vuelos y «modernos» de aquellos días. Nada caracteriza mejor el clima explosivo, revolucionario y prometedor de aquella época que, superando con mucho el protestantismo, anticipaba el siglo XIX, que el siguiente epígrafe del libro de Agrippa de Nettesheim *De incertitudine et vanitate scientiarum* (1527):

Nullis hic parcet Agrippa,
contemnit, scit, nescit, flet, ridet,
irascitur, insectatur, carpit omnia,
ipse philosophus, daemon, heros, deus et omnia[5].

Había despuntado una nueva era, el derrumbamiento de la autoridad de la Iglesia cristiana se aproximaba amenazador, y con él desaparecía la seguridad metafísica del hombre gótico. E igual que en los países latinos la Antigüedad reafloraba en todas sus formas, en los países bárbaros germanos el lugar del inexistente estadio clásico lo ocupó la vivencia primitiva del espíritu inmediato, dividido en toda clase de formas y niveles individuales y encarnado por grandes y asombrosos pensadores y poetas, como el maestro Eckhart, Agrippa, Paracelso, Angelus Silesius y Jacob Böhme. Todos ellos dan testimonio de su especificidad bárbara, pero primitivamente poderosa, a través de un lenguaje brotado de la tradición, alejado de la autoridad, fuertemente arbitrario. Junto con Böhme, Paracelso fue sin duda en este sentido el peor de los rebeldes. Su terminología filosófica es tan individualmente arbitraria que supera en mucho en singularidad y oscuridad las «palabras del poder» gnósticas.

El principio cosmogónico supremo, su «demiurgo» gnóstico, era el

Yliaster o Hyaster, una palabra nueva híbrida de *hyle* (materia) y *astrum* (astro). Se podría traducir este concepto como «materia cósmica». Es algo parecido al *hen* de Pitágoras y Empédocles o la *heimarmene* de los estoicos, una visión primitiva de fuerza y materia originarias. El sello grecolatino no significa más que una forma de expresión contemporánea, un pequeño envoltorio cultural para una primitiva idea originaria que también ocupó intensamente a los presocráticos, sin que Paracelso tuviera necesariamente que heredarla de ellos. Estas imágenes primigenias son patrimonio de la Humanidad en general, y pueden resurgir de manera autóctona en cualquier mente, sin importar la época ni el lugar. Solamente hacen falta las circunstancias favorables para su reaparición. El momento adecuado es siempre aquel en que una cosmovisión se derrumba y arrastra consigo todas aquellas formas y figuras que un día fueron consideradas la respuesta definitiva a los grandes enigmas de la vida y el mundo. Incluso responde plenamente a las reglas psicológicas el que todos los dioses desarraigados vuelvan a caer sobre el hombre, y por eso él grite: *ipse philosophus, daemon, heros, deus et omnia,* y que cuando una religión que ennoblecía el espíritu empiece a desaparecer se haga presente a cambio en la vivencia íntima la imagen primigenia de la materia creadora.

En la más estricta contradicción con la cosmovisión cristiana, el principio supremo de Paracelso es una visión enteramente materialista. Sólo en segundo término se le añade algo espiritual, a saber: el *anima mundi* que surge de la materia, el *ideos* o *ides*, el *misterium magnum* o «*Limbus major*, un ser espiritual, algo invisible e incomprensible». En éste está contenido todo en forma de ideas platónicas, como arquetipos, un núcleo que bien podría proceder de Marsilio Ficino. El limbo es un círculo. El mundo animista es el círculo más grande, el hombre es el *limbus minor*, el círculo menor. Es el microcosmos. De ahí que todo sea interior y exterior, abajo y arriba. Entre todas las cosas en los círculos mayor y menor reina la *correspondencia,* una visión que en la idea del *homo maximus* de Swedenborg desemboca en una gigantesca antropomorfización del Universo. Pero en la visión de Paracelso, más primitiva, falta la antropomorfización. El hombre es para él, igual que el mundo, un agregado de materia animada, una visión consanguínea a las consideraciones científicas de finales del siglo XIX, con la única diferencia de que Paracelso todavía no piensa de un modo mortalmente químico-mecánico, sino aún primitivamente animista. Su Naturaleza bulle aún de brujas, íncubos, súcubos, diablos,

sílfides y ondinas. Lo animado de la experiencia espiritual aún es para él al mismo tiempo lo animado de la Naturaleza. La muerte espiritual del materialismo científico aún no lo ha alcanzado, pero él está preparando el camino para ese fin. Él es *todavía* un animista, conforme al primitivismo de su espíritu, y sin embargo *ya* un materialista. La materia, entendida como lo absolutamente dividido en el espacio, es el enemigo más natural de aquella concentración de lo vivo que significa el espíritu. Pronto el mundo de las ondinas y las sílfides tocará a su fin, y sólo en la era del espíritu celebrarán su resurrección, y entonces sorprenderá cómo es posible olvidar verdades tan antiguas. Pero, naturalmente, es mucho más sencillo asumir que lo que no se entiende no existe en absoluto.

El mundo de Paracelso, tanto en lo grande como en lo pequeño, consta de partículas animadas, de *entia*. Incluso las enfermedades son para él *entia*, así que hay un *ens astrorum*, *veneni*, *naturale*, *spirituale* y *deale*. En una carta al emperador, explicaba la gran epidemia de peste del momento como el efecto de los súcubos producidos en los burdeles. El *ens* es asimismo un «ser espiritual», de ahí que diga en el *Libro Paragranum*: «Las enfermedades no son cuerpo, por lo que hay que emplear espíritu contra espíritu». Con lo que Paracelso quiere decir que según la doctrina de la correspondencia a cada *ens morbi* le corresponde un «arcanum» de la Naturaleza, por ejemplo una planta o un mineral, que sea un específico contra la enfermedad correspondiente. De ahí también que no diera designaciones clínicas o anatómicas a las enfermedades, sino que las llamara por sus remedios específicos; así por ejemplo había enfermedades «tartáricas», es decir, aquellas que se curaban con su correspondiente arcano, en este caso tártaro. Por eso tenía en mucha consideración la doctrina de las *signaturas*, que parece haber sido uno de los principios fundamentales de la medicina popular de la época (es decir, la de las comadronas, cirujanos militares, brujas, curanderos y verdugos). Según esta doctrina, por ejemplo, una planta cuyas hojas se asemejan a una mano son buenas para las enfermedades de las manos, etc.

La enfermedad es para él «un crecimiento natural, algo espiritual, vivo, una semilla». Bien podemos decir que para Paracelso la enfermedad era un acompañante necesario, un auténtico *constituens* de la vida humana, y no un odioso *corpus alienum* como para nosotros. Por eso la enfermedad es afín a los arcanos existentes en la Naturaleza y que la constituyen, que son tan necesarios para la Naturaleza y pertenecientes a ella como las enfermeda-

des al hombre. En lo que a esto se refiere, el más moderno de los médicos estrecharía la mano de Paracelso y le diría: «Desde luego yo no pienso del todo eso, pero sí algo bastante parecido». Espléndido en su forma de pensar, considera que todo el mundo es una farmacia, y Dios el supremo farmacéutico.

Paracelso es un espíritu típico de un gran período de transición. Su intelecto buscador y combativo acaba de liberarse de una cosmovisión espiritual de la que su ánimo aún depende. *Extra ecclesiam nulla salus*...; esta frase es válida en máxima medida para la transformación espiritual que acontece a aquel que supera el círculo legendario de tradicionales imágenes sagradas que cierran su horizonte como verdades últimas: pierde todos los prejuicios tranquilizadores y salutíferos, acaba de derrumbársele un mundo y aún no se sabe nada sobre un orden distinto de las cosas. Se ha vuelto del todo pobre, del todo ignorante, como un niño pequeño que aún no sabe nada del nuevo mundo y sólo de manera trabajosa y oscura puede recordar lo que la antiquísima experiencia de la Humanidad le dice desde su sangre. Toda autoridad le ha fallado, y tiene que construir un mundo nuevo a partir de sus propias experiencias.

En largos viajes, sin despreciar ni las fuentes más turbias, Paracelso agotó su experiencia, pragmático sin igual. E igual que atraía a sí sin prejuicios la materia originaria de la experiencia externa, extraía de las oscuridades primitivas de su alma las ideas filosóficas básicas de su obra. Sacó a la luz un paganismo antiquísimo, aparentando la peor superstición del pueblo más bajo. El espiritualismo cristiano se transformó en su estadio prehistórico, el animismo de los pueblos primitivos, y la formación escolástica de Paracelso extrajo de ello una filosofía que no se aproximaba a ningún modelo cristiano, sino más bien al pensamiento de los enemigos más odiados de la Iglesia, los gnósticos. Como a todo innovador carente de prejuicios, que echa por la borda autoridad y tradición, también a él le amenazó el retroceso a aquello que una vez había sido desechado, y con él el mortal y puramente destructivo estancamiento. Pero sin duda el hecho de que, mientras su intelecto volaba hacia los anchos horizontes y se retrotraía al más remoto pasado, su ánimo se aferraba a los bienes de la tradición, impidió la total realización del retroceso. Y gracias sin duda a esta intolerable contradicción, la regresión se transformó en progresión. No negó el espíritu en el que su ánimo creía, pero levantó junto a él el contraprincipio de la materia: Tierra frente a cielo, Naturaleza frente a espí-

ritu. Por eso no se convirtió en un destructor ciego, un genio medio enloquecido como Agrippa, sino en un padre de las ciencias naturales, un pionero del nuevo espíritu, que es como nuestro tiempo con razón le honra. En todo caso, él movería la cabeza desde el más allá ante aquello por lo que ciertos seguidores modernos le admiran especialmente. No fue su panfisismo su más apasionado descubrimiento –más bien era una adherencia residual de la primitiva participación mística de la Naturaleza–, sino: *La materia y sus propiedades*. El nivel de conocimientos de su época y el grado de desarrollo de los mismos no le permitían ver al hombre fuera del conjunto de la Naturaleza. Este punto culminante estaba reservado al siglo XIX. La indisoluble e inconsciente vinculación de hombre y mundo no era para él una circunstancia absoluta con la que su espíritu empezara a combatir con las armas del empirismo científico. La moderna Medicina, que ya no puede entender el espíritu como un mero apéndice del cuerpo y por ello comienza a tener más y más en cuenta el llamado «factor psíquico», se vuelve a aproximar en cierto sentido a la concepción paracelsiana de la materia animada por el espíritu, con lo que toda la manifestación espiritual del propio Paracelso se nos presenta bajo una nueva luz. Igual que Paracelso fue antaño un pionero de la ciencia médica, hoy se está convirtiendo, parece ser, en símbolo de un cambio importante tanto de nuestra visión de la esencia de la enfermedad como de la esencia misma de lo vivo.

Paracelso como médico (1941)
Conferencia[1] de C. G. Jung

Quien conozca en alguna medida los escritos de aquel gran médico cuyo recuerdo conmemoramos hoy sabrá que es sencillamente imposible exponer en el marco de una conferencia, ni siquiera aproximadamente, aquello que ha hecho inmortal su nombre. Fue un poderoso viento de tormenta que todo lo arrastró y que removió todo lo que de un modo u otro se podía mover de su sitio. Como una erupción volcánica, perturbó y destruyó, pero también fructificó y dio vida. No se le puede hacer justicia: sólo se le puede subestimar o sobrestimar, y por eso siempre se está insatisfecho con el propio esfuerzo de registrar suficientemente al menos una parte de su ser. Aunque uno se limite a describir al «médico» Paracelso, se tropieza con ese mismo «médico» en tantos niveles y tantas figuras diferentes que todo intento de exposición queda reducido a lamentable fragmento. Su fertilidad literaria también ha contribuido poco a aclarar el infinitamente intrincado material de que se dispone, y menos aún el hecho de que la cuestión de la autenticidad de algunos escritos nada irrelevantes es aún oscura, por no hablar de las innumerables contradicciones y una exuberante terminología arcana que le convierte en uno de los mayores «tenebriones» de la época. En él, todo se da en su escala máxima; se puede decir que todo en él es exagerado. Largos desiertos de desordenada palabrería se alternan con oasis de espíritu desbordante cuya luminosidad conmociona y cuya riqueza es tan grande que uno ya no se libra de la dolorosa sensación de que en alguna parte a uno se le ha pasado por alto lo principal.

Por desgracia, no puedo ufanarme de ser un especialista en Paracelso y poseer por tanto un total conocimiento de la *Opera omnia Paracelsi*. Cuando se está en la situación de tener que saber algo más que justamente Paracelso, apenas es posible estudiar a conciencia los dos mil seiscientos folios de la edición de Huser de 1616 o la aún más extensa edición completa de Sudhoff. Paracelso es un mar, o –dicho menos cordialmen

te– un caos, y en tanto que personalidad humana históricamente limitada se le puede calificar como un crisol alquímico en el que los hombres, dioses y demonios de aquella época horrible de la primera mitad del siglo XVI, cada uno por sí, han vertido su savia especial. Lo primero que llama la atención en la lectura de sus escritos es su temperamento bilioso y pendenciero. Combate furiosamente en toda la línea a los médicos académicos, así como a sus autoridades: Galeno, Avicena, Rhazes y como se llamen. Sólo constituyen una excepción (aparte de Hipócrates) las autoridades alquímicas, como Hermes, Arquelao, Morienus y otros a los que cita con benevolencia y respeto. En general, no combate ni la Astrología[2] ni la Alquimia ni ninguna de las supersticiones populares. En última instancia, sus obras son un filón desde el punto de vista folclórico. Ciertamente, aparte de los teológicos, hay pocos tratados salidos de la pluma de Paracelso que no contengan apunte alguno de su fanática hostilidad contra la Medicina académica. Una y otra vez se tropieza con manifestaciones afectivas que revelan su amargura y personal humillación. Se ve claramente que ya no se trata de crítica objetiva, sino más bien de la plasmación de muchas decepciones personales, que probablemente son tan especialmente amargas porque carece de sentido de su propia culpa. No menciono esta circunstancia para explicar su psicología personal, sino para citar una de las impresiones principales que recibe el lector de los escritos paracelsianos. Por así decirlo en cada página aparece de este u otro modo lo humano, a menudo demasiado humano, de esta personalidad tan fuerte como especial. Se le atribuye la divisa: *Alterius non sit qui suus esse potest* [Que no sea de otro quien puede ser suyo], y si para ella hiciera falta una voluntad de independencia desconsiderada, incluso brutal, en verdad no nos faltan pruebas literarias ni biográficas de la existencia de ésta. A esta postura de rebelde terquedad y dureza se le contrapone, de todos modos, por una parte su fiel adhesión a la Iglesia, y por otra su suavidad y compasión frente a los enfermos, especialmente aquellos carentes de recursos.

Por una parte, Paracelso es tradicionalista; por otra, revolucionario. Es conservador en relación a las verdades básicas de la Iglesia, de la Astrología y de la Alquimia, pero escéptico y revoltoso contra las opiniones académicas de la Medicina, en sentido tanto práctico como teórico. A esta última circunstancia debe en primer término su celebridad, porque personalmente me resulta difícil decir qué particulares descubrimientos mé-

dicos *de naturaleza fundamental* pueden ser atribuidos a Paracelso. La inclusión del arte quirúrgico en el ámbito de la Medicina, que hoy en día nos parece importante, no significó para Paracelso la elaboración de una nueva ciencia, sino más bien el recoger las artes de los bañeros y cirujanos militares junto con las de las comadronas, brujas, hechiceros, astrólogos y alquimistas. Me parece que debería pedir perdón a mis lectores por la herética idea de que Paracelso sería hoy sin duda el abogado de todas esas artes que la Medicina representada por las universidades excluye de la posibilidad de ser tomadas en serio, es decir, de la osteopatía, magnetopatía, diagnóstico ocular, diversas monomanías alimenticias, ensalmos, etc. Si imaginamos por un momento la situación emocional de nuestros profesores clínicos en una sesión de facultad en la que participaran también los profesores titulares de diagnóstico ocular, magnetopatía y Christian Science, comprenderemos los incómodos sentimientos experimentados en la facultad de Basilea cuando Paracelso quemaba los manuales clásicos de Medicina, pronunciaba sus lecciones en alemán y, en vez de vestir la prestigiosa ropa talar del médico, se mostraba por las calles en indigno guardapolvo de laboratorio. El esplendor de la carrera del «asno silvestre de Einsiedeln» (como se le llamó) en Basilea se extinguió a la mayor rapidez. El fantasmal acompañamiento del espíritu paracelsiano era demasiado para el médico burgués de la época.

Poseemos el valioso testimonio de un médico contemporáneo, el erudito Doctoris Medicinae Conrad Gessner, de Zurich, en forma de una carta en latín al médico imperial Crato von Craftheim de fecha 16 de agosto de 1561[3]. La carta, en todo caso, fue escrita veinte años después de la muerte de Theophrastus, pero todavía respira la atmósfera de la acción paracelsiana. En esta carta, Gessner responde a una pregunta de Crato que no posee catálogo alguno de los escritos de Paracelso y que no se iba a esforzar en tenerlo, pues consideraba a Theophrastus total y absolutamente indigno de ser mencionado entre autores decentes o siquiera cristianos, o hasta buenos burgueses *(pius saltem civiliter)*, como eran incluso los paganos. Según Gessner, él y sus discípulos eran herejes arrianos. Él era hechicero y había tenido trato con demonios. «Carolostadius de Basilea», prosigue Gessner, «llamado Bodenstein[4], ha enviado a imprimir hace pocos meses un tratado de Theophrastus, *De anatome corporis humani*. Él (*scilicet* Theophrastus) se burla en éste de los médicos, que examinan las distintas partes del cuerpo y representan con minuciosidad su posi-

ción, figura, número, condición, etc., pero postergan lo principal, a saber: a qué astros y a qué regiones del cielo pertenece cada parte».

Con la lapidaria frase: *Sed Typographi nostri imprimere noluerunt* [Pero nuestros tipógrafos se han negado a imprimirlo], concluye el informe de Gessner. Deducimos de él que Paracelso no se cuenta entre los *boni scriptores*. Está incluso bajo cierta sospecha de hechicería de variado tipo y –aún peor– de herejía arriana[5]. Ambas acusaciones afectan a delitos penados con la muerte en aquella época. Con tales reproches, se vuelve comprensible el llamado gusto por viajar o inquietud de Paracelso, que no resistió en ninguna parte durante toda su vida, sino que marchó de ciudad en ciudad por media Europa. Tenía buenas razones para estar preocupado por su piel. Lo que Gessner reprocha a la *Anatome corporis humani* es cierto, puesto que de hecho Paracelso se burlaba de las disecciones entonces practicadas porque los médicos no veían nada en los órganos abiertos. Lo que a él le importaba principalmente eran las atribuciones cósmicas, tal como las hallaba en la tradición astrológica. La doctrina del *Astrum in corpore* es incluso su idea principal y favorita, con la que topamos en las más variadas inflexiones. Fiel a su concepción del hombre como microcosmos, situó el «firmamento» en el cuerpo del hombre y lo calificó de «Astrum» o «Sydus». Era para él un cielo endosomático, cuyo curso no coincidía con el cielo astronómico sino que tomaba su inicio en la natividad individual, el «ascendente» u «horóscopo».

El ejemplo de Gessner nos ha mostrado cómo era juzgado Paracelso por un colega no sólo contemporáneo, sino importante. Pero ahora tenemos que intentar obtener una imagen del *médico* Paracelso a partir de sus propios escritos. Con este fin, querría dejar la palabra en lo posible al maestro; pero como esta palabra está en un «alemán algo anticuado, pero rotundo», y utiliza además una serie de extrañas palabras de su arte, tendré que intervenir aquí y allá con algún comentario.

El estar equipado con unos conocimientos específicos forma parte de la función del médico. También Paracelso comparte esta opinión[6]. Según parece, estudió en Ferrara y allí alcanzó el grado de doctor en Medicina. Allí se pertrechó también con los conocimientos de la entonces Medicina clásica de un Hipócrates, un Galeno y un Avicena, tras haber recibido de su padre una cierta formación previa. Escuchemos ahora lo que tiene que decir sobre el médico «ingenioso». En el *Libro Paragranum* leemos[7]:

«¿Qué es lo ingenioso de un médico? Que sepa / qué es de utilidad

para las cosas no sensibles [no perceptibles] / y qué va en su contra / que es agradable y desagradable al *beluis marinis* / a los peces / y a los brutos / qué es sano e insano: éstas son cosas ingeniosas / referentes a las cosas naturales. ¿Qué más? Los conjuros y su fuerza / de dónde o de qué la sacan / sea cual sea: qué sea melusina / qué sirena / qué *permutatio*, *transplantatio* y *transmutatio* / y cómo se pueden comprender por entero: lo que sea la Naturaleza / lo que sea el médico / lo que sea la vida / lo que sea visible / e invisible / lo que dé el sabor dulce y amargo / lo que es la Muerte / para qué sirve el pescador / el peletero / el curtidor / el tintorero / lo que corresponde al orfebre / y al tallista / lo que corresponde a la cocina / al sótano / al jardín / al tiempo / lo que sabe un cazador / lo que sabe un minero / lo que corresponde a un vagabundo / lo que a uno sedentario / lo que necesita la gente de armas / lo que representa la paz / lo que da razones al clérigo / o al mundano / lo que representa cada estamento / lo que causa cada estamento / cuál sea el origen de cada estamento / qué sea Dios / qué Satán / qué veneno / qué antídoto / qué hay en las mujeres / qué en los hombres / qué distingue mujeres de doncellas / lo amarillo y lo blanco / lo blanco y lo negro / lo rojo y lo gris / en todas las cosas / por qué tengan un color / por qué otro / por qué corto / por qué largo / por qué aciertos / por qué errores: y que esta doctrina adéptica acierta en todas las cosas.»

Esta cita nos lleva, por así decirlo de un golpe, al típico empirismo paracelsiano: lo vemos como escolar errante, en la carretera con toda clase de «gente del camino», llegar hasta el herrero del pueblo, que como autoridad médica conoce toda clase de conjuros contra las hemorragias y heridas. Escucha el sabroso «latín» de cazadores y pescadores, historias fantásticas de animales de mar y tierra, por ejemplo del ganso arbóreo hispánico[8], que en la putrefacción se transforma en tortuga, o de la fertilidad del viento en Portugal, que engendra ratones en un haz de paja clavado en un palo. El barquero cuenta historias del *Lorind,* que causa el misterioso «griterío y retumbar de las aguas»[9]. Los animales están enfermos y se curan como los hombres, incluso a los mineros se les oye hablar de enfermedades de los metales, de la lepra del cobre y cosas similares[10]. El médico debía saber todo esto. Debía conocer los milagros de la Naturaleza y la rara concordancia del microcosmos humano con el gran mundo, y no sólo con el Universo visible, sino también con el invisible «arcanis» cósmico de los secretos. Enseguida tropezamos con un arcano

como ése, el de la *melusina,* que el médico debería conocer también. La melusina es un ser encantado, que por una parte, como su propio nombre indica, pertenece al folclore, pero por otra a la doctrina alquímica secreta de Paracelso, como demuestra también su mención en relación con *permutatio* y *transmutatio.* En su opinión las melusinas viven en la sangre, y como la sangre es el antiquísimo asiento del alma cabe sospechar que es una especie de ánima vegetativa. En el fondo no es sino una variante del *spiritus mercurialis,* que en los siglos XIV y XV se representaba también en forma de monstruo femenino. Por desgracia, he de renunciar a entrar aquí más en detalle en esta figura tan importante para la doctrina de los Arcana de Paracelso. Nos haría profundizar demasiado en los secretos de la especulación alquímica. Pero si se quiere presentar al verdadero Paracelso no se puede evitar mencionar al menos los trasfondos y subsuelos de este espíritu medieval.

¡Regresemos a nuestro tema específico, es decir, a la ciencia del médico tal como Paracelso la ve! En el *Libro Paragranum* se dice: el médico «ve y conoce todas las enfermedades fuera del hombre»[11], y en otro pasaje: «que el médico debe saber a partir de las cosas externas / y no a partir del hombre»[12]. «Por eso el médico sabe por los ojos / y ve lo que hay detrás mediante lo que está delante / es decir: en lo exterior ve lo interior. Sólo las cosas externas dan el conocimiento de las internas / si no no se podría reconocer ninguna cosa interna»[13]. Con esto se quiere decir que el médico recibe su conocimiento de la enfermedad menos del hombre enfermo que de otras manifestaciones naturales en apariencia no relacionadas con el hombre, sobre todo de la Alquimia. «Si no saben esto», dice Paracelso, «no conocen los Arcana; y no saben lo que hace el cobre / ni lo que produce el vitriolo / no saben lo que produce la lepra: si no saben lo que causa el óxido en el hierro / tampoco saben lo que causa las ulceraciones: si no saben lo que causa el terremoto / tampoco saben lo que causa los escalofríos. Lo exterior enseña y muestra lo que enferma al hombre [lo que causa las enfermedades] / y el hombre no muestra su enfermedad por sí mismo»[14].

Se ve que, por ejemplo, el médico conoce por las enfermedades de los metales cuál es la enfermedad del hombre. El médico tiene que ser un *alquimista.* Tiene que emplear la *scientia Alchimiae,* no «actuar como los boticarios de Montpellier... con sus hornillos»; «no son más que inmundicias, tales / que los cerdos prefieren el estiércol»[15]. Tiene que conocer la

salud y enfermedad de los elementos[16]. Las *Species Lignoru, Lapidum, Herbarum* están otro tanto *también en el hombre,* de ahí que el médico tenga que conocerlas todas. El oro por ejemplo es en el hombre un «reconfortante natural»[17]. Hay un «arte externo de la Alquimia», pero también una *Alquimia microcosmi*, como la que se manifiesta en el proceso de digestión El estómago es, según Paracelso, el alquimista en el vientre. En primer lugar, el médico tiene que conocer la Alquimia para producir los medicamentos, especialmente los llamados Arcana, como el *Aurum potabile*, la *Tinctura rebis*, el *Tinctura procedens*, el *Elixir tincturae* y como se llamen todos ellos[18]. Como tantas veces, Paracelso se burla aquí de sí mismo «y no sabe cómo», pero dice de los médicos académicos: «Sois incomprensibles para todos / y os habéis hecho extraños diccionarios y vocabularios / y quien los ve / no puede salir ileso / y con tan extraña jerga mandan a buscar a la farmacia / lo que harían mejor en tener en su propio jardín»[19] Los arcanos representan un gran papel en la terapia paracelsiana (¡especialmente en el tratamiento de las enfermedades del espíritu!). Se obtienen a partir del procedimiento alquímico. «Pues en los Arcana», dice, «la piedra de aroma se convierte en jacinto / el cálculo hepático en alabastro, el guijarro en granate / el barro en noble arcilla, la arena en perlas / la ortiga en maná / la uña en bálsamo. Aquí está la descripción de las cosas en las que debe basarse el médico»[20]. Y finalmente Paracelso exclama «¿No es así / que Plinio nunca demostró prueba alguna? ¿Qué escribió entonces? Lo que oyó de los alquimistas. Si tú no sabes ni conoces quiénes son / eres un médico cojo»[21]. Por tanto, el médico necesita conocimientos alquímicos para diagnosticar por analogía, a partir de las enfermedades de los minerales, las enfermedades de los hombres. Y finalmente es *él mismo* el sujeto, es decir el objeto, del proceso de transformación alquímica. Este proceso lo lleva a su «sazón», es decir, lo madura.

Esta observación, de difícil comprensión, se refiere a su vez a la doctrina secreta. Pues la Alquimia no es sólo una empresa química en el sentido en que nosotros la entendemos, sino –y quizá en mayor medida aún– un procedimiento de transformación filosófica, es decir, una forma especial de yoga, en tanto que el yoga persigue también la transformación espiritual. Por este motivo los alquimistas pusieron la *transmutatio* en paralelo con el simbolismo cristiano-eclesial de la transubstanciación.

Pero el médico no sólo debe ser alquimista, sino también *astrólogo*[22]. Porque una segunda fuente de conocimiento para él es el *firmamento* o *cie-*

lo. En el *Labyrinthus medicorum*, Paracelso dice que las estrellas del cielo han de ser «acopladas entre sí» y el médico tiene que «obtener de esa conexión la sentencia del firmamento»[23]. Sin este arte de la interpretación astrológica de las constelaciones el médico sería un *pseudomedicus*. Pues el firmamento no es sólo la bóveda estelar cósmica, sino un *corpus* que a su vez es parte o contenido del cuerpo humano visible. «Donde está el *corpus*», dice, «se reúnen las águilas... Así que donde está la medicina se reúnen los médicos»[24]. El *corpus* del firmamento es una correspondencia física[25] del cielo astrológico. Y en tanto la constelación astrológica hace posible el diagnóstico, indica al mismo tiempo la terapia. En este sentido, también el «medicamento» está en el firmamento. Los médicos «se reúnen» en torno al *corpus* del firmamento como las águilas en torno a la carroña porque, como Paracelso dice con una comparación no precisamente delicada, la «carroña de la luz natural» está en el firmamento. El *corpus sydereum* es, en otras palabras, la *fuente de iluminación* a través de la *lumen naturae*, la «luz natural», que como se puede suponer representa el mayor papel no sólo en los escritos de nuestro autor, sino en toda su forma de pensar. La formulación intuitiva de esta visión es, en mi poco autorizada opinión, el hecho más importante, desde el punto de vista de la historia del pensamiento, por el que nadie pueda envidiar la fama inmortal de Paracelso. Sin duda esta visión influyó en sus contemporáneos, y más aún en las generaciones siguientes de los llamados pensadores místicos. Pero su importancia latente, filosófica en general y gnoseológica en particular, no ha alcanzado aún sus posibilidades máximas de desarrollo. El futuro tendrá mucho que decir al respecto.

El médico debe conocer este cielo interior. «Porque si sólo conoce el cielo por fuera / se quedará en astrónomo y astrólogo: pero si lo incardina en el hombre conocerá dos cielos. Los dos hacen que el médico conozca la parte / que concierne a la esfera superior. Esto tiene que estar sin defecto en el médico / para que conozca el *Caudam Draconis* del hombre / y sepa el *Arietem* y *Axem Polarem* / sepa su *Lineam Meridionalem* / su Oriente / su Occidente.» Él ve en el exterior el interior. «Es decir, en el hombre un firmamento / como en el cielo / pero no de una pieza / sino que son dos. Porque la mano / que ha separado la luz y las tinieblas / y la mano que ha hecho el cielo y la tierra / lo ha hecho también abajo en el microcosmos / tomándolo de arriba / y ha encerrado en la piel del hombre / todo lo que el cielo comprende. Por eso el cielo de fuera

es para nosotros la señal del cielo interior: ¿quién pues que no conozca el cielo exterior / quiere ser médico? Porque en el mismo cielo estamos / y está ante nuestros ojos: y el cielo en nosotros / no está ante nuestros ojos / sino tras nuestros ojos / y por eso no podemos verlo. Porque ¿quién ve a través de la piel? Nadie»[26].

Al llegar a este punto se piensa involuntariamente en la famosa frase de Kant acerca del «cielo estrellado sobre mí» y «la ley moral dentro de mí», cuyo «imperativo categórico» ha sustituido con plena vigencia psicológica la *heimarmene* estoica, la compulsión de los astros. Es indudable que la intuición de Paracelso estuvo influida en este punto por la idea básica hermenéutica del «cielo de arriba, cielo de abajo»[27]. En su concepción del cielo interior, ha atisbado una imagen primigenia que, en aras de su naturaleza eterna, no sólo se da en él, sino en muchos y en distintas épocas y distintos lugares.

En cada hombre, dice, hay un cielo especial, completo e indiviso. «Porque un niño / que es concebido / tiene ahora su cielo»[28]. «Tal como esté el gran cielo / se le imprime en su nacimiento»[29]. El hombre tiene «su padre... en el cielo / y también en el aire / y es un hijo hecho y nacido del aire y del firmamento». Hay una «línea láctea» en el cielo y en nosotros. La galaxia pasa por el vientre[30]. Igualmente, los polos y el Zodiaco están en el cuerpo humano. «Así, es necesario / que un médico conozca / entienda y sepa de los ascendentes / de las conjunciones / de la exaltación de los planetas / etc., y de todas las constelaciones: y si lo sabe fuera en el padre / se sigue ahora y después / que lo introduzca en el hombre / aunque sea tan grande el número de los hombres / y sean muchas: y sepa dónde se encuentra el cielo en cada uno con su concordancia / dónde el sano / dónde el enfermo / dónde el principio / dónde el fin / dónde el final / dónde la Muerte. Porque el cielo es el hombre / y el hombre es el cielo / y todos los hombres un cielo / y el cielo sólo un hombre»[31]. El llamado «padre en el cielo» es el cielo estrellado mismo. El cielo es el *homo maximus*, y el *corpus sydereum* es, si se puede decir así, el representante del *homo maximus* en el individuo. «Ahora bien, el hombre no ha nacido del hombre: porque el primer hombre no tuvo ningún predecesor / sino la criatura / y de lo creado surgió el limbo / y del limbo el hombre / y el hombre ha seguido siendo limbo. Y como ha seguido siéndolo / como quiera que está encerrado en la piel [y nadie ve en su interior / y los efectos no son visibles en él] tiene que haber salido del padre / y

no de él mismo. Porque el cielo exterior y su cielo son un mismo cielo / pero en dos partes. Como un padre y un hijo son dos / una anatomía / quien conoce a uno / conoce también al otro»[32].

El padre celestial, el gran hombre, cae también en la enfermedad, y de ella se pueden deducir diagnósticos y pronósticos para el hombre. Pero el cielo, dice Paracelso, es su propio médico, «como un perro cura sus heridas», lo que sin embargo no ocurre con el hombre. Por eso, dice, el hombre «resarce a su padre con enfermedad y salud. Y viendo / que este miembro lo ha hecho Marte / éste Venus / éste la Luna»[33], etc. Lo que a todas luces quiere decir que el médico tiene que inferir la enfermedad y la salud del estado del padre, es decir, del cielo. El astro es en realidad etiológico. «Porque», dice, «toda infección comienza en el astro / y del astro pasa después al hombre: esto es: según está el cielo / así le va al hombre. Pero no es / que el cielo penetre en el hombre: por eso no debemos hacer humo ni gusto: sino imitar al astro en el hombre, / como está prescrito por la mano de Dios, / lo que el cielo hace y cómo se comporta externamente / eso es lo que hay que hacer en el hombre. Como el Sol pasa por un cristal / la Luna da luz sobre la tierra: pero si esto no se hace hacia los hombres su cuerpo se daña / en las enfermedades. Porque igual que el Sol no va él mismo al lugar / tampoco los astros vienen al hombre / y sus rayos no dan nada al hombre: porque lo tienen que hacer los cuerpos / y no los rayos / son *Corpora Microcosmi Astralia* / los que heredan la índole del padre»[34]. Los *Corpora Astralia* son equivalentes al ya mencionado corpus sydereum sive astrale. En otro lugar dice «del padre vienen las enfermedades»[35] y no del hombre, igual que la carcoma no viene de la madera.

Igual que el astro es importante para el diagnóstico y pronóstico, lo es también para la *terapia*. «Porque de aquí surge la causa / de que el cielo te sea desfavorable / y tu medicina / no consiga nada: / el cielo tiene que dirigirte. Por eso el arte está en el lugar / que tú no debes mencionar. / Melisa es una hierba para la matriz / mejorana para la cabeza: así hablan los profanos. Tal cosa está en Venus y en la Luna: así que si quieres tenerla / como alegas / tienes que tener un cielo favorable / o no tendrá ningún efecto. Ahí está el error / que se ha extendido por la Medicina: dale una / y si ayuda ayuda. Tales prácticas puede hacerlas cualquier campesino / no hace falta ningún Avicena / ni Galeno»[36]. Cuando el médico pone el *corpus astrale* es decir, el Saturno fisiológico, o sea el bazo, o el

Júpiter, o sea el hígado, en la combinación correcta con el cielo, entonces el médico está, dice Paracelso, «en el camino correcto». «Y en que después sepa someter el uno al otro el Marte astral y el Marte crecido (es decir, el *corpus astrale*) / y conjugarlos y compararlos: porque en esto está el duende / en el que ningún médico hinca el diente al primer mordisco. Así que entiéndase / que las medicinas han de ser preparadas en el astro / y convertirse en astro. Porque si los astros superiores enferman y matan / también curan. Y si algo así debe ocurrir / no puede ocurrir sin los astros. Y si ha de ocurrir con los astros / que sea por el camino / de que la preparación lleve / a que al mismo tiempo sea la medicina hecha y preparada por el cielo»[37]. El médico tiene que «conocer la índole de la medicina por el astro / que hay astros arriba y abajo. Y como quiera que la medicina no vale nada sin el cielo / ha de ser conducida por el cielo» Esto significa que la influencia astral tiene que regir también el procedimiento alquímico y la fabricación de los arcanos. Así dice Paracelso: «Y el curso del cielo enseña el curso y el régimen del fuego en el Athanar[38] Porque la virtud / que hay en el zafiro / la da el cielo mediante soluciones / y coagulaciones / y fijaciones»[39]. De la aplicación práctica de los medicamentos dice que la medicina está «dentro de la voluntad de los astros / y es guiada y dirigida por el astro. Así que lo que corresponde al cerebro / es llevado al cerebro por Luna; lo que corresponde al bazo / es llevado al bazo por Saturnum; lo que corresponde al corazón / es llevado por Solem al corazón; y así por Venerem los riñones / por Iovem los hígados / por Martem las vesículas. Y así no sólo con éstos / sino también con todos los demás / ocurre de forma inefable»[40].

Los nombres de las enfermedades deben ser empleados asimismo en relación con la Astrología, como la «Anatomía», por la que Paracelso, como ya se ha indicado, no entiende sino la estructura astrofisiológica del hombre, pero vive Dios que no lo que un Vesalio entendía por tal. Según él, la Anatomía ha de ser comprendida como una «concordancia con la *machina mundi*». No basta con disecar el cuerpo «como un campesino / que mira en un salterio»[41]. La «Anatomía» significa para él algo así como análisis. Así dice: «*Magica es Anatomia Medicinae*... Así que la Magica descompone todos los *corpora* de la medicina»[42]. Pero Anatomía significa también para él algo así como recuerdo del saber originario e innato del hombre, que se le revela a través de la *lumen naturae*. Así, dice en el *Labyrinthus medicorum*: «Cuánto esfuerzo y trabajo ha necesitado el Mille Ar

tifex[43] / para sacar esa Anatomía de la memoria del hombre / sólo para que éste olvide tan noble arte / y se refugie en la ensoñación y en otras anteojeras / en las que no hay arte alguno / y consuma inútilmente su tiempo en la Tierra. Porque el que nada sabe / nada ama... Pero el que comprende / ama / observa / ve»[44].

Respecto a los nombres de las enfermedades, opina que deberían ser escogidos conforme al Zodiaco y los planetas, y por tanto deberían rezar: Morbus leonis, sagittarii, Martis, etc. Sin embargo, él mismo se atiene muy poco a ello. Olvida con frecuencia cómo ha llamado a una cosa en una ocasión y entonces le inventa un nuevo nombre, lo que, dicho sea de paso, no facilita en modo alguno la comprensión de sus escritos.

Así, vemos que en Paracelso etiología, diagnóstico, pronóstico, terapia, terminología patológica, farmacología y preparación de los medicamentos están en relación directa con datos astrológicos, y *–last* [but] *not least–* lo mismo las oportunidades de la praxis. Así, grita a sus colegas: «Vosotros, médicos todos, deberíais regiros por la sabiduría / de modo que conocierais el origen de la felicidad y la desgracia: si no podéis hacerlo / renunciad a la medicina»[45]. Esto puede querer decir, por ejemplo, que en caso de indicaciones desfavorables obtenidas del horóscopo del enfermo el médico tenía la posibilidad de inhibirse oportunamente, lo que en vista de la violencia de aquellos tiempos, como sabemos por la vida del gran Cardano, era quizá lo más indicado.

Pero el médico no sólo debe ser alquimista y astrólogo, sino también *filósofo.* ¿Y qué entiende Paracelso por Filosofía? Para dejarlo claro desde el principio, la Filosofía tal como él la entiende no tiene absolutamente nada que ver con nuestro concepto de ella. En él se trata de una –podríamos decir– cuestión esotérica. No olvidemos que Paracelso es ante todo alquimista, y practica la vieja Filosofía natural, que, al contrario de lo que se opina modernamente, tiene menos que ver con el pensamiento que con la *vivencia.* En la tradición alquimista, las expresiones *philosophia, sapientia* y *scientia* son sustancialmente idénticas. Aunque por una parte se manejan como ideas abstractas, por otra se presentan curiosamente como materiales, o por lo menos como contenidas en la materia[46] y denominadas conforme a ella. Se manifiestan como mercurio o Mercurius, plomo o Saturnus, oro o *aurum non vulgi*, sal o *sal sapientiae*, agua o *aqua permanens*, etc. Es decir: estos materiales son Arcana, y como ellos, también la Filosofía es un Arcanum. En la práctica esto desemboca en que la Filo-

sofía está en cierto modo oculta en la materia, y por tanto ha de hallarse también en la materia[47]. Se trata evidentemente de proyecciones psicológicas, es decir, de un estado espiritual primitivo, claramente existente aún en la época de Paracelso, cuyo principal síntoma es la *identidad inconsciente* de sujeto y objeto.

Me parece necesario que vayan por delante estas observaciones porque podrían facilitar la comprensión del concepto paracelsiano de Filosofía. Así, Paracelso pregunta: «¿Qué es la Naturaleza sino Filosofía?»[48] Está en el hombre y fuera de él. Es como un espejo que consiste en los cuatro elementos, porque en los elementos se refleja el microcosmos[49]. Se le puede reconocer a partir de su «matriz»[50], es decir, de la «materia» de los elementos.

En realidad hay «dos filosofías» (!), la de la esfera inferior y la de la superior. La inferior concierne a los *minera*, la superior a los *astra*[51]. Esta última es realmente Astronomía, de donde se desprende la poca separación que en Paracelso hay entre los conceptos de filosofía y ciencia. Esto queda completamente claro cuando escuchamos que la Filosofía concierne a la tierra y el agua, la Astronomía en cambio al aire y el fuego[52]. La Filosofía es el conocimiento de la esfera inferior. Es, como la *scientia*, innata a todas las criaturas de la Naturaleza; así el peral tiene sus peras solamente debido a su *scientia*. Ésta es una «influencia» *oculta en la Naturaleza*. Está oculta también en el hombre, y se necesita la «Magica» para revelar este arcano. Todo lo demás es, dice, «fantasía vacía / y la tontería / de la que surgen los fantaseadores». Este don de la *scientia* ha de ser llevado «alquímicamente a su grado máximo»[53]. Es decir, que la *scientia* se destila, sublima y sutiliza como una sustancia química. Si las «Scientiae de la Naturaleza» no están en el médico, dice, «vas de acá para allá / y no sabes de cierto / más que la cháchara de tu boca»[54].

Así, no resulta sorprendente que la Filosofía sea también una práctica. Dice en sus *Fragmenta medica*: «En la Filosofía está el núcleo del conocimiento, el glóbulo entero, y se manifiesta a través de la práctica. Porque la Filosofía no es / sino *Practica Globuli o Sphaerae*... la Filosofía enseña la fuerza y propiedades de las cosas terrenas / y acuáticas... Por eso te digo de la Filosofía que del mismo modo que en la Tierra hay un filósofo también en el hombre. Porque un filósofo es de la tierra / uno del agua», etc.[55] Según esto, hay en el hombre un «filósofo» en el mismo sentido que un alquimista, siendo este último, como hemos visto antes, el estómago

Pero la misma función se encuentra también en la tierra, de la que la Filosofía puede ser «extraída» en su caso. A ella se refiere nuestro texto al hablar de *practica globuli*, lo que significa el tratamiento alquímico de la *massa globosa*, es decir, de la *prima materia*, la sustancia arcana propiamente dicha. La Filosofía es por tanto un método alquímico[56]. El conocimiento filosófico es de hecho para Paracelso una actividad del objeto, por eso lo llama un «lanzamiento». «El árbol... da sin el alfabeto el nombre árbol», y dice en cierto modo lo que es y contiene, exactamente igual que los astros, que contienen también sus «sentencias firmamentísticas». Así Paracelso puede decir que el *Archasius* del hombre[57] atrae *scientia atque prudentiam*[58]. Incluso confiesa con gran humildad: «¿Qué idea el hombre por sí mismo / o por sus medios? Ni poner un remiendo en unos pantalones»[59]. Además, no pocas de las artes médicas han sido «reveladas por el demonio y los espíritus»[60].

No quiero amontonar las citas. De lo dicho se puede desprender claramente que también la *Filosofía* del médico es una práctica oculta. De este modo, resulta casi obvio que Paracelso sea un gran admirador de la *Magia* y del Ars *cabalistica*, la «Gabal». Si un médico no conoce la magia «es un loco y un bienintencionado en la medicina / más orientado hacia el engaño / que hacia la verdad... La Magica es [su] preceptor... y pedagogo»[61]. Consecuentemente, Paracelso ha diseñado muchos amuletos y sellos[62], cayendo así, no sin culpa por su parte, en la mala fama de practicar la hechicería. De los futuros médicos dice –y este mirar hacia los tiempos venideros es característico en él–: «Serán Geomantici / serán Adepti / serán Archei / serán Spagyri, tendrán Quintum Esse»[63], etc. Si el sueño químico de la Alquimia se ha hecho realidad, lo que Paracelso intuía y anticipaba era la actual Medicina química.

Antes de terminar mi, por desgracia, demasiado sumaria exposición, quisiera destacar aún un importantísimo aspecto de su terapia, y es el *psicoterapéutico*. Paracelso conoce aún el antiquísimo método de la *conversación sobre la enfermedad*, del que el *Papiro Ebers* nos da ya tan acertados ejemplos de la época del antiguo Egipto[64]. Paracelso llama a este método «Theorica». Hay, dice, una *Theorica Essentiae Curae* y una *Theorica Essentiae Causae*, pero añade enseguida: «*Theorica curae et causae* están unidas y entrelazadas». Lo que tiene que decir al enfermo se desprende de *la propia condición del médico*: «tiene que ser completo, pues de lo contrario no conseguirá nada». La *luz de la Naturaleza* tiene que darle sus instruccio-

nes, es decir: tiene que proceder intuitivamente, porque sólo por iluminación se entiende el *Textus libri Naturae*. El *Theoricus medicus* tiene por tanto que *hablar por la boca* de Dios, pues Dios ha creado al médico[65] y a la Medicina, e igual que el teólogo toma su verdad de la Escritura sagrada revelada, así el médico de la luz de la Naturaleza. La Theorica es para él *Religio medica*. Hay un ejemplo de cómo practicar la Theorica, es decir, de cómo hay que hablar con el enfermo: «O si uno es hidrópico y dice / que tiene el hígado frío / etc., y también tiende a la hidropesía, tales razones son demasiado poco. Pero si le dices / que es una semilla meteórica / que se convierte en una lluvia / que afluye desde arriba desde el *Mediis Interstitiis* al hígado y sus partes / y por tanto la semilla se convierte en agua / un estanque / un lago: habrás acertado. Igual que vemos un cielo hermoso y despejado / en el que no hay nube alguna: y en un instante / se levanta una nubecilla / que crece y engorda / y en una hora / se convierte en una gran lluvia / granizo / chubasco, etc. Así tenemos que teorizar / desde la base de la Medicina / la forma en que contamos / la enfermedad»[66]. Se ve lo sugestivo que este discurso tendría que ser para el enfermo. La comparación meteorológica mueve a producir un precipitado: las esclusas del cuerpo se abrirán, y el *ascites* saldrá al exterior. Esta estimulación psíquica no se puede subestimar incluso en enfermedades físicas, y estoy convencido de que más de una cura milagrosa de nuestro maestro es atribuible a su magnífica Theorica.

Dice muchas cosas buenas sobre la postura del médico respecto al enfermo. De la multitud de sus manifestaciones quisiera citar para terminar unas pocas, pero muy hermosas palabras del *Liber de Caducis*[67]. «Ante todo es preciso alcanzar una gran misericordia / que a un médico debe serle innata.» «Donde no hay amor / no hay arte.» Ambos, médico y Medicina «no son más / que misericordia dada por Dios / al necesitado». El arte se alcanza por «obra del amor». «Así el médico debe tener no menos misericordia y amor / que el que a Dios suponemos hacia los hombres.» La misericordia es «maestra de los médicos». «Yo bajo el Señor, el Señor por debajo de mí, yo por debajo de Él fuera de mi mandato, Él por debajo de mí fuera de Su mandato. Así que cada uno está por debajo del mandato del otro y sometido al otro en tal amor.» El médico es «el medio [por el que] la Naturaleza actúa... despierta sin serle pedido a la medicina / y la saca de la tierra / sin que pidamos nada». Lo que el médico hace no es su obra. «El ejercicio de este arte está en el corazón: si tu corazón es fal

so / también es falso el médico que hay en ti.» «Él no dice, con el desesperado Satán: / es imposible.» Por eso, hay que tener confianza en Dios. Porque antes «hablarán contigo las hierbas y raíces / en las que está la fuerza / que tú necesitas». «El médico ha probado la comida / a la que no vinieron los invitados.»

Con esto he llegado al final de mi exposición. Me daré por satisfecho si he logrado transmitir por lo menos algunas impresiones de la personalidad, tan peculiar como genial, así como de la atmósfera espiritual del famoso médico al que sus contemporáneos calificaron, no sin razón, de «Lutherus medicorum». Paracelso es una de esas grandes figuras del Renacimiento que, en su abismal profundidad, siguen resultándonos problemáticas incluso hoy, después de cuatrocientos años.

Notas a las conferencias

Paracelso

[1] Conferencia pronunciada en el marco de las jornadas organizadas por el Club Literario de Zurich en la casa natal de Paracelso en el Puente del Diablo de Einsiedeln, junio de 1929. Publicada en *Der Lesezirkel,* XVI (Zurich, 10 de septiembre de 1929). Más adelante en C. G. Jung, *Wirklichkeit der Seele*; además de como fascículo 25 en la serie «Der Bogen», Tschudy Verlag, St. Gallen 1952.

[2] Me remito a la magnífica edición de los escritos de Paracelso a cargo del doctor Bernhard Aschner (ver Bibliografía).

[3] Paracelso murió el 24 de septiembre de 1541 en Salzburgo, donde fue enterrado en el cementerio de San Sebastián, «entre los pobres de la casa de caridad».

[4] «Que no sea de otro quien puede ser suyo.»

[5] «Este Agrippa no perdona a nadie; desprecia, sabe, ignora, llora, ríe, se encoleriza, insulta, todo lo destroza; él por su parte es filósofo, demonio, héroe, dios y todo.»

Paracelso como médico

[1] Conferencia pronunciada en conmemoración del IV centenario de la muerte de Paracelso en la Sociedad Suiza de Historia de la Medicina y de las Ciencias Naturales, con ocasión de la asamblea anual de la Sociedad de Investigación de la Naturaleza, en Basilea, el 7 de septiembre de 1941. Publicada por vez primera en *Schweizerische medizinische Wöchenschrift* LXXXI-40, Basilea 1941, págs. 1.153-1.170. Además en C. G. Jung: *Paracelsica. Zwei Vorlesungen über den Arzt und Philosophen Theophrastus.*

[2] Es decir, no por principio. Rechaza expresamente ciertos abusos supersticiosos de la Astrología.

[3] *Epistolarum Conradi Gessneri,* libri III, fol. 2^{v-r}.

[4] Adam von Bodenstein, editor de la *Vita Longa* y discípulo de Paracelso en Basilea.

[5] El propio Paracelso menciona la acusación de «Haeresiarcha» en *Das Buch Paragranum,* pág. 18.

[6] ¡Con una curiosa restricción, en todo caso! Paracelso dice que un médico «inventado» necesita cien veces más esfuerzo que uno natural, porque al parecer este último lo recibe todo de la «luz natural».

[7] *Paragranum,* pág. 105.

[8] *Liber Azoth,* pág. 578. Afirma haber visto en persona la transformación del ganso arbóreo.

[9] *De Caducis,* parágrafo II, págs. 253-ss.

[10] *Paragranum;* la *leprositas aeris* es por otra parte una conocida concepción alquímica. «Es el óxido el que da valor a la moneda» (Goethe, *Fausto,* II parte).

[11] *Paragranum,* pág. 33.

[12] op. cit., pág. 39.

[13] op. cit., pág. 53.

[14] op. cit., pág. 35 (resaltado por Jung).

[15] *Labyrinthus medicorum,* cap. V, pág. 166.

[16] op. cit., cap. III, págs. 158-ss.

[17] op. cit., cap. IV, pág. 161.

[18] *De morbis amentium tractatus secundus,* cap. VI, pág. 73.

[19] *Paragranum,* pág. 32.

[20] op. cit., pág. 65.

[21] op. cit., pág. 80 y similar en pág. 83.

[22] Paracelso apenas distingue entre Astronomía y Astrología.

[23] *Labyrinthus medicorum,* cap. II, pág. 156.

[24] op. cit., pág. 157.

[25] Un *corpus* en el hombre corresponde al astro superior (*Paragranum,* pág. 49). Como en el cielo, también en el cuerpo las estrellas flotan libremente, sin mezcla, y tienen un efecto invisible como los Arcana (op. cit., pág. 50).

[26] *Paragranum,* págs. 52-ss.

[27] Paracelso conocía en todo caso el texto de la *Tabula smaragdina,* que es la autoridad clásica de la Alquimia medieval. El texto reza: *Quod est inferius, est sicut quod est superius. Quod est superius, est sicut quod est inferius. Ad perpetranda miracula rei unius.*

[28] *Paragranum,* pág. 57.

[29] op. cit., pág. 57.

[30] op. cit., pág. 48. Cfr. la descripción intuitiva en *De ente astrali (Fragmenta ad Paramirum,* págs. 112-s.): «El cielo es un espíritu / y un vapor / en el que vivimos como un pájaro en el tiempo. No sólo las estrellas / o la Luna / etc. hacen el cielo / sino que hay estrellas en nosotros / que también lo hacen / que no vemos y están en nosotros... *Duplex est Firmamentum, Coeli et Corporum, et illa habent concordantiam ad inuicem, et non Corpus ad Firmamentum...* la fuerza del hombre viene del firmamento superior / y toda su fuerza está en él. Según sea éste fuerte o débil, así es también el firmamento del cuerpo...».

[31] *Paragranum,* pág. 56.

[32] op. cit., pág. 55 (resaltado por Jung).

[33] op. cit., pág. 60.

[34] op. cit., pág. 54.

[35] op. cit., pág. 48.

[36] op. cit., pág. 73.

[37] op. cit., págs. 72-ss.

[38] El horno alquímico.

[39] *Paragranum,* pág. 77.

[40] op. cit., pág. 73. Se trata asimismo de viejas concepciones alquímicas.

[41] *Labyrinthus medicorum*, cap. IV, pág. 162.

[42] op. cit., cap. IX, pág. 177.

[43] El diablo.

[44] *Labyrinthus medicorum*, cap. IX, pág. 178.

[45] *Paragranum*, pág. 67.

[46] Resultante de ello es el extraño pero característico uso alquímico del lenguaje, como por ejemplo: *Illud corpus est locus scientiae, congregans illam*, etc. (Mylius, *Philosophia reformata*, pág. 123).

[47] El *Liber quartorum* (siglo X) habla directamente de «extracción de los pensamientos». El texto correspondiente reza: *Sedentes super flumina Eufrates, sunt Caldaei, stellarum periti, et judiciorum earum, er sunt priores, qui adinvenerunt extrahere cogitationem.* Estos habitantes de la ribera del Éufrates son sin duda los sabios o harranitas, a cuya erudita actividad debemos la transmisión de toda una serie de tratados de ciencias naturales de origen alejandrino. Como en Paracelso, encontramos aquí ya la conexión de la transformación alquímica con las influencias de los astros. Así se dice (en el mismo punto): *Qui sedent super flumina Eufrates, converterunt corpora grossa in speciem simplicem, cum adiutorio motus corporum superiorum*, etc. (*Theatrum chemicum*, tomo V, pág. 144). Cfr. con *extrahere cogitationem* el paracelsiano *attrahere scientiam atque prudentiam*.

[48] *Paragranum*, pág. 26.

[49] op. cit., pág. 27.

[50] op. cit., pág. 28.

[51] op. cit., págs. 13 y 33.

[52] op. cit., pág. 47.

[53] *Labyrinthus medicorum*, cap. VI, págs. 168-ss.

[54] op. cit., cap. VI, pág. 170.

[55] *Fragmenta medica*, liber quatuor columnarum medicinae, pág. 132.

[56] También en esto Paracelso se revela como un alquimista conservador. La Alquimia designaba ya en la antigüedad su variado proceder como *(texto griego pág. 314 del original)* «la partición de la Filosofía en cuatro partes» (Berthelot, *Collection des anciens alchimistes grecs*, III, XLIV, 5, pág. 219).

[57] *Archasius*, sin duda idéntico con *Archeus*, el calor interior de la vida, el llamado Vulcano. Parece estar localizado en el vientre, donde se encarga de la digestión y produce «alimentos», igual que el *Archeus Terrae* los metales. Es el alquimista de la tierra, que gradúa el «fuego mineral en las montañas» (*De transmutationibus rerum naturalium*, lib. VII, pág. 305). Tampoco esta idea es original. La encontramos ya en el *Liber quartorum* harranita. El *Archeus* se llama allí *Alkian* o *Alkien*. *Alkian est... spiritus nutriens et regens hominem, per quem fit conversio nutrimenti, et generatio animalis, et per ipsum consistit homo...* (*Theatrum chemicum*, tomo V, pág. 152). *Alkien terrae, est Alkien animalis: In finibus terrae... sunt vires... sicut vires animalis* [sic] *quas vocant medici alkien* (op. cit., pág. 191).

[58] *De vita longa*, liber I, cap. IX, pág. 26.

[59] *Paragranum*, pág. 98.

[60] *De la podagra*, pág. 145.

[61] *Labyrinthus medicorum*, cap. IX, pág. 177.

[62] *Archidoxis magicae,* Huser II, Zehender Theil: *catalogus* (cfr. también Sudhoff, XIV, págs. 437-ss).

[63] *Paragranum,* pág. 21.

[64] Siglo XVI a. de C. Cfr. Ebers, *Papyros Ebers. Das hermetische Buch über die Arzneimittel der alten Ägypter.*

[65] Dios prefiere al médico sobre todas las facultades. Por eso éste no puede ser un «enmascarado», sino que ha de ser veraz (*Paragranum,* pág. 95).

[66] *Labyrinthus medicorum,* cap. VIII, págs. 175-ss.

[67] *Paragraphus Primus,* págs. 245-249.

Glosario

Alquimia Estadio medieval previo a la Química. Trata de la fabricación artificial del oro, de la «piedra filosofal» o del «elixir de la vida».

Los esfuerzos de la Alquimia medieval tenían en muchos casos el carácter de actos religiosos. Representan por así decirlo un ritual religioso, llamado a expresar la inserción eterna e inalterable del hombre en un orden mundial escalonado jerárquicamente y a poner objetivamente ante sus ojos el proceso de transformación de la materia química por vía de una profunda experiencia de sí mismo.

Se trataba por tanto no sólo de un proceso químico-material, sino también de un proceso místico en el que el alquimista estaba incluido como meditador y en el que se esforzaba por redimir su propia «chispa de luz» divina atrapada en su cuerpo material, lo que en opinión de los alquimistas sólo podía ocurrir *deo concedente*, es decir, con ayuda de la gracia de Dios.

Los esfuerzos de la Alquimia se pueden resumir en los tres procesos siguientes:

1. Arte de la transformación de los metales (crisopeya).

2. Fabricación de los Arcana (remedios secretos), especialmente del *elixir vitae* y el *aurum potabile* (farmacopea).

3. Fabricación mágica del Homunculus o «hijo de la sabiduría», o de la *lapis philosophorum* (Alquimia filosófica).

Anatomía En Paracelso, con este término se hace referencia en parte a la estructura en su integridad orgánica, y en parte a la forma originaria que está detrás de cada forma individual.

Anima Alma. Este concepto está en Paracelso ampliamente equiparado al concepto de «cuerpo sideral» (*véase*); pero también se refiere con él a todo lo etéreo, lo fino y fugaz –como era usual desde siempre en la Alquimia–, y a lo específicamente activo, la esencia de la medicina (ver también *Mercurius*).

Animal apocalíptico El dragón de siete cabezas que aparece en el Apocalipsis de san Juan (caps. II y III) como encarnación del Mal (ver también *Babilonia*, así como la ilustración de la pág. 254).

Antimonio Se empleaba como remedio alquímico secreto; también es la denominación simbólica de un determinado escalón en el proceso de transformación (ver pág. 246). «Del mismo modo que el antimonio limpia con su chorro el oro y no deja en él impureza alguna, del mismo modo y manera limpia también el cuerpo humano» (de *Paracelsus*, citado por Sticker). Esta «limpieza» se refiere tanto concretamente a la enfermedad como simbólicamente al alma.

Aquafort Un precipitado que se utilizaba frecuentemente en el proceso alquímico.

Arcanum (plural, **Arcana**) Secreto. Paracelso llama Arcana a todos los llamados «remedios secretos», cuya acción se manifiesta en el extracto de las virtudes se-

cretas que son inherentes a las distintas hierbas, minerales, metales, etc.; se reconocen mediante un especial saber y se consiguen y obtienen a través de un procedimiento especial (ver también *Quinta essentia*).

Arte Significa la plena capacidad alcanzada en cada profesión; en Paracelso, se refiere especialmente a la Medicina y la Alquimia, y por tanto no hace referencia sólo, como en su sentido actual, al Arte figurativo, la Literatura y la Música.

Artes inciertas Paracelso llama *artes incertae* a la Geomancia, la Piromancia, la Hidromancia, la Quiromancia, etc. (ver *esas voces*), porque en su opinión la comprensión y conocimiento de estas «artes» no afluye al hombre directamente desde el espíritu de Dios, sino que procede de la imaginación (*véase*) del hombre; por tanto, son engañosas y le llevan a menudo por caminos falsos y a su abuso.

Ascendente Concepto astrológico que designa el signo del Zodiaco que se alza en el horizonte en el momento del nacimiento de un ser humano. En Paracelso, significa también, en sentido cósmico-místico, en sentido de interrelación y vinculación del hombre con toda la Creación, el símbolo de su ascenso a culminador, de continuador del mundo milagroso de la Creación, al penetrar en ella como ser humano.

Aspecto La posición de las estrellas en su relación mutua, que, según una antigua doctrina astrológica, puede producir una situación general favorable o desfavorable para el hombre.

Astro Por este concepto entiende Paracelso la totalidad del firmamento, así como también su influencia sobre la constitución física y el alma del hombre (sobre el «astro interior»), que mantiene una interrelación con la constelación cósmica. En Paracelso se emplea a menudo con el mismo sentido que «cielo» y «firmamento» (ver también *Cuerpo sideral*, *Imaginación* y *Astrum*).

Astronomía En la época de Paracelso la Astronomía y lo que entendemos por Astrología todavía no se habían separado. Paracelso siempre la rechazó como arte de la profecía y de la interpretación mágica del futuro. En ella no veía sino un camino para llegar al conocimiento de la unidad omnivinculante y la armonía de la Creación, sin cuya ayuda no se podía penetrar hasta la verdadera esencia de los procesos naturales.

Esta concepción de Paracelso puede ser calificada más bien como una especie de Cosmosofía, que tiene que destacarse claramente de la vinculación a una influencia de los astros concebida como determinista por el hecho mismo de que, por una parte, sitúa al hombre como punto central y en relación multilateral con el Cosmos y, por otra, le permite estar hecho a imagen de Dios y gozar de una libertad interior otorgada por Dios. Quien siga consecuentemente la visión del mundo de Paracelso verá con toda claridad en este punto lo poco que tiene que ver con los ámbitos generalmente calificados de Astrología, predicción, hechicería, etc. En el edificio doctrinal de Paracelso, significa la ciencia que «se ocupa de la comparación de Micro y Macrocosmos para explicar fisiológicamente la naturaleza del primero y llegar al conocimiento del principio razonable de la actividad de ambos» (citado según Hans Kayser, *Schriften des Theophrastus Paracelsus*, Leipzig 1924). En este sentido, por tanto, la Astronomía constituye la segunda de las cuatro columnas (Filosofía, Alquimia y Ética son las

otras tres) del edificio doctrinal paracelsiano; Paracelso quería que todo médico dominara la Astronomía como fundamento imprescindible.

Astrum La inculcación cósmica producida desde el cielo exterior por la constelación de los astros en la hora del nacimiento, que forma dentro del cuerpo su propio «cielo» y se muestra anímicamente como condicionamiento del carácter.

Aurum potabile Oro líquido. En la Alquimia, el oro es el supremo elixir (ver *Elixir*). Puede, por una parte, transformar metales no nobles en oro y es, por otra parte, un rejuvenecedor elixir de la vida. «Este elixir del oro transforma cada cosa en aquella a la que se incorpora, y... limpia y mantiene limpio el cuerpo humano... Su fuerza arcánica supera todo veneno» (citado según Sticker, *Paracelsus*).

Azoth Un retrato del año 1567 muestra una mano de Paracelso descansando en el pomo de una espada que lleva la inscripción «Azoth». De los versos al pie de la ilustración puede deducirse que aparentemente Azoth era la denominación de un remedio secreto, una especie de *elixir vitae*, un remedio infalible, un *alexipharmakon* (antídoto). Según una antigua tradición, se trataría de un polvo blanco de propiedades tan milagrosas que Paracelso siempre lo llevaba consigo en una cápsula en el pomo de su espada. Se supone que ése sería el motivo de que no quisiera separarse de su espada ni siquiera de noche. Azoth es también la denominación secreta de Mercurius, que se extraía de determinados materiales –una medicina universal que incluía en sí las virtudes de todas las otras–. De ahí que Azoth fuera también una denominación para la *lapis philosophorum*, la «piedra filosofal».

Azoth es un *spiritus animatus*, un espíritu animado. Aparece ya en la filósofa cóptica María la Judía (mencionada ya por Olimpiodoro en el siglo VI) y en el alquimista Geber (Al Djabir, alquimista árabe del siglo VIII; también se le llama Alfa-Omega Zeus, Theos).

Azufre Asimismo una de las materias que constituyen el hombre. Químicamente en Paracelso una denominación genérica para todo lo combustible, simbólicamente empleado para lo espiritual en el hombre (comp. ilustración pág. 228). La mayoría de las veces en combinación con mercurio («alma») y sal (ver *Cuerpo*).

Babilonia La «Prostituta Babilonia» del Apocalipsis de san Juan, el monstruo devorador, la encarnación del Mal, idéntico a Thiamat, la madre originaria babilónica (ver pág. 120 y *Animal apocalíptico*).

Bálsamo Principio que mantiene la vida en todos los seres vivos; puede ser extraído alquímicamente como remedio. Es originariamente el bálsamo de las momias, que protegía los cadáveres embalsamados de la putrefacción. Tiene una importancia funcional similar a la del Yliaster.

Cábala «Tradición»; el nombre que recibía el neoplatonismo judío de la Edad Media, surgido del gnosticismo y de la apocalíptica de los primeros siglos posteriores a Cristo. Sus dos obras principales son *Sepher jezirah* (Libro de la Creación) y *Sohar* (Brillo de la luz); el primero procede del siglo IX, el segundo fue redactado en el siglo XIII por Moisés de León.

Carne de Adán Se refiere al cuerpo animal y pecador, y está en contraposición con el cuerpo luminoso, la «carne sutil que no procede de Adán».

Cielo Paracelso utiliza este término tanto en el sentido usual como en el sentido del «astro», y asimismo como denominación de la «esfera superior» en contrapo-

sición a la «esfera inferior», es decir, la tierra (ver *Astro*).

Compositio humana Paracelso imagina al hombre como un compuesto de los cuatro elementos (tierra, agua, fuego y aire) de los que está formada toda la Creación; cada elemento se basa a su vez en tres sustancias, a saber: mercurio, azufre y sal, que, dentro del cuerpo elemental, se convierten en carne y sangre y, como capacidades del cuerpo sideral, en «ánimo, sabiduría y arte». También en este punto el fundamento viene expresado por el misterioso número 7 (= 4 + 3, ver también *Planeta*). Pero la *compositio humana* ha de ser entendida también como un compuesto de *limus terrae* y *limus coelorum*; el hombre consta de una parte perecedera y una parte eterna, en tanto pertenece por igual al reino de la Naturaleza y al reino de Dios.

Concordancia Coincidencia. En ella descansan las distintas correspondencias que Paracelso supone, sobre todo las existentes entre Micro y Macrocosmos.

Constelación La posición de las estrellas en un determinado momento; en un sentido más amplio, una unión especial de distintos factores existente en un momento dado. En muchas ocasiones, Paracelso entiende por tal también una fuerza (simpatía) que pone todo en relación y vincula así determinadas situaciones en el interior del hombre con los astros, y viceversa causa la acción de las posiciones de los astros en los procesos de la «esfera inferior», es decir, en el espacio vital del hombre.

Cosmógrafo Persona que se ocupa de la teoría del Universo.

Cuerpo Paracelso distingue tres clases de cuerpo en el hombre:

1. El cuerpo elemental, que es material y animal y al que corresponden los bajos instintos.

2. El cuerpo sideral, es decir, el cuerpo astral, que es etéreo y espiritual, no perceptible por nuestros sentidos e inaprensible, y al que corresponden los instintos superiores.

3. El cuerpo luminoso, el núcleo esencial eterno e imperecedero del hombre, la «chispa de Dios», llamado también cuerpo resurrecto.

Los dos primeros cuerpos son mortales, pero el tercero no. A la muerte del hombre, según Paracelso, cada cuerpo retorna a su origen: el elemental se hace agua y tierra, el sideral se reparte en el aire y en la radiación cósmica; el cuerpo luminoso vuelve a Dios. Paracelso adscribe materialidad a los dos primeros cuerpos, aunque dice del cuerpo sideral que es «tan sutil como un rayo de sol». Carne y sangre forman el ánimo «elemental», pensamientos y sentido el «cuerpo sideral» del hombre. Es característico de Paracelso el atribuir «corporalidad» incluso a mente y alma, aunque sea una corporalidad invisible e intangible. A cada cuerpo le son inherentes los instintos que corresponden a su esencia; al cuerpo elemental «gula, lujuria, etc.», al sideral «ánimo, arte, sabiduría», y al eterno la tendencia hacia el conocimiento de Dios.

Cuerpo astral El cuerpo sideral del hombre (ver también *Astrum* y *Cuerpo*).

Cuerpo sideral El «cuerpo astral». Una parte del cuerpo humano, consistente en fuego y aire, que acoge las impregnaciones del «astro» y provoca el movimiento vital en el cuerpo. Llamado también «cuerpo fugaz», según Paracelso forma, en contraposición al «cuerpo elemental», una especie de cuerpo etéreo o espiritual (cuerpo astral) que no obstante también es mortal (ver *Cuerpo*).

Curación Paracelso reconoce una curación mediante empleo de remedios mé-

dicos, mediante conversación con la «palabra activa» y como milagro a través de la gracia divina. Para las dos primeras formas es necesario que el médico no sólo conozca todos los remedios específicos, sino también las grandes relaciones entre hombre, Cosmos y Dios, sin las que no se puede ni conocer ni emplear correctamente los Arcana.

Así por ejemplo un enfermo no se puede curar siempre a voluntad del médico, sino sólo en un momento inmanente a su esencia y a su determinación, sobre el que sólo pueden tener efecto los medios empleados. En este sentido, la curación depende también de la correcta disposición y la constitución personal del médico, que han de estar asimismo en concordancia con enfermedad y enfermo. La contemplación de la personalidad en su integridad siempre estuvo en primer término de la práctica médica para Paracelso.

Divinatio Adivinación.

Divinator Intérprete del futuro que formula profecías. Paracelso contrapone este concepto a la sabiduría revelada, que procede de Dios.

Divinitas Divinidad.

Elementos Equiparables, conforme al criterio clásico, a tierra, agua, aire y fuego; los dos primeros están considerados húmedos y pesados, más materiales, los dos últimos cálidos y etéreos, más correspondientes al ámbito espiritual. Agua y tierra forman según Paracelso el «cuerpo animal», fuego y aire el «cuerpo sideral». Para Paracelso no son sustancias químicas en el sentido moderno, sino formas básicas de la materia, que potencial y eventualmente están contenidas también de forma no visible en todo lo perceptible sensorialmente, incluso si de cara al exterior ya no aparecen en su forma típica originaria. Según Paracelso hay cuatro elementos superiores (espirituales) y cuatro inferiores (físicos), estos últimos son las llamadas *matrices* (madres), mientras los superiores son los *patres* (padres) correspondientes a ellos. De ahí que todos los seres tengan cuatro padres y cuatro madres (los Ogdoas, paralelos gnósticos).

Elixir El remedio secreto para prolongar la vida ha sido desde siempre la más ansiada meta de los distintos procesos mágicos y alquímicos. En Paracelso se usa también en el sentido de «esencia» (ver *Essentia*). Como *elixir vitae* confiere la inmortalidad y es equiparable en sentido simbólico a la *panacea*, el remedio universal que redime al hombre de su *prima materia* y le lleva a culminar su personalidad.

Enfermedad Para Paracelso, toda alteración en el equilibrio de fuerzas (ordenadas en pares contrapuestos) que elimina el orden natural de todos los componentes, incluyendo los psíquicos, es una enfermedad. Una enfermedad puede surgir de forma autónoma en cada ámbito concreto (en el cuerpo elemental o en el sideral), o por un trastorno en la relación entre ambos; puede deberse a causas naturales o ser impuesta por Dios como prueba y castigo.

Ens (plural **Entia**) Lo que es, esencia, determinada circunstancia corporal, espiritual o intelectual. Son influencias o fuerzas activas, causantes y «parteras» de los trastornos y enfermedades del cuerpo. Paracelso distingue cinco de tales entia (ver págs. 127-ss.).

Esfera, inferior y superior Paracelso llama «esfera inferior» al ámbito de lo terreno, y «esfera superior» al ámbito de la bóveda estelar. A la esfera inferior pertenecen todas las propiedades «animales» e instintos del hombre, todo lo elemental

que hay en él, y a la superior en cambio todo lo espiritual y los «instintos superiores» atribuidos al «cuerpo sideral».

Esperma Con este término Paracelso se refiere, a diferencia de la semilla, a la parte material y tangible del fluido procreador, que no contiene en sí el espíritu y el ser, es decir las fuerzas activas, de la semilla.

Espíritu Paracelso entiende por tal «fuerzas del espíritu»; éstas pueden aparecer, visibles externamente, como fuerzas claramente delineadas y caracterizadas, ya sea en acciones o proyectadas sobre otras como seres humanos. En el lenguaje de la moderna psicología del inconsciente se les designaría probablemente con el concepto de «desdoblamientos psíquicos» o «personalidades psíquicas parciales» como las que se dan en las enfermedades mentales, pero también en las neurosis, etc.

Essentia Esencia es, al contrario que «veneno», el principio bueno activo en las cosas, a menudo calificado también como *virtus*, virtud, fuerza (ver *Quinta essentia*).

Estractiva Medio para extraer la esencia de las cosas.

Éter Empleado casi siempre por Paracelso para referirse al espacio aéreo, y por ello perteneciente a la esfera inferior.

Extracto del firmamento (ver *Firmamento*).

Filosofía Significa en Paracelso el conocimiento de todos los procesos naturales y de su ser más profundo. Corresponde a las actuales ciencias naturales.

Firmamento, extracto del Extracto del componente astral del hombre. Similar al *elixir vitae*.

Fisionomía El arte de investigar el carácter de un ser humano a partir de los rasgos de su rostro y la estructura de su cráneo, así como del modelado de su rostro.

Gemas Piedras preciosas, también fósiles, los llamados Cerauniae, y otros minerales de colores.

Geomancia Forma de adivinación que se basa en la observación de las fallas, cordilleras... de la configuración superficial de la Tierra.

Gladiolo Planta con bulbo a la que antiguamente se atribuían toda clase de poderes; es un bulbo encerrado por varias capas atravesadas en forma reticular. Paracelso podría haberse referido a ella (ver pág. 166).

Hidromancia Interpretación del futuro a partir del agua, de manifestaciones en los remolinos, las fuentes, lagos o incluso al mirar fijamente superficies de agua lisas y brillantes.

Homo maximus El Macrocosmos entendido como esencia humana originaria.

Iliadus, Iliastes (ver *Yliaster*).

Imagen Paracelso entiende por ella en primer término la imagen de Dios, conforme a la cual fue modelado el hombre; pero a menudo emplea también la expresión en su sentido amplio de «modelo».

Imaginación Capacidad de imaginar; en Paracelso es idéntica al «astro» o «firmamento» en el hombre, es decir, que la fantasía se desprende de la inculcación del cielo astrológico, que forma en nosotros el «hombre astro», es decir, el hombre verdadero, interior o superior, el hombre «correcto», el «cuerpo sideral» y también sus capacidades inmanentes.

Impressio Inculcación. Paracelso entiende por tal en primer término la acción del «astro» (ver *Astro* y *Cuerpo sideral*), que impregna el carácter y la constitución. *Impressio deltica* hace referencia a un efecto mágico con ayuda de la imaginación.

Incarnavita Medio para fomentar la curación de las heridas, que hace crecer la carne.

Íncubo Espíritu nocturno. Una especie de fantasma o mal espíritu que asalta a las mujeres por la noche (ver *Súcubo*). Según Paracelso, tales espíritus surgen por la fuerza de la imaginación (ver también *Mujer*).

Influencia Influjo, especialmente de los planetas.

Lapis philosophorum La piedra filosofal. Significa, en sentido químico-alquímico, el «oro» o la sustancia en su forma elevada y final, es decir la sustancia que transforma los metales en oro, o también la *panacea* (remedio universal); en sentido simbólico, toda sabiduría suprema que contempla al hombre como objetivo final de su camino iniciático y a través de la cual éste puede llevar su personalidad a la máxima culminación; a menudo se hace referencia con esto al propio hombre perfecto. Paracelso emplea el concepto en el sentido de la Filosofía hermética, y por tanto en primer término como comparación para el nivel de sabiduría más sublime del hombre. Según esta visión, encontrar u obtener la *lapis* significaba para el hombre un «segundo nacimiento», el nacimiento del cuerpo puro y sin escorias, el «segundo Adán»; en el procedimiento alquímico, se hace referencia simbólica con esto a la extracción de la «perla» de la oscuridad en la que yace oculta, la liberación de la chispa de Dios de sus «tinieblas» (hay paralelismos en el gnosticismo y el maniqueísmo).

Limbus La materia amorfa y sin propiedades dotada de la vida primigenia, la única madre de todo lo terreno, el «caos» de los alquimistas, en el que todas las cosas están ocultas y resumidas como en un colector y encerradas en un estado potencial (ver Hans Kayser, *Schriften des Theophrastus Paracelsus*). Constituye también la materia originaria de la *compositio humana*, consistente en *limus coelorum* y *limus terrae* (ver *Prima materia*).

Limus coelorum La materia básica celestial, que junto con el *limus terrae* forman la otra parte, la parte eterna de la «composición del hombre».

Limus terrae La materia originaria de la tierra, el barro del que Dios creó todo lo tangible. En gran medida idéntico al *limbus*.

Luz de la Naturaleza Un concepto central de Paracelso; al contrario de la sabiduría revelada, es un conocimiento obtenido intuitivamente de la experiencia de la Naturaleza que al mismo tiempo está también oculto en todos los seres desde el principio. Cosmológicamente, es una irradiación de fuerza oculta de la Naturaleza que hace posible el conocimiento de los secretos de la misma. Desde el punto de vista antropológico, es la fuerza de la inteligencia activa del hombre (que según Paracelso también recibe la denominación de razón) y una conciencia dirigida por la intuición y elaborada por la experiencia. La luz de la Naturaleza pertenece al ámbito de la Creación, y actúa sólo dentro de su entorno; procede del espíritu de Dios, lo que Paracelso expresa de este modo: «la luz de la Naturaleza fue prendida por el Espíritu Santo». Aunque está indisolublemente unida al Espíritu Santo, constituye una forma de conocimiento autónoma frente a la revelación.

Luz elemental Así llama Paracelso a las manifestaciones vitales que proceden de la pura esfera de los instintos y por tanto son propias no sólo del hombre, sino también de los animales. Se solapa en parte con la «luz de la Naturaleza».

Macrocosmos Este concepto incluye la totalidad de la Creación en su contraposición al Microcosmos: el hombre. Recibe

también la denominación de «la Gran Criatura», el Gran Mundo, en sentido cosmogónico el hombre originario (el Adán gnóstico o el Purusha indio).

Magia Hechicería; en Paracelso dividida en una magia buena, justificable en sentido cristiano (como empleo de conocimientos naturales secretos en bien de los enfermos y para investigar la Naturaleza), y una magia reprobable y pagana con fines malignos. Paracelso empleaba con fines curativos, entre otras cosas, sellos, amuletos y conjuros que formaban parte del arsenal de las ciencias ocultas de la época. La palabra magia viene de Magus o Magusaeus, el nombre para designar a los sacerdotes y sabios. Los tres Magos de Oriente del Nuevo Testamento son astrólogos caldeos.

Para Paracelso, magia significa sobre todo el acceso a las cosas ocultas celestiales y terrenas, pero no sobre la base y con ayuda de artes de hechicería, sino por medio de un conocimiento intuitivo obtenido a través de la gracia de Dios y una visión concentrada, que abre el paso a las grandes relaciones secretas entre Dios, mundo y hombre. Este arte aún estaba vivo para el «hombre mágico» del Renacimiento, pero hoy debemos «reelaborarlo» si queremos entenderlo correctamente.

Magnalia A todos los remedios y obras a las que Paracelso atribuía un efecto especial, inherente a ellos por la fuerza divina, los llamaba *magnalia Dei*, y extendía este concepto a toda la Creación y a todas las «obras maravillosas de Dios».

Mal francés *Morbus gallicus*, enfermedad venérea conocida hoy generalmente como sífilis, llamada también «plaga del placer» en la Edad Media; se supone que, importada de América a finales del siglo XV por soldados españoles, se difundió de manera repentina y con nunca vista rapidez por toda Europa. Cada nación le puso el nombre de otra, a la que se hacía sospechosa de haberla acarreado. Así, se llamó primero mal español, después napolitano (porque el ejército que Carlos VIII llevó desde Francia contra Nápoles se vio violentamente atacado por él), pero ante todo mal francés. El mercurio, empleado por primera vez metódicamente en su contra por Paracelso, sigue estando considerado hoy en día el remedio más seguro contra la sífilis. Paracelso pensaba que esta enfermedad era provocada por súcubos producidos «mediante prostitución en los burdeles» (ver *Sífilis*).

Materia Es para Paracelso toda materia dentro del Cosmos, desde la más burda y aprehensible hasta la más fina e inaprensible (ver *Prima materia* y *Ultima materia*).

Matrix Matriz, madre originaria, seno primigenio, lo conceptual, aún amorfo, que adopta la forma.

Medicina Esta expresión es empleada alternativamente por Paracelso para Medicina, arte curativo, y medicamento.

Medicina adepta Efecto curativo sobrenatural, Medicina secreta. Aquella Medicina que reposa en el conocimiento de las relaciones entre el cielo y el hombre y se ocupa de aquellas enfermedades que se derivan de la alteración de estas interrelaciones o que causa el «cielo» (por ejemplo una serie de enfermedades psíquicas).

Melusina Un ser mítico-mágico cuyo nombre emplea Paracelso para referirse a un Arcanum. Paracelso lo entiende como una fuerza espiritual con sede en la parte acuosa de la sangre, una especie de *anima vegetativa*.

Mercurius Mercurio. Es, según Paracelso, una de las tres sustancias básicas del hombre; por su vitalidad y fácil volatilidad en sentido simbólico-alquímico, se equipara con frecuencia a la «materia espiritual»,

«cuerpo fugaz», citado la mayor parte de las veces en unión con el azufre y la sal (ver *allí*, así como ilustraciones págs. 183 y 233). Se emplea como:

1. *Argentum vivum*, mercurio (significado químico).

2. Alma de la materia y espíritu vital; *anima mundi, spiritus vitae* (significado filosófico). Simbolizado por el dragón, la doncella con la serpiente, etc.

Microcosmos El hombre, que como imagen e hijo del Macrocosmos contiene en pequeño todas las partes esenciales del mismo. Entre las distintas partes del cuerpo del hombre, sus propiedades psíquicas y las distintas partes del Cosmos existe, según la visión de entonces, una correspondencia mutua (ver *Astro* y *Concordancia*). Según Paracelso, Macrocosmos y Microcosmos se enfrentan como seres autónomos.

Mujer La mujer es entendida por Paracelso, todavía plenamente en un sentido dogmático-medieval, como «segunda criatura» en rango, surgida tan sólo tras la creación del hombre. Sobre todo está ahí «en aras de él», como matriz, como seno materno del género humano. Con esto se delinea y cumple su importante tarea, que exige atención. Pero en este sentido es también portadora de lo material, de lo oscuro, y es –según el arbitrario criterio de Paracelso– culpable del surgimiento de todas las enfermedades. Porque antes de la creación de la mujer –cuando Adán todavía era inocente y vagaba en el puro espíritu de Dios– no había enfermedad alguna; sólo surgieron por el pecado original, y por tanto por culpa de la mujer.

Como criatura terrenal a la mujer sólo le corresponde un papel subordinado, pero como ser humano que posee en su alma una parte inmortal ha de ser considerada enteramente igual al hombre. Porque también a ella se le inculcó «la imagen de Dios», en ella vive el cuerpo luminoso inmortal que volverá al Creador tras la muerte de los cuerpos elemental y sideral. Así Paracelso no asigna sin duda a la mujer una tarea intelecto-creadora, pero sí una tarea ético-espiritual junto con la corporal (ver págs. 81-ss.).

Mysterium magnum Gran secreto. Con esto Paracelso se refiere también a toda la Creación.

Nigromancia, también **Necromancia** El arte de conjurar los espíritus de los muertos y hacerles pronunciar profecías; una especie de espiritismo medieval.

Philosophia, scientia, sapientia En la tradición alquímica, expresiones empleadas de forma en muchos casos idéntica.

Piedra de aroma Toboso, una especie de toba volcánica, piedra porosa.

Planeta Paracelso no sólo incluye entre los planetas a Venus, Marte, Mercurio, Júpiter y Saturno, sino, según antigua tradición, también al Sol y la Luna; éstos alcanzan así la cifra de siete, que desde siempre pasa por ser una de las cifras más importantes dentro de la estructura del mundo (ver también ilustraciones en las págs. 153 y 184).

Planetas, metales y remedios están para Paracelso, debido a su visión cosmológica, en una estrecha relación mutua, de la que se pueden extraer importantes conclusiones para la Medicina. Los planetas están también en el hombre, son su «anatomía». En el sentido de unidad orgánica de Micro y Macrocosmos, se deducía para Paracelso una relación íntima e invisible entre la situación cósmica correspondiente –es decir, también la de los planetas– y los acontecimientos en el marco de lo histórico-humano, como el estallido de guerras o la aparición de nuevas artes, inventos, etc.

Plomo No es sólo el metal que hoy conocemos bajo esa denominación, sino una expresión alquímico-simbólica para la materia originaria tenebrosa, pesada e invisible. Es materia originaria tanto en el proceso de transformación de la maduración espiritual como también en el arte fabricador de oro de los alquimistas. *Aurum philosophorum est plumbum* [El oro de los filósofos es plomo], se dice en la obra alquímica *Pandora* (Basilea 1588). De acuerdo con la doctrina de las correspondencias, el plomo pertenece al planeta Saturno.

Predestinación Predeterminación del destino por Dios o los acontecimientos naturales. Paracelso asume que es inherente a todo lo creado una fecha de caducidad predeterminada y oculta, una especie de «reloj interior».

Presagio Augurio, profecía, signo. Significa, en las propias palabras de Paracelso: «Presagio es una cosa que indica lo que ella misma no es» (Sudhoff I/1, pág. 332); en contraposición a las afirmaciones hechas a partir de las correspondencias, éste procede de cosas heterogéneas y discrecionales.

Prima materia La materia originaria aún sin elaborar, cosmogónicamente también el caos; en sentido alquímico-simbólico todo lo que se encuentra en su estado originario o vuelve a disolverse en él, además del estado inicial inconsciente del alma antes de llegar a su perfección, es decir, a la «eliminación de sus impurezas».

Pronosticación Interpretación del futuro, pronóstico, precognición. Significa, en las propias palabras de Paracelso: «Pronosticación es señalar una cosa invisible a partir de una visible» (Sudhoff I/1, pág. 332). Pronosticación significa en Paracelso simplemente el conocimiento y determinación de lo invisible.

Quiromancia En Paracelso no es sólo, como hoy se entiende en sentido estricto, el arte de leer las líneas de la mano, sino en general el arte de obtener de las líneas externas visibles de todos los objetos conclusiones referentes a sus circunstancias internas.

Quinta essentia Está contenida como quinto en cada uno de los cuatro elementos; una materia etérea de especial finura, que representa la «virtud», la fuerza de cada ser. La quintaesencia es portadora de la especial fuerza curativa de las hierbas, metales, piedras, etc., cuya segregación intentaba la Alquimia en primer término en el arte farmacológico. Filosóficamente es una especie de principio vital, y por tanto emparentado con el Yliaster.

Rebis El hermafrodita, el ser de dos sexos; en su unidad, es decir, en tanto que aúna ambos contrarios –masculino y femenino–, representa en el sentido de la antigua concepción alquímica el máximo nivel del proceso de transformación, la aspiración a la integridad.

Revelar, poner de manifiesto Paracelso entiende por tal en primer término las posibilidades potenciales que hay en todo lo creado de sacar a la luz su «forma final» inmanente e ideal. Al llevarlo de su estado potencial a uno actual, todo lo creado se perfecciona (ver *Luz de la Naturaleza*).

Saber sideral El saber que se obtiene por mediación del cuerpo sideral, el «astro», sobre todo un saber acerca de las relaciones cósmicas y naturales secretas.

Sal Una de las tres sustancias básicas del hombre, en Paracelso también una denominación química general para todo lo que es terrestre y material, lo que nunca se quema del todo, sino que se convierte en ceniza. En sentido simbólico, se hace referencia también con ello a lo material-físi-

co en el hombre; la mayoría de las veces en unión con el mercurio («alma») y el azufre (ver *Espíritu*).

Sapientia Sabiduría. La mayoría de las veces, Paracelso lo emplea en el mismo sentido que Scientia (ciencia) y Filosofía; los tres son, por una parte, conocimiento adquirido mediante la experiencia; por otra, el tesoro de sabiduría que yace oculto de antemano en todos los seres.

Saturnus El planeta Saturno; no obstante, significa también «plomo» y por tanto la materia originaria, la «materia inicial» de la que se obtiene la «materia final». Dado que Paracelso partía de la transformación de un metal en otro, utilizaba alegóricamente también la denominación de planetas para tipos humanos. Saturno es el astro de los melancólicos, los inhibidos y socialmente impedidos, pero al mismo tiempo también el de una oscura sabiduría primigenia (ver págs. 193-ss.). Saturno se identificaba, según un antiguo mito, con Cronos, el padre del mundo, y tiene que ver en este contexto con las edades del mundo.

Satyrion Una raíz de orquídea. En su época estaba considerada como afrodisiaco porque tenía cierta similitud con los testículos masculinos.

Semilla Por semilla entiende Paracelso, a diferencia del esperma, una especie de savia vital, una quintaesencia de todas las partes del hombre. El esperma es en muchos casos su mediador. Semilla significa también todo lo potencial, todo lo que es como posibilidad y no como realidad.

Sensible-insensible Perceptible y no perceptible sensorialmente.

Separatio Separación, segregación. *Separatio elementorum* es un proceso que separa lo puro de lo impuro, lo ligero de lo pesado, el alcohol del vino, lo fino de lo burdo, etc., es decir, una operación alquímica. Se hace referencia con ella al proceso por el cual las cosas individuales se separan de la masa caótica originaria en la que estaban potencialmente contenidas o por el que son devueltas a su estado primigenio. En el ámbito alquímico-simbólico, toda delimitación aclaratoria en el sentido de «disociación» de lo indebidamente mezclado, y por ello también de lo espiritual y lo físico después de la Muerte. En la concepción de Paracelso, la *separatio* se refiere a la separación originaria de lo preexistente, del estado previo a la Creación, en fuerza originaria y materia originaria, que, apartándose de su unidad primera, se convirtieron en Creación perceptible y materialmente aprehensible una vez que la *separatio* se produjo por voluntad de Dios como momento engendrador y «partera». «Fuerza originaria y materia originaria y *separatio* —o la Ley primigenia— son incomprensibles para nuestro entendimiento humano; las tres juntas forman el Mysterium magnum» (citado en Kayser, *Schriften des Theophrastus Paracelsus*).

Sibilino Oracular. Las sibilas eran doncellas proféticas, sacerdotisas de Apolo, que comunicaban sus profecías en un estado de éxtasis salvaje. Los «libros sibilinos», una colección de profecías en verso, procedían supuestamente de la Sibila de Cumas.

Sífilis Paracelso se dedicó de forma inusualmente profunda a la sífilis y su tratamiento. De ello da testimonio una serie de escritos suyos (ver *Mal francés* y Bibliografía).

Signatura Características externas que corresponden a las propiedades internas y sirven como signos mediante los cuales puede conocerse todo lo interno e invisible. En la idea de la signatura se basa tam-

bién la doctrina de Paracelso, según la cual lo igual se puede curar con lo igual; cuanto más alto está una criatura en el orden de la Creación, tanto más difícil es reconocer su interior y tanto menos claro, dice Paracelso, es el reflejo del ser interior en la forma exterior. Lo más oculto es el núcleo esencial del hombre, mientras que por ejemplo en las plantas se expresa ya de forma generalmente comprensible en su forma y color.

Sofismo El término es empleado consecuentemente por Paracelso para toda palabrería vana que opera con falsas conclusiones e induce conscientemente a la confusión.

Sofistas Filósofos griegos de la época de Sócrates y Platón, cuyo arte consistía en presentar cada tema en la forma que más les convenía, con un lenguaje especialmente elocuente. Se decía de ellos que llegaban a menudo a conclusiones falsas con tal de convencer a sus oyentes. Paracelso califica de sofistas a todos los falsos científicos que con muchas palabras ingeniosas inducen a la confusión y como médicos engañan a los enfermos.

Spiritus Espíritu, espíritu aéreo. En Paracelso, el espíritu ígneo insuflado por Dios, la chispa que representa el ser auténticamente inmortal de cada criatura. Como *spiritus arcanus* o *spiritus arcanorum*, emplea la expresión para referirse con ella a la fuerza de irradiación perenne e inmanente de un remedio secreto (ver *Spiritus vitae*).

Spiritus vitae Espíritu vital, Mercurius, Yliaster; es, como el *spiritus arcanus*, la fuerza de irradiación inherente a todo cuerpo vivo y que todo cuerpo alberga en sí como parte de la irradiación cósmica general (fuerza mundial). Sólo indirectamente tiene pues que ver con la parte divina espiritual del hombre, en tanto que todo lo creado posee la «luz de la Naturaleza», que asimismo procede de Dios o del Espíritu Santo.

Súcubo El espíritu nocturno del hombre (ver *Íncubo*).

Sustancia En primer término, Paracelso entiende por tal las tres sustancias principales de las que el hombre «está compuesto», es decir, mercurio, azufre y sal; sin embargo, no emplea estos conceptos en su sentido químico, sino también como correspondencia general con las propiedades por ellos representadas: mercurio como lo fugaz-deslizante, lo variable; azufre como lo combustible; sal como lo material, nunca totalmente soluble (ver también *Mercurius, Azufre* y *Sal*).

Syderica Con este término Paracelso podría referirse probablemente a la verbena o solidago (Sideris, Sideritis), con su flor en forma de estrella (ver pág. 166).

Teñir Colorear. Un proceso alquímico que simbólicamente se entiende también como una transformación exterior, un refinamiento de la forma externa. En sentido alquímico se usa para «cambiar de color», «transformar». La tintura roja se empleaba también como *panacea* (remedio universal) para cambiar el color del metal innoble en dorado.

Teologistas Paracelso lo emplea como denominación para los teólogos que, a diferencia de los verdaderos teólogos, se aferran a la letra y quieren sustituir el espíritu de la religión por normas inventadas.

Teoría «Theorica», en la Alquimia la preparación filosófica, meditación e interpretación; en la Medicina la conversación y explicación de la enfermedad.

Tinctura Colorante. Expresión para referirse a antiguos fluidos que podían inducir una transformación, y también a remedios secretos fluidos (ver *Teñir*).

Transmutar Transformar, contrapuesto a «teñir»; pero transformar no sólo exteriormente, sino también sustancialmente. Según el criterio medieval, se podían tanto transmutar gradualmente los elementos entre sí como transformar los distintos metales entre sí.

Ultima materia La materia llevada a su estado final; cosmogónicamente, la materia cósmica llevada a su forma final; desde el punto de vista alquímico-simbólico, la personalidad total llevada a su última maduración espiritual.

Vara de zahorí Varilla de avellano en forma de horquilla utilizada para encontrar agua y tesoros y minerales ocultos.

Vegetación Todas las hierbas y plantas. Pero Paracelso emplea también esta expresión para todo lo que tiene capacidad de crecimiento y desarrollo, es decir, para todo lo vivo.

Vulcanus El dios clásico del fuego y la forja en el interior de la Tierra se convierte en Paracelso en la denominación alegórica de una fuerza conformadora en el hombre (idéntica quizá al Archeus); se refiere con ello a la fuerza transformadora del fuego, que lleva las cosas a su depuración y madurez. Esto vale desde la forma primitiva de elaboración de los alimentos en el hombre hasta las formas simbólicas más sutiles de la metamorfosis espiritual.

Yliaster, Yliastrum Probablemente un compuesto de Hyle (materia) y Astrum (astro), es decir, de dos componentes de la materia básica en la que consiste el Cosmos; es también *prima materia*. Paracelso emplea este concepto, por una parte, para referirse al «caos», y por otra para la concepción mística del «hombre primigenio», el *homo maximus*. Iliastes es una fuerza vital espiritual.

Cronología

1492 Wilhelm Bombast von Hohenheim (padre de Paracelso), domiciliado en Einsiedeln, contrae matrimonio con una mujer cuya familia (Grätzer, Ochaner o Wesener) es súbdita del monasterio de Einsiedeln.

1493 (Probablemente a finales de año o principios de 1494) nace, no lejos del Puente del Diablo de Einsiedeln, Theophrast (Philipp) Bombast von Hohenheim.

1499 Al estallar la llamada Guerra Suaba, la familia abandona Suiza por algún tiempo.

1502 Wilhelm Bombast von Hohenheim se instala con su hijo en la ciudad austriaca de Villach, consiguiendo allí un puesto como médico de la ciudad. En Carintia, Theophrast recibe su formación básica, entre otros lugares en escuelas de monasterios y laboratorios de acerías o minas.

1509 Como estudiante itinerante, Theophrast abandona Villach y Carintia para estudiar en distintas universidades, empezando probablemente por la facultad de Artes de la Universidad de Viena, para continuar en Bolonia.

1513 Tras una estancia (1512) en Villach junto a su padre, prosigue sus estudios de Medicina en Ferrara.

1515 Promoción a doctor en Medicina («Doctor de las dos Medicinas») en Ferrara.

En torno a 1516-1524 Comienza una época de incansable peregrinación. Paracelso, que todavía se hace llamar por su nombre de pila, Theophrastus, recorre varios países de Europa y toma parte como cirujano en distintas guerras. Al mismo tiempo amplía sus conocimientos médicos y alquímico-farmacológicos. Es la época en que está empezando la Reforma en Alemania; estalla la Guerra Campesina. Como estaciones de estos años de peregrinación pueden mencionarse:

1516 Venecia, Bolonia, Florencia, Siena y Roma.

1517 Capua, Nápoles, Salerno, Sicilia, Génova, Marsella, Montpellier.

1518 Barcelona, Granada, Córdoba, Sevilla, Lisboa, Santiago de Compostela, León, Salamanca, Valladolid, Zaragoza, Toulouse, París.

1519 Viajes por la Europa noroccidental, entre otras cosas participación como médico militar en las guerras de Flandes.

1520 Participación en la campaña danesa contra Suecia; otras peregrinaciones por la Europa oriental.

1521 Viajes por Lituania, Polonia, Hungría y partes de los Balcanes.

1522-1523 Por Croacia, Venecia y probablemente hasta Grecia, y de allí a través de Macedonia, Dalmacia e Istria.

1524 Retorno a Villach, breve estancia en Salzburgo, que Paracelso tiene que abandonar por supuestas simpatías por los campesinos insurgentes. Primeros escritos: *Once tratados, Volumen Paramirum*. Por el camino, trata al margrave Philipp I de Baden.

1525 Tras la apresurada salida de Salz-

burgo, Paracelso se encamina a Alemania. Breves estancias en Ingolstadt, Ulm, Tübingen, Rottweil, Freiburg in Bresgau y el monasterio de Hirsau, en la Selva Negra.

1526 Sigue viaje a Estrasburgo, donde a finales de año adquiere la ciudadanía y es admitido en los gremios.

1527 Traslado a Basilea. El tratamiento con éxito del impresor y editor Johannes Froben, persona de gran prestigio en los círculos humanistas, y las consultas que le hace Erasmo de Rotterdam, le facilitan el reconocimiento como médico de la ciudad; al mismo tiempo obtiene el derecho de impartir clases (*venia legendi*) en la Universidad de Basilea. Aprovecha la ocasión para exponer en público sus concepciones médicas, revolucionarias para la época... ¡y en alemán!

El 24 de junio quema un manual de Medicina escolástica; a esto se añaden las hostilidades de sus colegas, que fuerzan a Paracelso a abandonar su actividad.

1528 Fuga de Basilea para rehuir la cárcel tras un proceso legal. El viaje le lleva, a través de Mühlhausen y Ensisheim, hasta Colmar, y de allí a Esslingen. Se ocupa de la enfermedad del momento, la sífilis; cuestiones teológicas.

1529 Estancias en Esslingen y Nuremberg. Aquí se imprimen sus escritos sobre la sífilis, y se escribe también el *Libro del hospital*; pero por razones de competencia los influyentes Fugger impiden la impresión de nuevos textos. En un escrito político-astrológico aparece por vez primera el pseudónimo «Paracelso», que Theophrast von Hohenheim usará en el futuro. Los médicos de la ciudad y la Universidad de Leipzig toman partido contra él.

1530 Las experiencias de Nuremberg fuerzan a Paracelso a seguir viajando, hacia el sur hasta Regensburg pasando por Beratzhausen an der Laber, hacia el oeste hasta Nordlingen, después hasta St. Gallen.

1531 Por el camino y en St. Gallen escribe otros escritos (entre ellos *Paragranum*, *Opus Paramirum*, *De las enfermedades invisibles*) que tienen importancia para la historia de la psiquiatría y la psicopatología, además de esbozos teológicos, como una interpretación del salterio de David.

1532-1533 Sigue el recorrido por los valles alpinos. En sus consideraciones teológicas, Paracelso se ocupa sobre todo de cuestiones que giran en torno a la esencia de la verdadera Iglesia (más allá de las confesiones existentes). Actúa temporalmente como predicador laico y se dedica a las enfermedades profesionales de los mineros.

1534 Itinerarios por el Tirol y el Vorarlberg, además de hacia Innsbruck y Sterzing am Brenner. Textos: *De la silicosis*, *Fascículo sobre la peste*. Paracelso trabaja como médico dedicado a la peste.

8 de septiembre: muere en Villach su padre, Wilhelm von Hohenheim.

1535 A través del valle de Veltlin hasta St. Moritz y Bad Pfäffers, después nuevamente hacia el norte hasta el lago de Constanza y el Allgäu, donde Paracelso se detiene primero en Kempten y luego en Memmingen. Redacta un escrito sobre el poder curativo de las fuentes termales.

1536 De Memmingen a Augsburgo pasando por Mindelheim y Ulm; en Augsburgo, publicación de la *Gran cirugía*, después sigue hasta Munich.

1537 Desde Munich viaja a Eferding, en la Alta Austria, y de allí a Kronau, Moravia; *Philosophia sagax*, *Astronomia Magna*, trabajo en los *Escritos carintios*.

1538 De Moravia a Viena. Supuestamente fue recibido en audiencia dos veces por el rey Fernando I. Desde mayo pasa temporadas en Villach; de allí vuelve a

desplazarse a Klagenfurt, donde celebran reunión los Estados Generales Carintios. Paracelso les dedica su trilogía, consistente en *Defensiones septem*, *Labyrinthus medicorum errantium* y el *Libro de las enfermedades tartáricas*.

La esperada o por lo menos contemplada contraprestación del permiso de impresión para estos manuscritos sólo sería concedida cuatro siglos después (1955) por el Gobierno regional carintio (cfr. la edición de Kurt Goldammer, ver Bibliografía).

1540 Paracelso lleva unos dos años en Carintia, donde trabaja como médico y como escritor médico o teológico. Ya mal de salud, es llamado a Salzburgo por el príncipe arzobispo; parte hacia allí.

1541 21 de septiembre: en una casa de la Kaigasse de Salzburgo, el moribundo Paracelso redacta su testamento, en el que deja la mayor parte de sus pocas pertenencias a los pobres.

24 de septiembre: Paracelso muere en Salzburgo, con sólo cuarenta y ocho años. Es enterrado en el cementerio para pobres de San Sebastián.

Su tumba se encuentra hoy en el atrio de la iglesia de San Sebastián de Salzburgo.

1553-1589 Aparte de los 16 escritos publicados durante su vida, aparecen tratados aislados de Paracelso, editados por sus discípulos y partidarios. Entre ellos se encuentran Michael Toxites, Adam von Bodenstein, Gerhard Dorn (Dorneus) y Theodor Birckmann.

1589-1591 Se publica en Basilea la primera edición de obras completas en diez tomos, a cargo del médico Johannes Huser, realizada por encargo del arzobispo de Colonia.

1922-1933 *Theophrast von Hohenheim, llamado Paracelso: Obras completas*, editadas por Karl Sudhoff y Wilhelm Matthiessen (I-XIV), aparece en Munich y Berlín.

1955-ss. *Obras completas, 2ª parte: Escritos teológicos y filosóficos*, editadas por Kurt Goldammer (unos catorce tomos), se unen a los anteriores y completan la herencia literaria de Paracelso.

Índice de ilustraciones

95 «Hombre y cielo», dibujo a pluma según un tratado astrológico del siglo XV, Viena, Biblioteca Nacional.

96 «Hombre y Zodiaco», xilografía de la obra *De occulta Philosophia* de Henrici Cornelii Agrippae de Nettesheim, Colonia 1533.

96 «Hombre y Zodiaco», xilografía de la obra *De occulta Philosophia* de Henrici Cornelii Agrippae de Nettesheim, Colonia 1533.

98 «Hombre en equilibrio», estudio de proporciones de Leonardo da Vinci, 1510, dibujo a pluma.

104 «Barbería», xilografía de comienzos del siglo XVI. Izquierda: representación de una sangría. Derecha: el ayudante administra un medicamento contra una dolencia cutánea y explica la forma de usarlo.

106 «Representación de una disección», xilografía de Bartholomeus Anglius.: *Le Propriétaire des choses,* París 1510.

108 «Instrumental médico», xilografía de Hieron. Brunschwig: *Chirurgia,* 1497.

111 «El cirujano militar haciendo su trabajo», xilografía del siglo XVI.

114 «Enfermedad y constelación celeste», xilografía de Hans Holbein el Joven procedente del *Calendario de Sebastian Münster,* en torno a 1534.

116 «Hombre de la sangría», representación de un calendario de pared del médico de Basilea Johann Wonecker, 1499.

118 «La sagrada misión del médico», portada del *Libro de campaña del cirujano* de Hans von Gersdorff, 1530. Xilografía.

120 «Operación craneal», xilografía de un *Libro de Medicina,* 1546.

121 «El médico», xilografía procedente de la *Danza de la Muerte* de Hans Holbein el Joven, 1538.

122 «Operación de cataratas», xilografía de la *Ophtalmoduleia* de G. Bartsch, Dresde 1583.

125 «El médico junto al lecho del enfermo», portada de la *Chirurgia* de Hieronymus Brunschwig, xilografía, 1497.

128 «Partes y órganos del cuerpo», tira de xilografías de Hans Weiditz para *Tacuini sex rerum non naturaliam* de Elimithar, Estrasburgo 1533.

129 «Hombre de la sangría», xilografía de *De curandi ratione* de Galeno. Venecia, en torno a 1515. Los signos de las constelaciones del Zodiaco muestran qué punto ha de elegirse para una sangría en las distintas partes del cuerpo.

131 «La enfermedad como flagelo de Dios», xilografía del *Libro de campaña del cirujano* de Hans von Gersdorff, 1530.

135 «Hierba del hombre y hierba de la mujer», xilografía del *Hortus sanitatis,* Maguncia 1491.

138 «Las horas del día», tira de xilografías de Hans Weiditz para *Tablas de ajedrez de la salud* de Elimithar, Estrasburgo 1531.

138 «Los estados del hombre», tira de xilografías de Hans Weiditz para *Tablas de ajedrez de la salud* de Elimithar, Estrasburgo 1531.

139 «Baños», tira de xilografías de Hans Weiditz para *Tablas de ajedrez de la salud* de Elimithar, Estrasburgo 1531.

139 «Normas para el baño», tira de xilografías de Hans Weiditz para *Tablas de ajedrez de la salud* de Elimithar, Estrasburgo 1531.

140 «Distintos granos», tira de xilografías de Hans Weiditz para *Tablas de ajedrez de la salud* de Elimithar, Estrasburgo 1531.

141 «Médico con frasco de orina», xilografía de Bartholomeus Angelicus, *Le Propriétaire des choses*, París 1528.

143 «Folleto sobre la sífilis», dibujo de Alberto Durero, incunable, 1496.

148 «Horno alquímico», portada de *De Alchemia* de Geber, Estrasburgo 1529, xilografía.

151 «Clase», xilografía de Terencio (traducción alemana de la obra), Deventer 1489.

153 «El astrónomo», xilografía de *Sphaera volgare*, de Sacrobosco, 1537.

154 «El médico en su cuarto de estudio» (retrato del médico español Luis Lobera de Ávila), xilografía de Hans Burckmair para *Un régimen útil de la salud*, Augsburgo 1530.

156 «Jardín de la salud», xilografía de un *Hortus sanitatis*, Amberes 1533.

157 «Horno alquímico», xilografía para *De Alchemia* de Geber, Estrasburgo 1529.

159 «Libros», xilografía de *Hori Apollinis...*, Roma 1597.

160 «La vendimia», de *Opus ruralium commodorum* de Paracelso de Crescentii, Estrasburgo 1512.

163 «Armonía cósmica», xilografía de Alberto Durero para las *Prognosticationen de Stabius*, Nuremberg 1503.

165 «Hombre y año», xilografía del *Lunario perpetuo* de Giovanagostin Pantheos, Venecia 1535.

167 «Fisionomía», xilografía de Alberto Durero para la *Trilogium animae* de Ludovicus Pruthemius, Nuremberg 1498.

169 «Quiromancia», xilografía de: *De occulta Philosophia libri tres*, de Henricus Cornelius Agrippa ab Nettesheyms, Colonia 1533.

169 «Hombre y planeta», xilografía de: *De occulta Philosophia libri tres*, de Henricus Cornelius Agrippa ab Nettesheyms, Colonia 1533.

173 «Los danzantes», tira de xilografías de Caelius Apitius, *De re culinaria*, Basilea 1541.

174 «El arpista y las nueve musas», xilografía de Wolf Traut para *«armina varia»*, de Jacob Locher, Nuremberg 1506.

176 «El soñador», xilografía de *Prognostication a 24 años en el futuro, por el muy erudito doctor Paracelso, escrita para el poderoso y esclarecido príncipe y señor Fernando, rey de Roma, archiduque de Austria, etc... impresa (la 32ª figura) en Augsburg por Heynrich Steyner*, 1536 (según Sudhoff, las xilografías fueron dibujadas y talladas siguiendo instrucciones de Paracelso).

178 «El gran sabio» (retrato de Hermes Trismegisto), dorso de la portada de *De Chemia Senioris antiquissimi Philosophi, libellus...*, de Zadith Ben Hamuel (Zadith Senior; según la *Historia de la Alquimia* de Schmieder, del año 1566, Argent.). Xilografía.

179 «Sello mágico contra la podagra», de la *Archidolcis magica* de Theophrastus Paracelsus, Basilea 1570.

180 «Alquimia», xilografía de Leonhard Thurneysser para *Quinta essentia* de Thurn, Leipzig 1574.

183 «Mercurio», xilografía de Leonhard Thurneysser para *Quinta essentia* de Thurn, Leipzig 1574.

184 «Mercurius noster», representación alquímico-simbólica del mercurio o Mercurius como uno de los planetas de los que parte toda transformación, que provocan toda transformación. Xilografía de *«Pandora»*, de Hieronymus Reusner, Basilea, Henricpetri 1588.

186 «León ocultando al Sol» («...el verdadero león, verde y dorado»), representación simbólica del proceso de transformación de la *prima materia*. Xilografía del *Rosarium Philosophorum, secunda pars alchemiae de lapide philosophico vero modopraeparando...*, Frankfurt 1550.

187 «La piedra filosofal», representación alquímico-simbólica del *Rosarium Philosophorum*, Frankfurt 1550.

188 «Ouroboros» («El monstruo que se muerde la cola»). Representación del proceso de transformación alquímico-hermético; se emplea también como símbolo de la eternidad, del paso del tiempo, etc. Xilografía de *Hori Apollinis...*, Roma 1597.

189 «El astrónomo», xilografía de Leonhard Thurneysser para *Quinta essentia*, Leipzig 1574.

190 «Clase de astronomía», xilografía del *Lunarium* de Bernardus Granollach, Italia, en torno a 1510.

192 «Hombre de la sangría», xilografía del *Libro de proprietatibus rerum. Hystoria natural...*, de Bartholomeus Angelicus, Toledo 1529.

194 «El anciano sabio», figura sedente de profeta realizada por Alberto Durero, dibujo a pluma, 1511.

196 «Los niveles de la realidad», xilografía de Carolus Bovillus, *Physicorum elementorum*, París 1512.

199 «La verdadera y la falsa sabiduría.» (El necio dice: «A ti, felicidad, te haremos diosa, a ti te alzaremos al cielo». El sabio dice: «Confiad en la virtud, la felicidad es más fugaz que las olas»), xilografía del *Liber de intellectu* de Carolus Bovillus, París 1510.

201 «El ángel», xilografía del *Opúsculo contra la bebida*, Augsburgo 1534.

204 «El corazón», xilografía de una edición española de Aristóteles: *Liber de secretis secretorum sive de regimine principum vel dominorum*, Burgos 1505.

205 «El erudito», xilografía de *De falsa diluvii prognosticatione...* de Augustinus Niphus, Bolonia 1520.

209 «La humildad», xilografía de Alberto Durero, 1510.

210 «Los orantes», xilografía de la obra alquímica *Pretiosa Marguerita novella de Thesauro, ac pretiosissimo Philosophorum Lapide*, Venecia 1546.

212 «El gemólogo», xilografía del libro alquímico *Liber mineralium* de Alberto Magno, 1518 (y portada del *Correcto uso de la Alquimia* de Geber, Frankfurt 1531).

216 «El Creador bendice la bola del mundo», xilografía de portada de *Elegantiolae* de Augustinus Datus, Augsburgo, en torno a 1496.

219 «Dios padre y el peregrino», xilografía de Hans Burkmair el Viejo para el *Libro de bolsillo de Riess*, 1510 (Biblioteca Imperial, Viena).

221 «Rey y caballero», xilografía de Michael Wolgemut para el libro de Christophorus Glotz *Prognosticon para el año 1491*, Nuremberg, en torno a 1490.

223 «Eremita perseguido por el demonio», dibujo a pluma de Urs Graf, 1512 (de la Öffentliche Kunstsammlung de Basilea).

225 «El ángel atrapado por el demonio», xilografía del *Opúsculo contra la bebida*, Augsburgo 1534.

228 «Del espíritu», xilografía de Leonhard Thurneysser para *Quinta essentia* de Thurn, Leipzig 1574.

231 «El bautizo», xilografía para *Il filocolo* de Boccaccio, Nápoles 1478.

233 «Anima», xilografía de Leonhard Thurneysser para *Quinta essentia* de Thurn, Leipzig 1574.

236 «La rueda de la Fortuna», un ángel hace girar la esfera celeste; xilografía, Leipzig 1490.

240 «Reloj de arena», con el cráneo como símbolo de la Muerte. Xilografía de la *Anatomia* de Dryander, siglo XVI.

241 «Muerte segadora», portada de *Una disputa entre la Muerte y la vida natural*, de Hans Sachsen, 1538.

243 «La danza de la Muerte», xilografía de la *Crónica del mundo* de Schedel, Nuremberg 1493.

244 «Velatorio», xilografía de Euricius Cordus, *Para la nueva, nunca vista hasta hoy y horriblemente mortal enfermedad y rápida muerte llamada sudor inglés*, Estrasburgo 1529.

246 «El camino a través de la Muerte», xilografía de la obra alquímica *Pretiosa Marguerita novella de Thesauro, ac pretiosissimo Philosophorum Lapide...*, representación simbólica de un determinado escalón del proceso de transformación, Venecia 1546.

248 «El resucitado», xilografía del *Rosarium Philosophorum*, Frankfurt 1550. La imagen lleva la inscripción: «Tras mi mucho sufrir y gran martirio / he resucitado / transfigurado / y libre de toda mácula». Una representación simbólico-alquímica del «oro depurado», el estado final del proceso de transformación.

249 «Hacia los celestes campos», dibujo a pluma de Sandro Botticelli (1444-1510) para la *Divina Comedia* de Dante. Éste es guiado por su acompañante Beatrice a través de la esfera de la Luna hacia el cielo de las estrellas fijas, que está rodeado por la octava y suprema esfera celeste, el Empíreo, el cielo de la luz pura. En el centro del círculo, la Tierra con los planetas que la rodean.

251 «El moribundo», xilografía de Hans Burkmair el Viejo para el *Libro de bolsillo de Riess*, 1510.

251 «El alma va al cielo.» Los siete ángeles con las seis llaves como las seis obras de misericordia, con las que abren el cielo y acogen el alma en él. Xilografía de Alberto Durero, de las ilustraciones para *Niclas von der Flue*, Nuremberg 1488.

252 «Pobreza, enfermedad, lascivia, muerte», xilografía de *Chirurgia* de Hieron. Brunschwig, Estrasburgo 1597.

254 «San Juan con el dragón de siete cabezas en Patmos», xilografía de *Compendiosa et maxime conducibilis ad perfectam cognitionem methodus*, París, en torno a 1510.

257 «La Ascensión de Cristo», xilografía de Hans Wächtlin para la obra *La vida de Jesucristo*, Estrasburgo 1508.

260 «Apocalipsis» (primera tabla de la serie), xilografía de Alberto Durero, Nuremberg 1498.

Índice de citas

Todos los textos citados se han tomado de la edición de obras completas *Paracelsus: Sämtliche Werke* de Karl Sudhoff y Wilhelm Matthiessen (O. W. Barth-Verlag, Munich-Planegg y R. Oldenbourg-Verlag, Munich); en la columna de la izquierda se indican los números de página de esta selección; en la del centro se encuentran la sección (números romanos) y el número de tomo (números arábigos); y en la columna de la derecha, finalmente, la página de la edición de obras completas en la que se hallan las distintas citas.

Aquí	**Sudhoff/Matthiessen**		**Aquí**	**Sudhoff/Matthiessen**	
Pág. 63	I/12	403	**68**	I/1	82
	I/8	158	**70**	I/9	382
	I/10	199	**73**	I/9	191
	I/11	151-s.		I/9	190-s.
	I/13	249		I/13	12-s.
64	I/1	298	**74**	I/9	150-s.
	I/10	354		I/13	393
	I/10	19-s.		I/12	14-s.
	I/6	181	**75**	I/12	33
	I/11	26		I/9	193
65	I/7	154-s.	**76**	I/9	178
	I/11	141	**77**	I/14	597-s.
	I/8	63-65		I/9	641
	I/7	374-s.		I/12	20
	I/8	53		I/8	280
66	I/11	148	**78**	I/1	211-s.
	I/11	153-s.	**80**	I/8	160-164
	I/7	138	**81**	I/8	180
	I/6	460		I/9	115
67	II/1	84		I/1	256-s.
	II/1	76		I/9	193
	I/12	348		I/9	192
	I/12	17	**83**	I/8	327
	I/12	10-12		I/9	209-s.
	I/1	175-s.		I/12	46
	I/12	332		I/9	194

Aquí	Sudhoff/Matthiessen		Aquí	Sudhoff/Matthiessen	
	I/9	29-s.	101	I/12	11
84	I/9	200		I/9	219-s.
	I/9	197-s.		I/12	183
	I/9	257	105	I/6	316
	I/1	263-s.		I/6	52
85	I/1	262-s.		I/7	150
86	I/13	371		I/1	300
	I/9	213		I/8	306
87	II/1	69		I/8	70
88	I/1	270-272	106	I/2	8
	I/1	315		I/11	85
89	I/7	203	107	I/11	591
90	I/11	314		I/11	24-s.
	I/1	179		I/6	314
91	I/1	256-s.		I/11	183
	I/1	354-s.		I/11	190
	I/12	44	109	I/6	456
92	I/13	318		I/5	476
	I/9	304	110	I/7	202
93	I/9	148		I/11	29
	I/14	260	111	I/10	225
94	I/9	178-s.		I/6	289
95	I/12	164	112	I/6	144
	I/12	164-167		I/5	425
96	I/12	297		I/14	541
	I/12	18		I/11	141-s.
	I/8	71-s.	113	I/11	152-s.
	I/8	100-s.		I/4	501-s.
97	I/1	202-s.		I/11	142
	I/12	22		I/11	145-s.
	I/12	62-s.		I/8	55-s.
98	I/11	19	114	I/10	277-s.
99	I/11	219	115	I/10	66-s.
	I/10	653		I/8	77
	I/9	254-s.	116	I/8	76
	I/9	253		I/8	71
	I/9	258	117	I/8	177
	I/9	325		I/6	356
100	I/14	115		I/11	131
	I/14	547-s.		I/9	193
	I/12	193-s.	118	I/7	272
	I/12	326	119	I/1	229

Aquí	Sudhoff/Matthiessen		Aquí	Sudhoff/Matthiessen	
	I/11	120	136	I/2	430
	I/11	269-s.		I/9	182
120	I/9	70		I/7	265
121	I/11	147		I/6	154
	I/10	279	137	I/4	534
122	I/9	602		I/4	534-536
123	I/11	150-s.		I/4	521
	I/8	264-s.	138	I/7	300-s.
	I/7	76		I/8	198
	I/10	281-s.	139	I/8	84-s.
124	I/11	173		I/11	195
	I/8	266		I/10	59
	I/8	322	140	I/1	173
	I/8	210	141	I/4	540
125	I/11	129-s.	142	I/9	78
	I/2	430		I/8	180
126	I/10	350		I/11	186-188
	I/1	362-s.		I/7	273
	I/9	220	144	I/7	113
127	I/9	257		I/11	128
	I/1	216-s.		I/11	136-s.
	I/1	173-s.		I/11	138-141
	I/11	196-s.	145	I/8	107
128	I/11	323		I/7	241-243
130	I/10	274		I/4	448
	I/9	329-331	146	I/4	502
	I/9	226-s.		I/7	93
	I/7	289.	149	I/8	89
	I/10	48		I/8	290-292
131	I/4	495-s.		I/8	290-292
132	I/1	226	150	I/12	197-s.
	I/1	228		I/1	306
	I/1	227		I/9	216
133	II/1	113-s.		I/12	188
	I/1	229		I/7	76
	II/1	225		I/13	298-s.
	I/1	229	152	I/9	256
	I/8	269		I/13	377
	I/12	348-s.		I/12	169
134	I/10	277		II/1	77
	I/11	171-176		I/8	214
135	I/1	354-s.		I/8	373

Aquí	Sudhoff/Matthiessen	
153	I/7	336
	I/7	264-s.
153	I/14	116-s.
155	I/12	148-s.
	I/12	59-s.
	I/12	227
156	I/12	150-s.
	I/12	241
157	I/12	56-s.
158	I/14	215-s.
	I/13	147-s.
	I/13	148
159	II/1	253-s.
160	I/9	223
	II/1	90
161	II/1	79-s.
	I/12	388
	I/9	285
	I/10	14
	I/7	369
162	I/9	340-342
	I/14	240
	I/13	247-s.
	I/10	23
163	I/8	343
	I/11	393
164	I/12	174-177
	I/12	91-93
166	I/13	377
	I/12	177-s.
167	I/13	376
	I/12	343
168	I/14	183-s.
	I/13	375-s.
170	I/12	344
	I/9	287
	I/12	120-s.
	I/14	250
171	I/12	22
	I/12	23
	I/12	24-s.
172	I/8	292-s.

Aquí	Sudhoff/Matthiessen	
	I/8	292-s.
173	II/1	105-s.
	I/14	506-s.
	I/11	173
	I/8	147
174	I/12	485
175	II/1	102
	II/1	100-s.
	I/12	259-261
	I/12	491
176	I/12	104-106
	I/14	520-s.
177	I/14	520
	I/14	538
	I/14	538
	I/9	271
	I/8	208-s.
179	I/12	213
	I/14	521
181	I/12	130
	I/11	186
	I/11	348-s.
	I/11	188-s.
182	I/11	356-s.
	I/2	47
	I/11	312-s.
	I/8	191-s.
184	I/11	186-s.
185	I/3	118-120
	I/3	138-141
186	I/14	413-s.
188	I/14	431
	I/11	378
	I/12	169
	I/12	91
189	I/11	380
190	I/9	578
191	I/11	241
	I/11	378
	I/12	19
193	I/12	496-s.
	I/11	378.

Aquí	Sudhoff/Matthiessen		Aquí	Sudhoff/Matthiessen	
194	I/12	41-s.	**211**	II/1	246
197	I/14	207		II/1	256-s.
197	I/9	339		II/1	167
	I/13	246	**212**	II/1	155-s.
198	I/11	145		II/1	242
	I/13	310-s.	**213**	I/7	376
	I/12	8-s.		II/1	83-s.
199	I/12	55		II/1	83
	I/12	29	**217**	I/13	325
200	I/13	294-s.		I/12	20
	I/9	376		I/12	316-s.
	I/12	284		I/11	130
	I/11	171		II/1	113
	I/13	306	**218**	II/1	190
201	I/12	305		II/1	143-s.
202	I/13	304-s.		II/1	144-s.
	I/12	161	**220**	II/1	264
	I/8	213		II/1	91-s.
	I/10	213	**221**	II/1	148-s.
	I/10	83	**222**	I/14	260-s.
203	I/14	287		II/1	266-s.
	I/8	210	**223**	I/13	296-s.
	I/14	277	**224**	I/12	410-s.
	II/1	85-s.		I/12	369
204	I/14	276-s.	**226**	II/1	219
205	I/9	344		II/1	274-s.
	II/1	121-s.		II/1	78
206	II/1	103-s.	**227**	I/12	231-s.
	II/1	150		I/11	130
	I/14	343-s.		II/1	89
	II/1	184		I/14	35
207	I/12	280	**229**	I/13	329
	II/1	204-s.		I/1	276
	II/1	214-s.		I/9	261
208	II/1	214		I/9	261
	I/8	305		I/9	264
	I/8	307		I/9	260
	I/9	90		I/9	282
210	II/1	123		I/12	328
	II/1	246		II/1	139
	II/1	202-s.	**230**	I/12	32
	II/1	243		II/1	85

Aquí	Sudhoff/Matthiessen	
	II/1	329-s.
231	II/1	319-s.
232	I/1	301-s.
	I/12	299
	I/12	298
234	I/12	300
	I/14	301
	I/8	265
237	II/1	249
	I/8	110-s.
	I/14	199-s.
	I/14	198-s.
238	I/10	144
	I/14	191
	II/1	79
	II/1	71
	II/1	72-s.
239	I/9	386
	I/12	392-394
	II/1	273
	I/12	395
	I/9	89-s.
240	I/1	206
241	II/1	78-s.
242	I/8	108
	I/13	132
	I/1	207
	I/4	493-s.
	I/9	98-s.
243	I/11	343-s.
	I/10	592
244	I/9	95-s.
	I/9	99-s.
245	I/13	323-s.
	I/12	297
	I/11	333-s.
246	I/11	332-s.
	II/1	310-s.
247	II/1	111-s.
	II/1	112
	II/1	115
	I/12	18
248	I/9	117-119
249	I/11	361
250	II/1	304
251	I/14	120
	II/1	134-s.
252	I/14	117
253	I/13	409-s.
[illegible]	I/14	150-s.
255	I/12	347-s.
	I/12	294
	II/1	293
	I/13	191-s.
	II/1	260
	II/1	195
	I/12	322
261	I/13	330
	I/12	402
	I/10	581
262	(de limbo aeterno, manuscrito de Salzburgo)	

Bibliografía

Ediciones de Paracelso

Sudhoff, K. y Matthiessen, W.: *Paracelsus: Sämtliche Schriften.*
Sección I: Escritos médicos, de ciencias naturales y filosóficos.
Tomos I-V y X-XIV, R. Oldenbourg-Verlag, Munich 1923.
Tomos VI-IX, O. W. Barth-Verlag, Munich 1922-1925.
Sección II: Escritos teológicos y de Filosofía de la Religión.
Tomo I, O. W. Barth-Verlag, Munich 1923.

Sección I

Tomo I: Escritos más tempranos, redactados en torno al año 1520.
Once tratados del origen, causas, síntomas y cura de distintas enfermedades (hidropesía, tisis, ceguera a los colores, cólico, apoplejía, sordera, lombrices, diarrea, podagra, epilepsia, espasmos fríos). Esbozos y trabajos.
Fragmentos del libro «De los cinco entia», llamado «Volumen medicinae Paramirum de medica industria» (Paramirum primum).
Libro de la concepción de las cosas sensibles en la razón (De la concepción del hombre. De las propiedades del hombre).
Un opúsculo (Filosofía) de generatione Hominis.
Dos trabajos tempranos sobre la podagra junto con fragmentos.
Liber de podagricis et suis speciebus et morbis annexis (tres libros).
De las enfermedades podágricas y las que dependen de ellas (dos libros).
Otros fragmentos dispersos sobre la podagra.

Tomo II: Escritos tempranos sobre farmacología (medicamentos y fuentes curativas), sobre la fundamentación de la doctrina tartárica en la patología, junto con los libros VI, VII y IX de la Medicina, sobre enfermedades y contracciones tartáricas psíquicas. Escrito en 1525 y 1526 en el suroeste de Alemania.
«Herbarius», de la acción curativa del eléboro, la persicaria, la sal, el cardo angélico, los corales y los imanes.
«De las cosas naturales», El primer libro. De la trementina, el eléboro negro y blanco, la pimienta de agua, la sal, la hierba de San Juan, el imán, el azufre, el vitriolo y el arsénico (tártaro).

Otro trabajo sobre la trementina, junto con un tratado sobre la miel.
Fragmentos sobre las Virtutes Herbarum y fuerza curativa de otras cosas naturales.
De los baños naturales (termas). Fragmentos de aguas termales.
De las aguas naturales, libros III-V.
Un fragmento «Del vino» y un opúsculo «De Lithiasi», ambos incompletos. Datos más antiguos sobre la doctrina del tártaro.
Los libros VI, VII y IX de la Medicina.
El sexto libro de la Medicina, de las enfermedades tartáricas o mal de piedra y su curación. El séptimo libro de la Medicina, de las enfermedades que arrebatan la razón, de morbis amentium. El noveno libro de la Medicina, de las causas y curas de las contracturas y parálisis.

Tomo III: Tres principios, *Spiritus vitae*, minerales, cementos, gradaciones, archidoxis y afines, *Vita longa*, *Praeparationes*, carta a Erasmo, maceraciones, tipos de enfermedad, etc. Del año 1526 y principios de 1527.
De los tres primeros principiis.
De viribus membrorum, 6 libros, incompleto.
Libro De Mineralibus.
De Transmutationibus Metallorum, sólo los libros 9° y 10°. De Cementis y De gradationibus.
Nueve libros archidoxis.
Los dos libros De renovatione et restauratione y de la larga vida. De Vita longa, libri quinquae.
Fragmentos originales en alemán.
Liber Praeparationum (De Praeparationibus). Fragmento.
Proceso e índole del Spiritus Vitrioli.
Libellus de Xylohebeno (Guayaco). De Ruptura compendium. De Mumia libellus.
Carta de Hohenheim a Erasmo de Rotterdam. Scholia et observationes in Poëmata Macri.
Cuadros sinópticos agrupados de forma tabulada de los tipos generales de enfermedad (Theoricae figurae universalium morborum).
Textos fragmentarios sobre Anatomía y Fisiología.

Tomo IV: *De Gradibus*, de las apostemas, úlceras, heridas abiertas, etc., de las sangrías, *Modus pharmacandi*, comentario a los aforismos, *De Urinis*. Lecciones del verano de 1527 en Basilea.
Intimatio, Basilea, 5 de junio de 1527, el «Programa de Basilea».
De Gradibus et Compositionibus Receptorum et Naturalium Libri VII. Carta adjunta a Clauser, 10 de noviembre de 1527. Studiosorum Tigurinorum coetui, 11 de noviembre de 1527. Nota autobiográfica y esbozos para «De Gradibus». Copias y notas de la lección De Gradibus.
Dos memoriales al concejo de la ciudad de Basilea, verano de 1527.
Dos copias de oyentes de la lección sobre enfermedades quirúrgicas; de apostemas, úlceras, heridas abiertas, sirones y otros tumores, verano de 1527.

De la sangría. De la purgación. De la escarificación.
De modo pharmacandi: Primer libro. Trabajos fragmentarios para el 1°-3° libro del Modus Pharmacandi. De stercore.
Comentarios alemanes a los aforismos de Hipócrates. Explicación profunda de los seis primeros aforismos Secundae sectionis. Alia explicatio primi aphorismi. Fragmentum super aphorismorum libri quarti particulam quartam.
De Urinarum ac Pulsuum Judiciis Libellus. De pulsibus. De physionomia medica (lección de la canícula de 1527). De otros cuadernos académicos para la lección de Basilea sobre el examen de la orina, agosto de 1527.
Texto alemán sobre la doctrina de la orina, pero de forma fragmentaria conforme al autógrafo.

Tomo V: Lecciones de invierno en Basilea, 1527-1528, sobre enfermedades tartáricas, sobre patología y terapia especial (párrafos), sobre heridas y tratamiento de las mismas, esbozos para una cirugía polémica.
Copia de la lección sobre enfermedades tartáricas (2 libros). Esbozos autobiográficos para los libros sobre el tártaro. Otras copias de alumnos de la lección sobre el tártaro.
Copias de la lección «De Icteritiis liber unus».
Copia del cuaderno académico «Los párrafos, 14 libros» de patología y terapia especial. Trabajos de puño y letra de Hohenheim para el Libri Paragraphorum. Otras copias académicas de los libros de los párrafos.
Dos cuadernos académicos de las lecciones sobre heridas y tratamiento de las mismas.
«Antimedicus». Elaboración fragmentaria y esbozos de un libro polémico de Medicina.
De ulceribus. Dos esbozos sobre la doctrina de las ulceraciones (sobre la lepra y afines), autógrafo.

Tomo VI: Escritos del año 1528. Colmar, Alsacia.
Dos cartas de Hohenheim desde Colmar a Bonifazius Amerbach, en Basilea.
Tres libros de cirugía, Bertheonei 1528. Esbozos, notas y elaboraciones de puño y letra de Hohenheim para Bertheonea.
De todas las heridas abiertas, tal como la Naturaleza las da a luz, siete libros (De Ulceribus). Trabajos preliminares y fragmentos para los libros «De todas las heridas abiertas».
De la viruela, parálisis, ronchas, llagas y chancros de los franceses y similares, conteniendo diez bellos libros (Nueve libros de la Química y curación de los franceses).

Tomo VII: Escritos de Nuremberg sobre la sífilis y otros escritos de Nuremberg del año 1529.
De la curación a fondo con madera de guayaco.
Tres libros del mal francés.
Del origen y procedencia del mal francés, junto con los 8 libros de recetas para su curación. Libro del hospital (primera parte).
Esbozos y trabajos provisionales sobre la sífilis.
Escritos político-astrológicos del año 1529 y principios de 1530.

a) Practica hecha sobre Europa, a comenzar en el próximo año 30 y hasta el treinta y cuatro siguiente.
b) Pronosticatio del año actual referente a una confederación, que otros astrónomos y practicantes han dejado de lado y pasado por alto este año (principios de 1530).
c) Interpretación de algunos personajes de la primera y tercera parte de Jo. Liechtenberg.

Tomo VIII: Escritos del año 1530, redactados en el Alto Palatinado, Regensburg, Baviera y Suabia.
Carta a un médico de Nuremberg.
Paragranum. Prólogo y dos primeros libros. Esbozos y 1 versión en el Paragranum de Berazhausen, anotaciones para las partes 1 y 3.
Epístola al concejo de la ciudad de Nuremberg de 1 de marzo de 1530.
Libro Paragranum. Última versión en cuatro libros.
De Eclipsi Solis, Regensburg, 29 de marzo de 1530 –esbozo al respecto–. Más sobre Practica hecha sobre Europa a cuatro años.
Dos fragmentos de un opúsculo de Mercurio. Amber, julio de 1530.
De los días enfermizos (de Caducis, Epilepsia), cuatro párrafos. Primera versión. Algunos conceptos al respecto.
De los días enfermizos de la mujer (histeria). Primera versión, nueve párrafos.
Dos libros de la pestilencia y sus contratiempos. Nördlingen 1529 o 1530.

Tomo IX: *Paramiriano* y otros escritos de los años 1531-1536, en Suiza y el Tirol.
Los tres (cuatro) libros del Opus Paramirum. Esbozos para los cuatro libros del Opus Paramirum.
Los libros de las enfermedades invisibles. Elaboración provisional de los inminentes esbozos de los cinco libros de las enfermedades invisibles.
Escritos sobre cometas, terremotos, arcos iris, signos celestes. Interpretación del cometa del año 1531; interpretación del terremoto de 1531; interpretación del arco iris de 1531; interpretación del cometa y virgultae de 1532; esbozos para los escritos sobre cometas de 1531 y 1532; de los signos maravillosos y sobrenaturales contemplados en el cielo, las nubes y el aire en cuatro años consecutivos, 1534.
Practica Teutsch para el año 1535.
Tres libros de la silicosis y otras enfermedades de los mineros. Fragmentos y esbozos para los tres libros de las enfermedades de los mineros.
Opúsculo de la peste a la ciudad de Sterzingen. Otros trabajos, la mayor parte de ellos fragmentarios, sobre la peste bubónica (De peste libri tres cum aditionibus; un prólogo; Liber de epidemiis; notas dispersas sobre la peste; un trabajo fragmentario de mayor tamaño, de época anterior).
De las virtudes, fuerzas y efecto, origen y procedencia, régimen y orden de los baños de Pfäffers.
Consilium para el abad Johann Jakob Russinger, Pfäffers.

Tomo X: Gran cirugía y otros escritos del año 1536, en Suabia y Baviera.

Consejo médico para Adam Reissner, Mindelheim.
Primer libro de la Gran cirugía. El texto del último pliego de la edición de Ulm. Segundo libro de la Gran cirugía. Supuesto tercer libro de la Gran cirugía.
Textos provisionales y trabajos para la Gran cirugía, junto con anexos quirúrgicos. Esbozo de la dedicatoria de un libro sobre el mal francés. Notas dispersas sobre cirugía. Tres libros de cirugía. De la apertura de la piel, un fragmento. Sobre la «Pequeña cirugía», trabajos y esbozos.
Otros tres consejos, supuestamente para la familia Zerotin.
Tres pronósticos para los 24 años siguientes.
Un esbozo mántico «hecho en Munich».

Tomo XI: Escritos de los años 1537-1541.
Dedicatoria de los tres libros a los Estados Generales de Carintia. Crónica y origen del Land de Carintia.
Libro de las enfermedades tartáricas, dedicado al párroco Dr. jur. Johann von Brant, Eferdingen.
Siete Defensiones, responsabilidad sobre varios ultrajes de sus adversarios.
Labyrinthus medicorum errantium. Laberinto de los médicos.
Prácticas y afines sobre la praxis mántica de los años 1537 a 1541 (práctica alemana para el año 1537; práctica alemana para el año 1538; práctica para el año 1539; esbozos y otros fragmentos sobre prácticas anuales, etc., de fecha indeterminada; un texto sobre los cometas).
Consejos y afines de los años 1537-1541. (Lección e indicación del Dr. Theopr. v. Hohenhaim de cómo ha tratado con Johann von der Leipnik; cómo hacer un vino de hierbas Theophrasti, blanco y tinto; Consilium patri Sebaldi Treylingij, civi Wolfspergensi a. d. 1538. Colicae et arthriditis vera curatio; a Hans Ungnad barón de Sonnegg, gobernador de Estiria; Consilium sobre las roturas a Franz Boner, Salzburgo; un Consilium de maculis vel albuginibus oculorum, al hijo de Franz Boner; para Jakob Tollinger, refutador en Aussee; instrucciones dietéticas y régimen para un innominado y sus mujeres.)
Los 9 libros de Natura rerum, a Johansen Winkelsteiner, en Freiburg, Üchtland.

Tomo XII: *Astronomia Magna o entera Philosophia sagax del Gran y Pequeño mundo*, más anexos.
Astronomia Magna (1537-1538).
Más sobre la Astronomia Magna (esbozos). Explicación de toda la Astronomía. Fragmentos al respecto. Practica in scientiam. Otras notas fragmentarias (Del conocimiento del astro; De probatione magiae; De divinatione; Ars signatoria; de la filosofía super Esaiam).
Interpretación de los retratos de los papas (1532-1533).

Tomo XIII: Escritos de fecha indeterminada sobre meteorología, cosas menores, *Philosophia ad Atheniensis*, *Manualia*.
Un prefacio (1529).

Philosophia de generationibus et fructibus quatuor elementorum.
De Meteoris, un libro en 10 capítulos: «Liber meteororum».
Otros conceptos y trabajos sobre los meteoros (del autógrafo; según copias de Montanus y otros).
De Fundamento Scientiarum Sapientiaeque, tres tratados. Philosphiae tractatus quinque (De la diferencia del tiempo. De la concepción y conservación de los cuatro cuerpos elementales. De carne y momia. De la diferencia entre cuerpos y mentes. Del sueño y vigilia de los cuerpos y las mentes).
Liber de Imaginibus.
Philosophia ad Atheniensis.
De los libros de peregrinación y anotaciones de viaje de Hohenheim (Un Manuale medicum. Un Manuale chemicum id est «Thesaurus Chemicorum particularium experimentorum»).

Tomo XIV: *Volumen primum de la Philosophia Magna.*
***Spuria*: Escritos apócrifos, considerados en su mayoría auténticos por Johannes Huser, bajo el nombre de Hohenheim.**
I. *Philosophia Magna*, de divinis operibus et secretis naturae. Volumen primum.
De sagis et earum operibus, fragmentum.
De daemoniacis et obsessis, fragmentum.
Liber de lunaticis.
De generatione stultorum liber.
De somniis et euntibus in somno, fragmentum.
De sanguine ultra mortem liber.
Liber de nymphis, sylphis, pygmaels et salamandris et de caeteris spiritibus. Liber artis praesagae.
Liber de mala et bona fortuna.
De vera influentia rerum liber.
Liber de inventione artium.
Liber de votis alienis.
Liber de animabus hominum post mortem apparentibus.
De mumiae arcanis fragmentum.
De virtute imaginativa fragmentum.
De characteribus fragmentum.
Liber de homunculis.
Liber de sanctorum auctoritate, beneficiis, signis et blasphemiis.
Liber de superstitionibus et ceremoniis.

II. *Liber de animalibus ex sodomia natis.*
De tinctura physicorum.
Thesaurus (thesaurorum) alchemistarum.
Coelum philosophorum sive liber vexationum (fixationum).
Manuale de lapide philosophico medicinali.

Ratio extrahendi ex omnibus metallis mercurium.
Archidoxis magica.
Liber principiorum.
De occulta philosophia.
Dos pronosticaciones.
1. otra pronosticación.
2. de los tres tesoros y del león de medianoche (extracto).
Liber Azoth sive de ligno et linea vitae.
De pestilitate.

Sección II

Tomo I:
Liber prologi in vitam beatam.
De religione perpetua.
De summo bono et aeterno bono.
De potentia et potentiae gratia dei.
De felici liberalitate.
De officiis, beneficiis, et stipendiis.
De honestis utrisque divitiis.
De ecclesiis veteris et novi testamenti.
Del bautismo de los cristianos.

Paracelsus: *Kleyne Wundartzney, drey Bücher begreyffendt,* Basilea 1579.
–: *Libri V. de vita longa brevi et sane... nunc vero opera et studio Gerardi Dornei* (comentado e ilustrado), Frankfurt 1583.
Paracelsus, Theophrastus y Weigel, Valentin: *Philosophia mystica in zwey Theilen,* Neustadt 1618.

Bodenstein, Adam von: *Theophrastus Paracelsus, Wund-und Arzneibuch,* Frankfurt am Main 1565.
–: *Paracelsus: liber vegationum; die Rundt der Alchimia,* publicado en 1567.
–: *Theophrastus Paracelsus, Metamorphosis,* Basilea 1572.
–: *Doctoris Aureoli Paracelsi «Labyrinthus und Irrgang der vermeinten Artzet», «Sieben defensiones oder Schirmreden...»,* Basilea 1574.
–: *Onomasticon, Theophrastus Paracelsus eigene Auslegung,* Basilea 1578.
Huser, Johannes: *Opera* (en edición latina), Basilea 1575.
–: *Bücher und Schriften des Paracelsus auff new an taggeben,* Basilea 1589-1590.
–: *Paracelsus Theophrastus, Opera,* Basilea 1603.
–: *Chirurgische Bücher und Schriften an tag geben,* Estrasburgo 1618.
–: *Phil. Aureolus Theophrastus Bombastus von Hohenheim, Opera, Bücher und Schriften.* Com-

parados con los manuscritos originales, corregidos y dados a la imprenta. Tomo en folio, Estrasburgo 1616-1618.
Steyner, Heinrich: *Paracelsus, «Buch der grossen Wundartzney»*, Augsburg 1537.
Aschner, Bernhard: *Paracelsus sämtliche Werke*, 4 tomos, Jena 1932.
Englert, Ludwig: *Von der rechten Heilkunst* (un libro de lecturas de Paracelso a partir de sus escritos), Stuttgart 1939.
Kayser, Hans: *Schriften des Theophrastus Paracelsus*, Leipzig 1924.
Peuckert, Will-Erich: *Die Geheimnisse* (un libro de lecturas de Paracelso a partir de sus escritos), Leipzig 1941.
Strunz, Franz: *Theophrastus Paracelsus, das Buch Paragranum*, Leipzig 1903.
–: *Theophrastus Paracelsus, Volumen Paramirum und Opus Paramirum*, Jena 1904.

Otras ediciones de texto
Recopilación de Gerhard Wehr

Achelis, Johann Daniel (edit.): *Paracelsus-Volumen Paramirum*, Jena 1928.
Aschner, Bernhard (edit.): *Paracelsus sämtliche Schriften* (texto de la edición de Huser en alemán moderno), Jena 1932; Leipzig 1979.
Degeller, Gerhard J. (edit.): *Paracelsus-Das Mahl des Herrn; Auslegung des Vaterunsers*, Dornach-Basilea 1950.
Goldammer, Kurt (edit.): *Paracelsus. Sämtliche Werke*. Sección II: *Theologische und religionsphilosophische Schriften*, Wiesbaden 1955-ss.
–: *Religiöse und sozialphilosophische Schriften in Kurzfassungen* (tomo suplementario), Wiesbaden 1973.
–: *Paracelsus. Sozialethische Schriften*, Tübingen 1952.
–: *Die Kärntner Schriften*, Klagenfurt 1955.
–: *Vom Licht der Natur und des Geistes* (selección), Stuttgart, sin indicación de año (Reclam 8448/8449).
Löther, Rolf y Wollgast, Siegfried (edits.): *Das Licht der Natur. Philosophische Schriften*, Leipzig 1973.
Peuckert, Will-Erich: *Die Geheimnisse. Paracelsus-Lesebuch*, Leipzig 1941.
–: *Theophrastus Paracelsus Werke I-V*, Basilea-Darmstadt 1965-ss.
Pörksen, Gunhild (edit.): *Paracelsus-Vom eigenen Vermögen der Natur. Frühe Schriften zur Heilmitte-llehre*, Frankfurt 1988.
Strebel, Josef (edit.): *Sämtliche Werke-In zeitgemässer Kürzung* (I-VIII), St. Gallen 1944-1949.
Strunz, Franz (edit.): *Theophrastus Paracelsus-Das Buch Paragranum*, Leipzig 1903.
–: *Volumen Paramirum und Opus Paramirum*, Jena 1904.
Waldemar, Charles (edit.): *Paracelsus-Auswahl aus seinen Schriften*, Munich 1959.

Bibliografía secundaria

Aberle, Karl: *Grabdenkmal, Schädel und Abbildungen des Paracelsus,* Salzburgo 1887.

Achelis, Johann Daniel: *Die Überwindung der Alchemie in der paracelsischen Medizin,* Heidelberg 1943.

–: «Zum Krankheitsbegriff Theophrastus von Hohenheim», en *Tymbolos für W. Ahlmann,* Berlín 1951.

Baumer, Franz: *Paracelsus,* Murnau 1955.

Betschart, Ildefons: *Theophrastus Paracelsus. Der Mensch an der Zeitenwende,* Einsiedeln 1942.

Bittel, Karl: *Paracelsus. Leben und Lebensweisheit in Selbstzeugnissen,* Leipzig 1944.

Blaser, Robert H.: *Paracelsus in Basel,* Muttenz-Basilea 1979.

Böhme, Gernot (edit.): *Naturphilosophie. Von den Vorsokratikern bis zu Kopenhaguener Schule,* Munich 1989.

Bornkamm, Heinrich: «Paracelsus», en Bornkamm, X.: *Das Jahrhundert der Reformation,* Göttingen 1961, 1966.

Braun, Lucien: *Paracelsus und die Philosophiegeschichte,* Viena 1965 (Salzburger Beiträge zur Paracelsus-Forschung 5).

–: *Paracelsus. Alchimist, Chemiker, Erneuerer der Heilkunst,* Lucerna-Zurich 1988.

Brieger, Katharina: *«De invocatione beatae Mariae virginis». Paracelsus und die Marienverehrung* (tesis doctoral). Stuttgart 1990.

Daems, W. F.: «Sal-Merkur-Sulphur bei Paracelsus und das "Buch der Heiligen Dreifaltigkeit"», en *Nova Acta Paracelsica* (1982), págs. 189-207.

Darmstädter, Ernst: *Arznei und Alchemie. Paracelsus-Studien,* Leipzig 1931.

Debus, A. G.: *The English Paracelsians,* Londres 1965.

–: *The Chemical Philosophy: Paracelsian Science and Medicine in 16th and 17th Centuries* (2 vols.), Nueva York 1977.

Dilg-Frank, Rosemarie (edit.): *Kreatur und Kosmos. Internationale Beiträge zur Paracelsus-Forschung,* Stuttgart-Nueva York 1981.

–: «Paracelsus Bibliographie 1960-1980», en Faivre, Antoine y Tristan, Frederick (edits.): *Paracelse,* París 1980 (Cahiers de l'Hermetisme).

Domandl, Sepp: *Erziehung und Menschenbild bei Paracelsus,* Viena 1970 (Salzburger Beiträge zur Paracelsus-Forschung 9).

–: *Gestalten und Ideen um Paracelsus,* Viena 1972 (Salzburger Beiträge... 11).

–: *Paracelsus im Blickfeld heutiger wissenschaftlicher Betrachtung,* Viena 1974 (Salzburger Beiträge... 12).

–: *Paracelsus. Werk und Wirkung.* Homenaje a Kurt Goldammer, Viena 1975.

–: *Von Paracelsus zu Goethe und Wilhelm von Humboldt,* Viena 1981 (Salzburger Beiträge... 22).

Druschky, Sibylle: *Die Struktur der Frau aus dem Leitbegriff der Matrix bei Paracelsus* (tesis doctoral), Heidelberg 1965.

Dunkelberry, Hartmut: *Zum Begriff «gestirn» bei Paracelsus* (tesis doctoral), Heidelberg 1972.

Dyk, Anton: *Paracelsus und die Evolution,* Viena 1975 (Salzburger Beiträge... 13).
Eis, Gerhard: *Vor und nach Paracelsus. Untersuchungen über Hohenheims Traditionsverbundenheitund Nachrichten über seine Anhänger,* Stuttgart 1955.
Faivre, Antoine y Tristan, Frederick (edits.): *Paracelse,* París 1980 (Cahiers de l'Hermetisme).
Faivre, Antoine y Zimmermann, R. C. (edits.): *Epochen der Naturmystik. Hermetische Tradition im wissenschaftlichen Fortschritt,* Berlín 1979.
Fischer, H.: «Die kosmologische Anthropologie des Paracelsus als Gundlage seiner Medizin», en *Verhandlungen d. Naturforsch. Gesellsch,* Basilea 1940-1941, págs. 267-317.
Freudenberg, F.: *Paracelsus und Fludd,* Berlín 1921.
Goldammer, Kurt: *Paracelsus. Natur und Offenbarung,* Hannover-Kirchrode 1953.
–: «Die Astrologie im ärztlichen Denken des Paracelsus», en *Hessisches Ärzteblatt 23* (1962), págs. 442-458.
–: «Der Beitrag des Paracelsus zur neuen wissenschaftlichen Methodologie und zur Erkenntnislehre», en *Medizinhistorisches Journal 1* (1966), págs. 75-95.
–: *Paracelsus in der deutschen Romantik,* Viena 1980 (Salzburger Beiträge... 20).
Goltz, D.: «Die Paracelsisten und die Sprache», en *Sudhoffs Archiv Gesch. Med. Naturw. 56* (1972), págs. 337-352.
Greiner, Karl: *Paracelsus im Lande seiner Väter,* Salzburgo 1961 (Salzburger Beiträge... 2).
Groethuysen, Bernhard: *Die Lehre von Menschen bei Paracelsus,* Munich 1931.
Gundolf, Friedrich: *Paracelsus,* Berlín 1928.
Hemleben, Johannes: *Paracelsus. Revolutionär, Arzt und Christ,* Frauenfeld-Stuttgart 1973.
Joel, K.: *Der Ursprung der Naturphilosophie aus dem Geiste der Mystik,* Basilea 1913.
Jung, C. G.: *Paracelsus. Zwei Vorlesungen.,* Zurich-Leipzig 1942 (ahora en *Gesammelte Werke,* tomos III y XV).
Kämmerer, Ernst Wilhelm: *Das Leib-Seele-Geist-Problem bei Paracelsus und einigen Autoren des 17. Jahrhunderts,* Wiesbaden 1972.
–: *Mensch und Krankheit bei Paracelsus,* Viena 1975 (Salzburger Beiträge... 13).
Kaiser, Ernst: *Paracelsus in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten,* Reinbek 1969.
Kerner, Dieter: *Paracelsus. Leben und Werk,* Stuttgart 1965.
Lauer, Hans Hugo: «Elemente und Kräfte im Naturverständnis des Paracelsus», en *Antaios 11* (1969), págs. 321-334.
Lux, Barbara: *Der Begriff des Apollinischen bei Paracelsus* (tesis doctoral). Heidelberg 1968.
Matthiessen, Wilhelm: *Die Form des religiösen Verhaltens bei Theophrast von Hohenheim,* Düsseldorf 1917.
Metzke, Erwin: *Coincidentia oppositorum. Gesammelte Studien zur Philosophiegeschichte,* Witten 1961.
–: «Erfahrung und Natur in der Gedankenwelt des Paracelsus», op. cit., págs. 20-58.
–: «Mensch, Gestirn und Geschichte bei Paracelsus», op. cit., págs. 59-116.
Oesterle, Friedrich: *Die Anthropologie des Paracelsus* (tesis doctoral), Tübingen 1937.
Pagel, Walter: *Das medizinische Weltbild des Paracelsus. Seine Zusammenhänge mit Neoplatonismus und Gnosis,* Wiesbaden 1962.
–: *Paracelsus. An Introduction to Philosophical Medicine in the Era of the Renaissance,* Basilea 1982.

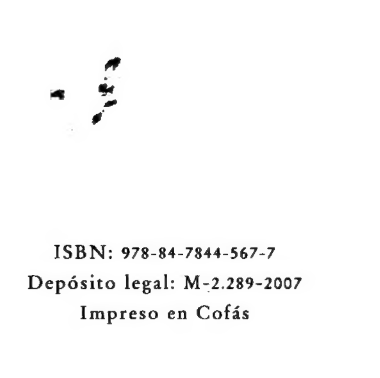
—: *The Smilling Spleen. Paracelsianism in Storm and Stress,* Basilea-Nueva York 1984.
—: «Paracelsus als Naturmystiker», en Faivre, Antoine y Zimmermann, R. C. (edits.): *Epochen der Naturmystik,* Berlín 1979, págs. 52-104.
Peuckert, Will-Erich: *Pansophie. Ein Versuch zur Geschichte der Weissen und der Schwarzen Magie,* 3ª edición, Berlín 1976.
—: *Theophrastus Paracelsus,* Stuttgart 1944.
Rosner, Edwin: *Hohenheims Weg von Sankt Gallen nach Augsburg (1531-1536),* Viena 1977 (Salzburger Beiträge... 16).
Rutschow, Hans: *Über den Magnetismus bei Paracelsus* (tesis doctoral), Colonia 1965.
Salzburger Beiträge zur Paracelsus-Forschung. Editados por la Sociedad Internacional Paracelso de Salzburgo, Salzburgo-Viena 1960-ss.
Schipperges, Heinrich: «Mensch und Welt bei Paracelsus», en *Antaios 11* (1969), págs. 293-320.
—: «Paracelsus», en *Die Grossen der Weltgeschichte,* tomo IV, Zurich 1973, págs. 931-945.
—: *Paracelsus. Der Mensch im Licht der Natur,* Stuttgart 1974.
—: «Magia und Scientia bei Paracelsus», en *Sudhoffs Archiv 60* (1976), págs. 76-92.
—: *Kranksein und Heilung bei Paracelsus,* Viena 1978 (Salzburger Beiträge... 18).
—: *Paracelsus. Das Abenteuer einer sokratischen Existenz,* Freiburg 1983.
Schumacher, Joseph: *Im Herzen wächst der Arzt. Der Arztphilosoph Paracelsus,* Freiburg in Bresgau 1946.
Sivers, Gerda: *Die Naturanschauung des Paracelsus* (tesis doctoral), Marburg 1937.
Steudel, Johannes: «Paracelsisches Gut bei Goethe», en *Nova Acta Paracelsica* (1957), págs. 3-9.
Sticker, Georg: *Paracelsus. Ein Lebensbild,* Halle 1941.
Strebel, Josef: *Paracelsus zur vierten Jahrhundertfeier seines Todes,* Berna 1941.
—: *Paracelsus, Neuplatonismus und indische Geheimlehren. Einführung in die paracelsische Astronomia Magna oder Philosophia Sagax der grossen und kleinen Welt,* St. Gallen 1947.
Strunz, Franz: *Theophrastus Paracelsus. Sein Leben und seine Persönlichkeit. Ein Beitrag zur Geistesgeschichte der deutschen Renaissance,* Leipzig 1903.
—: *Paracelsus. Eine Studie,* Leipzig 1924.
—: *Paracelsus. Ein deutsches Lebensbild aus den Tagen der Renaissance,* Leipzig 1936.
—: *Theophrastus Paracelsus. Idee und Problem seiner Weltanschauung,* Salzburgo 1937.
Sudhoff, Karl: «Über Theophrast von Hohenheims Bedeutung als Wundarzt», en *Medizinische Woche 1* (1902), págs. 1-4.
—: *Bibliographia Paracelsica: Besprechung der unter Hohenheims Namen 1527-1893 erschienenen Druckschriften,* Graz 1958.
—: *Versuch einer Kritik der Echtheit der paracelsischen Schriften.* Parte I: *Die unter Hohenheims Namen erschienenen Druckschriften,* Berlín 1894. Parte II: *Paracelsische Handschriften,* Berlín 1899.
Telle, Joachim: «Ottheinrich und Paracelsus», en *Heidelberger Jahrbücher 18* (1974), págs. 37-49.
Veith, Ilza: «Freud, Jung and Paracelsus. Historical reflections», en *Perspectives in Biology and Medicine 18* (1979), págs. 513-521.
Vogt, Alfred: *Theophrastus Paracelsus als Arzt und Philosoph,* Stuttgart 1956.

Waltershausen, Bodo Sartorius von: *Paracelsus am Eingang der deutschen Bildungsgeschichte*, Leipzig 1935 (Forschungen zur Geschichte der Philosophie und Pädagogik 16).
Webster, C.: *From Paracelsus to Newton. Magic and the Making of the Modern Science,* Londres 1982.
Wehr, Gerhard: *Paracelsus,* Freiburg in Bresgau 1979.
–: *Esoterisches Christentum. Aspekte, Impulse, Konsequenzen,* Stuttgart 1975.
Weimann, Karl-Heinz: «Auswahl-Bibliographie der neuen Paracelsus-Literatur», en Salzburger Beiträge... 3, Salzburgo 1961, págs. 11-20.
–: *Paracelsus-Bibliographie 1932-1960,* Wiesbaden 1963.
–: *Was wissen wir wirklich über die Wanderjahre des Paracelsus?* Sudhoffs Arch. Gesch, 21 ed. 44 (1960), págs. 218-223.
Weinhandl, Ferdinand: *Die Philosophie des Paracelsus,* Stuttgart 1944.
–: *Paracelsus-Studien* (edición de Sepp Domandl), Viena 1970.
Wiesermann, Hans: *Beiträge zur Natur- und Krankheitslehre des Paracelsus* (tesis doctoral), Munich 1942.
Zaunik, Rudolf: *Der sächsische Paracelsist Georg Forberger* (edición de Kurt Goldammer y Hans-Heinz Euler), Wiesbaden 1977.
Zekert, Otto: *Paracelsus in der Zeit,* Salzburgo 1960 (Salzburger Beiträge... 1).
–: *Die grosse Wanderung des Paracelsus,* Ingelheim 1965.
–: *Paracelsus. Europäer im 16. Jahrhundert,* Stuttgart-Berlín-Colonia-Maguncia 1968.

Importantes estudios sueltos sobre Paracelso y el paracelsismo se pueden encontrar en:
–: *Acta Paracelsica,* 1-5, Munich 1930-1932.
–: *Nova Acta Paracelsica. Jahrbuch der Schweizerischen Paracelsus-Gesellschaft,* Basilea-Einsiedeln 1944-ss.
–: *Kosmosophie. Forschungen und Texte zur Geschichte des Weltbildes, der Naturphilosophie, der Mystik und des Spiritualismus vom Spätmittelalter bis zur Romantik.* Editado por Kurt Goldammer por encargo de la Comisión Paracelso junto con la edición del mismo, Wiesbaden 1962-ss.

Internationale Paracelsus-Gesellschaft

La Sociedad Internacional Paracelso (IPG) de Salzburgo sirve los fines de la investigación de la personalidad y obra de Theophrastus Paracelso. Su misión es difundir los conocimientos obtenidos, así como examinar la evolución de las ciencias de la Naturaleza y del Espíritu por él influidas en su interrelación, y fomentarlo en el sentido de su obra. A este fin sirven los «Salzburger Beiträge zur Paracelsus-Forschung», editados por la IPG en su propia editorial sin periodicidad fija. El secretariado general de la Sociedad Internacional Paracelso tiene su sede en Salzburgo.



ISBN: 978-84-7844-567-7
Depósito legal: M-2.289-2007
Impreso en Cofás